
«Aurora Guerra resucita la novela de ladrón de guante blanco. Nueva, divertidísima y misteriosa».
CARMEN MOLA
LA CÁRCEL DE AIRE
AURORA GUERRA

**De la mano de la creadora de las ficciones televisivas más potentes de la última década, nos llega este *thriller* fascinante sobre el robo de obras de arte, secretos ocultos durante décadas, amor improbable y desigualdades sociales lleno de humor descarnado y grandes dosis de venganza**.

Carlota es una superviviente nata. Es una chica lista, deslenguada y que aprende rápido: así sobrevivió durante su infancia en un orfanato que prefiere no recordar demasiado. Trabaja de camarera en un bar de Madrid y cuando ya debe, como es habitual, varios meses de alquiler del cuchitril donde vive, piensa en sacarse algún extra con el robo de unas acuarelas en la galería de arte donde está sirviendo un *catering*. Tras el fenomenal revuelo, sale airosa, pero alguien la ha estado observando. Se trata de Armando, un ladrón de guante blanco guapo, sofisticado y experto en arte, que lleva a su casa a Carlota y la convence de que sea su alumna para aprender a robar en museos.

Florencia, Barcelona, ropa cara, modales refinados, hoteles de lujo, joyas, subastas, Carlota podría acostumbrarse a esa nueva vida. Pero ¿quién es realmente la misteriosa y riquísima mujer para la que ambos trabajan? ¿Por qué vive aislada en su «cárcel de aire»? ¿Y qué nexos comunes y turbios conectan el pasado de los tres personajes?

Aurora Guerra

# La cárcel de aire

**ePub r1.0**

**Titivillus** 17.09.2023

Título original: *La cárcel de aire*
Aurora Guerra, 2023

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Aurelio, Marina y Sergio, gracias a ellos los perros y el gato comen cuando yo estoy desaparecida. Os quiero.*
*Y por supuesto a Triana, mi galga, la mejor ladrona del mundo.*

## *1994*

*La soledad la perseguía. Desde siempre. Odiaba sentirse desvalida, mimetizada con el resto de criaturas sin rostro, acompañadas por un nombre que bien podría haber sido un número, puesto que era dicho con la misma desafección al pasar lista en clase, al hacer el recuento antes de apagar las luces de los dormitorios. No hay peor pesadilla para un niño que el abandono, la orfandad, el ser despojado del único refugio asignado por nacimiento: la familia.*

*Por las noches se revolvía al escuchar cómo sus compañeros aún llamaban a sus madres en el duermevela. Un patético y estéril clamor; no había madre a quien llamar. Pero ellos lo olvidaban, débiles, demandantes.*

*Los odiaba. Odiaba su vida. Haría cualquier cosa por escapar de ella. Cualquier cosa.*

# 1

Bullicio mañanero en una cafetería de barrio castizo. Ese tipo de barrios en los que se juntan en amalgama perfecta los antiguos habitantes, humildes y con el deje propio de un pueblo grande llamado Madrid, y los recién llegados, más relamidos y afectados, hípsteres, nuevos ricos y estudiantes hijos de papá. Carlota acababa de servir el décimo-no-sé-cuántos café con porras. En vaso, en taza, en taza grande, con leche fría, templada y hasta de avena. Desde que trabajaba en el bar (llamado pomposamente «En lo de Gloria», lo que viene siendo una cafetería de toda la vida pero con ínfulas), no soportaba el café. Desayunaba en su minúsculo apartamento un té y a la calle. Esa mañana ni eso, porque había tenido que salir por patas en cuanto escuchó a su casera levantar la persiana de su piso con un fuerte y desagradable chasquido que se propagó por todo el patio de luces. Esa bruja iba a pillarla saliendo del portal y Carlota no disponía de los quinientos cincuenta euros del mes. Ni de los del mes anterior. La áspera y ronca voz de Carmen atravesó los viejos muros enladrillados del edificio, típico de la protección oficial de los años setenta: ventanas de aluminio, suelos de loseta, paredes de gotelé y olor a guiso.

—¡A esta caradura se le ha acabado estar a la sopa boba; de esta tarde no pasa, a la puta calle!

Si a Carlota le hubieran dado un euro cada vez que le habían dedicado esas palabras, sería millonaria. Así que se enfundó sus gastados vaqueros imitación de Zara, se recogió la media melena ambarina de rizos blandos en una coleta, rebuscó entre las múltiples facturas de agua y luz impagadas y, bajo el montón, encontró las llaves. Antes de salir se miró con sus líquidos ojos grises en el espejo de la entrada, cogiendo aire con fuerza. Esa inspiración pareció insuflarle valor. Vertió con puntería el contenido de una cacerola llena de agua por la ventana, justo sobre la ropa tendida de

los vecinos del bajo, provocando primero un ruido sordo al golpearse las gotas contra la colada, luego un alboroto de voces airadas protestando contra la afrenta. Conociendo a Carmen, sería la primera en unirse a la algarada vecinal, asomando la gaita por la ventana del patio, justo en el extremo opuesto a la escalera. Con un portazo, dejó la casa vacía y a su casera con tres palmos de narices. Carlota había hecho de la huida un arte.

Mientras recogía vasos de la barra, atendía sin interés la conversación que mantenía su estirada jefa con la empleada favorita, una gallega estudiante de Enfermería que se sacaba unos euros para caprichos trabajando en el bar. Al ser tan pija como la dueña, se llevaban de perlas. Resulta que le habían encargado el cáterin de una galería de arte recién llegada al barrio, antes viejuno, ahora de moda. Le estaba proponiendo a la gallega atenderlo.

—Lo de siempre: servir unos bocatines, algo de tortilla, cava y vinos.

—Me viene estupendo, Gloria —dijo la gallega con ese tono de «somos-guais-y-superamigas»—. Tengo el cumple de Jon en nada y me quería hacer con un vestido nuevo.

—Pues hecho —respondió Gloria con su sonrisa pintada de rosa y sus paletos algo montados el uno sobre el otro—. Ya sabes, tacones, medias y el uniforme con el delantal negro.

El «uniforme con el delantal negro» era la última gilipollez de Gloria, de la cual se sentía muy orgullosa porque creía estar en el culmen de la modernidad *chic* del barrio. Carlota metió baza, a ella sí que le vendría bien ese dinero extra, no para un vestidito, sino, simplemente, para no quedarse en la calle.

—Gloria, perdona —dijo con su marcado acento medio mostoleño, medio cheli—. ¿No necesitas un par de manos más? Estoy canina este mes.

La mujer meneó su larga melena repleta de mechas rubias, le dedicó una mirada displicente y luego cruzó otra con su favorita, la gallega, en modo «mira esta, quién coño se cree».

—La verdad es que no, Carlotita. Y si te administraras, no estarías a la cuarta pregunta siempre. Siendo soltera, sin ninguna carga, hija, no sé dónde se te va el dinero.

«En mi último Jaguar, no te jode», pensó Carlota. Pero de su boca no salió ni una queja. Suplicar no le serviría de nada y, si algo

les queda a los pobres, es el orgullo. Asintió y fue a servir a tres estudiantes que postureaban en la mesa cuatro y bebían Aquarius. Al alejarse alcanzó a escuchar a Gloria, brazo en jarra, viboreando con la gallega.

—Esta se cree que es igual servir en una galería de arte que poner cuatro churros en el bar.

Carlota negó para sus adentros. No, guapa. No lo creía. Por eso ansiaba hacerlo.

Esa noche, aguardando bajo las sombras de las acacias desnudas que sorprendentemente sobrevivían en su inerte barrio, tiritaba contemplando su portal. Llovía y estaba aterida, en febrero en Madrid hace un frío que te cagas, pero «la Carmen», la casera, no cejaba en su empeño de atraparla para reclamarle el alquiler. Merodeaba por el rellano como un ave de presa, abrigada con un plumas de color chillón y en zapatillas de andar por casa. A Carlota le iba a dar un pasmo si no lograba llegar a su pisucho; la ropa empapada se le pegaba al cuerpo y bajo sus pies se formaba ya un charquito. Exhalando vaho por la boca, se escabulló hacia la trasera del edificio albergando una tibia esperanza. Negativo. La muy zorra había cerrado la puerta de atrás. Se frotó las manos, se las sopló y se puso a escalar por las rejas que afortunadamente habían puesto en los pisos bajos, rezando para que ningún municipal estuviera de ronda con aquella nochecita. Podían detenerla por escalo y, aunque era cosa menor, la verdad, no era plan. Tratando de agarrarse con fuerza a lo que fuera con sus extremidades entumecidas, llegó hasta su ventana, situada en el primer piso. Tanteó con dedos húmedos la colilla que había dejado incrustada entre la ventana y el raíl, para impedir que se cerrase del todo. Pero sus yemas estaban torpes por el frío, y le dolían al tratar de hacerles un hueco entre el cristal y el metal, tan helado que cortaba. Tras maldecir la lluvia, a su casera y a la vida en general, Carlota intentó afianzar las puntas de los pies en la cornisa de la ventana del bajo, y comenzó con paciencia y sobre todo con cuidado (una caída de cuatro metros no iba a ayudarla a resolver sus problemas) a mover la hoja de la ventana hacia sí. La lluvia le resbalaba por el pelo, entrando en sus ojos, para mayor diversión. Pero al fin la puñetera ventana cedió, desequilibrándola un poco. Por un instante, Carlota pensó que se iba a dar de bruces contra el suelo, agarrada a una hoja de cristal,

pero en el último momento logró asirse al alféizar. Con un último esfuerzo, se metió en la cocina. Se dio una ducha para entrar en calor e hizo una sopa de sobre. No porque no tuviera más hambre, sino porque poco más podía permitirse. Se arrellanó en el incómodo y desfondado sofá de horrendas flores estampadas. Soplando el borde de la taza para dar pequeños sorbitos de caldo, buscó en el móvil el nombre de la galería de arte en la que iba a servir Gloria. Encontró varias referencias del autor de las obras que iban a exponerse y el anuncio de su presencia en el evento. Además de él y de algún que otro nombre, la dueña de la mayoría de las acuarelas, una tal Lula Quirós, asistiría al acto para darse el baño de masas, pero por Skype. Era una pirada podrida de pasta que tenía agorafobia y no podía ni pisar la puerta de la calle; al parecer compensaba su tara con un afán desmedido por la notoriedad. Unos porrazos en la puerta sacaron a Carlota de sus reflexiones. Carmen vociferaba desde el rellano.

—¡Sé que estás ahí! ¡Abre, joder! —Carlota apagó la luz—. ¡O me das mañana la pasta o te echo a hostias, ¿estamos?!

«Estamos», pensó Carlota. Escuchó cómo la vieja se metía en su madriguera, cerrando con mil cerrojos la puerta. Odiaba ese sonido. Desde que era niña. No debía de tener más de doce años y cada vez que escuchaba abrirse el pestillo se le revolvía el estómago. Se le revolvería toda su vida. No soportaba los cierres de pasador y cadenilla. La ponían enferma.

Escuchó el doble chasquido. Soltó el cuchillo redondeado con el que untaba margarina en pan de molde. Estaba preparándose el almuerzo, en verano acababa el cole antes, por el calor. No había nadie en casa a esas horas. Salvo él.

Él cambiaba turnos a veces para llegar antes. Sospechaba que para tener esos encuentros con ella. A juzgar por los pasos que se aproximaban hasta la cocina, estaba a punto de repetirse. El hombre entró en la estancia saludando, alegre. La manera en la que la llamaba «mi pequeña», «mi niñita» o «mi bebé» distaba mucho de sonar cariñosa. Sonaba sucia, melosa, viscosa como su tacto. Se le pegaba a la espalda, le acariciaba la cabeza de modo paternal, pero lo que notaba presionándola a la altura de la cintura no era nada paternal. Mientras le preguntaba cómo habían ido las clases, muy cerca, se frotaba el miembro contra la curva que formaba la espalda

de la niña al ir transformándose en nalga. Ella notaba la respiración cada vez más agitada de su padre de acogida, su aliento, sus palabras entrecortadas y la presión cada vez más fuerte contra su camiseta. Cuando sentía la piel mojada, sabía que todo había acabado. Por esa vez. Y agarraba muy fuerte el cuchillo de la margarina deseando que tuviera filo.

Salió de casa aun antes de que empezara a clarear. No quería toparse con su casera. Aguardaba aterida a que abriesen una farmacia cerca de la estación de cercanías donde cogía el tren para ir al trabajo. Dando saltitos, trataba de mantenerse caliente. Al fin comenzó a descorrerse el cierre. Compró algo y salió de nuevo, dispuesta a enfrentarse a más cafés En lo de Gloria.

—¿Dónde se mete la gallega?

Carlota, con la bandeja cargada de tazas de porcelana blanca con café con leche y churros espolvoreados de azúcar, señaló con la cabeza los servicios. La jefa miró hacia allí.

—Lleva ahí toda la mañana, por Dios, teniendo esto de bote en bote —se quejó Gloria.

La joven salió en ese instante, pálida y con mala cara.

—¿Qué te pasa?

—Me duele horrores la tripa.

—Va a ser gastroenteritis. Hay una epidemia.

Gloria chistó a Carlota fuertemente.

—Baja la voz, leche. Te van a oír los clientes y pensarán que les vamos a contagiar el ébola.

Miró la cara de la joven, más gris que las piedras de la catedral de Santiago de Compostela, de donde era oriunda. Esta se ataba el delantal con gesto de dolor.

—No sé lo que es, esta mañana me encontraba estupendamente y no he desayunado más que un té y algo de fruta.

—El virus. Ya te lo digo yo —apostilló Carlota, ceniza. Su jefa la miró molesta.

—¿No me irás a dejar colgada esta noche, galleguiña? Mira que no puedo fallarles…

Como única respuesta la chica volvió a agarrarse la barriga, notando un retortijón, y desapareció a buen paso por la puerta del baño. Gloria hizo un mohín de disgusto; estaba apañada. Miró a Carlota.

—Al final vas a tener suerte. ¿Tienes unos tacones negros?

Carlota asintió.

La galería de arte recién remodelada brillaba en la negrura de la tarde temprana. Había dejado de llover, pero en el cielo amenazaban blancos nubarrones preñados de agua. Carlota admiraba el titilar de las lucecitas que adornaban los árboles que flanqueaban la entrada, el escaparate iluminado, la hermosa carpintería granate. Caminaba con dificultad con los dichosos tacones que había robado esa misma tarde en la meca de cleptómanos y descuideros: El Corte Inglés. No sabía cómo iba a poder servir el cóctel. Esperaba no darse de morros en mitad del salón delante de todos los asistentes. Hacer el ridículo no entraba ni de lejos en sus planes para esa noche. Gloria, ataviada con unos Levi's ceñidos y camisa verde con una gran lazada al cuello, le salió al paso con cara de malas pulgas, la agarró del brazo y se la llevó para la trastienda.

—¿No te dije que entraras por la puerta de atrás, joder? Empezamos bien. Mira que esta gente me da muchos encargos, no vamos a pifiarla, ¿me oyes?

—Te oigo.

Su jefa le dio el uniforme, el discreto pero ceñido traje de chaqueta con falda de tubo y el famoso delantal negro.

—Cámbiate ahí, luego te vas a sacar las cosas de las cajas y las colocas como te he dicho.

—Vale. Oye, ¿lo de los tacones es obligatorio? No soy yo muy dada a llevarlos y…

—Lo de los tacones ES. Encima eres un tapón, te hago un favor.

«Vamos, el favorazo de mi vida. Esto y pagarme una miseria, lo mejor que me ha pasado nunca», pensó Carlota mientras se enfundaba la jodida falda de tubo. Se miró en el espejo. La verdad es que era un tapón (metro cincuenta y seis centímetros), pero no estaba mal. Un poco esmirriada, aunque la falda resaltaba sus curvas. Con las tetas y el culo la naturaleza había sido algo más generosa. En sus treinta y tres años de azarosa vida había aprendido a no llamar la atención, a pasar desapercibida. Si no se fijaban en que era una mujer, mejor que mejor. Pero quizá esa noche su aspecto podía ayudarla. Armada con un cúter, se dirigió a una de las salas, donde habían montado la mesa del cóctel. Rasgó el

precinto de las cajas de cartón y se dispuso a colocar vasos y copas, cubiertos y platos tal y como le había ordenado Gloria. Los invitados estarían allí en media hora.

En media hora empezaba todo.

El público abarrotaba la galería. Sobre todo, la sala donde se situaba la mesa que Carlota había dispuesto. Un monitor de proporciones desmesuradas colgaba de la pared, para que nadie pudiera evadirse de la anunciada conexión con la joven coleccionista rarita. Vais a verme sí o sí, porque voy a aparecer al estilo de los políticos, sin respiraros ni tocaros, justo encima de las bandejas repletas de la comida que habéis venido a engullir, debía de pensar la tipa. Porque mucho arte, mucha tontería, pero al final todos esos pijos se arremolinaban en torno a los platos de jamón ibérico igual que hubieran hecho sus vecinos de Parla. Carlota escuchaba las vanas conversaciones, la frivolidad con que la mayoría de los asistentes ignoraba las obras expuestas para sumergirse en cotilleos, chafardeos y dimes y diretes. Unos pocos se centraban en las acuarelas de motivos florales lanzando pomposos comentarios acerca de la técnica o el color: «Tanto realismo recuerda a la mata de hierba de Durero», «¿No da ese blanco del fondo un halo de orden?». Eran los genuinamente interesados en el arte, en los trazos, en la composición. El resto se limitaba a hacer acto de presencia y a colgar en Instagram que ellos también eran cultivados, molones e intensos. Carlota, mientras reponía copas de cava y de vino tinto, ojeaba con disimulo a las mujeres. Algunas impecables, otras impecablemente desaliñadas. También se fijaba en los hombres que sopesaban los precios de las acuarelas para llevarse una pieza que adornara sus bellas casas. Su mirada se detuvo en un varón de unos cuarenta años que destacaba por encima de los demás. Más que alto, que también, casi dos metros, era largo. Como esos negros tan guapos que dan saltos agarrados a una lanza en África y que tienen las extremidades elegantemente esbeltas, los comosellamen. Le sirvió un rioja, pero él ni la miró. Ni la veía, más bien. Perra vida. Carlota se fijó en el precio de esos cuadritos colgados en las paredes. Y ella sin un euro para pagar el alquiler. La dueña de la galería, una mujer de unos sesenta años, atractiva y refinada, vestida con un traje de chaqueta de corte exquisito, con unas ces cruzadas al revés estampadas en la

cinturilla, llamó la atención del público. El artista iba a pronunciar unas palabras y a presentar a la coleccionista que había donado parte de sus obras para ser expuestas y vendidas, yendo los beneficios íntegros a los comedores sociales. La prensa asistente se arremolinó en torno al hombrecillo, un ser redondo y con unas enormes gafas de pasta también redondas, a juego con su cuerpo; los focos se reflejaban chillones en su calva. Al parecer había cambiado el óleo por la acuarela y lo había petado. Aunque Carlota no entendía el motivo del éxito, la verdad. La mecenas Quirós fue la primera en descubrir su extraordinario talento, según decía el Minion. Los invitados trataban de acercarse al pintor y, de paso, salir en la foto. Se hizo el silencio y comenzaron el discurso y las preguntas. Carlota, agotada de llevar tacones, vio el momento de escabullirse; Gloria se había situado con buen ojo tras el pintor y junto al monitor, y como hay Dios que no se iba a mover de allí mientras los fotógrafos estuvieran frente a ella. Justo cuando arrancó la conexión con la tal Lula Quirós y la sala se llenó de murmullos de peloteo/admiración, Carlota se dirigió a una pequeña sala, casi en penumbra, donde tres cuadritos de proporciones mínimas eran iluminados con mimo. Se apoyó en la pared, no se atrevió a quitarse los zapatos porque temía el momento de volver a meter el pie en esa diminuta sala de torturas. Levantó una pierna, se frotó un tobillo; luego cambió, se frotó el otro. Y miraba y remiraba el precio de las pinturas. Señor. Qué barbaridad. Un montón de florecillas amarillas hechas a base de manchurrones, a su entender. Monos, sí. Pero cada uno valía la friolera de seiscientos pavos. Mil ochocientos pavazos en total por un montón de margaritas o lo que coño fueran. Carlota se fijó en las cámaras de seguridad. Ese cuarto no tenía ninguna; había una en la sala principal que parecía enfocar hacia allí, pero con pinta de ser más bien disuasoria. Desde ese ángulo mal iba a ver lo que sucedía con las tres miniacuarelas. Luego posó los ojos en la apartada sala principal, donde todos los asistentes, incluido el segurata, se agolpaban en torno al artista, que ahora contaba no sé qué zarandajas acerca de reservar blancos y realzar texturas; al parecer, interesantísimo. Carlota vio su oportunidad. Sacó el cúter del bolsillo del delantal y, sin detenerse ni a pensarlo, rasgó el papel para llevarse las acuarelas. Las tres. O todo o nada.

—¡Se han llevado unos cuadros!

Carlota irrumpió en la charla del pintor con una expresión de susto tan genuina que hubiera hecho morir de envidia a la mismísima Meryl Streep. Pero lo cierto es que algo de susto llevaba en el cuerpo. Se jugaba mucho. De inmediato, el revuelo se instaló en la galería. Se cerraron las puertas, se revisaron los bolsos de invitados y trabajadores, se interrogó a Carlota. Fingía tan a la perfección que hasta su jefa la hizo sentarse y le ofreció un té calentito. El hombre alto y desgarbado contemplaba divertido a la acalorada chica de melena anaranjada, mostrando que, cuando sonreía, dos hoyuelos horadaban sus mejillas. El guardia de seguridad descubrió una ventana abierta en la trastienda. Todo encajaba. Mientras estaban pendientes de las palabras del artista, el caco entró, vio y venció. Hora de interponer la denuncia ante la policía y de llamar al seguro, dijo la dueña. La gente desalojó el local entre murmullos. «Qué mala pata», «Menudo estreno», «Esto lo subo a *stories* a la de ya». Carlota fue eximida de recoger; Gloria, agobiada, la mandó a casa. Humilde y agradecida, la joven obedeció.

Una vez fuera, Carlota aspiró el frescor de la lluvia, que caía abundante. No le importaba el frío, había sudado como un directivo haciendo negocios en una sauna. Solo esperaba que la pintura no se estuviera deshaciendo con el calor de su cuerpo y la humedad. Apretó el paso hacia el metro, sin sentir el peso del cansancio, ni de la culpa. La adrenalina la transportaba a través de un río de energía. Las calles aún estaban pobladas de viandantes que iban de bar en bar, era viernes, y en Madrid se sale sí o sí. Ni lluvia, ni frío, ni leches. No iba a mirar atrás, no quería volver a ver la galería. Se subió la capucha de la parka, el semáforo la obligó a detenerse. Impaciente, taconeaba. Le dolían los pies y los sentía helados. Malditos tacones. Debió traerse unas zapatillas para volver a casa más cómoda. Cuando la luz verde iluminó el asfalto mojado, Carlota avanzó el pie, pero una voz le congeló el movimiento.

—La acuarela tiene poco aguante al agua.

A la ladrona se le paró el corazón. A través de la cortina de agua que caía de su capucha, elevó los ojos para encontrar los del dueño de la voz. Unos ojos castaños y burlones al final de un altísimo tronco. Ese tipo estaba en la exposición. Giró bruscamente para

escapar de él, pero este, rápido y elástico, se le interpuso. Sintió que una mano le agarraba el antebrazo, firme, mientras la otra le abría el anorak y con habilidad tocaba las acuarelas, escondidas entre su camiseta y su piel. El tipo sonrió. Estaba jodida.

Deseo que pillen al desgraciado que me ha arruinado esta noche. No por los cuadros. Esas acuarelas chillonas imitación Van Gogh me importan un ardite. Subvencionar a estos patanes con ínfulas de artistas es parte del precio que pago por aparentar que soy una bondadosa patrocinadora que invierte una indecente cantidad de dinero al año en apoyar a pintores y escultores. Para ocupar portadas y ser una figura respetada en el fatuo y engolado mundo del arte, con la novedad de que no soy una anciana decrépita que chochea y regala sus millones. Deseo que le atrapen porque ha interrumpido mi momento de contacto con el mundo exterior. Ese instante en el que casi parezco normal, una amante de la creación, de la cultura. Me gusta que me miren con respeto, con veneración. La mecenas, la misteriosa dama del arte, la sofisticada ermitaña. Si supieran cuánto desprecio esos patéticos intentos de crear belleza. Lo que yo amo es otra cosa, algo que no tiene nombre, infinitamente superior. Esa especie de tormenta eléctrica que me envuelve cuando contemplo la verdadera belleza, esa que me permite salir de estas cuatro paredes para aspirar aire fresco, para sentir la tibieza del sol en la piel, escuchar mis pasos en la gravilla crujiente de un sendero que conduce a un horizonte que no existe más que en la ilusión de un punto de fuga, de una perspectiva, de unas luces y sombras que simulan tres dimensiones.

Mi vida es plana, un trampantojo. Quizá la patética soy yo.

El captor de Carlota se llamaba Armando Elorza. Casi dos metros de hombre, casi todo extremidades. De voz tan profunda como sus ojos, que a veces tenían un toque ámbar, y con una pizca de cinismo que hacía imposible saber cuándo hablaba en serio o en broma. Su rostro era extrañamente armónico y emanaba tal seguridad que Carlota se supo insignificante y mínima de manera instantánea. Armando la llevó a su casa, un piso enorme y señorial de la zona noble/carísima de la ciudad: techos altos ribeteados con molduras labradas, en el suelo madera oscura, madera-madera, no tarima de esa que sonaba a plástico al pisarla; gruesas alfombras de lana tejida con motivos étnicos en colores granates, crema, mostaza,

que amortiguaban el sonido. El silencio envolvía sus movimientos como una cálida manta invisible. «Igualito que en mi piso, que escucho hasta cuando el de arriba escupe un gargajo». Armando le pasó una toalla blanca y mullida y una copa de vino tinto. Cuando fue a quitarle la mojada parka, Carlota se apartó instintivamente. Armando sonrió del modo más burlesco que ella había visto nunca.

—Tranquila, guapa, no es tu cuerpo lo que me interesa.

Sin apenas rozarla, le quitó las acuarelas. Carlota se sintió bastante estúpida. Dio un sorbo al vino, se secó el pelo y contempló al extraño mientras este no apartaba la mirada de las obras. Su manera de moverse, sus gestos al acariciar la pintura, la absoluta falta de interés en su persona… Carlota no había sentido esa sensación en toda su vida, ser transparente, invisible. Aunque bien es verdad que la había buscado. Deseaba que nadie se fijara en su belleza, en su pelo claro y en sus ojos grises; en su cuerpo menudo pero sensual, bien proporcionado. Ser mujer y hermosa solo le había traído sinsabores. Pero al tal Armando parecía importarle una mierda si era mineral, animal o vegetal. Y, por primera vez, le molestó justo lo que siempre había buscado, que no la admirara. Observaba al extraño de quien era cautiva sin disimulo, pues él estaba enfrascado en las acuarelas y en mover sin cesar entre los dedos de la mano izquierda una vieja moneda. De dedo a dedo, una y otra vez. El silencio, ahora, la estaba poniendo muy incómoda.

—Quédate las acuarelas. Yo me piro y listo.

Armando clavó sus ojos en Carlota con tanta atención que la joven se sintió enrojecer. Enrojecer por la mirada de un hombre… A estas alturas y con lo que había vivido. Pero sentía que a través de sus ojos trataba de averiguar quién era ella y lo que pretendía, quién era de verdad. Al fin habló:

—Tu robo ha sido patético. Chapucero, peligroso. Pero no he visto a nadie con más morro en mi vida.

—Gracias. ¿Puedo largarme ya?

—No te has bebido el vino. Y esa botella, niña, vale doscientos cincuenta euros.

—Mira, casi lo que debo de alquiler. —Se bebió la copa de un trago—. Listo, me voy.

—No.

Carlota tragó saliva. No, por favor. Por favor, no. Que no le

pidiera una guarrada… Por favor.

—¿Vas a… denunciarme?

Armando la miró y sonrió.

—No. Te voy a convertir en ladrona.

## *1994*

*En el orfanato, poseer algo era extraordinario. Esa muñeca sin bragas pero aún con el vestidito rosa y casi toda la melena rubia en la redonda cabecita era un talismán para su dueña, una cursi con fama de dulce y gafas de culo de vaso que empequeñecían sus ojos hasta hacerlos diminutos; era el amuleto para el miedo en la noche, la amiga en las horas febriles de enfermería. Un día, la Gitana, la niña más fea del orfanato o así la veían el resto de internos, la percha para los golpes de los camorristas, se la pidió prestada. «Déjame a Amapola». Así llamaba la cuatro ojos a su muñeca. El resto de niños se carcajearon. Burlándose de sus pretensiones. La Gitana quiere la muñeca. La nariz de bruja está llorando. La pelo sucio se sorbe los mocos. Nadie la defendió. La dueña de Amapola abrazó fuerte a su muñeca mientras contemplaba cómo las risas sádicas, crueles expulsaron del patio a la Gitana, como empujada por una onda expansiva de maldad infantil.*

*Al día siguiente, la codiciada muñeca había desaparecido. Durante la noche, alguien debió de deslizarse en la oscuridad de los pasillos y arrancarla de las manos de su dueña mientras dormía. Era domingo, con lo cual nadie se prestó a buscar con demasiado ahínco, pues los educadores sociales solían sacar a la chavalería a merendar a algún* burguer *o los llevaban a cualquier espectáculo deportivo de tercera. Cambiar horas fuera de las paredes de la institución por buscar una muñeca era impensable para los internos. La desesperación hacía presa en el corazón de la niña miope. Sin su juguete se sentía doblemente huérfana. Y sola. En ese lugar, la soledad se pegaba a la piel como una capa de*

*aceite ardiente. Era imposible librarse de ella; cada compañero era un rival. Un contrincante que quizá consiguiera abandonar aquel páramo de infelicidad antes que tú.*

*La dueña de la muñeca al fin se dio por vencida. Se quitó las gafas empañadas por las lágrimas, hipando de disgusto, temblando su cuerpecillo de desconsuelo. La Gitana lo supo. Estaba a punto. A punto de recibir su ayuda, la generosa ayuda de aquella a quien antes había ignorado. Por fea, por ser la nueva, por ser distinta. Sonriendo, le puso la aceitunada mano en el hombro. Ya era suya.*

# 2

Armando miró a Carlota: unos *leggins* ajustados a su redondo culo respingón, una camiseta de alguna discoteca de dudoso gusto y una raya del ojo pintada con poca sutileza. En cuanto a la manera de hablar, no se limitaba a ser de barrio, más bien era de extrarradio. Muchos «ej que», muchos «qué guapo» y demasiados «hermano» y «*man*». Seguramente era lo que el hombre andaba buscando, pero algo más de refinamiento le habría quitado bastante trabajo. Era una poligonera de libro. Ahora, la susodicha le observaba expectante junto a la estatua de Velázquez, frente al Prado. Él la había instado a saldar sus deudas, recoger sus escasas pertenencias y ropas (aunque habría que deshacerse de todas y cada una de las prendas, viendo el estilismo del que hacía gala la ratera) y regresar a su piso del centro. Por supuesto, le dio el dinero que debía a la casera; sospechaba que más, en realidad, y que Carlota se había quedado el sobrante a modo de paga extra, pero le daba igual. Le hacía gracia la picaresca de aquella medio mujer. Armando jugaba con la moneda entre los dedos de su mano izquierda mientras pensaba por dónde empezar. Tenía que ser rápido pero eficaz. La chica tenía madera de ladrona, estaba claro, amén de que debía de llevar la vida entera sacándose las castañas del fuego. Sin cultura, sin familia, sin pareja y sin oficio ni beneficio. Por eso mismo, moldeable. Y desechable.

—¿Dónde vamos? ¿Por dónde empezamos? ¿Quieres que dé el tirón a alguno de estos pringaos?

—Sugerente, pero no —dijo Armando con cinismo.

Carlota se movía como si tuviera el baile de san Vito.

—¿Me vas a enseñar a meter mano a un muñeco con campanillas cosidas al traje o algo así?

Él supo que la cosa iba a resultar más difícil de lo esperado.

—¿Crees que te quiero para robar a los turistas en el metro?

Ella se encogió de hombros.

—Ni idea. ¿Nos vamos a dedicar a los cuadritos? ¿Eso da pasta?

—Nos vamos a dedicar al arte, sí. Y sí, es bastante rentable.

—¿Qué has hecho con mis margaritas, por cierto?

—No son «tus» margaritas; de hecho, ni siquiera son margaritas. Son botones de oro.

—¡Uuh, botones de oro! —remedó Carlota—. ¿Eres gay?

—No. ¿Por?

—Porque no conozco a ningún tipo que sepa qué hostias son unas putas flores del campo.

—¿Qué te parece si mientras estás a mi cargo cuidas un poco el lenguaje? Menos «hostias», menos «puta» y menos chulería.

—¿Y menos palabrería y más acción?

—A ver, bonita: como tú, me meriendo a cinco cada día. Si me empiezas a tocar la moral…

—Cuando dices la moral, ¿quieres decir los cojones? —interrumpió ella.

Armando la miró. Esa mierdecilla de metro y medio le estaba exasperando.

—Exacto. Si me tocas los huevos un milímetro más de lo necesario, te pongo de patitas en la calle y se acabó la instrucción. Y sigues trabajando de camarera por setecientos euros al mes y viviendo en ese agujero de Parla. ¿Te mola?

Carlota se dio cuenta de que el larguirucho no bromeaba. Tan guapo podía ser cuando sonreía como podía poner cara de cabrón cuando algo no le gustaba. Y, en esos momentos, ella no le estaba gustando un pelo. Bajó como dos octavas el tono.

—No hace falta cabrearse. Vamos, digo yo. Lo único que, si vamos a robar, habrá que empezar por algún lado.

—Tú, por callar la boca y aprender. ¿Has ido alguna vez a un museo?

—¿El del jamón cuenta?

—Me temo que no. Y te vas a comer unos cuantos museos, y varias veces. No para que aprendas de arte, me importa un pimiento tu cultura, sino para que observes. Medidas de seguridad, cámaras, alarmas, sensores, rondas de vigilancia. Quiero que aprendas a mirar, no solo a ver. Que memorices, que estés atenta a las señales,

a las obras más desprotegidas, a los museos más vulnerables.

Carlota asintió.

—Y ahí, zas. Damos el golpe.

Armando no pudo por menos que sonreír.

—Qué falta te hago.

En los días siguientes recorrieron los principales museos de la capital. Empezaron por el Prado, con sus maravillas, tan famosas que hasta Carlota pudo reconocer algunas. De hecho, le hizo un rápido resumen de las que más le gustaban: el de la tía desnuda que era la madre de la duquesa de Alba, esa tan fea que hablaba gagá, y el de las «mininas», que eran tan ricas que hasta se retrató con ellas el pintor, Goya. Armando, estremecido por la historia espuria de *La maja desnuda* y de *Las meninas* que le proporcionó Carlota, decidió no sacarla de sus continuos errores por el momento. Podía provocarle un colapso en el cerebro si introducía demasiada cultura en un campo tan virgen. Descansaron un rato en la cafetería del cercano hotel Ritz, que provocó los silbidos de admiración de Carlota al ver los altos techos iluminados, las guirnaldas que adornaban las paredes, las lámparas de cristales colgantes que vertían arcoíris en las butacas, en las tazas, en los zapatos. Su atuendo, tan ordinario como sus modales, no destacó demasiado; por desgracia, el dinero no proporciona clase inmediata y el hermoso salón estaba salpicado de turistas adinerados, zafios y vulgares que se repantingaban en los sillones con la soberbia del que tiene dinero de más. Así que el peculiar vestuario de Carlota (su parka verde militar, mallas fucsias, una sudadera de rayas blancas y negras imitación cebra) tampoco es que se diera de patadas con el personal. Daba patadas al buen gusto, solo. Tras zamparse las pastas con las que venían los cafés, «aún tenía mucha gusa». Chistó al camarero para que le trajera «un pinchito tortilla, con un buen cacho de pan, ¿eh? No la radiografía del pico de una barra», y una Coca Zero. Para equilibrarse nutricionalmente, se conoce. Armando, que resultaba familiar a los uniformados camareros, pues acudía a menudo a los museos que flanqueaban el paseo del Prado, lejos de disgustarse, contemplaba el comportamiento de su recién estrenada alumna como un científico observa bajo el microscopio un virus fascinante.

Cuando Carlota se bajó el elástico de las mallas por debajo del

ombligo, diciendo «estoy *full*», se dio por finalizado el redesayuno. Caminaron bajo los plátanos del paseo del Prado pisando sus característicos adoquines. Él, en silencio, disfrutando del aire frío de febrero. Ella, sin parar de hablar mientras trataba de pisar en el centro de los adoquines.

—Loco, aquí el tío de la peli esa en la que sale un perro muy salao y él está paranoico y no puede pisar las rayas se pega un tiro, ¿que no?

Armando supuso que se refería a *Mejor imposible*, pero el título le daba bastante igual a su acompañante, que ya estaba fascinada por la entrada del Thyssen-Bornemisza. «Yo cambiaría el nombre, porque eso de bornemisa no se le queda a nadie, y, a ver, el museo es español, ¿no? El Prado, vale, pero el tisennosequé…». Ya era demasiado. Él era un tío paciente; si se comprometía a algo, llegaba hasta el final. Y, desde luego, se había comprometido. Pero de repente tuvo ganas de asesinar a su pupila.

—Carlota, vamos a jugar a algo —cortó Armando—. A partir de ahora, ponte que ha sonado el timbre y empiezan las clases. Tú solo observas y luego, al detenernos para almorzar, dentro de muchas, muchas horas, dado el tentempié que te has metido entre pecho y espalda, me dices cuántos guardias de seguridad y celadores has visto en todo el museo y cómo y dónde se distribuían. ¿Qué te parece?

—Me parece que quieres que me calle la boca.

—¿Ves lo lista que eres cuando te da la gana?

—Eres un estirao y yo solo te daba charla para entretenerte.

—Tengo mucha vida interior, no te preocupes por mí. Preocúpate por aprender. —Recalcó las últimas palabras—. En silencio.

Carlota cerró la boca y le siguió ceñuda y callada durante toda la visita. Menuda orgullosa le estaba saliendo la enana.

Sin darse cuenta, entre rifirrafes y visitas a templos de la cultura desperdigados por Madrid, entre el estudio de las técnicas más usadas para apropiarse de las obras de otros y los grandes robos acaecidos en la historia, entre cortas charlas que rozaban el surrealismo casi siempre y nunca traspasaban la frontera de lo personal, pasaron las semanas. Su alumna tenía una memoria excepcional y absorbía los conocimientos como una esponja,

recordando cada detalle. Armando le detalló alguno de sus propios robos, asegurando que cada vez la cosa era más complicada y que sin la informática no era nadie. Ahora todo dependía de lograr entrar por las puertas de atrás de los sistemas, desbaratar *softwares*, hacerse con códigos. Su primer robo de arte fue una casualidad. Hacía ya muchos años, cuando se ganaba la vida exclusivamente como perista; paseaba por el Museo Picasso de París y los evidentes fallos en la seguridad parecían estar ahí para tentarlo. Se llevó unos bocetos del pintor malagueño abriendo una vitrina con mucha suerte y sangre fría. Los vendió en los foros indicados y, desde aquello, jamás le faltó trabajo.

Ahora recorrían como dos visitantes más el Museo Cerralbo, el del Romanticismo, el Reina Sofía y hasta el Museo Sorolla, el que más le gustó a Carlota, embobada con las imágenes de chavales desnudos, despreocupados, con el Mediterráneo pegado a la piel y los ojos achinados por el sol, disfrutando de la infancia, tan distinta a la suya. Supo de sus medidas de seguridad: cámaras de circuito cerrado de televisión, sensores de presión entre los cuadros y la pared, columnas de rayos infrarrojos que se activaban cuando se cerraba el museo, contactos magnéticos en puertas y ventanas… Cuando estaban demasiado cansados, lo dejaban y se iban a la casa de Armando, en la que este le había cedido una de sus espaciosas habitaciones a Carlota, convirtiéndose ella en invitada e interna, una intrusa en su preciado oasis de calma. A Carlota le encantaba ese lugar, disfrutaba de Chamberí, tan opuesto a sus barriadas donde se masticaba el sonido grosero de la pobreza y se olía la soberbia de la mediocridad. La banda sonora del día a día eran los portazos descuidados y gratuitos, la mezcla discordante e infinita de las televisiones que vomitaban su voz por el hueco de la escalera, por las ventanas, por los balcones. Niños con caras de ancianos resabiados torturando perros, pájaros, gatos, carentes de conciencia, de algún ejemplo de empatía. La exhibición impúdica de las peleas privadas, ásperas, insolentes. Carlota había formado parte de ese paisaje y, a fuerza de exposición, había desarrollado una alta tolerancia, aunque no así el gusto por ser parte de esa fauna. Cuando contemplaba la casa de Armando, con esos pasillos largos e intrincados y cuando posaba los pies en el puzle colorido de los baldosines hidráulicos de la cocina, sentía que ella podría

pertenecer a ese lugar. Toda la vivienda respiraba belleza, aparadores de anticuario, paredes lisas y suaves, altos ventanales. Luces cálidas. Cuadros, pequeñas esculturas, espejos antiguos… Carlota nunca había estado en una casa igual. Y Armando parecía haber nacido allí. Sería rico de fábrica. Llevaba un relojaco de esos que debían de valer una pasta y un traje de Armani con la misma naturalidad con que ella birlaba una camiseta del H&M. Hablaba de modo correcto, pero no relamido. Pasaban mucho tiempo juntos, trabajando, y vivían bajo el mismo techo, pero la convivencia acababa ahí. No había largas conversaciones, ni copas de vino en complicidad, ni pedir una *pizza*, ni echarse unas partidas a la Play. De hecho, Armando no tenía ni PlayStation, lo cual decepcionó a su alumna, que pensaba que en cada casa pudiente habría una. Lo que sobraban eran libros y más libros, que Carlota comenzó a leer por las noches, al quedarse sola en su cuarto y ser asediada por los recuerdos y los presagios. Que llevara años esperando la oportunidad que ahora tenía al alcance de la mano no quitaba que pasar por todo aquello le resultara algo amedrentador. Así que trataba de espantar a sus fantasmas leyendo. Leía lo que le seleccionaba su anfitrión y se dio cuenta de cuánto le gustaba sumergirse en esas películas que uno pone en pie en su cabeza llamadas novelas. Sin darse cuenta caía en una especie de borrachera de visiones, e imaginaba la cara de los aristocráticos *cast* de Agatha Christie; dibujaba la boa y el elefante del Principito y viajaba por un mundo azul oscuro, lechoso a base de disolver en él estrellas; tocaba con las yemas de los dedos el varonil rostro de Darcy. Se dormía muchas noches con un libro abierto y se despertaba con la forma del canto en la mejilla. Un desconocido había logrado aficionarla a la lectura.

Pero Armando seguía siendo un libro cerrado. Carlota no lograba que le hablara de su vida, pese a que preguntaba (y mucho), y él se negaba a saber detalles de la de Carlota. Casi cada tarde, él se arreglaba para salir y la joven lo veía desaparecer con su vaquero de marca y su camisa blanca, o su pantalón chino y su polo, preguntándose dónde iría tan guapo y, sobre todo, por qué nunca la invitaba a cenar por ahí, o al menos veían una peli juntos en ese sofá de cuero gigantesco que tenía en el hermoso salón, frente a la chimenea. Chimenea en Madrid centro, ahí es na. Por si

fuera poco, Armando seguía sin fiarse de ella, y la dejaba encerrada en su piso cuando se iba, por miedo a que lo desvalijara o a que desapareciera.

—Es injusto que yo tenga que fiarme de ti y tú no te fíes de mí.

—Tú no te fías de mí; me utilizas, como yo a ti. Y, por si fuera poco, no tienes nada que yo pueda quitarte.

Carlota lo miró, levemente ofendida.

—¿Ah, no? Me he venido a vivir con un tío al que conozco de nada. Podrías meterme mano, o violarme.

Armando soltó una gran carcajada, haciendo que su enorme cuerpo se agitara.

—Tú por eso tranquila, ya te lo dije. Como en mejores mesas. Nunca, jamás, te voy a tocar un pelo, pelirroja. Además, no es bueno mezclar trabajo y placer. Y, ahora, sé una buena chica: cena, vete a la cama, lee un poco y duerme. Mañana haremos algo con tu imagen.

—¿Qué hay de malo en mi imagen?

Armando echó un vistazo a sus rizos anudados con un coletero, a sus piernas enfundadas en un pitillo gris y a su camiseta de tirantes con una gatita de ojos redondos. Cogió las llaves de su BMW CSL de la consola de nogal de la entrada y abrió la puerta.

—No tengo tiempo suficiente para explicártelo.

Carlota escuchó cómo la encerraba. Por suerte era una cerradura nueva, sin cadenilla, y no le hacía dar un vuelco al estómago recordando su casa de acogida. Se sirvió una copa de vino de nombre muy gracioso, Pingus. Se lo pensó mejor y se llevó la botella a su habitación.

Una vez dentro se encendió un cigarro y abrió el amplio ventanal, apoyándose en la trabajada barandilla de hierro. Los sonidos de la ciudad penetraron limpiamente en el cuarto, como un nadador en el agua. Los árboles, enormes plátanos, llegaban hasta su piso, podía tocar los incipientes brotes que comenzaban a asomar en las ramas. Vio cómo Armando salía del garaje conduciendo esa antigualla de coche, «para qué se pilla un coche viejo teniendo la pasta que tiene», y se alejaba quién sabía a dónde o con quién. Otra vez sola. Menuda novedad. Miró a los pocos niños que aún jugaban en el parquecillo, dando gritos alborozados, con la suprema excitación fronteriza de quien sabe que en nada va a acabar el

recreo y toca cena y deberes.

Esos gritos infantiles le trajeron otros a la cabeza. Unos que nunca salían de ella. La voz de una niña susurrando con rabia. Impotente. Amarga.

«Te encontraré».

Carlota cerró las ventanas tratando de acallar esa voz. Se tapó los oídos y se dejó caer en la cama. Rogaba por seguir siendo fuerte y precisa en sus movimientos. Tenía que acabar con aquello.

A la mañana siguiente, sentada en el asiento de copiloto del viejo («antiguo, Carlota, no viejo») coche de Armando, la aprendiza de ladrona se negaba a salir. Estaban estacionados frente a una tienda de ropa de diseño de diversas firmas en una de las zonas pijas de la ciudad: el barrio de Salamanca.

—¿Qué demonios te pasa ahora? —preguntó Armando.

—Que no voy a ser otra porque vaya a convertirme en ladrona. Yo soy yo, y no tengo que avergonzarme de nada. ¿Acaso me van a echar de un museo por cómo voy vestida?

Armando ni se lo pensó.

—Si llevaras esa falda amarilla con la gorra de rapera, yo lo haría.

—Es una pijada tuya como otra cualquiera. Ni mi aspecto ni mis modales nos van a impedir robar un cuadro.

—Tu mal aspecto y tu falta de modales hacen que destaques y causes rechazo en determinados ambientes. Y mi intención es que robemos en esos ambientes, no en un centro comercial del extrarradio, donde sin duda pasarías desapercibida.

—Perdona, una no pudo ir a la universidad ni a partidos de polo o lo que narices hagáis los ricos, y si te preocuparas un poco por preguntar algo de mi vida, lo sabrías. —Carlota estaba embalada, la voz a punto de quebrarse de puro cabreo—. Pero te aseguro que puedo dar el pego en cualquier sitio, aparentar que llevo un palo de escoba metido por el culo, como tú. Un palo más corto que el tuyo, claro.

Armando la miró con esa cara seria que le daba un punto de advertencia y, sin decir palabra, arrancó el coche y se alejó de la tienda. ¿Había ganado por primera vez ella?

Cuando vio el restaurante a donde la había llevado, supo que no. La ristra de tenedores que exhibía junto al nombre (algo vasco,

creía ella) acojonaba. Armando dejó las llaves a un gorrilla de lujo que luego le abrió la portezuela del copiloto a ella, mirándole con disimulo los muslos enfundados en sus medias color carne, esperando que se apease, cosa que ella hizo con torpeza, espatarrándose todo lo que le daba de sí la falda. Un hombre con librea les franqueó la puerta del restaurante. Armando, con mirada burlona, le hizo una seña a Carlota para que entrara. Ella se armó de dignidad y pasó al refinado salón, con refinados comensales y con refinados camareros. Un hombre que pareció emerger de la nada le pidió su abrigo («A cualquier cosa llaman abrigo, estos») y se lo llevó tan discretamente como vino. El bisbiseo le atronaba los oídos. ¿Por qué carajo hablaba esa gente tan bajito? Se miró de reojo: la mini amarilla que apenas le tapaba el culo y que hacía una hora le parecía ideal ahora se le antojaba vulgar y pobre. Deseó que la camiseta le cubriera el ombligo, y no haberse puesto tanto maquillaje, al ver a las exquisitas mujeres con los labios rojo mate y los ojos ligeramente ahumados. El perfume del súper que ella usaba, floral y pegajoso, chillaba como un bebé con cólicos. Miró las mesas. Señor. ¿Y a qué tanto cubierto? No había visto tantos seguidos ni en las bodas en las que estuvo sirviendo hace unos años. Una vez sentados y con la carta en las manos, no supo pedir. No sabía ni de qué iban los platos. Resulta que un tupinambo es una especie de patata con sabor a alcachofa. Hay que joderse. Lo peor de todo era que Armando no le quitaba el ojo de encima, y estaba disfrutando de lo lindo.

—¿Quieres que pida por ti o tienes alguna sugerencia?

Carlota iba a tartamudear cuando el metre se le adelantó con delicadeza.

—Hoy me permito sugerirles el *carpaccio* de gamba roja, y tenemos un *pigeon confit* absolutamente sublime.

Armando miró a Carlota, interrogante.

—La señorita elige.

—Estamos en sus manos, señor, ya sabe, las damas mandan —añadió el empleado, pelota, con cierto tufillo machista/patriarcal, para después dirigir la mirada a la azorada señorita, que trataba de mantener el tipo. Los segundos de silencio se dilataban como una goma elástica al sol.

—Pues… eso. Lo que él dice. Lo del *confí* y tal —dijo Carlota

ignorando que se refería a un pichón.

—Excelente. ¿El caballero?

—El caballero lo mismo, gracias.

—Las mujeres siempre llevan razón, ya sabe… —apostilló guiñándole un ojo el camarero, insistiendo en la rancia complicidad —. Enseguida le mando al sumiller.

Carlota tomó aire y un buen trago de agua, pensando que había pasado lo peor. Pero al ver en su plato esas láminas transparentes de gamba CRUDA supo que no. Después la cosa fue a peor. Haciendo de tripas corazón (era vegetariana; se había sentido demasiadas veces como en un matadero), se lanzó a comer con las manos algo que era como un pájaro diminuto (resulta que eso era el *pishon confí*). Los de las mesas de al lado no pudieron evitar mirarla con desagrado. El pájaro voló de su plato al tratar de pincharlo, y dio con su pobre cuerpecillo en el suelo, provocando en el silencioso ambiente una suerte de ruido ensordecedor: el del reproche velado. Aunque el «especial Carlota» tuvo su cenit cuando, al incorporarse tras recoger el minicadáver alado, golpeó la mesa con la cabeza y las copas se cayeron. Los comensales cercanos no pudieron evitar reírse ante la torpeza de Carlota. Ella, sin más, se levantó de la silla, huyó arrollando camareros y mesas, y salió del restaurante hecha una furia, roja de vergüenza, temblando de indignación. Armando la siguió y la cogió del brazo en la calle, obligándola a mirarlo. La puta sonrisa burlona.

—¡No te rías! ¡Y suéltame!

—¿Por cuál de las dos empiezo?

Carlota se zafó de la mano de Armando con muy mala leche.

—¡Por dejar de descojonarte!

Armando hizo caso omiso y siguió sonriendo de oreja a oreja.

—Venga, mujer. No te lo tomes así. Darás tema de conversación a esos aburridos durante meses.

—¿A esos aburridos? ¡Y a ti, me cago en la puta!

El aparcacoches y el tipo de librea no perdían ripio, aunque trataban de disimularlo. Armando comenzó a sentirse violento. Y a jugar con la moneda usando la mano izquierda, cada vez más deprisa.

—Ya está bien, Carlota. Deja de montar el número.

—¿Por? ¡Puedo decir lo que me salga del coño!

La pareja que salía del restaurante en ese momento, un elegante dúo de ancianos, y los dos empleados dieron un respingo. Carlota se enfrentó a ellos.

—¿O no? ¡¿O no?!

Armando se hartó y la agarró del antebrazo con rabia, arrastrándola unos metros, lejos de la entrada del local. Le clavó la moneda en la piel de lo fuerte que la apretó.

—Basta ya, deja de dar la nota, joder. ¿Te convences de que no estás preparada para determinados ambientes?

Carlota se revolvió como una experta metiéndose bajo el brazo izquierdo de Armando, girando rápidamente después y quedando libre. Luego, le propinó un empujón que lo desequilibró por lo inesperado.

—¡Pues que te den, a ti y a tus ambientes! ¡No tienes ni idea de cómo me he criado yo! ¡Nunca voy a pegar con ese tipo de gente, nunca podré robar en un puto chiringuito de pijos!

—¿Tienes acaso idea de cómo me he criado yo? ¡No! El ser una choni de barrio no te da derecho a comportarte como una malcriada. ¡Deja de compadecerte por no haber nacido rica, por haber tenido que trabajar!

—¿Trabajar? —Negó con la cabeza y continuó, amarga—: Ojalá el trabajo hubiera sido el mayor de mis problemas. —Volvió a acusarlo, dándole con el índice en el pecho—. ¡Y si no tengo ni idea de tu vida no será porque no te haya preguntado! ¡Pero no me cuentas nada, no sé nada de ti, no hablas conmigo, solo me das clases, datos, putos libros! A ti no te interesa una mierda mi vida, ¡ni siquiera como carne y me has hecho diseccionar un pobre pájaro, joder! —zanjó una enojada Carlota en tono más bajo, agotada—. Todo esto ha sido un error.

Se dio la vuelta, rendida. Armando la miró con compasión. Él comenzaba a pensar lo mismo, pero no era momento de echarse atrás. Quien le pagaba y observaba el entrenamiento de la ratera con curiosidad malsana no lo permitiría. Siguió a su pupila hasta una fuente, en la que ella se sentó. Se quedaron un rato en silencio. Hacía frío, pese al sol de las cuatro de la tarde. Carlota no llevaba abrigo, temblaba. Él se quitó su chaqueta, quedando en mangas de camisa, y la cubrió con ella. La joven no la rechazó, clavada su mirada en ningún sitio. Al fin, Armando rompió el mutismo.

—Carlota, si no te hablo de mí es porque creo que cuanto menos sepamos el uno del otro, más seguro será para ambos. Yo necesito una… —buscó la palabra— colaboradora y creo que tú posees las cualidades necesarias. Este es un trabajo arriesgado, donde la concentración es fundamental. No podemos implicarnos emocionalmente.

—Soy una choni vulgar y metepatas, según tú. No sé dónde ves esas cualidades, joder.

Él respiró y le cogió la cara con la mano, levantándole la barbilla.

—Carlota: cada uno puede llegar hasta donde él decida. Escalar hasta la cima o quedarse en la base de la montaña. Tú puedes ser quien te dé la gana. Debajo de esa capa de maquillaje, tacos y enfado, estás tú. Y eres preciosa y muy lista. Solo necesitas sacarte brillo para deslumbrar.

Carlota calló un buen rato. Su feminismo se desmoronaba como un volcán de arena de playa al subir la marea. A la mierda la lucha contra la cosificación y los estereotipos. Preciosa. Armando la consideraba preciosa. Pues nada, Carlotita, ya con eso todo correcto. Y lista, ojo. Lo de lista también lo había dicho. Pero como que lo de ser preciosa la había calentado más que la chaqueta que le había prestado su maestro. Al fin lo miró, aún ceñuda, y consintió veladamente a su transformación.

—Pero nada de llevar perlas.

Armando sonrió.

Tras aquel episodio vergonzoso, y sin proponérselo, Carlota pasó con Armando una de las tardes más divertidas de su vida. Se sentía como Julia Roberts en *Pretty Woman*, viendo cómo los dependientes le hacían la pelota, probándose prendas increíblemente hermosas y dejándose mimar por estilistas y maquilladores. Alabaron su pelo de «color caramelo», realzaron la acuosidad de sus ojos grises y ciñeron su cuerpo algo aniñado pero sinuoso con delicados encajes de lencería. Como postre, Armando cenó opíparamente con ella en casa, enseñándole qué cubierto iba con qué, de qué copa beber y haciéndole repetir como un loro frases de cortesía con dicción perfecta. El vino y el champán les soltaron la risa y ablandaron sus reticencias; acabaron en el sofá de piel viendo, en efecto, *Pretty Woman*. Carlota cayó dormida sobre el

hombro de Armando, que se dejó atrapar igualmente por el sueño, con la mejilla suavemente apoyada en los sedosos rizos de ella.

Los sueños de ambos estaban siendo vigilados.

Mientras ellos se sumen en el sopor dulce de quien duerme en la compañía que desea, yo sigo atrapada en mi propio ser. El terror perpetuo que me acompaña desde el día de la traición a veces se hace casi físico. Tan profundo en mi interior que quema. He hecho que llamaran al doctor para que me examinara, creyendo ser víctima de fibromialgia. Pero no. Nada nuevo, otro ataque de pánico. El gazmoñas de mi médico ha notado mi decepción y se ha ido algo afectado. ¿Quién quiere sufrir un mal tan penoso? Yo. Yo lo prefiero. Deseo estar enferma de la enfermedad del dolor perpetuo. Al menos eso es palpable. Al menos eso me permitiría ser libre.

Vivo presa. Presa de mi mente. Presa de mi culpa. Presa de mis miedos.

Aterrada por alguien a quien no he vuelto a ver.

Aterrada por sus susurros.

Armando suponía que a ella no le habría gustado ni pizca contemplar aquella tierna escena, ni escuchar sus halagos a Carlota. Pero estaban apostando fuerte y esas cosas eran predecibles. Él hacía bien su trabajo, sin más. Aunque no recordaba relajarse de tal modo al lado de una mujer. Tanto como para dormirse viendo una película facilona y tramposa, tanto como para despertarse con el cuello dolorido, tendidos ambos en el sofá y hechos un siete, pero sin soltarse. No significaba nada, no iba a significar nada. Pero el caso es que todo era distinto. A veces desearía abrirse a Carlota, decirle que en realidad él no era el perista cultivado y elegante que aparentaba. Seguía siendo el raterillo de poca monta atrapado por una banda de desaprensivos que utilizaba a menores de edad para dar el palo aprovechando sus caras de niños y sus manos ágiles. Salidas de cines y teatros, centros comerciales, colas de cualquier tipo. Armando siempre fue el mejor. Rápido, discreto, con una elegancia natural que a saber de dónde venía, pues sus progenitores fueron un claro ejemplo a no seguir. Su padre, un ludópata, alcohólico y vago. Un mierda que cada vez que perdía unas pesetas a cualquiera que fuera la cosa que jugase (póker, máquina tragaperras o bingo) pagaba su frustración y su mediocridad en los

lomos de su madre, hasta que esta, tras acudir por enésima vez al hospital alegando que se había caído por la escalera, no volvió. Al parecer, le dio igual dejar esperando su llegada a un crío de pocos años asomado a la ventana del salón, pegada la nariz al sucio vidrio, escudriñando el callejón en el que se situaba su humilde bloque de pisos de protección oficial. No amaba tanto a su hijo. Se amaba más a ella misma, cómo reprochárselo.

Los niños siempre quieren a su madre, es cuestión de supervivencia. Pero lo cierto es que Armando nunca recibió ese amor tan loado por la sociedad, ese mitificado sentimiento que atesoran todas las mujeres por el hecho de haber parido. No. Su madre era un ser egoísta, cruel, que se burlaba de sus piernas flacas y largas llamándole «cigüeño». Si se le escapaba el pis por la noche, le dejaba dormir mojado, por meón, para contárselo con hilarantes detalles a las vecinas a la mañana siguiente, humillándolo. Una madre no está tocada por el dedo de Dios, una madre no es buena y abnegada de fábrica. Hay madres buenas, malas y deleznables, que sienten que esos seres a los que han dado la vida no son más que un incordio que encima cuesta dinero, tiempo y energías. Esa era la madre de Armando. Le dejó a merced de un borracho violento, que volcó en él los golpes que ya no podía propinar a su esposa. Hasta que, una mañana, la fortuna sonrió al pequeño Armando: lo encontró en el cuarto de baño, tumbado bocabajo en un charco pestilente de vómito; frío, muerto. Quién sabe si se pasó con la coca, con los cubatas de DYC o con ambos.

Armando no quería drogarse, detestaba perder el control. Ni un porro, ni una pastilla, ni una raya. Lamentablemente esto no casaba con la, digamos, política de empresa de quienes pasaron a ser sus patrones/explotadores. Esa mafia mantenía a los adolescentes disciplinados gracias a las invisibles cadenas que les ataban a los tobillos a base de drogas. Unos grilletes virtuales muy efectivos. Como el espigado chaval que era Armando cumplía con creces cuanto trabajito le encargaban, iba escaqueándose de pagar el peaje de ser adicto.

Hasta que el trabajo cambió de cariz. Lo que vino a «complementar» los hurtos era tan abominable que le hacía muy complicado no dejarse llevar por el innegable bienestar que proporcionaba la heroína. El jaco le permitiría cumplir sin sentir

asco de sí mismo. O eso creyó.

Carlota le trajo al presente con un excitado pellizco en el antebrazo.

—¡Aterrizamos, aterrizamos! ¡Florencia!

La joven se pegaba a la ventanilla del avión creando una nube de vaho en el cristal. Movía las piernas con un alborozado tic, y Armando se alegró de haberla sentado en *business*; si no, sus pies voladores estarían sacando de quicio al pasajero vecino. Resultaba que su pupila no había volado en la vida. Nunca. Por extraño que pudiera parecer, Carlota no había salido del país, ni casi de Madrid. Describió el despegue como «un megaflipe». Y ahora no apartaba sus ojos grises de los suburbios de la ciudad, empequeñecidos por la altura. Todo lo que hacían juntos se teñía de esa sensación de estreno, de estar rompiendo con ansiedad el papel de regalo, y, al tiempo, de incertidumbre al no saber qué iban a encontrar dentro.

—Chaval, qué guapo…

—Ni chaval, ni qué guapo, Carlota, joder —espetó Armando, tratando de expresar disgusto pero complacido por la alegría de la mujer.

—Pues qué pasada. Qué pasada está bien, ¿no?

—Mátame deprisa.

Carlota se echó a reír de buena gana y le dio un golpe en el brazo. A veces hasta ambos olvidaban por qué estaban ahí. Olvidaban sus verdaderos propósitos, que los dos estaban jugando al peligroso juego del engaño. Pero la felicidad es una cosa muy puñetera. Como una buena juerga. Como un orgasmo. Dura poco y te hace olvidarte de todo lo demás.

Cuando llegaron al hotel Lungarno, Armando notó que a su menuda acompañante le costaba mantener la compostura. Las vistas al densamente líquido Arno, la imagen de la maravillosa cúpula de Brunelleschi, ardiente bajo el sol de la tarde, el Ponte Vecchio, con sus comerciantes, su incesante marea de turistas cruzándolo en bucle y su olor a masa frita. Al dejarla en su habitación, al ladrón le dieron ganas de abrazarla. ¿Hacía cuánto que él no sentía genuina alegría? Tan solo cuando robaba alguna pieza realmente valiosa, por su belleza o por su historia, sentía que la sangre le corría por las venas. Vender la obra a casas de subastas poco escrupulosas o a particulares ansiosos de poseer algo único y hermoso hacía mucho

que no le divertía. Y menos aún engrosar su cuenta corriente con lo ganado. De hecho, se hizo ladrón de arte porque el tasar y mercadear no le bastaba. Necesitaba apropiarse de la obra. Ponerse en riesgo. Saberse a un paso de la cárcel, o de la muerte, si el robo implicaba un peligro de tal índole. Ese juego en el que había metido y por el que había reclutado a Carlota era un paso más hacia el abismo. Y él lo sabía.

Carlota, ignorante de los pensamientos de Armando, disfrutaba de la parte blanca e inocente de ese viaje; tenía la facultad, aprendida y entrenada con los años, de agarrar los instantes de alegría y pureza al vuelo; abría los poros, se convertía en un ser esponjoso y permeable, una planta crasa que atesora la humedad para ir alimentándose de ella cuando no haya una gota de agua. Hacía acopio de momentos dichosos para ir nutriéndose de ellos cuando la sordidez la envolviera con un hedor verde y grasiento. Así había sobrevivido a la mierda de vida que le había tocado. Tenía trece años el día en que él pasó de los roces a meter las manos entre sus piernas. Ese día supo que debía escapar de la casa de acogida cuanto antes. Dejó de ponerse faldas, era peor sentir los dedos de ese asqueroso hurgando en sus bragas, ávidos de recorrer los pliegues escondidos, que el que manosease la costura de los vaqueros. Le repetía que él hacía mucho por ella y por el resto de niños que tenían acogidos. Trabajaba como un burro para darles comida y techo. Para que fueran al colegio. Ella se atrevió a protestar.

«Os dan subvenciones».

«Qué coño sabrás tú lo que es eso. Lo que da la puta Comunidad no alcanza ni para comprarte los jodidos Tampax».

La niña se replegó. Hasta su sexo se retrajo. Nunca le había pegado, pero a las otras niñas sí. Cuando llegaba la asistente social a ver cómo iba la cosa, nunca daba importancia a los moratones. Son niños, ya sabe, decía su madre de acogida, una gruesa y deprimida mujer que pasaba los días viendo novelas y *talks shows* y limpiando en un par de sucursales de banco cercanas. La asistente asentía, comprensiva. Seguro que suponía lo que sucedía en aquella casa de mierda, pero ¿qué iba a hacer? ¿Devolverles a los centros de acogida? Sobraban niños abandonados y las restrictivas leyes españolas hacían casi imposible la adopción. Amén de que nadie

adoptaba a chavales pasada cierta edad.

Así que allí estaba, en la grasienta cocina de la que era su casa, un anodino y mal construido adosado en una ciudad dormitorio, oliendo el aliento de ese mierda que fumaba negro y ejercitaba compulsivamente los músculos del torso y brazos hasta provocar que las manos apenas tocaran el tronco, por la hipertrofia de los bíceps. Tenía dedos gordos, torpes. Cuando los pasaba por sus pechos los notaba calientes, como las salchichas de Frankfurt que vendían en algunos bares para hacer perritos y que se cocían en unas urnas cilíndricas. Cuando llegaban a su vulva, protegida convenientemente por pantalones, temblaban de deseo. Eso casi era lo peor. Lo que más náuseas le provocaba. Que la tocara ahí abajo con ese temblor. La primera vez que le cogió la mano y se la colocó en el abultado paquete ella la retiró asqueada. Vio la ira en sus ojos y tuvo miedo. Él sonreía, pero la agarraba de la muñeca con dolorosa fuerza.

«Vamos, mi niña, no querrás que papá se enfade, ¿no?».

«No eres mi padre».

«Mejor. Así podemos jugar con nuestras cositas sin que sea algo malo —alegaba él, bajándose la cremallera—. Mira… Mira qué durita está. Porque te quiere… Y quiere que la toques».

Entonces, tocaba manosearla. Y rezar para que durase lo menos posible, para luego salir corriendo al baño a lavarse la mano pegajosa con jabón, y frotar con el cepillito de las uñas hasta levantarse la piel mancillada. Se miraba al espejo y el odio crecía dentro de ella. No debía estar allí. Debía estar con unos padres buenos y cariñosos, que preservaran su inocencia. Pero ella se los había arrebatado. Ella era la culpable de que ese asqueroso le hiciera vivir en el terror.

Un día se lo haría pagar. Un día le devolvería su traición.

## *1994*

*Las dos nuevas amigas gastaron el domingo buscando la dichosa muñeca. Nunca habían pasado tanto tiempo juntas, y a la pequeña rubita esa niña morena y alta la intimidaba un poco. Tenía una nariz enorme, ganchuda como las de las brujas, y unos ojos tan negros que parecían hundirse en su cara mate y parduzca. Además, nunca sonreía. Pero el caso es que era la única en todo el orfanato que se había prestado a echarle una mano para recuperar a Amapola. Ese día, los educadores los iban a llevar al Retiro y comerían unos bocatas cerca del estanque. Que les dieran a la cuatro ojos y a su jodida muñeca.*

*Las niñas buscaron en las taquillas, en la sala de manuales, en el cuarto común, entre las desvencijadas cajas del Monopoly y del juego de la oca, tras los sofás cubiertos de plástico. Hasta en las cocinas, con el riesgo de castigo que eso conllevaba. A menudo, los internos se colaban en la enorme estancia situada en el semisótano para robar un poco de chocolate o una magdalena.*

*Al final, la encontraron enterrada. No había sido un extravío. Había sido un robo con la intención de fastidiar, ni más ni menos. El mal bicho que lo hubiera hecho se dejó un pie de la muñeca fuera, y la Gitana lo vio, con esos ojos de cuervo que tenía. La nena rubia nunca lo hubiera descubierto, con lo cegata que era. La desenterraron. Lo que encontraron las dejó sin habla. Le habían arrancado los ojos, le habían quemado parte del pelo. El cráneo mostraba la goma fundida, una herida abrasada. La aterrada dueña no se atrevió ni a cogerla en sus brazos, ¿quién puede ser tan malo como para hacerle eso? Ya no la quería. Le daba miedo. La Gitana la lanzó sin más aspavientos por encima*

*de la valla del patio. Como un día las habían tirado a ellas.*

*Tras aquello, esa misma noche, hicieron un pacto de amistad. No estarían solas nunca más, se tendrían la una a la otra, serían hermanas. Hermanas de verdad. Utilizando una segueta de las que usaban en clase de manuales, se hicieron un corte en las muñecas izquierdas. Luego, juntaron las heridas y dejaron que sus sangres se mezclaran.*

*Pero una de las dos no era más que un cordero para el sacrificio. Un medio para conseguir un fin. Por ahora, no ser un blanco tan fácil; junto a su nueva amiga sería más sencillo librarse de las collejas, los chicles pegados al pelo, los empujones en clase de gimnasia. Odiaba sobre todas las cosas ese maldito orfanato, la soledad, el desamparo. Odiaba sobre todas las cosas a esos monstruos que más que compañeros eran rivales. Rivales en esa carrera por una familia. Cuando la cuatro ojos se durmió, ella lavó con esmero la herida, esa piel abierta por donde habían juntado sus sangres. Le daba asco. El ser humano le repugnaba, en general. Y ella, esa niña que ahora decía ser su hermana, más.*

# 3

El tiempo en la capital de la Toscana era inestable en la incipiente primavera. Retumbaba un trueno en el cielo y florecían en él nubes que se abrían como capullos negros, grises, malvas, y comenzaba a llover: gotas al principio muy gordas y que al tocar la piel parecían hasta cálidas, al poco finas y abundantes, creando cortinas líquidas en los bordes de los toldos desplegados de terrazas y *osterias*, repiqueteando al chocar contra las gruesas telas. Armando y Carlota parecían una pareja poco efusiva, de esas en las que ya no es necesario sacar tema de conversación para evitar los silencios incómodos. Cuando el aguacero los sorprendía, interrumpían la instrucción de la aprendiza de ladrona y se guarecían en alguna mesita pegada a la ventana de un bar mientras saboreaban un sedoso Bellini o aprovechaban para ponerse como el quico si era la hora del aperitivo («Lo mejor de Florencia, ni cuadros ni leches», según Carlota), en su lugar favorito, la Piazza Santo Spirito y los cafés que la circundaban. Allí esperaban que escampase. Esperaban que la lluvia siguiera abrazándolos, impidiéndoles salir al exterior; que las dramáticas nubes siguieran difuminando los contornos de sus cuerpos, fundiéndolos con el ambiente eléctrico. Les daba una tregua, un descanso en la educación de Carlota, cuyo objetivo no era otro que convertirla en ladrona.

Recorrer las hermosas galerías y museos que atesoraba Florencia maravilló a Carlota. Había pensado que sería un coñazo, tanto lienzo y tanto claroscuro, pero lo cierto era que cuanto más arte veía más le gustaba. Aunque en realidad lo que quería Armando no era que se aficionara a la pintura o a la arquitectura, sino que aprendiese todo sobre los sistemas de seguridad que protegían esos tesoros. Mimetizados como dos turistas más, se mezclaban con el gentío que atestaba la Piazza della Signoria, tan concurrida como hermosa, con su famosa torre de Arnolfo, que parecía rebosar arena

dorada, sujeta en el aire como una bailarina. Deambulaban por el Palazzo Vecchio y bajo el de la Logia, donde se celebraban las asambleas de la ciudad antaño y ahora se exhibían al aire libre esculturas que impresionaron a la pupila (aunque Armando le tapó los ojos para que no contemplara la réplica del *David* que se alza en la plaza: «No vas a ver antes el sucedáneo»). Siguiendo su papel de viajeros ordinarios, simulaban curiosear entre los apretados tenderetes del mercado del Porcellino. Simulaba Armando; a Carlota le fascinaban los bolsos de imitación Prada o Ferragamo que se desparramaban en las mantas de los tenderetes, y el jabalí de metal, al que le brillaba el hocico de tanto manoseo supersticioso, y que daba nombre al mercado, le pareció «una monada de cerdito».

Aguardaron la cola siempre kilométrica para entrar en la Galería de la Academia, pese a haber sacado sus entradas con antelación. La lluvia que los acompañaba de tanto en tanto como una amiga caprichosa ahora había dejado paso al sol rabioso que parecía emerger con ganas de fastidiar al haber estado silenciado, significarse, dejar claro quién mandaba en el universo. Se abanicaban con las entradas deseando llegar a la frescura del interior y pasear por el edificio que se asemejaba a una iglesia con planta de cruz latina, dejarse acariciar por la luz tamizada que atravesaba las amplias claraboyas, disfrutar de la contemplación de sus hermosas obras mientras Armando iba desgranando cómo esas maravillas no podían ser robadas, aunque a veces fallasen los sistemas.

—Mira ahí. ¿Qué ves?

Carlota estaba casi desnucada y boquiabierta contemplando la impresionante escultura de más de cinco metros de mármol, músculos perfectos y venas casi eróticas.

—El mayor pibonaco con el que me he topado en mi vida. Mejorando lo presente.

—Además.

—¿Que tiene un pene algo regulero?

Armando bajó la vista, con su nivel de paciencia en el mínimo.

—Carlota, ¿estamos a lo que estamos? Mira «eso». —Señaló con el folleto que llevaba en la mano una cajita situada en el pedestal de la escultura—. En esas cosas tienes que fijarte. —Miró arriba, una serie de cámaras vigilaban la escultura desde todos los ángulos—. Y

en eso otro. No en las proporciones del *David*, coño.

—Has dicho coño —dijo Carlota con una sonrisa.

Armando le lanzó una mirada asesina hasta que se echó a reír. La agarró del hombro.

—Venga, largo de aquí.

Tras recorrer las salas dedicadas a las sublimes pinturas que iban desde el siglo XII hasta el XVI (Tintoretto, Giorgione, Canaletto…) y repasar los sistemas de alarma y seguridad, hicieron un descanso para comer un pato con linguini él y unos espaguetis marinara ella, en una escondida *osteria* en la Via dei Magazzini. El vino de la Toscana no logró borrar la memoria de Carlota, que pudo recitar unos cuantos tecnicismos sin dificultad: «cámara HD-CVI, visión exterior e interior. Visión nocturna treinta metros. Antivandálica, resistente desde treinta grados bajo cero hasta sesenta. Controlada mediante UTC», lo cual tranquilizó a Armando, pero no lo suficiente como para no continuar la formación. Los días en Florencia iban a ser de todo menos descansados. En la Galería de los Uffizi pasaron dos jornadas extenuantes que provocaron pesados sueños en la aprendiza de ladrona, que mezclaba sensores de movimiento de doble o triple haz con una sanguinaria Judith decapitando a un barbudo que acababa siendo Armando. El cuadro de Artemisia Gentileschi dejaba poco sitio a la duda acerca del talento de las mujeres, y el que apenas hubiera obras en los museos pertenecientes a artistas femeninas reflejaba lo injusto de una sociedad que ocultaba el genio de una mitad de la población. Sin solución de continuidad, sin días de asueto entre museo y museo, recorrieron el Palacio Pitti, el Museo Bardini y pequeñas galerías de arte, sin dejarse la catedral de Santa Maria del Fiore. Desde luego, ese tipo era un explotador, pensaba Carlota.

—He de decirte que serás un gran ladrón, pero, chaval, no sabes divertirte.

Armando la miró elevando las cejas, en un exagerado gesto de interrogación. Se refrescaban tomando un helado comprado en la famosa heladería La Carraia (aunque a Carlota le seguían encantando los Frigopie, la verdad, no veía misterio en congelar leche y azúcar…) y deambulando por las callejuelas florentinas.

—Supongo que tú sí, claro. El alma de cualquier fiesta.

Carlota pegó un lametazo a su cucharilla y asintió, ufana.

—Desde luego no me llevo a una tía a tomar por saco a una ciudad que es una monada para llevarla de museos.

—Te recuerdo que este no es un viaje de placer, «tía».

—En eso estamos de acuerdo.

Armando miraba desde su estatura la cabellera de su alumna. Sedosas ondas anaranjadas que le recordaban los trazos de los soles de Van Gogh. Disfrutaba rechupeteando el dulce que rebosaba del vasito listado en vibrantes verdes. Lo cierto es que Carlota disfrutaba con todo. Era una completa ignorante, pero le brillaron los ojos cuando contempló la marmórea y cremosa piel de la *Flora* de Tiziano. Le gustaba el arte y la belleza de manera ingénita, aunque no tenía conciencia de ello. En parte se parecía a él. Ambos habían salido de los albañales. Pero ella conservaba cierta inocencia, cierta capacidad para el asombro. A él ya pocas cosas podían sorprenderle. En Carlota todo palpitaba. Sus ojos de un gris transparente, su menudo cuerpo, su risa.

Era tan distinta a quien financiaba su formación… A quien pagaba todos los gastos que acarreaba el entrenamiento de Carlota, a la persona a la que le estaba proporcionando, un cordero para el holocausto, un sacrificio exento de amor. Esa palabra no entraba en el diccionario vital de esa mujer. Por una vez, a Armando le gustaría estar con alguien que disfrutara con el contacto natural piel con piel; sin aditivos, sin perversiones. Alguien con quien tenderse y bucear en los recovecos, sin prisa, sin más intenciones. Como imaginaba sería amar a Carlota. Negó. De nada servía fabular con cosas que nunca pasarían. Hacía mucho tiempo que había emprendido un camino sin retorno. Cuando pactas con la amargura caes sin remedio en el abismo. Un abismo sin luz, asfixiante. Era preso de un pacto demasiado viejo para romperse. Menos mal que le quedaba el arte. La redondez sensual del vientre de Venus naciendo de las aguas; la exquisita palidez del asombrado rostro de la Virgen Niña en la *Anunciación* de Leonardo. Miró la vieja moneda con la que jugaba entre los dedos. La moneda con la que empezó todo. Esa noche, cuando dejara a Carlota en su habitación, tendría que llamarla, como cada noche. Meterse en la cama, darle el informe completo de sus movimientos, de sus progresos, de las impresiones que le iba causando la elegida. Abundar en algo que ella hubiera visto u oído durante el día y que no le cuadrara. Un

gesto de Armando, un guiño de Carlota, una risa compartida. Y luego, una vez saciada su curiosidad, saciar sus otros apetitos. Procurarle placer fingiendo un tórrido sexo telefónico. Un placer que ella estaba casi impedida a sentir. Era difícil procurar un orgasmo a un cadáver.

En el Oltrarno pasaron frente a una hermosa joyería, rara solo por no estar en el famoso Ponte Vecchio, junto a las otras decenas de establecimientos. Los ojos de Armando se afilaron al contemplar los brillantes, las amatistas, los zafiros, engarzados primorosamente en platino, oro blanco, oro amarillo. Ya era hora de ir comprobando si Carlota era algo más que una mujer lista y atrevida.

—Quiero que robes una joya.

Carlota le miró. Miró el imponente escaparate. Miró el grosor del cristal de seguridad… Los sensores de las vitrinas. Las cámaras. Y, por si fuera poco, el imponente segurata, igual de ancho que de largo, o eso parecía. Armando llevaba ya tiempo entrenándole el ojo y a golpe de vista podía asegurar que robar ahí, en ese momento, era una soberana gilipollez.

—Te ha sentado mal el Tignanello. —Y lanzó con puntería el vasito de papel de la *gelateria* La Carraia a una papelera cercana.

Armando sonrió con esa sonrisa suya con la que reían los ojos, las cejas y hasta las pestañas. Se había dejado algo de barba y ya no se le veían los hoyuelos, pero ella sabía dónde estaban.

—No seas cobarde.

—Lo que no soy es idiota. Me lo estoy currando que te cagas como para joderla ahora.

—Y cada día hablas con mayor propiedad, además —se burló él.

—Estamos solos, puedo hablar como me salga del toto.

—Mejor calla, entra y tráeme algo. Venga. Un caprichito.

Carlota miró la tienda. El escaparate de la joyería centelleaba como el Mediterráneo en un mediodía radiante. Miles de rayos tornasolados hechizaban a los transeúntes. Tragó saliva. ¿Un caprichito? Cada mierdecilla de esas valía miles de euros…

—¿No te vale si te hago un pase de lencería en el hotelazo?

—No.

—Tú lo que vas a ser es marica. Te lo digo yo.

—Como si soy trans. Tú tráeme algo de esa tienda.

—¿Y si me pillan y me enchironan?

—Pues habré perdido unas cuantas semanas de tiempo contigo y algo de dinero. Pero hay más peces en el mar.

Carlota le miró de hito en hito.

—Eres un sentimental.

Armando echó un vistazo a su reloj, al sol, se desabrochó los puños de la pálida camisa azul celeste de Ralph Lauren con ademán indolente y le dio lo que sonó a ultimátum:

—En Italia cierran las tiendas pronto, niña. Decídete. Si no vales, no vales, y punto. Aquí paz y después gloria.

Carlota se lo pensó. Antes había: a) robado carteras en metros y colas; b) un conjuntito de La Perla mientras una dependienta oronda la perseguía hasta el mismísimo probador, «por si se había equivocado con la letra de copa. Las mujeres, en general, no sabemos qué talla usamos», vaya por Dios. Toda la vida sujetándose las tetas equivocadamente; c) una Bicimad para colarse en el Mad Cool. Que le den al Ayuntamiento; d) las dichosas acuarelas con las que comenzó todo. Y ahora, de eso, pasar al «caprichito». Un joyón de un establecimiento que ni Fort Knox. Repasó su atuendo. Se alegró de haber pasado por la pátina Armando. Llevaba una falda de lino justo por encima de las rodillas y una bonita camiseta de algodón lavado con una cazadora de delicada piel de Bottega Veneta. Zapato plano del de a cien pavos cada pinrel y varios collares de bisutería de la cara. Sosa hasta morir, pero a juego con él, que era de lo que se trataba. ¿No iba demasiado poco arreglada para entrar en esa tienda? Al echar un vistazo más detallado concluyó que no. Una ciudad tan turística era una amalgama de estilos que no siempre iban en consonancia con la pasta que atesorase cada uno. Solo había que ver a algunos guiris y sus pintas.

—Tic-tac…

Armando la miraba con ese aire cínico. Tocó de nuevo la esfera de su reloj gigante, dando dos golpecitos. No quedaba otra que echarle ovarios. Se jugaba mucho. Más de lo que él creía, desde luego.

—Cualquiera, ¿no?

Él asintió. Carlota se secó el sudor de las palmas de las manos en la falda, apretó el bolsito y se encaminó a la boca del lobo.

El chulazo de seguridad le abrió la puerta con cara de desconfianza y, a la vez, cortesía. Increíble, el don del pavo. Ser

pelota y amenazador al tiempo tenía su mérito. Carlota se mezcló con el resto de clientes. Enseguida tuvo a una dependienta vestida con un traje de chaqueta y una melena larga, lisa, de anuncio de acondicionador de pelo, pegada a su culo. Su aroma empolvado la envolvió por la proximidad.

—*Signora, come posso aiutarla?*

—*Mi scusi, non parlo italiano. Sono spagnola* —respondió Carlota con candidez mientras se toqueteaba con nerviosismo los bonitos collares que adornaban su escote. Se estaba dando cuenta de que se le daban de puta madre los idiomas.

La empleada la miró con sonrisa impostada y tan leve como pudo.

—*Inglese?*

Carlota negó.

—Solo un poco. —Ilustró las palabras casi uniendo el pulgar y el índice. Luego revoloteó la mano y se señaló un ojo—. *Guardare*.

—*Si… presisa aiuda…* —intentó decir la estirada en un español de andar por casa.

Carlota asintió. Siguió deambulando lentamente por el local, devanándose los sesos. ¿Cómo iba a poder sacar algo de esa tienda? Armando era un cabrón. Echó una ojeada fuera. Podía verle en la acera de enfrente jugando con la puñetera monedita y haciendo que miraba un mapa o quién sabía qué en el móvil. Y un cuerno. Estaba ahí como un buitre presto a descojonarse si la sacaban de allí los *carabinieri*. Los empleados de la joyería no quitaban los ojos de encima a los clientes/curiosos, que se movían por el apabullante local como en *The Walking Dead*.

Carlota miró unos hermosos anillos de zafiros y brillantes. Señaló el mostrador y, tímidamente, preguntó:

—*Posso… guardare?*

La urraca de la melena liso perfecto, que parecía la encargada, se acercó con estudiada desgana y, sacando un manojo de llaves, abrió la vitrina. Con cuidado, extrajo la bandeja de terciopelo azul cuajada de anillos que brillaban con mil destellos de colorines. Carlota sonrió ante tan abnegado gesto y miró las joyas. Cogió alguna, pero señaló la bandeja de al lado. La dependienta complació sus deseos, y enseguida había cuatro bandejas de preciado y titilante contenido sobre el mostrador. Carlota empezó a sopesar las

sortijas, se probaba una, elevaba la mano a la altura de los ojos, se giraba hacia la luz de la calle con tres en cada mano… Pensaba que a la empleada le iba a dar un ictus. Se abalanzaba como una piraña sobre cada anillo que Carlota desechaba para colocarlo en su lugar exacto en la bandeja expositora. De repente, Carlota frunció el ceño. Mierda. Ese pedrolo, un enorme diamante amarillo, no salía de su anular. ¡Pero si tenía dedos de niña de diez años, por Dios! ¿Para quién hacían esas medidas? La publicidad con modelos imposibles y la anorexia consecuente habían hecho mucho mal en este mundo, y en el de la joyería también. La encargada se dio cuenta del problema. Intentó sacárselo, pero la joven puso un gesto de dolor.

—¡Tía, que es mi dedo! —exclamó en un castellano bastante explícito.

La gente se dio cuenta de que sucedía algo y el murmullo pasó a ser conversación animada. Los clientes revoloteaban alrededor de la azorada Carlota, algunos llevaban en las manos las joyas que estaban mirando en aquellos instantes. La aprendiza de ladrona trataba de explicar en una especie de esperanto que no pensaba que se le fuera a encajar así en el dedo.

—*Scusa, io*… ¡Pensé que me valía! *Non posso sacare, capici?*

—*Alfredo, guarda la porta, per l'amor di Dio* —ordenaba la encargada con voz nerviosa al guardia de seguridad mientras trataba de no apartar la vista de la preciada mercancía que se exponía en el local—. *Porterò il gel. Silvia! Silvia, per favore, stai attenta al resto delle vetrine*.

El agobio de la mujer iba en aumento, a juego con el de Carlota, que se veía asaetada por mil recomendaciones del resto de clientes, que en diversas lenguas le daban consejos acerca de cómo sacarse la joya, incluido un rubicundo y orondo australiano que pretendía chuparle el anular. Nadie volvía con el lubricante para su dedo y Carlota, casi presa de un ataque de pánico, comenzó a forcejear nerviosamente con su mano, sin lograr más que tirar por el suelo de un codazo las carísimas bandejas aterciopeladas, haciendo volar las sortijas de diamantes, zafiros, esmeraldas y rubíes, para terror de los empleados, que se lanzaron sin decoro alguno al suelo a por las joyas, mientras trataban de impedir que los clientes, a los que les hacían los ojos chiribitas por la codicia, hicieran lo mismo. La confusión era terrible y la pobre Carlota, agachada recogiendo

pulseras, sortijas, collares, como el resto de los ocupantes de la tienda, no sabía cómo ayudar a deshacer el entuerto.

El barullo era evidente hasta desde el exterior de la tienda. Armando comenzaba a inquietarse de veras. ¿Qué estaba haciendo esa mujer?

Dentro, la cosa empezaba a enderezarse. Impregnado el dedo de un líquido viscoso, Carlota logró sacarse el anillo al fin. Los clientes estallaron en aplausos, encantados de haber tenido una emoción extra en la bella Florencia. La empleada lo cogió con una mezcla de asco y alivio, dando a la protagonista unos pañuelos de papel. Carlota, ya seca y sin la sortija culpable, hecha un manojo de nervios, ofrecía mil excusas; se dirigió a la dependienta y le indicó la joya que supuestamente iba buscando. En realidad, una baratija, pero que le permitiría que se relajaran los ánimos, pasar por caja y salir por la puerta sin problemas. O eso creía. El guardia de seguridad, flanqueado por la encargada, le instó a abrir el bolso para ver el contenido, Carlota no tenía otra que obedecer. Armando, desde el portal vecino, empezó a temer que iba a volver solo a España. Tras unos instantes que se hicieron eternos, la puerta se abrió y su pequeña discípula salió de la tienda, abochornada y pidiendo de nuevo disculpas a las dependientas. Cuando el guardia volvió a sellar el elegante búnker, Carlota caminó despacio hacia el Ponte Santa Trìnita, sin mirar a Armando, que fue tras ella en silencio. Quizá se había equivocado. Quizá ese metro y medio de mujer no era lo que él había creído.

—Invítame a una copa a la de ya. Tengo la garganta como una lija del siete.

Armando se detuvo en seco, haciendo que los turistas, que pululaban ansiosos por coger sitio en el cercano y más famoso Ponte Vecchio, chocaran contra su metro noventa y algo.

—¿Por sembrar el caos en la joyería y nada más?

—Por conseguirte tu jodido caprichito en forma de diamante y oro blanco. Eso sí, tendrás que esperar a mañana para verlo. A no ser que tengas visión rayos X, como Superman.

El hombre, desconcertado, la miró de hito en hito con sus hermosos ojos castaños. Carlota exhibía su preciosa sonrisa de niña.

—¿Te lo has tragado?

—Un anillaco, *amore*. De algo me ha servido tragar tanta

mierda en la vida.

Tuvo que contenerse para no besarla en mitad del puente, en mitad de aquella multitud que recorría Florencia. Se contentó con elevarla por encima de su cabeza agarrándola por la cintura con sus enormes manos, despertando las risas no solo de Carlota, sino de los caminantes, unos cuantos incluso aplaudieron, otros les tomaron fotos con sus móviles. La depositó en el suelo de nuevo como si no pesara. Ella le dio un golpecito en el vientre, expectante.

—¿No me dices nada? Enhorabuena, tía, eres una *fucking crack*, lo has bordado…

—No —replicó Armando mirándola con la intensidad que Carlota había visto en los ojos de algunos retratados en aquellos museos.

—Ahora ¿quién es el cobarde? —dijo Carlota. Después de clavarle el gris de sus ojos un instante, prosiguió su camino al hotel.

Tras ella, arrancó Armando. A su espalda, murmuró lo único que no le comprometía, algo desconcertado:

—Nunca me había sentido orgulloso de alguien. Y no sé qué decir.

Carlota se detuvo. El río brillaba de manera casi dolorosa, herido por el sol que iba cayendo por el oeste. Tampoco nadie se había sentido orgulloso de ella, la verdad. Sin mirarle, estiró una mano hacia él. Armando miró esa extremidad mínima y la cogió, apretando fuerte. Caminaron cogidos de la mano como dos novios adolescentes sin añadir palabra.

Carlota le contó que armó el revuelo a propósito, al ver a una turista yanqui probándose collar tras collar, anillo tras anillo, tantos que a la dependienta no le daba tiempo a cerrar los broches, encontrar el sitio preciso para las sortijas y guardar las joyas a buen recaudo. Cuando todos los clientes se arremolinaron para ayudar a recoger lo que Carlota había tirado, ella aprovechó para hacerse con un anillo y echárselo al gaznate. Arriesgado pero sencillo, teniendo en cuenta lo que le había contado Armando en sus lecciones sobre sistemas de seguridad y alarmas: en las joyerías no suele haber arcos con rayos X. Tras acordar mandar el anillo robado de vuelta a la tienda de modo anónimo (cuando Carlota lo hubiera expulsado), llegaron hasta el hotel, un fresco y refinado refugio para los peculiares turistas en los que se habían convertido. La armonía

resultante de la combinación de blancos y azules, la elegancia de las maderas nobles y el susurro de los pies sobre las moquetas confería al hotel un halo de calma que necesitaban; sobre todo Carlota. Iban a celebrar el éxito del robo y su última cena en la bella ciudad en La Terrazza, una azotea con vistas a la Florencia de las fotos de Instagram: el Duomo, el río Arno iluminado por la cálida luz de las farolas, el Palazzo Vecchio… La primavera temprana los había bendecido con un tiempo excepcional para el mes en el que se encontraban, salvo por los caprichosos aguaceros. El sol se ocultaba y el cielo que tocaba el horizonte era una sinfonía de morados, lilas, violetas. Armando había pedido unos cócteles deliciosos con nombres graciosos, según Carlota, como el *bloody marianna*, que picaba como la madre que lo parió (palabras textuales), y un *progressista*, «lo contrario a ti, viejer». El caso es que el ambiente y el alcohol, la excitación por la aventura en la joyería y la expectativa de volver a casa y robar «de verdad» los relajaban a ambos. Carlota escuchaba a Armando disertar sobre el mundo del arte y su «profesión».

—Soy un perista limpio. Ni una condena en mi haber. Pero durante una época estuve al límite, porque las piezas que me llegaban a veces provenían de robos no tan limpios —narraba mientras hacía círculos con el pie de su copa—. Así que decidí encargarme yo de todo el trabajo. Elijo la obra, ejecuto el robo y la coloco en el mercado.

—¿Y a quién se la vendes? Es una mercancía chunga.

—Es una obra de arte.

—Pero robada —insistió Carlota mientras apuraba su bebida y esta le dejaba un delicioso regusto picante—. Vamos, que no sé quién va a ser tan gili de comprar algo que sabes que es ilegal.

—Es que no lo saben —apostilló Armando, muy tranquilo—. No preguntan; no quieren saber. Ni siquiera en alguna galería. Pero el verdadero negocio está en los coleccionistas privados. O al menos el mío.

Armando hizo una pausa para pedir, esta vez, un *purple outside*, a juego con el cielo. Carlota pensaba en lo que le había dicho.

—¿Coleccionan cuadros como quien colecciona sellos?

—Cuadros, estatuillas, arte sacro, retablos, joyas, grabados… Y les sale bastante más caro que coleccionar sellos. Pero cuando se

encaprichan de un objeto, no les importa el dinero. Muchos de ellos están presos de una suerte de síndrome de Stendhal.

—¿Lo que viene siendo…? —inquirió Carlota mientras probaba el cóctel y levantaba el dedo pulgar en señal de aprobación, haciendo sonreír a Armando.

—El síndrome de Stendhal, que por cierto también se denomina síndrome de Florencia, se refiere al momento en el que alguien se queda fascinado, sin aliento, con el corazón palpitando de excitación, impactado al contemplar algo que en su opinión es muy bello.

«Como me pasa a mí contigo, hermoso —pensó Carlota—. A mi pesar». Pero no dijo nada de eso, a su pesar también.

—O sea, son unos frikis con pasta que te compran lo que les lleves, con tal de que sea bonito.

—Lo has descrito con una simpleza aplastante. —Y le hizo una galante inclinación de cabeza mientras volvía a exhibir esa sonrisa tan blanca—. Aunque normalmente ya me han indicado lo que desean. La última pieza con la que me hice fue un cáliz del siglo X con unos esmaltados fuera de lo común.

—¿La copa de las misas?

—La misma.

—Por cuánto.

Armando se inclinó hacia la oreja de Carlota. Esta se estremeció con el calor de su aliento. Muy despacito, le apartó un bucle de la mejilla para susurrarle la cantidad. Pudo oler el perfume en su cuello, rozó el pálido vello de su nuca. Se apartó de inmediato de ella, creyendo que no iba a poder romper el contacto. Sabiendo que había sido un error tan solo aspirar su aroma.

—Vaya… —atinó a musitar Carlota en cuanto pudo recomponerse—. Sí que te pagan mucho.

—Lo que arriesgo.

Armando se retrepó en su silla y contempló las luces que bailaban en el Arno. Esos acercamientos estaban fuera de lugar. Ambos bebieron de sus copas tratando de recobrar la distancia.

—Hay algo que no entiendo. ¿A qué pagar esas cantidades por algo que si descubren los maderos vas derechito a comisaría?

—No exhiben las obras. Solo las contemplan y las enseñan a los más allegados, como mucho.

Carlota miró con asombro a Armando. Desde luego, a los ricos les faltaba un hervor.

—Reconocerás conmigo que hace falta ser muy rarito para eso. Y que te sobren los billetes.

Armando se rebulló incómodo en el asiento y comenzó a mover la moneda entre los dedos. Si ella estaba escuchando aquella conversación, esa noche le iba a tocar tener una charla muy incómoda.

—Hombres y mujeres sensibles que gozan sabiéndose poseedores de obras de arte únicas. Muestra de poder, símbolo de estatus, verdadero amor al arte…

—Yo creo que si amaran el arte de verdad preferirían que estuviera al alcance de todo el mundo, no en sus cajas fuertes o donde quiera que lo guarden.

Armando seguía jugando con la moneda, que se movía incansable, girando entre sus largos dedos. Al fin, miró a Carlota a través de sus largas pestañas a la cálida luz del atardecer florentino.

—El fetichismo por poseer algo único es muy excitante, Carlota.

—Creo que el ansia de poseer suele traer dolor y miedo. Y robar lo que no te pertenece, la desgracia a otras personas.

Él supo que ya no hablaban de obras de arte. A su pesar, una corriente de compasión le recorrió el cuerpo. Carlota fijaba la vista dentro de su copa de balón como si pudiera sumergirse en el líquido púrpura.

—¿Te estás arrepintiendo?

Carlota negó vehemente con la cabeza, agitando los rizos como se agitaban los geranios que los rodeaban por la brisa vespertina.

—Para nada. Quiero ser la mejor ladrona de arte. Pero como las de las pelis. De guante blanco, ¿no? O sea, sin matar a nadie, ni dando palizas al personal.

—Eso por descontado. Jamás actúo con violencia. En nuestro mundo hay ovejas negras, bandas que arrasan sin escrúpulos los lugares en los que entran. La clase de vándalos que si están a punto de descubrirlos son capaces de destruir una joya, un verdadero prodigio del talento humano, para que no los pillen con las manos en la masa.

Armando volvió a levantar la mano para pedir dos cócteles más. La noche se deslizaba sobre ellos como si fuera un velo ingrávido

que teñía los colores de azul. Ahora las farolas, velas y farolillos eran los protagonistas, orgullosos de su temblor incandescente. Carlota ya estaba mareada por el alcohol. Agradablemente mareada.

—¿Preferirías ir a la cárcel a destrozar un cuadro?

—Sin dudar. Tampoco tenemos penas muy altas. Son robos con fuerza, nada más.

—¿Cómo…?

Carlota se interrumpió; el apuesto camarero les traía las copas. Al quedarse solos, continuó:

—¿Cómo aprendiste tanto sobre arte? Sobre cómo robar lo imagino: robando. ¿Fuiste a la universidad, estudiaste arte o cosas de esas? Se supone que hay carreras que van de eso, ¿no?

—Supones bien. —Armando miró el reloj y se levantó, copa en mano. Hizo ademán de ayudar a retirar la silla de Carlota, dándole a entender que se levantara, para pasmo de esta—. Ha sido un día muy largo. Llévate la copa y disfrútala mirando al Arno.

—Ya veo el Arno aquí —repuso Carlota levantándose a disgusto.

—Pues lo ves desde tu habitación.

Carlota no tuvo más remedio que obedecer y seguirle, despidiéndose de aquella maravillosa terraza impregnada del olor a flores tempranas y velas aromáticas. Armando la acompañó hasta su habitación. Ella se detuvo, la espalda pegada a la blanca puerta en mitad de ese pasillo alfombrado en el que los pasos se convertían en murmullos. Lo miró, elevando la vista desde su metro y medio.

—Tampoco te has terminado la copa. ¿Entras y seguimos charlando… o lo que sea?

Armando apuró la copa, le sonrió con esa puta mueca burlona y le dio lo que vienen a ser calabazas.

—A la cama. Mañana hay que madrugar, niña.

—¿Quién ha hablado de no ir a la cama? —susurró ella con su mejor mohín seductor.

Armando se retiró el flequillo, que a veces se obstinaba en caerle sobre la frente, el único gesto juvenil que Carlota había descubierto en él, y señaló con un gesto de la cabeza el dormitorio de la joven.

—Si yo entrara ahí poco íbamos a dormir. —Agachándose, le dio un beso en la frente—. Descansa, Carlota. Descansa para lo que está por venir.

«Esto se llama un *next* en toda regla», pensó una frustrada Carlota mientras Armando la miraba con esa tranquilidad, esperando a que se metiera en su cuarto como una buena chica. Musitó un «buenas noches» y entró en su acogedora *suite*. Los frisos de madera blancos, las alfombras azul marino listadas, las frescas paredes tintadas de celeste. Los DOS pisos, con las ¡dos! camas gigantes. ¿Para qué coño quería ella tanta cama, joder, si se iba cada noche a la piltra más sola que la una? Se quitó los elegantes *décolletés* plateados de Ferragamo (quinientos eurazos del ala) y el vestidito camisero de *vichy* azul. Una monada de Prada con la que podría pagar como seis meses de alquiler. En bragas y sujetador, se dirigió a la terraza y se apoyó en la barandilla que colgaba sobre el Arno, importándole una mierda si la podían ver los transeúntes que seguían recorriendo, sin descanso, los puentes cercanos. Sus redondas nalgas sobresalían en dos semicircunferencias bajo los encajes blancos. Su vientre algo redondeado y terso mostraba un ombligo pequeño. Sus pechos, abundantes para tan pequeña figura, se erguían más allá de lo dado por la naturaleza gracias a su inmaculado sujetador de aros. Gracias a las comilonas que se estaba pegando desde que vivía con Armando, había recuperado su cuerpo femenino y sinuoso. Una figura de carne algo bamboleante y apetecible, a la mierda la dictadura de la delgadez enfermiza. Una pequeña rebeldía de género. Le encantaba poder sacarla a pasear cuando estaba a solas, sin acosos ni críticas. Se acabó el *purple outside*. Su expresión cambió de la frustración al cabreo. No había manera de que el tío entrara por el aro. Joder. Nunca había tenido problemas para llevar a un hombre a la cama, si se ponía a ello. Y este se le escapaba como una anguila. Se volvió y entró en el dormitorio, encendiendo un cigarro. Lo apagó rápidamente al recordar las alarmas antihumos. Al parecer, los ricos no fuman; así duran, los muy cabrones. Inquieta, abrió el candado de su maleta. Necesitaba recordarse por qué coño estaba allí. Rebuscó entre las prendas. Al fondo, bajo unas cuantas toallas del hotel que pensaba llevarse de recuerdo, estaba lo que buscaba. Una foto.

Mirándola sin expresión, regresó a la terraza, amueblada con un par de cómodos butacones de forja negra y tapicería roja. Se sentó en uno y apoyó los pies sobre la barandilla. Los susurros infantiles, que el tiempo hacía cada vez más siniestros, volvieron a resonar en

su cabeza, en sus oídos. Le horadaban el cerebro, le pudrían el alma.

«Te encontraré».

El Arno fluía eterno, ahora negro. Negro como los sentimientos que le inspiraba la contemplación de la fotografía. Fijó la transparencia de sus ojos en un solo rostro. Sus iris se tiñeron de humo feo, espeso, asfixiante. Se tiñeron de rencor.

«Aguanta un poco más. Aguanta», pensó.

Armando se veía como un halcón que había dejado escapar una paloma. O, dicho de otro modo, como un imbécil. Ya no podía obviar las ganas que tenía de acariciar aquella cara de palidez transparente, descubrir sus redondos pechos, meter la nariz en el pubis que intuía fragante y dulce. Al dejar a Carlota en su *suite*, se dirigió a la suya. Se desabrochó la camisa amarillo pálido y salió a la espaciosa terraza desde la que se contemplaba la hermosa ciudad iluminada. La cúpula del Duomo, los palacios, con sus sobrios muros, el Ponte Santa Trìnita. La belleza que dio nombre a una enfermedad; la ciudad que estuvo en manos de unos locos por la perfección y el arte. Agarrándose a la barandilla, suspiró, abatido. Huir de la sordidez y la podredumbre humanas le había llevado al extremo opuesto. El del refinamiento y la elegancia. Pero los extremos se tocan. Y su ático del Lungarno empezaba a oler a miseria. La que él exhalaba. La que rezumaba su plan, y quien lo trazó. Sin duda, ella estaría esperando su llamada, aunque por impaciente que estuviera, no solía marcar los números *motu proprio*. El orgullo, la frialdad, la asepsia regían sus días y sus largas noches.

Se encendió un cigarro, cuya brasa brilló como sus recuerdos. «¿Cómo aprendiste tanto sobre arte?», le había preguntado Carlota. Para variar, huyendo. Escapando de la repulsión que sentía de sí mismo. Ni el caballo que al fin había empezado a inhalar era suficiente para hacerle olvidar el tacto viscoso y lacerante de los miembros erectos y ávidos que se abrían hueco en su cuerpo. Siempre dolía. Daba igual que antes hubiera calentado una buena dosis de nieve en el estaño aluminio y aspirado sus volutas tóxicas. Las torpes manos de quien había pagado por un atractivo jovencito agarraban sus caderas y tanteaban el orificio que tanto deseaban penetrar. Luego, un chorro de saliva, con suerte. Luego, el dolor.

Cuando aquello acababa, él, ladrón, chapero enfermo de vergüenza, buscaba refugio en algún lugar alejado de la banda de hijos de puta que sacaban provecho de una manada de cuasi adolescentes presos del desarraigo. Sus jefes. Sus patrones. Sus dueños. Aquella mañana llovía a cántaros y se refugió en una biblioteca. La mujer que la vigilaba no reparó en sus temblores, ni en su olor a sexo. El joven y desgarbado Armando se acurrucó en una mesa alejada de la puerta y trató de entrar en calor, pero, sobre todo, trató de olvidar que aún sentía en su cuerpo la huella de la polla que le acababa de penetrar. En la mesa, abiertos, unos enormes libros con láminas de colores brillantes. Deseoso de apartar de su retina otras imágenes mucho más crudas, se centró en las pinturas. Unas mujeres rubias, desnudas, poderosamente carnales eran raptadas por dos hombres a caballo. El movimiento que desprendía el cuadro, la fuerza, la sensualidad de aquellas dos hermosas féminas, el rostro de los caballos, las bocas cerradas de los hombres en una muda superioridad. Sin darse cuenta, Armando entró en calor. Comenzó a recuperar el control del cuerpo, a jugar con su moneda de la suerte entre los largos dedos. Leyó: *Rapto de las hijas de Leucipo*. Lo había pintado un tal Rubens. De modo casi febril, el joven devoró los libros de arte que descansaban en la mesa de la biblioteca, comiéndose con los ojos las obras de Velázquez, Botticelli, Rafael, Durero, Fra Angelico, el Bosco… Por unas horas olvidó la mierda en la que nadaba.

Desde entonces sabía qué hacer con su tiempo cuando no estaba robando o haciéndole una mamada a cualquier cerdo. Y supo que ese era su sitio… O un sitio desde donde tomar impulso.

Aunque su amor al arte y la excitación que le producía robar belleza le habían llevado a donde estaba ahora mismo. Eso y el pasado. Un pecado del pasado que le condenó a su presente. Un pecado que hizo que renegara de por vida a la violencia.

El zumbido del móvil lo sacó de sus disquisiciones. Miró la pantalla con desgana. Sabía quién era. Por una vez se había bajado del burro y había marcado unos numeritos… Cuánto honor. Descolgó.

Los observo. Con los párpados cerrados puedo verlos recorrer las anaranjadas calles de Florencia. Cómo descansan a la sombra de los tilos en los jardines de Boboli, cómo deambulan por los simétricos

caminos de tierra dorada. Pero no puedo oler las rosas que los flanquean; ni tocar el agua de la fuente de Neptuno. Esas vivencias solo existen en mi mente. Esas imágenes solo las crea mi imaginación. Porque jamás he pisado, ni pisaré, la bella Florencia. ¿Cuándo empecé a temer la libertad? Desde que la conseguí, creo. Por suerte estudié en casa, con un profesor. «Preceptor», le llamaba pomposamente mi madre. Ella y mi padre se vieron abocados a ello porque su hija no encajaba en ningún colegio. Era objeto de acoso. De crueldades diversas. *Bullying* lo llaman ahora. Antes, hacer el vacío. Ser la paria del colegio. Putear. Ya me encargaba yo de no encajar. Cada vez sentía más terror. Escuchaba su voz. Sentía su aliento. Sabía que un día u otro vendría a por mí. Por eso logré no tener que ir a ningún estúpido colegio de señoritas. Pero aún debía salir para ir de compras, a misa, a cenas y absurdos cumpleaños de otros niños… Y en cada rincón, en cada sombra, algo me acechaba. Mi fobia iba creciendo de modo exponencial, a medida que me iba haciendo mayor. El aire que me rodeaba era mi condena. Los médicos, todos tan listos, hablaban de recuerdos del pasado que afloraban ahora que me sentía segura; meros terrores nocturnos o ganas de llamar la atención. Menuda panda de visionarios.

A los quince años, mis padres, en su afán por logar de mí una sonrisa, una palabra de cariño, un gesto de ternura, me regalaron un viaje a Nueva York. Me encerré en mi cabina de primera clase y me eché una manta encima. Cuando empecé a gritar como si me estuviera abrasando viva en plena Park Avenue, comprendieron que lo de su hija no eran rarezas. Era terror.

Nunca he vuelto a pisar la calle sin ir sedada.

Sant Gervasi parecía desperezarse para recibirlos. Los coquetos comercios comenzaban a levantar los cierres, las delicadas cafeterías flanqueadas por enormes maceteros de hierro fundido con exuberantes plantas servían desayunos a los afortunados habitantes de esa zona en la que la antigua burguesía catalana levantó sus casas solariegas. Además de oriundos, los siempre molestos pero necesarios turistas. Últimamente más molestos que otra cosa; la famosa gentrificación estaba llegando a todas las ciudades y Barcelona había sido de las primeras en sufrirla. Carlota y Armando, eso sí, no eran clientes de Airbnb. Eran turistas, pero de otra especie. Alojados en el lujoso Mandarin Oriental para pasmo de

Carlota («Eres un pijazo de libro, Armando»), se habían calzado unas deportivas y enfundado unos vaqueros y, armados con un palo *selfie* y el Google Maps a todo trapo en el móvil, recorrían el (a veces) tranquilo barrio. Armando la iba instruyendo mientras una fascinada Carlota escuchaba hablar el suave catalán por doquier.

—Este barrio es uno de los más caros de España. Junto con el barrio de Salamanca en Madrid y Pedralbes, aquí, en Barcelona.

—No te olvides de Parla, cuna de la civilización y mi exhogar —apostilló Carlota con coña.

Armando asintió.

—Un olvido imperdonable.

—Y supongo que, además de para ponerme los dientes largos con estos casoplones y tienditas de pijadas, hemos venido a algo más.

Armando le dio la vuelta y la colocó frente a él, como si fuera a hacerle una foto.

—¿Ves un edificio color crema con terrazas enormes y grandes áticos? —Carlota elevó los ojos hacia la edificación que quedaba a espaldas de su profesor y asintió—. El que queda más a tu derecha, en la esquina, pertenece a la recientemente separada mujer de un afamado constructor que se ha quedado con el palacete en Pedralbes y ha dejado a esta infeliz el pisito de trescientos metros cuadrados, la chabola donde se alojaban cuando tenían algún evento cercano.

—Pobre.

—El caso es que la otrora feliz parejita coleccionaba arte además de amantes. Y en esa casita duerme un pequeño e insignificante Modigliani de valor incalculable.

Carlota hizo una mueca de exagerada incredulidad.

—Te acuerdas de Modigliani, ¿verdad?

—Sí. El de la gente alargada y tristona con los ojos en blanco. Vamos, una alegría despertar y encontrarse a esa alma en pena colgada en tu pared, mirándote sin ojos.

—En realidad, lo que no suelen tener los retratos de Modigliani son pupilas.

Carlota echó a andar, encogiéndose de hombros.

—Me la pela, no me gusta que me vigilen, con o sin pupilas.

Armando se quedó por instante atrás, atrapado por la última

frase de Carlota. Luego, alejó el sentimiento de culpa y la alcanzó de una sola zancada. Le enhebró el brazo y comenzaron a pasear, calle arriba, mirando escaparates que exhibían pequeños tarros de confituras artesanales o ropa vaporosa y pretendidamente bohemia, aunque ningún bohemio pagaría doscientos euros por un pantalón bombacho.

—Pues resulta que este señor que pinta personas, en tus propias palabras, tristonas, fue la definición de la bohemia. Drogas, alcohol, mujeres… Muchas mujeres.

—Algo deberías aprender de Modigliani.

Carlota lo miró con media sonrisa burlona. Armando le rascó la cabeza como a una cría, y siguió hablando:

—Como pasa en infinidad de casos, el arte de Modigliani fue rechazado en su tiempo, incomprendido. Vendía poco y mal. Sin embargo, ahora sus trazos sencillos, sus colores cálidos, sus figuras estilizadas y su acierto en captar el alma de sus retratados son considerados como algo genial. —Armando mostró la pantalla de su móvil a Carlota—. Y parte de esa obra genial, *Mujer con abanico*, ya no está en el museo donde debería estar.

—Ahora se abanica en las alturas —dijo Carlota mirando hacia el ático, que ya les quedaba a la espalda.

—Eso es. La casa la usaban poco, y tiene ya sus años. Esperemos que a la recién divorciada no se le haya ocurrido cambiar las medidas de seguridad, y siga teniendo una alarma de las de antes. Si así fuera, podremos entrar. ¿Te atreves?

Carlota miró el edificio, de seis plantas. Esperaba que no hubiera que escalar. Con subir y bajar por la fachada de su cochambre de Parla para acceder a su piso durante los últimos meses de su vida había tenido suficiente alpinismo.

—Mientras me prometas no metérmelo luego en mi cuarto…

Armando sonrió.

—Hecho.

—Me da que, en unos días, ya se nos va a hacer difícil dormir. Hace un calor sofocante.

Esperando a que los coches se detuvieran en el paso de cebra que quedaba justo frente al edificio donde dormitaba el Modigliani, una Carlota irreconocible, aseñorada, moñito castaño, gafas de pasta negra, traje de chaqueta, zapatos de salón y una cartera de

mano de Prada, tomaba contacto con Mónica Ramos, exseñora de Mateu. Estatura media, tipo medio, ni guapa ni fea. Operada lo justo. Lo que se denomina una mujer del montón, salvo que en ese montón había mucha pasta. Mónica clavó sus achinados ojos marrones enmarcados por unas pestañas convenientemente rizadas en la pequeña e insignificante Carlota.

—Yo cierro a cal y canto las ventanas y me pongo el aire a millón. Una pastilla y, por mí, pueden dinamitar el barrio. A poder ser con turistas incluidos.

Carlota rio de buena gana ante la afirmación de su futura víctima. Se aproximaban las fiestas de Sant Gervasi y Sant Protasi, y el Ayuntamiento se afanaba en ir colocando banderolas, guirnaldas y demás parafernalia verbenera. Mónica, portando una barra de pan y unos *brioches* de una pastelería llamada Foix de Sarrià, miró con desdén a los sudorosos operarios y se dirigió a su portal sin despedirse de la sociable desconocida.

Al día siguiente, Carlota se deleitaba frente al mostrador de la tal pastelería. Chocolates, *mousses*, pasteles ligeros y de colores brillantes hacían salivar a cualquiera. Pidió un poco de chocolate con almendras y una barra de pan, mientras por el rabillo del ojo veía venir a Mónica, por suerte, de costumbres fijas. Carlota se volvió para impedir el paso a la mujer, obligándola a mirarla.

—Disculpe, estoy en medio.

Le sonrió con familiaridad, obteniendo un leve arqueo de cejas por parte de la ex de Mateu, y salió dejando atrás el delicioso aroma del establecimiento. Con eso era suficiente. Su jeta se le iba quedando a la futura robada.

A la tercera, cargada con una bolsa de la compra, un maletín de ordenador y un gran bolso, Carlota y su moñito revolvían el agujero negro en el que se convierten los bolsos tipo XXL en busca de sus llaves, frente al portal vecino. Justo cuando vio llegar a Mónica, que se dirigía a su ático con un delicado ramo de tulipanes blancos, dejó caer la compra, las llaves, el bolso. Una exclamación salió de sus labios.

—¡No, por favor!

Se agachó mientras buscaba con la mirada algo de auxilio, que, evidentemente, Mónica no estaba dispuesta a dar. Bastante revolcón le había dado ya la vida; estaba cabreada con el mundo. Se la

pelaba la gente, sus problemas, sus vidas felices de mierda. Pero Carlota la miró a través de los limpios cristales de sus gafas falsas. Le tendió el ordenador, dejando que viera bien clarito el tatuaje en forma de bandada de golondrinas que se había hecho en el antebrazo. Así se lo describiría a la policía, en caso de que la denunciara. «Esa choriza llevaba un tatuaje de pajaritos en el brazo, el derecho, lo vi claramente». Para cuando eso sucediera, Carlota ya habría borrado el dibujo con un poco de jabón.

—¿Me lo sostienes, por favor? Ahí llevo mi vida entera.

A Mónica no le quedó otra que obedecer. La miró desde la vertical mientras ella recogía cartera, lápiz de labios, tampones…

—¿Vives por aquí? —dijo la mujer, por decir.

—Acabo de mudarme. Y, como ves, aún no me he hecho ni con el barrio, ni con la ciudad ni con nada.

—No eres catalana.

—Manchega. De Alcázar de San Juan. Ya ves. Pero mi marido me ha dejado tirada y he tenido que «reinventarme», como dicen ahora.

Mónica se fijó en su cartera de Prada, en sus zapatos Louboutin, en su manicura perfecta.

—No parece haberte dejado muy tirada, si te has mudado a este barrio.

Carlota, desesperada, buscaba con más agobio entre los objetos.

—No, por favor… No, no, no… Joder. Joder.

—¿Qué te pasa? —gruñó Mónica, con algo de impaciencia.

—Mis llaves. Las llaves de mi portal, de mi casa… —Mostró otro llavero, del cual colgaba un corazón, de Guess—. No me acostumbro. Me he traído las de mi otra casa. Una casa donde ya no puedo entrar.

Y, sin más, se echó a llorar, aumentando la incomodidad de la otra. Mientras, recogía la bolsa de la compra, que también estaba en el suelo.

—Soy un desastre… Un desastre. Carlos decía que solo servía para trabajar, y, ya ves, va a tener razón…

—¿Carlos? ¿Tu ex se llama Carlos? —Carlota asintió al tiempo que se sorbía los mocos—. Como el mío. Bueno, Carles. CarlAs. Catalán. Ya ves tú. Cambiar la *e* por la *a* para tocar los cojones, como son ellos. Y mi Carles, un cabronazo, como el tuyo, por lo que

veo. Deja que te ayude con el bolso…

Carlota asintió agradecida. Al recoger la compra se dio cuenta de que había cascado los huevos bastante antes de llegar a la cocina. El líquido anaranjado y pringoso goteaba de las hueveras de cartón, lo cual provocó otro acceso de llanto en la «recientemente separada». Mónica le lanzó una mirada cargada tanto de fastidio como de compasión. Carlota lo había conseguido: el Modigliani y los ojos sin pupilas estaban más cerca de ser suyos.

La puerta del ático de Mónica se abrió tras dar dos vueltas de llave a la cerradura. Los pitidos intermitentes de la alarma dieron la razón a Armando: la propietaria no había actualizado los sistemas de seguridad. Ahora había que ver si efectivamente la obra de Modigliani estaba en el piso. La mujer tecleó la clave de la alarma sin que su invitada casual pudiera ver los números, pero sí los movimientos. Arriba, arriba, abajo a la izquierda, en medio. Entraron.

Carlota trató de no comportarse como una puta paleta al ver la hermosura de la vivienda. Armando diría que era muy recargado, pero ¿qué leches? A ella le gustaba así. Menos minimalismo muermazo y más cacharritos. Papeles pintados con flores y pájaros, zócalos labrados, suelos de tarima oscura, sin duda proveniente de algún árbol de los que talan en las selvas jodiendo el medio ambiente… Mesitas, veladores, lámparas de araña con miles de cristalitos centelleantes, alfombras de suaves nudos burdeos, crema, verdes, con dibujos de granadas, hibiscos… El culmen del barroco burgués. Su casa. La de Carlota. La que le hubiera gustado tener. La que tendría si alguien no le hubiera robado la vida que le tocaba.

—Pasa y deja las cosas en el suelo. Ramona ha salido al mercado, estará al venir y recogerá todo este lío.

La voz de Mónica la trajo al mundo real. Era la casa de la ex de Mateu, el constructor, el multimillonario. Y ella, la rata que planeaba robarle. Mientras Carlota dejaba la compra revuelta en el suelo, Mónica, que le llevaba el ordenador, depositó el maletín en una enorme mesa de cristal con pies de mármol. En ese instante, se escuchó una puerta al final de un larguísimo pasillo. La puerta de servicio, sin duda.

—¡Ramona, venga, por favor!

La tal Ramona, una mujer de aspecto latino, bajita y fuerte, con

un uniforme azul celeste absolutamente inmaculado, apareció al instante. Teletransportada. Zas: Ramona.

—Recoja las cosas de la señora, lave lo que se pueda salvar y el resto me lo tira. —Ramona asintió cogiendo la bolsa de la compra —. Reciclándome, ¿eh, Ramona? Que nos conocemos. Cada cosa en su cubo.

—Sí, señora.

Ramona desapareció rumbo (imaginaba Carlota) a la cocina. Estaba fascinada por la manera de hablar de su anfitriona. El «me» adornaba sus frases como un broche ególatra maravilloso.

—Sé que tu ex se llama como el mío, pero no sé tu nombre.

«Ni lo vas a saber, pijaza», pensó Carlota.

—Elvira. Encantada. —Y le tendió la mano.

—Mónica Ramos. Antes, Mateu. Me alegro de haberme librado de ese apellido, me parece espantoso. Todo lo catalán me parece espantoso. Y ahora con el jodido *prusés*. Por mí como si se hacen chinos mandarines, chica. Quien no quiera estar que se pire. Eso le decía a mi ex. Tan catalán, tan catalán, pero estaba sacando la pasta de los Països Catalans —dijo imitando el acento catalán— a la velocidad de la luz. Qué hartita estoy del tema. En cuanto venda este piso, me largo a Ibiza.

—Allí hablan algo parecido al catalán, ¿no?

—Ay, hija, pero son como mucho más majos, más a lo suyo, menos estirados.

«Mira tú, la sencilla, que vive en un estadio de fútbol lleno de cosas carísimas, no te jode». Carlota rio.

—Y tienen más marcha. Sobre todo en Ibiza.

—¡Eso! —Y por primera vez, Mónica rio también. Carlota trataba de analizar el piso como le había enseñado Armando: cámaras de seguridad, ventanas, teléfonos, puertas… sin que se le notara demasiado. La anfitriona vio cómo su nueva conocida se miraba las manos, llenas de huevo reseco. Le hizo un gesto con la cabeza—. Hay un baño al fondo del pasillo.

—Gracias. Eres un encanto. Tu marido no sabe lo que se pierde.

—Sí: una cincuentona con las tetas caídas y bótox hasta en las pestañas. Ahora tiene a una treintañera que se mata de hambre para entrar en una treinta y seis con unos pezones que apuntan al techo —alegó la mujer con amargura.

«Los tíos son unos cabrones, sin excepción», pensó Carlota mientras recorría el pasillo iluminado suavemente por unos apliques en forma de flor.

Al encerrarse en el baño, abrió el grifo y dejó correr agua en el pulcro lavabo. Cotilleó a placer las vitrinas (cosméticos de La Prairie, maquillaje de MAC, perfumes de Acqua di Parma…, el festival del lujo en su baño: pasen y vean) y se sentó en una descalzadora de capitoné. Enumeró lo que había observado: la *Mujer con abanico*, en el salón, sobre la chimenea, junto a otros óleos coloristas y hermosos y algo que Carlota reconoció: un dibujo de Degas, que esbozaba las figuras de unos *jockeys* a caballo. Las alarmas pertinentes, con los sensores de movimiento en lugares estratégicos, y el teclado de la alarma en la entrada. Había que abrir la cerradura de la puerta principal y averiguar la clave. Coger el cuadro era lo de menos, no tenía ni alcayata, estaba apoyado directamente sobre la repisa de la chimenea. Con un par. O Mónica no era de las de contemplar el fuego en las tardes de invierno o jugaba con el peligro colocando un acelerador de incendios de puta madre (aceites, madera y tela) sobre el hogar. Carlota se secó las manos y, mientras limpiaba con la toalla todo lo que hubiera podido tocar para borrar sus huellas, pensó cómo se las iba a ingeniar para que su improvisada anfitriona saliera del salón el rato suficiente como para seguir con el plan.

A la vuelta del lavabo, Mónica ya la estaba esperando de pie, con intención de darle puerta. Carlota intuyó que a la soberbia ex de Mateu solo podía engatusarla con un tema común: la separación y lo deleznable que era el género masculino. Justo cuando ya se veía a sí misma fuera, el teclado de la alarma a su izquierda, la dueña de la casa a su derecha girando el pomo dorado para largarla y esfumadas sus expectativas de robar a la del abanico, jugó la baza de la pena.

—Gracias, Mónica. Ha sido un alivio poder hablar con alguien que ha pasado por lo mismo que yo. Me siento tan sola en esta ciudad… —Suspiró haciendo una pausa dramática, a ver si la otra le entraba al trapo. Nada.

—Saldrás de esta, ya verás. Eres joven —zanjó la mujer—. Ya nos veremos por el barrio.

Carlota asintió, con agradecimiento, y se dirigió al ascensor con

pasitos cortos, titubeantes. Pulsó el botón de llamada. Mónica esperaba con impaciencia a que el artefacto subiera y se la llevara cuando notó que los hombros de la joven se agitaban. Escuchó un hipido.

—¿Elvira? ¿Estás llorando?

El ascensor subía, implacable. Carlota sabía que tenía pocos segundos para convencer. Negó, sin volverse, en un acto heroico por no dar más lástima. Pero un sollozo escapó de sus labios. Pugnaba por que las lágrimas le anegasen los ojos. Sabía en qué pensar para lograrlo. Cualquier episodio de su infancia era un foco de tristeza superaprovechable. Mónica era una frívola, pero la frágil espalda de Carlota agitándose por el llanto era demasiado. Se acercó hasta ella, le dio la vuelta y vio sus mejillas cuajadas de lágrimas. La cogió del codo.

—Tú necesitas una copa.

El ascensor llegó con un seco clac. Y ahí se quedó.

—Un hijoputa, nena, eso es lo que era —balbució Mónica tras cuatro *gin tonics*.

Al parecer, la que necesitaba una copa (o varias) era ella. Repanchingadas en los mullidos sofás estampados con delicadas rosas pálidas, rellenaban sus copas de balón de Nordés con tónica «noséqué-premiumdelhimalaya» y comían chuches compulsivamente. La dueña de la casa había ordenado a Ramona que las surtiera de material y hielo como para hacer una escultura y, luego, que se esfumara, «no se me acerque a fisgar, ¿eh? Que sabemos lo que le larga luego al señor». La criada, sin duda mordiéndose la lengua para no mandarla a tomar por culo, salió sin rechistar.

Y allí estaban, dos extrañas regalándose confesiones animadas por los vapores de la ginebra y un tema común: los tíos y su proverbial egoísmo/maldad. Carlota iba inventando sobre la marcha lo relativo a su (inexistente) separación, pero para el resto de detalles tenía material propio y en abundancia. Cuando Mónica desgranaba su relación con Carles —«Me pasé todos los años de casada llamándole así, Carles, con e, porque sabía que le jodía que no le dijera Carlas»— y le aseguraba que ella no sabía cuán malos podían ser los tíos, Carlota negaba para sus adentros.

«Cuando tu padre de acogida te obligue a pajearle con trece

años, me cuentas, mona», tenía ganas de decirle. Pero evidentemente no era eso lo que su adinerada anfitriona quería oír.

—Mi Carlos, con o, es peor. No me ha dejado por otra más joven, ni creo que más guapa. Me ha dejado por otra que se le pueda quedar preñada —aseguró mientras le servía a su anfitriona más ginebra de la cuenta. Pero, después de la cuarta copa, ¿quién iba a notarlo?

Mónica se aupó con esfuerzo desde el blando refugio del sofá para alcanzar la tintineante copa. La lengua ya se paseaba torpe por la cavidad bucal.

—Qué cabrón… Nos usan de incubadoras, los muy hijos de la gran puta —hipó—. O sea que no puedes tener hijos. Pfff… ¿Para qué? Ni te preocupes. Yo tengo dos y no me hacen ni puto caso. El pequeño está en Chicago, estudiando bachillerato, y sé que está vivo porque la cuenta que tiene para gastos sigue bajando. Y el mayor se ha echado una novia que no me soporta, así que solo viene a verme cuando logra escaparse de ella. —Dio un buen trago a su ginebra—. Un asco. Un asco.

De repente le dio pena su víctima. Esos dos pequeños cabrones eran gilipollas. No sabían lo que era no tener madre. Ni padre. «Si yo hubiera tenido alguna de las dos cosas, joder, habría besado el suelo por donde pisaban». Miraba las manos de Mónica, las venas que se le marcaban en sus ya maduras manos, cuajadas de anillos, y las imaginó acariciando las cabecitas de los dos niños morenos que sonreían haciendo muecas en una foto colocada en una mesita auxiliar. Dándoles papilla, acunándolos de noche, cuando tenían pesadillas… En las noches de Carlota, nadie le había dado consuelo, aunque soñara con monstruos infantiles. Tan solo ella. Durante un tiempo fue su apoyo, su alivio. Hasta que la traicionó. Por ella estaba aquí, maldita. Maldita. No hay peor deslealtad que la que comete un ser amado.

Los exabruptos de Mónica la trajeron a la realidad. Se había tirado la copa encima y la había derramado sobre la alfombra blanca.

—Mierda, la que he liado… —farfulló.

El alcohol le había restado fuerza, ya ni podía sujetar bien la ginebra. Carlota se agachó para recoger la copa, secó el suelo con una servilleta y limpió con mimo la mano y la rodilla de la

borrachísima Mónica. La recostó en el sofá.

—Tranquila, ya está. Lo bueno del *gin tonic* es que no mancha, ¿ves? Listo. Venga… Relájate —susurraba Carlota mientras reclinaba a su supuesta nueva amiga y le acariciaba la frente, el pelo.

Mónica, mientras, le regalaba consejos llenos de sororidad.

—Vive, Elvira, aprovecha estos años… No dejes que te digan que no vales por no poder ser madre. O por ser bajita. O por ser mayor. No dejes que te roben la vida…

Carlota suspiró. Vaya analogía más puta, joder. Observó a la mujer, que cerraba los ojos y se dejaba envolver en el sopor etílico. Pronto, su respiración se acompasó y Carlota cesó en sus caricias. Se levantó con sigilo y se dirigió a su bolso. Precisa (ella se había cuidado de no beber tanto y, además, para tumbarla hacía falta un ejército de cosacos), sacó un botecito y una brocha de su bolso y se dirigió hacia la puerta de entrada tratando de no despertar con sus pasos a su bella durmiente de la burguesía catalana. Sin quitar ojo a la mujer, abrió el frasco e impregnó la brocha de polvos rojizos. Eran polvos reveladores, que aplicó sobre los botones de la alarma, en la esperanza de que aquellos que habían pulsado aún atrajesen las partículas sensibles a las secreciones del producto. Le encantaba hacer eso. Se sentía como las tías del CSI, esas mujeres hipermolonas que siempre llevaban camisas ajustadas, chaleco de botones y pantalones de cintura baja que les quedaban de muerte, se ponían unos guantes azules y movían el pincel para atrapar criminales… Mierda. Los guantes.

Carlota volvió al bolso y buscó sus guantes de látex y la bayeta de microfibra para limpiar sus propias huellas. Cuando volvía sobre sus pasos para seguir con los polvitos, Mónica gruñó y se rebulló.

—¿Elvira? Joder, qué pedo… Llama a Ramona, que me traiga un ibuprofeno.

Carlota corrió a su lado. Volvió a recostarla.

—Shhh. Tú descansa, yo te lo traigo. Cierra los ojos, que te vas a marear.

—Sííí… —dejó arrastrar las vocales la mujer.

Por suerte, obedeció. Carlota trotó hasta el teclado de la alarma poniéndose los guantes, impregnó bien los botones y ¡premio! Allí se quedó el polvo rojizo, pegadito a cuatro números que memorizó

como si fuera el móvil personal de Liam Hemsworth. Luego, limpió bien la superficie con cuidado de no pulsar las teclas. Se acercó a su ebria anfitriona y frotó su copa, la mesa… Cualquier cosa que hubiera podido tocar. Al fin, hizo lo que quería Mónica.

—¡Ramona!

Una vez en la terraza de la *suite* de Armando en el Mandarin Oriental, Carlota, sentada cómodamente en un sofá gris, descalza, se frotaba los pies doloridos. Ni Louboutin ni «lubutón», esos zapatos eran una puta tortura. Él, guapo como siempre, vistiendo unos pantalones y una camisa de lino de color crudo, la felicitaba con cierta sorna.

—Muy bien, Carlotita. Ya hemos logrado el primer paso.

—¿Hemos? Perdona, Armandito, pero la menda ha sido la que se lo ha currado.

Armando rio.

—Nenita, yo te estoy enseñando todo lo que sabes. No te vengas arriba, que estás empezando.

—A ver si a ti se te hubiera ocurrido que se cogiera un pedo del ocho.

—Eso ha estado bien, chapó.

—Y tengo el código de la alarma y qué tipo de cerradura hay en la casa y sé dónde está la dichosa tía del abanico.

—Ya solo nos falta el cuadro.

Carlota asintió y se quedó callada. Contempló el jardín que se veía desde la *suite* del hotel puto caro del que el señor se había encaprichado. No podía entender cómo un cuarto podía valer como lo que ganaba una familia obrera en varios meses. Los pájaros gorjeaban con esa algarabía que los inunda a la caída de la tarde y que a ella de siempre le alegraba el alma. Le recordaba a un montón de amigos bien avenidos que se reúnen al final del día para atropelladamente relatarse las incidencias de la jornada mientras toman unos vinos. Armando supo que algo le rondaba la cabeza.

—¿Qué pasa, niña?

Carlota lo miró. La conocía bien. Y apenas la conocía. Llevaban juntos… ¿tres meses, cuatro? A veces le daba miedo. Si leía en su interior así, ¿averiguaría sus verdaderos planes en cuanto ella bajase la guardia? ¿Eran los sentimientos que a su pesar despertaba en ella Armando lo que la hacía transparente?

—Me cae bien. Esa mujer me cae bien. Pese a su soberbia, la manía que les tiene a los pobres catalanes, su acuerdo de divorcio y su ático que me encantaría que fuera mío. Y me da palo robarle.

Armando se levantó y se apoyó en la barandilla de la enorme terraza. Remordimientos. Un sentimiento que él conocía bien.

—Carlota, si de verdad quieres ser una gran ladrona de arte, has de ser más fría. No robamos a pobres, ni usamos la violencia. Robamos a galerías, museos, constructores, banqueros, industriales. No es un daño personal.

—Mónica no es un museo.

—Es una mujer a la que le vendrá de perlas el dinero que le dé el seguro por un cuadro que ni mira.

—Vamos, que le hacemos un favor.

—En parte, sí. Dará a ese dinero mejor uso que a un Modigliani.

Carlota asintió. Mira, lo mismo así se pira a vivir la vida loca a Ibiza. Se encendió un cigarro y se situó junto a Armando, sintiendo su olor y el calor que emanaba su cuerpo. Él la miró desde sus casi dos metros y la cabeza de ella se volvió como la de una marioneta hacia arriba, como si de los profundos ojos miel del hombre salieran hilos invisibles que manejaban su voluntad. Se quedaron unos segundos suspendidos en el aire, sin tiempo ni espacio.

—¿Y a quién le venderemos la mujer sin ojos? —preguntó Carlota, más que nada para no comerle la boca a besos.

A Armando fue como si le hubiera dado un bofetón. Hasta se echó unos centímetros para atrás, como en un acto reflejo.

—Eso es mejor que no lo sepas.

—¿Por qué? —insistió una frustrada Carlota. Joder, ese hombre no iba a ceder nunca.

—Porque cuanto menos sepas, mejor para ti.

—Yo preferiría saberlo.

—Tú no pones las reglas.

—Yo me voy a jugar el culo en sacar ese cuadro de la casa. Debería saber para quién —alegó, obstinada.

—Para mí.

—No. No es para ti. Es para alguien de quien no me quieres hablar.

Y entonces Armando le gritó por primera vez:

—¡Carlota, basta ya! —Sintió que los ojos miel se convertían en

piedras—. Sabrás lo que yo quiera, robarás donde yo te diga y cerrarás la boca cuando yo te lo pida. ¡Y si no te gusta te largas! ¿Me has entendido?

Ella le retó con la mirada, no se iba a achantar. Ya sabía lo que pasa cuando te achantas. Que te comen viva. Él le repitió la pregunta, silabeando:

—¿Me has entendido?

Carlota asintió, ceñuda. Armando se fue hacia el interior de la lujosa *suite* y desapareció de su vista en tres largas zancadas. Abrió el grifo de la ducha, contemplando cómo anochecía en Barcelona a través de su baño acristalado. Se sentía un mierda gritando a una mujer que, encima, no llegaba al metro sesenta y a la que iba a utilizar. Se desnudó y dejó que el agua chocara con fuerza contra su cabeza, contra sus fuertes hombros, contra sus largas piernas. El corazón le latía tan fuerte que su pecho se movía al compás. Volvía a saberse miserable, como cuando le obligaban a robar a ancianos en los cajeros; como cuando le obligaban a drogarse para dejarse sodomizar por pervertidos que se excitaban jodiendo a adolescentes. Había pasado de ser propiedad de aquella banda de mierdas a ser propiedad de alguien mil veces peor. Seguía expiando el pecado que aceptó cometer para ella hacía tantos años. Lo que le atormentaba le unía a ella para siempre.

Las lágrimas le quemaban la piel al mezclarse con el agua.

Solo cuando me rodeo de mis obras obtengo instantes de paz. Al rato de contemplar las certeras pinceladas me sumerjo en paisajes, rostros. Acaricio pieles que no existen, aspiro el aroma de alientos que son solo pigmentos y grasa. Estoy más viva que nunca, yo, que no me permito sentir más que terror.

Creo que dejé mi alma encerrada entre las paredes grises y húmedas de mi primera infancia. Si alguna vez tuve alma, claro. Crecí retorcida, como un árbol que se enreda en su tutor, estrangulándolo al fin. Asfixiando a quien lo sostiene. O quizá soy como una fruta a la que la helada le llega en pleno verano: crece marchita, deformada, replegándose hacia sí misma. No sé. Una aberración encerrada en un cuerpo de mujer, al fin y al cabo.

El miedo me hizo ir renunciando al mundo exterior, a los placeres de la vida, al contacto con el ser humano. Pagué con mi fea enfermedad el conseguir lo que quería a toda costa, a cualquier

precio. Estoy pagando con la soledad y el asilamiento el haberla condenado al tormento del abandono.
La mañana del robo se hizo muy larga. El mal rollo de la tarde anterior flotaba entre ambos como un humo denso y pegajoso. Apenas se hablaron. Muy temprano, Armando se acercó con unas cerraduras, unas llaves y un martillo, además del zumo de naranja, las tostadas con mantequilla y miel y los huevos revueltos que había subido un camarero. El *bumping*, el desayuno de los campeones. Tras practicar lo que había practicado como tres millones de veces anteriormente y rebañar el plato con la miga robada al *croissant* de su maestro, Carlota tomó el tibio sol del despertar de junio en la terraza. Armando no le dejó pedir ni un Martini tempranero al mayordomo que se ocupaba de su bienestar en la *suite*; alegó que debía tener la mente despejada y el pulso firme. Ni que por un *vermut* con unas almendras me fuera a marear, no te digo… Era madrileña: estómagos hechos a desayunar pincho de tortilla y café con leche, aperitivear con *vermut* acompañado de aceitunas, boquerones en vinagre y patatas fritas; merendar bocatas de calamares y un tinto. Pero al final le hizo caso. No estaba el horno para bollos. Sobre las once de la mañana, Carlota comenzó a disfrazarse de Elvira. Escondió su cabello ondulado bajo una redecilla, se colocó la peluca y se anudó el cabello en una aburrida coleta. Las lentillas castañas oscurecieron sus acuosos ojos grises, y remató el estilismo con las gafas de diseño. Se repasó el tatuaje de golondrinas ayudada por un minucioso Armando. No hubo trato con los tacones.

—Si por un casual te encuentras con tu nueva amiga de borrachera, debe verte tal y como te ha visto en otras ocasiones. Elegante e impoluta. Pero sobria, eso sí.

—Estaba sobria. Los *gin tonics* se los bebió ella a pares.

—¿Llevas todo? ¿Te acuerdas bien de cómo abrir la cerradura? —Carlota asintió—. No te entretengas. Abres, alarma, cuadro y fuera.

—No seas coñazo, ya lo sé.

—Te juegas más que yo, así que dame las gracias por insistir.

—Tú no te juegas nada. Para variar.

Armando, por un instante, pareció de nuevo humano.

—Aunque no lo creas, no quiero que te pase nada.

—No me pasará nada —dijo ella con una seguridad que estaba muy lejos de sentir.

Armando la acompañó en taxi hasta las cercanías de Sant Gervasi, donde Carlota se apeó. No dijeron ni palabra en el viaje, pero al despedirse la agarró fuertemente de la mano. Ella se alejó del coche pensando en que menos manitas y más morreos, pero enseguida su mente y su cuerpo se centraron solo en el robo. El plan era aprovechar el rato en que Mónica iba a realizar su inestimable aportación diaria a las tareas domésticas (ir a la pastelería a por pan y unos dulces) y la criada estaba en el mercado. Poco tiempo para andarse por las ramas.

Colarse en el portal era fácil. El portero le abrió sin más. Ya le sonaba esa joven de gafitas y cara de susto. Hasta le abrió la puerta del ascensor. Mientras llegaba al sexto, Carlota fue sacando la llave maestra y el pequeño martillo. Se puso los guantes y repitió para sus adentros la clave de la alarma. El ascensor se detuvo. Carlota cogió aire y salió al rellano. Era improbable que hubiera nadie, puesto que Mónica solo tenía un vecino y estaba de viaje. Ya se encargó ella de preguntárselo a su «amiga». Manipuló la cerradura como tantas veces había practicado con Armando, esta vez con el alma en vilo. Una cosa era abrir puertas como un juego y otra muy distinta, allanar una morada. Pero, sorprendentemente, al segundo golpe la puerta se abrió.

Tuvo poco tiempo para felicitarse por su tino, pues enseguida comenzó a sonar el bip de la alarma. Tenía quince segundos para teclear. Le sobraron trece. El molesto ruidito cesó. Tras tomar aire, Carlota no dudó. Ya estaba metida en su papel de ladrona y no había tiempo para titubeos. Se acercó al hermoso cuadro que reposaba en la chimenea, lo agarró del marco y, con cuidado, rasgó el lienzo con un cúter, emitiendo un sonido algo rasposo pero agradable. «Qjjjjjj». Cuatro veces. Enseguida tuvo la tela en sus manos. Un Modigliani. Chavala, ahí es nada. Un trozo de hilos y yeso, capas de pintura. De cerca, los ojos de esa mujer de cuello larguísimo ya no la desazonaban tanto. Le daban pena. Sin darse tiempo a deleitarse, enrolló con mimo la obra maestra y la metió en el maletín del ordenador. Ya se iba cuando sus ojos se cruzaron con los *jockeys* dibujados por la mano de Degas. La amalgama de piernas y patas, el cuerpo inclinado del jinete. Sin tener casi

conciencia de sus actos, alargó la mano y se hizo con la pintura. La dobló con cuidado y se la guardó en el maletín. Echó un ojo a la foto de Mónica y sus niños, cuando eran adorables y la necesitaban. Cuando aún no pasaban de ella.

—Perdona, tía.

Y, sin más, cerró la puerta del piso. En ese instante, la puerta de servició se abrió y Ramona entró a la cocina. Por poco la pilla con las manos en la masa. La asistenta dejó las bolsas de la compra, metió la merluza y el vino blanco en la nevera, encendió el horno, se lavó las manos, se puso el delantal y cargó una bandeja con vajilla para uno. Recorrió el pasillo, llegó hasta el vestíbulo. Ni se acordó de la alarma. Hubiera tenido que desconectarla. Esa cosa del demonio se le olvidaba a menudo. No hacían falta alarmas en su aldea de Ecuador. Atravesó el salón, ni miró a la chimenea. Puso la mesa en el pequeño comedor rodeado de ventanales. Cargada con la bandeja, deshizo su camino, volviendo a pasar por el salón, y enfiló hacia la cocina, donde le esperaba una merluza para hacer al horno.

Ramona no tenía ni tiempo ni ganas de fijarse en pinturas.

Carlota entró como una loca en la *suite*, atravesó la salita de estar y llegó a la terraza, donde Armando la esperaba. Confiaba en que, al ver que había ejecutado el robo a la perfección, se le pasaría el enfado. Encontró al hombre contemplando la hermosa Barcelona, desde la altura de su hotel, justo a tiempo para ver cómo colgaba el teléfono y se volvía hacia ella, serio. No preocupado. No expectante. Con esa expresión rara. ¿Culpable? ¿Triste? Ni idea. Estaba segura de que cuando le enseñara el botín le cambiaría la cara. Y le cambió. Sobre todo cuando vio los *jockeys* de Degas. Enmudeció.

—¿Qué? Dos por el precio de uno —alegó la ladrona.

Armando comenzó a mover la sobada moneda entre los dedos, cada vez más deprisa. Carlota no atisbaba nada de la alegría y el orgullo que esperaba descubrir en su jefe. Al fin, este habló, grave:

—¿Por qué? ¿Cómo se te ha ocurrido coger el Degas?

Carlota notó el cabreo en su voz.

—Porque pude. Era fácil.

—Es un error. Un error gravísimo.

—¿Por qué?

—Porque es una obra robada. La robé yo.

El hombre se levantó, se echó para atrás el flequillo rebelde y paseó por la terraza a grandes zancadas, como a cámara lenta. Se encendió un cigarro. Carlota seguía sin entender.

—¿Y? Perdona, pero no entiendo…

—¡Ya sé que no entiendes, estúpida! —bramó—. ¡Le vendí el dibujo porque era un capricho de ese ignorante de Mateu! Quería que consiguiera una obra robada, en Boston, hace más de treinta años. ¡Y ahora le estoy robando lo que ya le vendí! ¿No te das cuenta? Se trata de mi prestigio, joder.

—Pero él no sabe que se lo has robado tú —balbuceó ella—. No debería saber quién le ha robado.

—¡No se trata de eso! Hablamos de un código, de unas reglas, de unas normas. ¡De decencia, coño! Si esto se sabe quedaré a la altura del betún, seré como esas pandas de rumanos o colombianos que saquean al peso, que destruyen obras, que amenazan o matan.

Carlota, contrita, no sabía cómo calmarlo. Le seguía, a cierta distancia, algo amedrentada.

—No lo sabrá nadie. No he dejado huellas, me atuve a todo lo que habíamos planeado…

—¡No a todo, joder! Robaste el puto Degas.

—Pero nunca sabrán que tienes algo que ver.

Él se volvió y se encaró a ella. Carlota se sintió como deben de sentirse los perros cuando un humano se les abalanza. Una mierda, vamos.

—Yo lo sé. Y lo que es peor: tú lo sabes.

—Yo jamás diré nada. ¿No me crees? ¿Crees de verdad que yo te traicionaría?

—Eres una ratera. Una buscavidas sin un euro. Si te ves en la tesitura, claro que lo harás.

Ni un guantazo le habría dolido tanto. Sintió cómo le crujía algo, pero no era el pómulo, para variar.

—Si piensas así, ¿por qué me has metido en esto?

Se hizo el silencio. ¿Qué podía contestar él? ¿Que no era más que una pieza sacrificable? ¿Que no tenía otro remedio? ¿Que se había encaprichado de ella? Todas esas afirmaciones eran tan verdad como mentira.

—Contesta, joder. Crees que soy una inculta y una macarra, una mierda dispuesta a hacer cualquier cosa por dinero, ¿verdad? Que

no tengo ni dignidad ni honor. ¡Pues que lo sepas, no eres mejor que yo! ¡Eres un ladrón! ¡Un puto ladrón!

Carlota, fuera de sí, se fue a por las telas robadas. Se las tiró al silente Armando, provocando un ruido sordo al golpear contra su pecho.

—Toma tus cuadros, toma tus putas obras. Ya no quiero seguir con esto. Ya no me merece la pena.

Carlota se encaminó al interior de la lujosa estancia, sin verla, sin apreciar el confort ni la belleza. Las lágrimas acudían a sus ojos, más de enojo porque le afectara la opinión de Armando que de ofensa porque la considerara alguien sin honor. No lo tenía. Y llevarse el Degas y provocar lo que estaba provocando era una prueba más de que carecía de dignidad. La perdió cuando no era más que una niña. Cuando supo que todo lo que te hace humano te convierte en una víctima.

En el instante en que alcanzaba la puerta para salir de la *suite*, sabiendo que abandonaba aquello que se había convertido en motor de su vida, sintió que Armando llegaba hasta ella y, alargando el brazo, cerraba la puerta entreabierta de un portazo. Carlota no quiso girarse. No quiso enfrentarse al radar de su mirada, porque, como que hay sol, descubriría sus pensamientos. Pero le sentía inclinado hacia ella, impidiéndole moverse con los brazos a ambos lados de su menudo cuerpo. Notaba la calidez de su respiración en el pelo. Su olor a madera y tabaco. Armando susurraba, y a cada sílaba su cabello temblaba y su cuello se estremecía al notar su aliento.

—No te vayas. Por favor, no te vayas.

Carlota trató de fijar su vista borrosa en la puerta. Concentrarse en algo que no fuera el cuerpo de Armando tras de sí para poder pensar. Quedarse era destruirse. Pero irse la dejaba sin rumbo. No sabía si podría seguir viviendo sin un propósito. Tantos años de estudio, de paciencia, de vigilancia. No podía tirarlo todo por cobardía. Se volvió, levantó la mirada para revolcarse en los ojos de Armando. Se puso de puntillas para poder rodear el cuello del hombre con sus brazos y lo atrajo hacia sí. Juntó sus labios a los de él, sintiéndolos suaves y húmedos. Se besaron más tierna que apasionadamente, un beso largo y enredado, más salado que dulce y más frustrante que satisfactorio, pues al cabo de unos segundos

Carlota volvió a apoyar los talones en el suelo, le agarró de la camisa para poder cogerle la cara y besar su frente, y giró el pomo. Quemaba. De frío o de calor, no lo sabía. Sin mirarle se metió en su cuarto como una comadreja en su madriguera. Escuchó el chasquido de la puerta al cerrarse.

Carlota miró los reflejos del sol sobre las ventanas de los edificios circundantes, que volaban por toda la habitación, como reflejos de una bola discotequera de los ochenta. Respiró. Todo estaba saliendo bien. Había elegido y no había vuelta atrás.

## *1994*

*Cada uno de los niños soñaba con lo mismo: encontrar una familia. Familia era igual a huida. Dormir del tirón sin temer las crueles bromas de los compañeros mayores o más fuertes. Poder comer hasta reventar. Ir de tiendas, a elegir tus propios zapatos y sudaderas. Algo tan simple como escoger tus ropas. En aquel lugar, te tocaban. Por talla, o por empeño de los cuidadores de turno. Así que no era extraño que aquella fría mañana de enero, soleada en falso, con un sol tan frío como el patio del orfanato, los internos estuvieran nerviosos. Una pareja iba a visitar el centro. Las visitas eran escasas, y casi siempre decepcionantes. Solían acudir matrimonios que aún no habían iniciado el vía crucis de la adopción en el extranjero, con la vana esperanza de encontrar un diamante entre los ladrillos. Era imposible conseguir bebés o críos de corta edad, y eso es lo que buscaban los matrimonios estériles y ansiosos. Pero algunos se aventuraban a ojear en los centros locales, por si acaso.*

*—Por si acaso ¿qué? —decía la Gitana a su única amiga—. Nunca nos querrán. Somos muy mayores.*

*Y era cierto. Cuando esas parejas paseaban sus ojos angustiados por encima de ellos, como quien visita esas crueles cárceles de animales llamadas zoos, el desencanto podía casi olerse. Qué feos eran todos… Y qué mayores. Tan zafios. No tenían modales, su manera de hablar era tan ordinaria. Y aunque fuera en acogida, ¿cómo meter eso en casa…? Eran aprendices de delincuentes, nada más. Así que, tratando de olvidar la realidad allí observada, volvían a sus hogares, a seguir desembolsando un dinero vergonzoso por cumplir su sueño de ser padres de un*

*chiquillo lo más pequeño posible y, algún día, olvidar que Dios o la naturaleza los hizo yermos.*

*Pese a todo, algunos huérfanos mantenían la ilusión, la loca esperanza de que uno de esos matrimonios viera en ellos al niño desvalido detrás del cuerpo de diez, doce, catorce años. A la criatura asustada detrás de esa pose de suficiencia adquirida, al pequeño deseoso de dar caricias y besos, de levantarse de la cama sin escuchar un timbre áspero de madrugada. Así estaban las dos amigas: expectantes al mirar a través de las rejas del pasillo a la mujer y al hombre, ambos en torno a los cuarenta, bien vestidos y abrigados, bajarse de un cochazo. ¡Con chófer! Millonarios, vamos.*

*—Esos tienen pasta para aburrir.*

*—Y cara de buenos. Sobre todo ella —dijo la más pequeña, de pelo casi blanco cortado a trasquilones rozando a mechones sus hombros, atisbando por encima de sus gafas—. Es guapa.*

*—Está gorda. No le queda bien el abrigo de piel. Con lo que debe de costar… Como un coche, o más.*

*La profesora las miró, compasiva. Sabía que esas visitas quedaban en nada. Luego les tocaba a ellos aguantar a los niños, cabreados y desengañados porque nadie se los llevaba a casa.*

*—Venga, a sentarse en vuestros sitios. No querréis que esos señores se piensen que no sois chicos educados, ¿verdad?*

*Los chavales arrastraron los pies hasta sus pupitres. Trataron de concentrarse en la lección, pero a cada murmullo de pasos o voces volvían la vista hacia la puerta, en la que dos pequeñas ventanas hacían las veces de ojos a la libertad del pasillo. Al fin, esta se abrió, dando paso a la directora de la institución, Asunción, y al señor ese de asuntos sociales que siempre rondaba por ahí con cara de malas pulgas. Tras ellos, el maná, la tierra prometida, el día de Reyes: los «padres». La directora, una mujer joven y gris, cuya vida eran esos pequeños abandonados y los concursos de la tele, pidió a los niños que saludaran, y estos lo hicieron con diligencia. Aún eran bastante dóciles y obedecían. Cuando llegaran a las aulas de los de catorce o quince, sería otro*

*cantar. A esas edades se habían revestido de una coraza de orgullo y displicencia, tratando de aparentar que ellos no querían ser acogidos y formar parte de una familia, sino salir del orfanato y comenzar su vida adulta, tratando de aparentar que ya no necesitaban cariño ni protección, exhibiendo los peores modos posibles y las risas más groseras.*

*La mujer paseó, con su abrigo colgado del brazo, entre los pupitres con una bonita sonrisa en su rostro redondo y bien maquillado. Se quitó los guantes, y en sus manos regordetas lucieron unos hermosos anillos que deslumbraron a algunos chavales. Iba dejando una estela de perfume floral tras ella, agradable y evocadora. Unos pasos más atrás, el hombre, trajeado, alto y con una graciosa calva que intentaba tapar enroscando sus pocos pelos en la frente, miraba las tareas de los niños, los cuadernos cuadriculados, y los felicitaba bien por su caligrafía, bien por sus dibujos.*

*Las dos amigas se cogieron las manos por debajo de la mesa al ver que enfilaban hacia sus sitios. Pero los ojos de la mujer pasaron por encima de ellas sin detenerse, como una ola mansa que apenas mueve el agua. Para frustración de la enlazada pareja, sí que habló con la repelente compañera de atrás, la sabihonda de la melena larguísima y sedosa y ojos glaucos.*

*—Qué bonita letra tienes. ¿Me dejas el cuaderno?*

*La niña asintió, arrebolada. La mujer lo cogió y lo miró con atención, pero la tinta estaba fresca y se manchó los dedos. Se los frotó, sin darle importancia.*

*—Vaya por Dios, qué torpe soy. Cariño, ¿tienes un pañuelo?*

*Pero su marido negó. De repente, una manita le tironeó de la chaqueta de* tweed. *Era una niñita de pelo fino y rubísimo con grandes gafas que empañaban y achicaban sus ojos. Le tendía un gastado pañuelo de hilo, con una amapola bordada, ya deshilachado por los bordes.*

*—Tome. Era de mi mamá. Creo.*

*La mujer le sonrió y esa sonrisa calentó su cuerpecillo.*

*—¿No te importa que te lo manche?*

*—No. Para eso está, señora.*

*Vio cómo cogía el trozo de tela mientras miraba a su marido, enternecida por el gesto. Se limpió los dedos y se lo devolvió con cariño. El hombre también posó los ojos en la pequeña de gafas, y le revolvió el suave pelo.*

*—Gracias, hija. Es muy bonito.*

*Tras esto, llegaron más palabras y preguntas para su amiga, un cordial interrogatorio. Pero la chiquilla morena, sentada a su lado, ya no escuchó nada. Le zumbaban los oídos, las aletas de su nariz ganchuda se habían dilatado y sus negras pupilas taladraban envidiosas las felices mejillas sonrosadas de aquella con la que había juntado su sangre, pese al asco que le daba, para tener al menos una cara amable a su lado en aquel infierno.*

*Esa maldita se iba a llevar a sus padres. Esa maldita se iba a ir a un hogar, dejándola allí sola.*

*No pensaba permitírselo.*

# 4

La vuelta a Madrid en el AVE fue de todo menos entretenida. Armando sabía que con ese beso se la había jugado. Si ella se enteraba… No le importaba que se follara a otras, no sabía lo que eran los celos. Ella solo sabía lo que era poseer. Pero Carlota estaba vetada. Mezclar las emociones con el trabajo era un riesgo. No temía por Armando. Le creía suyo. Ella podía darle cosas que nadie en el mundo podía. Estaban unidos por algo más fuerte que el amor, y mucho más turbio. Pero ambos sabían que una persona enamorada podía reaccionar de modo impredecible. Y eso sí que no se lo podían permitir. De todos modos, fue la aprendiza de ladrona la que cortó la peligrosa aproximación; si por él hubiera sido, la cosa se habría convertido en sexo tórrido. A veces era cierto que los tíos pensaban con la polla.

Claro que Armando no iba a compartir la información. Ese beso quedaría ahí, sellado en un punto ciego tras la puerta del hotel de Barcelona. Como quedaría para su expediente interno la vergüenza de tener que destruir un Degas. No podía permitir que ese cuadro pasase a otras manos, ni que en el sector se sospechase que él hubiera podido tener algo que ver con el robo. Esperaba que Carlota hubiera aprendido que salirse del plan puede traer consecuencias. En ese caso, un beso no programado y una delicada obra aniquilada.

Llegaron al piso de Armando en silencio, y Carlota, a su pesar, tuvo ganas de exclamar «Hogar, dulce hogar» al volver a oler el aroma de tabaco y madera que se respiraba en la vivienda, el mismo olor que expelía la piel de su dueño. Se dirigió hacia «su» cuarto arrastrando la maleta, casi más grande que ella.

—Me voy a dar una ducha.

—Lo que quieras. Pero no te recrees. Tenemos que preparar el siguiente trabajo.

Carlota recordó. «Eres una empleada, chavala. Mucho zapatito de a cuatrocientos pavos el par, mucho hotelazo, pero a currar». Asintió con la cabeza y cerró la puerta del dormitorio tras de sí. Una vez a solas, Armando conectó el circuito cerrado de cámaras que observaban el salón y demás zonas comunes. Se había negado a ponerlas en la habitación de la chica. Todo el mundo tiene derecho a su intimidad. Su desobediencia le supuso una agria discusión repleta de dardos certeros y dolorosos tirando del pasado de Armando. Estaba muy disgustada, justo hurgar en la intimidad era lo que le daba cierto hálito de vida a su vida muerta. Pero él se mantuvo firme: las cámaras, fuera de dormitorios y baños. Tratando de olvidar que ahora era parte de un documental del National Geographic, un ser obscenamente observado, se sirvió una copa de brandi, un Conde de Garvey que llevaba más años envejeciendo en bota que los que él tenía. Esa noche necesitaba echarse al coleto lo mejor. Tenían que preparar el próximo robo. Y, sobre todo, debía quitarse de encima la molesta sensación de que cada vez le costaba más hablar con su clienta, su socia, su amante. Fingir que eran algo parecido a un equipo. A una pareja. Miró la moneda que deslizaba entre los dedos, suave tras tantos años de uso. Una de las treinta monedas de Judas.

Carlota salió del baño con el pelo mandarina aún mojado, peinado hacia atrás, vestida con una sudadera enorme y, al parecer, nada más. Armando trató de no pensar en el hecho de que quizá no llevara ropa interior y la conminó a sentarse a su lado en la gran mesa de madera del comedor, donde ya había dispuesto los ordenadores y seleccionado los documentos y fotografías necesarios para su siguiente misión: hacerse con un cuadro en la reputada casa de subastas Molina. Carlota se sentó a su lado emanando una deliciosa fragancia a vainilla traída de Santa Maria Novella (comprada por Armando, deseoso de librarse del tufillo a colonia de hipermercado que usaba su alumna). Dobló la pierna derecha y colocó el pie sobre la silla, dejando la otra laxa, cayendo descuidadamente hacia el suelo, que no llegaba a tocar. Su muslo era también de vainilla. Cremoso y dulce. Miró a Armando, seria.

—¿Empezamos?

—Antonio Garrido, empresario, inversor en obras de arte.

Cliqueó encima de las imágenes mostrando a un señor de unos

sesenta años, delgado pero panzón, de expresión adusta y algo abotargada (demasiadas comidas de trabajo, demasiado alcohol, demasiado tabaco).

—Le interesa una mierda el arte, pero sabe que algunas piezas son valores seguros. Sé que está interesado en un Luis de Morales, conocido como el Divino, un óleo sobre tabla no muy grande que representa a la Virgen con su hijo, uno de sus temas favoritos.

Armando desplegó varias imágenes de obras del autor que Carlota estudió con interés. Mira que vivir treinta y tres años sin saber lo que molaba lo de los cuadros y las estatuas y todo ese rollo… Flipante.

—Estaba en el trastero de un particular, al parecer, poco amante de lo sacro, y de la limpieza.

—¿Lo del Divino es porque pinta divinamente o porque pintaba todo el rato santos y esas moñadas?

—Pues yo creo que por las dos cosas. Es muy admirada su forma de representar el cabello, fino y sedoso. —Miró la cabecita de Carlota—. Como el tuyo.

Ella alargó la mano para coger la copa de balón en la que su instructor tomaba brandi. Le dio un sorbo sin apartar la vista de los ojos de él. La depositó en la mesa con delicadeza.

—Gracias. Pero no me piropees, que ayer me hiciste la cobra y no se me olvida.

—No te hice la cobra. Me la hiciste tú a mí.

—Porque se notaba que pasabas.

—¿Ves? La retirada la emprendiste tú. Pero, dicho esto, hiciste bien.

«Y tanto; ahora te tengo donde quiero», pensó ella. Pero se hizo levemente la ofendida.

—Para ponerte como un cabestro muestras muy poca persistencia. Pero, vamos, que no me importa, no eres el primero que pasa de mí.

—No es buena idea mezclar trabajo y emociones, ya te lo dije.

Carlota clavó sus extraños ojos plateados en los de Armando, que siempre le recordaban a una enorme tinaja llena de miel. Vivan las abejas.

—Cierto.

Se hizo un breve e incómodo silencio que Carlota rompió en

tono despreocupado:

—Pues vamos al tajo. El caso es que tienes un comprador para este cuadro, y nosotros vamos a… —animó Carlota.

Armando decidió proseguir, aliviado porque el tema del beso quedase destapado, diseccionado y neutralizado. La moneda que pasaba de dedo a dedo no cesaba de girar.

—A quedárnoslo, claro. A Garrido le gustan las subastas, el exhibir su dinero delante de los asistentes. Puja en directo, no *online*, para ejecutar toda la parafernalia de sentarse en la sala, levantar la mano, sentir la envidia o la admiración de los verdaderos amantes del arte que acuden a estar cerca de objetos hermosos que nunca poseerán. Y para medirse con otros millonarios como él, claro.

—O sea, el tipo va a pujar por el cuadro y tú tienes claro que se lo va a quedar.

—Bueno, espero. Ese pequeño margen de error tenemos que asumirlo. Pero es una obra de prestigio con un alto precio de salida, justo su debilidad. Ya te digo que es un ignorante, le daría igual un Picasso que un payaso de mercadillo, si el segundo valiera doscientos mil euros y alguien poderoso lo quisiera.

Armando se levantó para encenderse un cigarro y rellenarse la copa.

—Te pongo una.

—No. Ya te cojo algún sorbito de la tuya.

Armando asintió y volvió a su sitio. Ese rollo de compartir vaso iba a traer cola; eran justo las cosas que indicaban complicidad y un grado de intimidad las que desataban su ira. Pero se habían metido en un juego en el que ambos tenían que ceder, así que… Como diría Carlota: ajo y agua. Cambió de imagen en el ordenador que estaba frente a la joven. Le mostró a una mujer de unos treinta, melena recogida elegantemente con un pasador, pelo teñido de rubio platino, vestida con un traje pantalón gris de pata ancha y unas *sneakers*.

—Su ayudante, secretaria, chica para todo. Inma Rodríguez. Cuando el señor Garrido termina de pujar, ambos se levantan, la mujer le acompaña al exterior, donde esperan que llegue su coche con el chófer. Él se va y ella se encarga del papeleo: pagar la suma alcanzada, rellenar papeles y organizar el transporte de la obra a la

residencia de su jefe.

—Es ahí, en el transporte, donde robaremos a la Virgen del Divino.

—Pues no. —Armando movió el ratón hasta dar con la imagen que buscaba. Un documento cumplimentado por Inma Rodríguez, puño y letra—. Esta vez Garrido tendrá unas ganas irresistibles de tener el cuadro en su residencia esa misma tarde. Alguna vez lo ha hecho, y la casa de subastas no puede negarse, solo necesita saber que el lote ha sido abonado. Tú te encargarás del papeleo, entregarás el cheque y te llevarás la tabla. Serás la ayudante de Garrido.

Armando ignoró la cara de pasmo de su alumna y abrió un cajón del aparador de madera, macizo y sólido como parecía el plan del ladrón. A continuación puso frente a ella unos folios.

—Inma se ha hecho familiar para los empleados de la subasta, pero ellos ven una rubia alta y algo estirada, nada más. La gente en general es poco observadora. Igualmente, tendrás que ser convincente. Empezaremos por la letra. Luego, la dicción y la voz.

—Y, luego, la operación para alargarme las piernas, ¿no? Esta tía es mucho más alta que yo.

Armando sonrió con su mejor sonrisa cínica.

—Excelente idea. ¿Eres alérgica a algún medicamento?

—Me parto contigo. En serio, yo nunca podré ser esta bigarda.

Armando le acercó los folios y un par de bolígrafos de capuchón azul de toda la vida.

—Tú escribe. Practica la letra. Y mientras, escucha esta grabación, de la última subasta a la que acudió la parejita. —Sin contemplaciones, le colocó unos grandes cascos y pulsó el *play*. Luego, inició la marcha hacia su cuarto.

—No lo veo claro. Este plan no lo veo nada claro.

—Tú no pienses. Haz lo que te digo y todo irá bien. Tendrás tu dinero, y mi cliente, el cuadro. Voy a salir a cenar. La subasta es en pocos días y tenemos que estar preparados, ropas, peluca… No pierdas el tiempo discutiendo.

Sin más, desapareció, dejando a Carlota cabreada. «¿Tenemos?». ¡Tendrá ella, él bien que se va por ahí! Miró la pantalla, la letra redonda y limpia. Ella tenía una letruja de mierda; además, no se había metido en esto para mejorar su caligrafía, joder. Estaba ahí

aguantando carros y carretas para convertirse en una gran ladrona. Una ladrona capaz de robar la vida a alguien. Como se la robaron a ella.

Agarró el boli y se puso a escribir.

—Lote número 12. Lo que todos ustedes estaban esperando esta tarde. *Virgen del sombrero*, de Luis de Morales, el Divino. Un claro ejemplo de la maestría del artista, un óleo sobre tabla de reducidas dimensiones pero inmenso en su belleza. Comenzaremos la puja en cuatrocientos mil euros. ¿Alguien ofrece quinientos? Quinientos a Marta, al teléfono.

Carlota, transfigurada en una mujer rubia platino de ojos castaños, vestida con blusa blanca y pantalón crudo con cintura alta y ceñida con una lazada, remedando el aspecto que Inma Rodríguez llevaba esa tarde, esperaba en el Bar Inglés del Wellington, cerca de la sala de Fernando Molina, con un auricular metido en la oreja y atenta al móvil, en el que podía observar lo que sucedía en la subasta. Llevaba dos días con sus noches practicando a escribir con la letra de esa mujer, a hablar con la voz algo ronca de esa mujer, a aspirar ligeramente las eses finales, como esa mujer, extremeña, y, sobre todo, acostumbrándose a andar con unas zapatillas que escondían en su interior unas alzas de casi diez centímetros. Aunque lo peor eran las vendas que aplastaban los pechos para disimular que Carlota tenía casi una noventa e Inma era plana como una tabla de planchar.

Tras vigilar a la susodicha casi cuarenta y ocho horas seguidas, más las que ya llevaba de ventaja Armando en la investigación previa, habían preparado diversas prendas para poder reaccionar a lo que Inma quisiera ponerse esa tarde. Como decidiera ese día cambiar de modo de vestir, estaban jodidos. Controlaban su guardarropa, controlaban sus tiendas favoritas, hasta la peluquería. Pero una decisión de estilo de última hora era incontrolable. Por suerte, Inma siguió fiel a sus costumbres y fue fácil copiar la imagen. La peluca y un enorme pasador de carey, su favorito, habían hecho el resto. Ahora, la mujer, ignorante de que tenía una sosias, permanecía al lado de su jefe, iPad en mano y bebiendo agua de tanto en tanto de una de las botellas de plástico que proporcionaba (de modo poco ecológico, como señaló Carlota, «putos plásticos») la sala a los concurrentes.

La ladrona seguía la puja *online*, deseando que el que pujaba por teléfono no fuera demasiado insistente. O quizá que lo fuera, para asegurarse de que Garrido quisiera quedar por encima. El subastador seguía entonando su letanía:

—Nueve. El caballero ofrece novecientos mil. Vamos, señores, esta obra del Divino vale mucho más. Gracias, señora, un millón. —La pujadora, unos cuarenta años enfundados en un vestido negro que dejaba poco sitio a la imaginación y unas tetas operadas tamaño XXL, sonrió a Garrido, que le devolvió la sonrisa—. Un millón de euros para poder contemplar esta belleza en la soledad de sus residencias, señoras y señores. ¿Alguien ofrece un millón cincuenta mil…?

Carlota empezó a mover las piernas en un tic incontrolable y a devorar de modo compulsivo los cacahuetes que le habían servido. ¿Por qué ese tío no pujaba ya? ¿Qué hacía?

Lo que hacía, aunque Carlota no lo viera, era pensárselo. Tonteaba visualmente con la tetona que pujaba en la sala, y ahora estaban retándose con la mirada. Armando, sentado detrás de Inma y Garrido, irreconocible tras un bigotón a lo Freddie Mercury, trataba de no arrancarse el auricular de la oreja. Carlota le estaba taladrando el oído:

—¿Qué pasa? Armando, ¿qué coño pasa?

Armando, disimulando un estornudo con la mano, habló a Carlota.

—Está pelando la pava con la pujadora mayor del reino, aquí, en la sala. Esperemos que no sea demasiado galante y le ceda la tabla.

—La madre que le parió —masculló Carlota dando un golpe a la barra y estando a punto de volcarse la Coca-Cola sobre la blusa blanca. Atrapó la botella en el último momento y la apartó. Ni más cafeína ni más líquidos, gracias. Además, se estaba meando y no quería que Armando le diera la acción justo cuando estaba con las bragas bajadas.

—Niña. Atenta. Ha pujado el del teléfono y Garrido ha torcido el morro.

En efecto. Ceder la puñetera Virgen de ojos saltones a esa cachonda que le hacía ojitos en la sala valía. Una Virgen por un polvo. Pero a un particular tras el teléfono, ni de coña. Garrido alzó la mano.

—Un millón doscientos. Un millón doscientos, damas y caballeros. ¿Alguien llega a un millón doscientos cincuenta mil?

Los murmullos crecieron en la sala. La mujer vestida de negro sonrió con *fair play* a Garrido. En realidad no tenía intención (ni posibilidades) de llevarse ese horror de cuadro; acudía a esos sitios para pescar a algún incauto con pasta. Por suerte para Carlota y Armando, claro.

—Un millón doscientos a la una… Adjudicado.

Garrido, con la expresión del gato que acaba de zamparse un periquito, se hinchó como un pavo al ver que las miradas de los asistentes se volvían hacia él. Armando, tras su bigote, aplaudió la adjudicación del lote y se levantó con calma. Mientras, sustituyó con un movimiento ágil y rápido su botella de agua por la de Inma sin que esta se percatase.

—Lista, Carlota. Empezamos.

La mujer se bajó del taburete de cuero del elegante bar tapizado en rojo oscuro y se equilibró sobre las enormes plataformas de las zapatillas, ocultas gracias al bajo del pantalón *palazzo*.

Garrido y su ayudante se levantaron y fueron hacia la sala principal. Armando los seguía discretamente observando a Inma y esperando que bebiera de una vez. Esa mujer bebía de manera compulsiva, lo tenía estudiado, y el aire acondicionado del local secaba la garganta a cualquiera. Mientras, Carlota se dirigía hacia allí, maldiciendo las plataformas y echándose un ojo en un escaparate. Solo faltaba que se le moviera la jodida peluca y la cagaran. Al ver su reflejo apenas se reconoció. ¿Quién era aquella tía alta y sin tetas que la miraba con fijeza? Se cercioró de que ni uno de sus cabellos anaranjados sobresalía de la peluca y se encaminó hacia la sala, ignorante de que en el vestíbulo de Fernando Molina las cosas se complicaban. Justo cuando Inma estaba destapando la botella para dar un sorbo al agua adulterada por Armando, la mujer que había encelado a Garrido pujando por la tabla del Divino acudía a felicitar a su oponente y, de paso, ver si la invitaba a un vino, a una cena o a un matrimonio. Lo que se terciara. Contoneando sus estrechas caderas enfundadas en el elegante vestido, abordó al empresario. Inma tapó la botella y se dispuso a contemplar la escena mil veces vista: la merodeadora que tontea con el millonario. En esas situaciones, su sororidad se iba por

el albañal y solo deseaba que la perpetuadora de estereotipos machistas fuera fulminada por un rayo.

—Enhorabuena, señor. Se ha llevado la única obra que quería meter en mi casa esta tarde… ¿No cree que tendría que compensarme?

Inma la miró con disimulado fastidio. Aún tenía que pagar el cuadro, organizar la retirada, llegar a casa y arreglarse para cenar con su novio. Y para cumplir los tiempos lo primero era meter a Garrido en el maldito Audi y que lo dejara en su residencia con la mayor brevedad. Si esa embaucadora lo entretenía, ella pagaría con horas extra. Garrido posó los ojos en el canalillo de su asaltante.

—Lamento haberle quitado su capricho, pero no me gusta perder.

—Admiro esa cualidad en un hombre. —Soltó la frase sin sonrojarse por lo manida y sonrió con su carnosa boca pintada—. ¿Qué hay de compartir una copa para resarcirme?

Armando chascó los labios. Esa petarda iba a trastocar sus planes. Por suerte, Inma estaba tan interesada como él mismo en que ese ligue no llegara a buen puerto, al menos esa tarde. Por ella, como si la señora de Garrido llevaba toda la cornamenta de una dehesa de toros bravos. Pero no en ese momento. Susurró a su jefe las palabras mágicas:

—Debería estar en su residencia cuando llegue el cuadro o su esposa decidirá exhibirlo en su estudio. Recuerde el Ribera.

El hombre gruñó. Cierto. Volvió a clavar los ojos en las tetas de la mujer de negro. Tetas *versus* esposa mangoneando.

—Será en otra ocasión, señora. Ya nos veremos en la siguiente puja, si es usted aficionada a invertir en arte.

La mujer estrechó la mano que le tendía su presa y no pudo evitar que se atisbara el enfado en el tono de voz, pese a que su sonrisa trataba de disimularlo.

—Por supuesto. Esta ciudad no es tan grande.

Armando e Inma suspiraron a la vez, cada uno por diferentes motivos. Dejando con un palmo de narices a la merodeadora de ricos, la asistente avisó por teléfono al chófer de su jefe y ambos salieron a la concurrida y señorial calle de Velázquez. Armando no quitaba ojo a la mano de la rubia, a sus uñas esmaltadas en blanco y a la maldita botella de agua. Al fin, Inma desenroscó con

parsimonia el tapón azul y se la llevó a los labios, delicadamente pintados de marrón mate. Dio unos buenos tragos y la lanzó con puntería a una papelera. A los pocos minutos apareció la berlina, un Audi A8 azul oscuro, y se detuvo pegada a la acera, ignorando los pitidos que le dedicaban los conductores que se habían visto obligados a frenar, como si esa acción en el atasco madrileño desencadenase la ira colectiva. Impasible al mosqueo general de los permanentemente irascibles conductores de la capital, el chófer se apeó y abrió la puerta a su jefe, que se instaló en los mullidos sillones de cuero sin volver la vista atrás y sin despedirse de su ayudante, cosa que a ella pareció importarle entre un comino y una mierda. Cuando el auto se hubo alejado, Armando echó una mirada a la esquina del hotel Wellington, por donde aparecía Carlota.

—Aguarda —ordenó Armando.

La mujer se paró en seco haciendo que jugaba con el móvil, parapetada tras unas gafas de sol. Contempló desde su puesto cómo su espejo viviente comenzaba a tambalearse ligeramente y se llevaba la mano a la sien, con expresión aturdida. Enseguida, un amable caballero se dirigió a ella, desde su impresionante estatura:

—Señorita, ¿se encuentra bien?

Inma lo miró, con ojos vidriosos. Armando había sido tan rápido que ella hubo de percatarse de que, en efecto, no se encontraba bien.

—Estoy algo mareada…

—Un vértigo, quizá. Apóyese en mí —dijo mientras se la llevaba hacia la calle de Alcalá, con el objeto de alejarla de la casa de subastas.

Inma ya era un pelele en sus brazos; el sedante para caballos era efectivo casi al instante y ahora la mujer caminaba gracias a que él la arrastraba. La sostenía y le robaba el talonario del bolso, claro. En un movimiento perfectamente sincronizado, mientras Armando metía a la mujer en un taxi y la mandaba a un hospital, Carlota llegaba hasta la casa de subastas y ocupaba el puesto de la ayudante de Garrido. No quería ni volver la cabeza hacia su mentor, pero imaginaba que este se estaba ocupando de manipular el cheque para que exhibiera el sello de «conformado» de la entidad del empresario. Y así era. Armando caminaba a buen paso en ese momento hasta el Audi A8 azul oscuro que le esperaba en el

*parking* cercano, dispuesto a tener el talón preparado en tiempo récord. Carlota cogió aire y entró en Molina, lista para llevarse una tabla por valor de un millón doscientos mil euros.
—Buenas tardes, señora. ¿Su número?

La cajera cogió el número de lote adjudicado que le entregaba la mujer rubia a la que había visto ya algunas veces en la misma tesitura. Comenzó a teclear en el ordenador mientras se dirigía a Carlota con voz suave:

—Para el señor Antonio Garrido, ¿verdad? —Carlota asintió. Cuanto menos hablara, mejor—. Lote número 12, *Virgen del sombrero*, de Luis de Morales.

—Sí.

Mientras hablaban, la cajera entregó a la supuesta asistente del comprador un formulario que Carlota se dispuso a rellenar con la mejor letra de Inma Rodríguez.

—Una obra muy especial. Enhorabuena.

—Se la daré a mi jefe, gracias.

Carlota esperaba que su leve ronquera y la manera de pronunciar «jefe», con una jota suave, fueran convincentes.

—¿Cómo desea abonar la compra, señora? Dada la cantidad, supongo que mediante transferencia.

—Talón. El señor Garrido desea tener la tabla esta misma tarde en su domicilio.

La cajera, con modales exquisitos, puso reparos. Era de esperar, y justo lo que necesitaba la ladrona para que a Armando le diera tiempo a falsificar el cheque, vestirse de chófer y acercarse hasta su lado. Carlota fingía escuchar atentamente a la amable empleada.

—No es lo habitual, señora Rodríguez, y no le recomiendo que se lleve algo de tal valor por sus propios medios. Sabe que Molina garantiza la entrega segura de los lotes. Si se encarga usted misma, nosotros no nos hacemos responsables.

—Por eso no se apure. En un instante vendrá el chófer del señor Garrido a recogerme. No subiré en el metro con esa tabla.

La cajera le devolvió la sonrisa a Carlota y carraspeó, incómoda. Garrido era un habitual, pero las normas eran las normas. Un talón por la friolera de un millón doscientos mil euros debía ser comprobado por la casa.

—Ya, bueno… Pero, verá, entienda que debo comprobar que

todo está correcto en el pago antes de entregarle el lote que su jefe está interesado en llevarse.

—Lote que ha sido adjudicado a mi jefe —corrigió Carlota—. Entiendo sus reticencias, pero para que no hubiera inconvenientes he traído un talón conformado por el banco por valor de un millón de euros, cantidad que sabíamos que sería el mínimo que alcanzaría la puja, dado el renombre del autor.

La cajera se removió en su silla. No le gustaba discutir con los clientes, tenía un buen puesto y la mayoría de los que acudían a Molina no eran aficionados a que la plebe les tocase los cojones.

—Perfecto, muy previsor, su jefe. Y… ¿el resto del pago? Ya sabe, los doscientos mil que completan el total de la puja, más el veintitrés por ciento para la casa, un millón cuatrocientos setenta y seis mil.

—En efectivo, no se preocupe. Así ustedes tendrán todas las garantías y el señor Garrido podrá exhibir el talento del Divino ante sus invitados esta misma noche.

La cajera no podía negarse ni poner más excusas. Mientras que su compañera iba despachando a los otros clientes con rapidez y eficacia, ella llevaba ya la intemerata con el maldito lote número 12.

—Pues entonces procedamos, si le parece.

—Me parece estupendo.

«Y me parecería aún más estupendo si Armando estuviera ya aquí dándome el talón de las narices», pensaba Carlota. Cierto era que él se movía como un gato, silencioso y rápido, pero no había ni sombra de su cómplice. Con parsimonia, la doble de Inma Rodríguez sacó de su bolso una cartera mediana con un par de sobres que abrió delante de la cajera. Le entregó dos fajos de billetes morados.

—Gracias.

Procedió a contar los billetes mucho más deprisa de lo que la ladrona hubiera deseado. Esa tía tenía una maquinita que los pasaba a toda pastilla, cuando lo deseable era que los hubiera ido mirando uno a uno… Joder. ¿Dónde coño se había metido Armando?

—Quinientos mil… —Los colocó pulcramente en un montón, eligiendo unos pocos con sus largos dedos—. De los que le devuelvo

veinticuatro.

Carlota alargó la mano para guardar los veinticuatro mil euros que le devolvió la mujer, con tan poco tino que se le cayeron unos cuantos miles tras el mostrador de la cajera, quien se apresuró a recogerlos del suelo. Al agacharse esta, Carlota sacó un fajo de billetes falsos y le dio el cambiazo por los verdaderos con una habilidad propia de una trilera. Cuando la sofocada cajera se incorporó del suelo con los billetes en la mano, Carlota le agradeció las molestias de un modo infalible para que a la empleada se le olvidara todo lo demás.

—Por favor, el señor Garrido les quiere agradecer la excepción que están haciendo —le dijo entregándole un par de billetes de quinientos euros—. Esto es para ustedes.

—Por Dios, no es necesario… —protestó la mujer, por quedar bien.

—Insisto. Mi jefe no me perdonaría si no cumpliera sus instrucciones. Hágame el favor de aceptarlo.

La cajera sonrió, falsamente abochornada por aquella deferencia, imaginando ya en su cuello la gargantilla de perlas con la que llevaba meses soñando.

—Gracias, el señor Garrido es en exceso amable. Ahora ya solo necesitamos el talón…

—Y la tabla, claro —añadió Carlota.

Ambas rieron, algo forzadas.

—En cuanto compruebe el cheque pediré que me entreguen la obra y podrá llevársela. ¿No venía alguien a acompañarla?

—Pues sí, eso teníamos planeado… —En cuanto salió el verbo de su boca, supo que estaba mal elegido.

La cajera carraspeó.

—Puede ir dándome el cheque y vamos avanzando, ¿le parece?

—La verdad es que… —Carlota iba a entonar alguna excusa para ganar tiempo cuando algo le presionó en la espalda, algo duro y con aristas. El borde del talonario.

El olor a madera y tabaco que acompañaba a Armando la envolvió. En ese momento, el aroma del alivio. Sonrió con displicencia a la cajera mientras colocaba la mano a la espalda, cogía los cheques y los llevaba a su bolso, para sacar de allí el talonario.

—… Tiene toda la razón. El señor Garrido ha de estar impaciente por ver tanta belleza en su hogar.

Abrió el talonario y allí estaba el cheque conformado por el banco. Fingió secarse las manos con un pañuelo de papel para borrar sus huellas del talón, por si acaso. Luego se lo entregó a la cajera, que lo miró atentamente, así como al atractivo hombre con coleta y gafas de sol que esperaba tras Inma Rodríguez. Menudo chófer. Era como emplear a un *top model* de reponedor del Mercadona. Un desperdicio. Descolgó el teléfono.

—Todo correcto, señora Rodríguez. —Con voz monótona habló al auricular—: Carmen. El lote número 12, por favor. Se lo llevan. Sí, el 12. —Escuchó la evidente sorpresa de su interlocutora y le cortó con un tono impaciente. Estaba del lote 12 hasta las narices—. Tráelo ya, por favor. Tengo a la señora esperando. Gracias.

A Carlota le costaba mantener la calma. Temía que la cajera se diera cuenta de cualquiera de las trampas que le habían puesto. Que ella no era Inma, que el sello del banco era una filfa, que le había dado el cambiazo con los billetes… La sala era un continuo ir y venir de gente, y le estaban dando ganas de salir corriendo. Armando, sin embargo, parecía tan tranquilo, hasta se permitía coquetear visualmente con la cajera. Con un par. Al fin vislumbró a un operario que portaba la tabla perfectamente embalada. Tras firmar los recibos correspondientes, hizo un gesto al supuesto chófer para que cargara con la obra.

—Espero que el señor Garrido lo disfrute. —La cajera miró coqueta a Armando—. Tenga cuidado, es algo irreemplazable, pero su seguridad es lo primero.

—Gracias, señorita.

La señorita le sonrió y a Carlota se la llevaron los demonios. «Esto se llama celos, nena». Seca, se dirigió a su cómplice e instructor:

—Vamos. Adiós.

—Hasta otra, señorita Rodríguez.

Los dos se encaminaron a la puerta de salida. A través de los cristales se percibía el tráfico denso de la tarde madrileña y los pasos que los separaban de esa calle liberadora parecían kilómetros. Carlota observaba a los guardias de seguridad, que no les quitaban ojo, dada la mercancía que portaban. Estaban a punto de llegar a la

salida cuando una voz alegre cortó el aire.

—¡Inma!

Carlota se quedó paralizada, sin volverse. Armando se volvió y vio a una joven en traje de chaqueta que se dirigía sonriente a «Inma».

—Pero mujer, qué alegría.

Llegó junto a su supuesta amiga. La impostora tragó saliva. Estaban perdidos. Supo que había de reaccionar rápido. Se puso las gafas de sol y se volvió hacia ella, sonriendo.

—Y tanto.

La chica del traje de chaqueta se quedó literalmente boquiabierta. «¿Inma?». Carlota siguió improvisando. La abrazó, sobre todo para que la amiga de aquella a quien suplantaba no pudiera observar su rostro.

—Qué alegría verte, pero voy volada. Escucha, te llamo, pero tengo que irme.

En ese instante, Armando puso su largo cuerpo entre ambas, mientras Carlota enfilaba la salida y contemplaba el Audi con los cuatro intermitentes naranjas relampagueando como si fuera la tierra prometida. Oía a su supuesta amiga protestar a su espalda cuando un guardia de seguridad se interpuso entre ellos y la puerta. Estaban realmente jodidos.

El Audi dio un peligroso bandazo a la derecha.

—¡Carlota, que nos matamos!

Armando la regañaba, pero estaba encantado de recibir la alegría desbordante de Carlota, que le echaba los brazos al cuello desde el asiento trasero mientras él trataba de conducir. Ya habían llegado a terreno seguro, a las afueras de la ciudad, y podían relajarse. Tras el último susto del maldito guardia de seguridad que parecía haberlos descubierto cuando lo único que deseaba era abrirles la puerta doble para que pasaran con más comodidad la tabla y acompañarlos hasta el coche (los mil euretes de propina habían surtido efecto), todo había ido sobre ruedas. Pusieron el cuadro en el asiento de atrás, arrancaron y recorrieron la ciudad hasta salir por el noroeste.

—¿Cómo lo he hecho?

—Bueno, no ha estado mal.

Carlota le dio un fuerte puñetazo en el brazo.

—¿Que no ha estado mal? ¡Serás cabronazo! Lo he hecho de puta madre.

Armando se frotó el brazo, divertido.

—Oye, ¿dónde ha quedado lo de robo sin violencia?

Entre risas, detuvo el coche en un aislado camino rural dejado de la mano de Dios. Ambos salieron del auto y se miraron, felices, rodeados de fresnos cabezones, quejigos y retamas en flor, tan amarillas que parecían fosforescentes a la luz del anochecer. Armando le tendió la mano.

—Enhorabuena, socia.

—Gracias, jefe.

Chocaron las manos sin apartar los ojos el uno del otro. Carlota ya se había quitado las lentillas y sus ojos grises brillaban bajo el cielo estrellado de la sierra de Madrid. El sonido del tráfico se escuchaba muy lejano, y tan solo la leve brisa que agitaba las ramas de los árboles rompía el silencio. Armando, muy despacio, le quitó la peluca. Le alborotó las ondas ambarinas, tan sedosas como el cabello de un bebé. Carlota, aupándose, se inclinó sobre su pecho y alzó los brazos hacia la cabeza de él, despojándole con cuidado de su coleta postiza. Armando, siguiendo con el peligroso juego de deshacerse de los disfraces, se arrodilló. Con delicadeza, agarró el tobillo derecho de ella y le desabrochó la zapatilla, dejando su pie desnudo. Luego procedió a hacer lo mismo con el izquierdo, acariciando sus pies doloridos tras aguantar las alzas. Carlota se estremeció. Solo le estaba tocando el pie, pero sentía que todas las terminaciones nerviosas de su piel estaban vibrando, cargadas de electricidad. Cada roce de los dedos de Armando le provocaba un latigazo que viajaba de inmediato a su vientre. Con deliberada lentitud, se desabotonó la blusa, mostrando las vendas que comprimían sus senos. Tiró del esparadrapo que sujetaba el vendaje bajo su axila y, despacio, fue desenrollando la tela. Sus pechos iban recuperando los volúmenes a medida que la presión sobre ellos disminuía. Al fin, para deleite de Armando, quedaron al aire. Blancos, llenos, tiernos. Las pupilas del hombre miraban fijamente las pupilas tiernas y rosadas de sus pezones. Carlota enredó los dedos en sus morenos cabellos, ahora que lo tenía a la altura de la cintura. Armando dejó escapar un gemido y apoyó la cabeza en el cuerpo de Carlota, entre sus pechos, en su vientre, acogedor, cálido.

Ella continuaba jugando con su pelo, masajeando su cabeza. Armando deseaba abrazar ese cuerpo mínimo, besar cada centímetro de su piel, aspirar el aroma de su sexo, lamer sus pliegues, entrar en lo que imaginaba un tierno y tibio refugio.

Permanecieron en esa postura durante largo rato, sintiéndose, oliéndose, imaginándose. Ninguno se atrevía a llegar más allá. La libertad perdida y la venganza ya no tenían vuelta atrás.

## *1994*

*No les hizo falta mirar más. Esa menuda niña de mirada de vidrio, pelo pajizo cortado a trasquilones y ojos empequeñecidos por la miopía les había llegado al corazón. Su objetivo, además, nunca fue egoísta. No deseaban un juguete de carne y hueso en quien volcar la soledad que se instala en algunas parejas sin hijos; no deseaban un ente perpetuador de linajes; no deseaban un niño para que la gente dejara de preguntarles para cuándo el bebé en las reuniones familiares. Deseaban, de corazón, aliviar la desesperanza de alguna criatura que ya se sabía irremediablemente huérfana, irremediablemente mayor sin haber llegado aún a la adolescencia. Ancianos terminales con dientes de leche.*

*El ofrecimiento del pañuelo bordado con una amapola fue la señal. Esa iba a ser su hija.*

*Cuando la mandaron llamar en mitad de clase de lengua, la espigada niña morena supo que había perdido. Perdería a su única amiga, su muleta. Seguiría encerrada en aquel limbo donde los días oscilaban entre el pánico y la monotonía. Seguiría respirando ese pérfido olor a comida recalentada, a ceras de colores manoseadas, a hormonas adolescentes en vaporosa ebullición.*

*No iba a consentirlo. Aún ignoraba el cómo, pero sabía que su rival nunca saldría de aquel infierno de la mano de esa pareja aspirante a la paternidad. No iba a quedarse sola a merced de la jauría que estaba deseando despedazar a la Gitana.*

*Al verla llegar hasta ella en alegre carrera, logró ordenar a las comisuras de sus labios que tornaran el rictus de amargura en un esbozo de sonrisa alegre.*

*Pero esa sonrisa carecía de alegría alguna. Era la sonrisa de quien tiene un plan perverso.*

# 5

¿Cómo había llegado a eso? Armando, tirado cuan largo era en su cama, tras entregarle la tabla a su clienta, no estaba seguro. ¿Era el miedo a volver a no tener nada? ¿El miedo a perder lo ganado y caer en la sordidez, en las privaciones, en denigrarse por sobrevivir? La gente decía que veía borrosa su juventud. Afortunados ellos. Él recordaba con cristalina nitidez cada día. El acre olor del sudor propio y ajeno, mezclados en callejones, coches, sucias habitaciones de pensión. Su piel, que parecía retraerse al contacto con la piel de sus clientes, como se retraen los ojos de los caracoles al notar el salado dedo de un niño que se divierte viendo cómo los animalitos esconden las antenas. El dolor oscuro de su cuerpo al ser penetrado sin cuidado alguno. El crujido de su inocencia al romperse.

Y recordaba cómo acabó todo. Aún no había cumplido los dieciocho. Había nevado. Caminaba por Chamberí hacia los cines Luchana, a hacerse con unas carteras acompañado por otro chaval empequeñecido por la droga y el tabaco, sustancias que recorrían su cuerpo desde los trece años. Apenas tenía dientes, así que era muy apreciado para hacer mamadas. Le llamaban el Bayeta, porque lo absorbía todo. Un humor negro sin pizca de gracia. El manto blanco y helado de principios de febrero se había tornado gris y acuoso. En Madrid no nieva a menudo y cuando lo hace desata tanto entusiasmo como caos. Pero Armando no estaba para maravillarse por el espectáculo de las ajardinadas azoteas y las tejas adornadas por lo que semejaban montones de merengue. Ni quería detenerse empapándose de las risas alborozadas de los críos entregados a batallas incruentas con balas heladas. Él solo deseaba acabar de dar el palo a algunos pobres descuidados y largarse al Prado. Cruzar Recoletos y sus adoquines, pasar junto al enorme Velázquez de Aniceto Marinas que, paleta en mano, presidía la fachada principal del museo, cuya puerta casi nunca se abría al público, y subir la

cuesta hasta la de Goya. Introducirse en ese templo de belleza y vida. Desde que se refugió en aquella biblioteca, azuzado por el frío, el cansancio y las náuseas, tenía un rincón en su alma donde no entraban la mierda ni los gruñidos de aquellos cerdos corriéndose. Anhelaba el silencio de las salas de exposiciones y los museos, y ahora, gracias a sus lecturas, sabía distinguir el Renacimiento del Barroco, el Romanticismo del Neoclasicismo, el impresionismo del expresionismo. Así que esperaba que al Bayeta no le temblaran demasiado las manos, pudieran hacerse rápidamente con unas cuantas presas y largarse de allí. Además, hacía un frío de mil demonios.

Llegando a los Luchana repararon en un anciano que sacaba dinero de un cajero. El hombre, bien vestido y encorvado por el peso de sus ochenta años más o menos, alargaba la apergaminada mano para hacerse con un buen fajo de billetes.

—Eh, recién saliditos del horno, chaval.

Armando negó.

—Nosotros a lo nuestro. Nos han dicho que vayamos a los cines.

—Pero esto es mazo fácil, joder. Y a mí se me está congelando la minga. Venga, tronco, no seas capullo.

—Es un viejo.

—¿Y? Como si no te dieran por culo los viejos. ¿Qué más da?

—Que no, coño, será la pensión del pobre hombre —trató de razonar Armando.

Pero su colega estaba cegado por los billetes de cinco mil pesetas que ahora contaba el viejo con movimientos algo temblorosos y ya se había acercado al cajero con andares oscilantes y las manos en los bolsillos del vaquero.

—Viejo. Dame la pasta. Si no te pones tonto, no te vamos a hacer na.

El hombre le miró de hito en hito con los ojos turbios por la edad. Tenía la nariz enrojecida por el frío, y Armando pudo ver agüilla brillando en la comisura de los labios.

—Que te crees tú que te voy a dar ni un duro. Anda, quita.

El Bayeta se quedó momentáneamente desconcertado al encontrar resistencia en el anciano. Armando no tenía costumbre de robar así, él era un ratero, un descuidero, un ladronzuelo con suma habilidad para meter las manos en bolsillos, bolsos, chaquetas.

Fingir un topetazo y hacerse con un reloj o una pulsera. Pero nunca se enfrentaba a la gente y la obligaba a darle sus pertenencias. Solo una vez había pegado a alguien, y juró no volver a hacerlo. Mientras se pasaba su sobada moneda de dedo en dedo con velocidad observaba a su compañero, temeroso de que las ganas de terminar el trabajo y meterse otro chute le hicieran perder el temple.

—Viejo, no me toques las pelotas. Mira que cuando me enfado puedo ser muy hijoputa.

—Hijoputa ya eres, yonqui de mierda.

El puño del Bayeta impactó torpemente contra el pecho del débil anciano, que se dio contra el cajero.

—¡Cállate, mamón! Pues ¿no me dice yonqui, el muy mierda? ¡Dame los billetes, cabrón!

Y comenzó a zarandearle. Armando miró en derredor, cauto; los viandantes podían dar la voz de alarma. Avanzó hacia el cajero tratando de impedir que su colega siguiera agrediendo al asaltado. En estas, el puño del desdentado se proyectó contra la cara del viejo, haciendo que se desequilibrara y resbalara en la nieve acuosa. El sonido que hizo al impactar contra la acera los dejó aún más helados de lo que estaban. Como el de una sandía al golpear el suelo. Hueco. Seco. Un crujido al que siguió el silencio, solo roto por el tráfico colindante que ahora parecía muy lejano. Armando miraba hipnotizado la sangre que comenzó a manar por el cráneo abierto del hombre, sangre negra que teñía de morado la nieve sucia. Contempló cómo el Bayeta recogía los billetes mojados, algunos pegados al asfalto, con ansia.

—No me jodas… Mecagüen el viejo…, la madre que lo parió…

Se levantó guardándose los billetes donde podía, en los pantalones, en los bolsillos de la chaqueta *bomber* de tela impermeable… Miró a Armando.

—Espabila, tronco, de najas de aquí, cagando leches.

Armando no se movió. No podía apartar la mirada del cuerpo del pobre anciano.

—¡Venga! —dijo el yonqui empujando a su colega.

Pero Armando se zafó bruscamente, lanzándole todo su odio a través de sus ojos dorados, ahora azabache. El Bayeta se asustó ligeramente al comprobar la ira que desprendía. Reculó. Caminaba

marcha atrás.

—Como te vayas de la boca te mato. Te lo juro.

Tras esta amenaza, echó a correr, dejando caer algún que otro billete. Esa fue la última vez que lo vio, puesto que Armando no volvió al piso donde sus jefes los tenían hacinados, no volvió a chupársela a ningún hombre, no volvió a permitir que le penetraran por dinero. Pasaría hambre, dormiría al raso, pero nunca más. Ni eso, ni jaco, ni farlopa ni tripis. Se acabó. Con uno de los billetes que perdió el Bayeta cogió un tren al norte, rogando por resultar demasiado irrelevante para aquella banda para la que había trabajado hasta entonces y así no perdieran un solo minuto en buscarlo. Y allí, lejos de su Madrid de la infancia, empezó otra vida.

Ahora, años después, era un reputado perista, experto en arte y, sobre todo, experto en complacer a sus clientes. Un golpe de fortuna le convirtió en ladrón de arte. El destino le puso una oportunidad inaudita entre las manos. Y Armando tomó la ventaja. Tras eso, no pudo detenerse. El virus del robo había infectado al perista. Armando podía conseguir casi cualquier capricho, robarlo y entregarlo a su nuevo dueño sin riesgos ni violencia. Con él, todo era elegancia y buenos modales. Puede que los rumanos o los colombianos cobraran menos, pero eran peligrosos y zafios. No les interesaban las obras en sí, ni el actuar de manera pacífica y discreta. Así que coleccionistas y ricos caprichosos sabían que si querían una pieza sin arriesgarse a ser sobornados o manchados por delitos de sangre, debían acudir a Armando. Se aseguraba de la autenticidad del cuadro u objeto deseado, lo robaba y lo entregaba sin hacer ruido ni causar molestia ninguna. Además se le podía invitar a fiestas o a tomar una copa sin miedo a quedar en ridículo. Armando lo tenía todo.

Hasta que de nuevo vendió su alma. Lo que se le ofrecía era tan goloso, tan simple en su planteamiento que no pudo negarse. O no supo. Al enfrentarse a su pasado se vio sin la pátina que le habían otorgado los años y la educación, y se sintió desnudo. Un muchacho sin nada más que la ambición por huir de la miseria. Selló el pacto, se vendió, como hizo una vez siendo tan joven, salvo que por más dinero. Un único cliente, un único comprador con una insaciable obsesión por poseer las obras más bellas del mundo. Obras que nunca volverían a ver la luz, obras que permanecerían para siempre

ocultas al mundo, y, por tanto, trabajos extremadamente seguros.

Pero no hay luz sin sombras. Ser el proveedor único de la felicidad de alguien incapacitado para sentirla es condenarse a la asfixia. A la sed eterna. Carlota había refrescado su garganta con agua limpia y viva. Y ahora debía escupir esa agua.

La despertaron unos golpes en la puerta y el olor a café recién hecho y pan tostado.

—¡Arriba! Te espero en el salón.

Carlota miró con ojos somnolientos el reloj de la mesilla. Las siete y media. El sol se colaba a través de las ramas de los árboles que llegaban hasta su balcón. Las hojas proyectaban sus bamboleantes sombras en la pared. Carlota resopló. ¿Ese tipo no dormía? Se sentó en la cama. Por un instante había olvidado lo turbio de sus propósitos, creyéndose el papel que interpretaba. Recordó el robo de la tarde anterior y el momento en que el mundo se detuvo, en aquel camino apartado, en la linde del bosque, con él a sus pies apoyado blandamente en su pecho, agarrado a sus caderas. La ternura. La imagen casi inocente de la postura.

Luego eso se difuminó, la llevó a casa y se largó con la tabla a entregarla a su nuevo dueño, mientras en la cabeza de la ladrona se mezclaban los susurros infantiles que la colocaban en el origen de todos sus sufrimientos, los que la impelían a vengarse, con los gritos que no salían de su boca. Quería suplicar a Armando que no se fuera; decirle que quizá había una esperanza para ellos, si se detenían en ese preciso segundo. Pero la voz de la niña que vibraba dentro de ella era más fuerte. La voz que la obligaba a ser implacable.

Tocaba levantarse y seguir. Se dio una ducha rápida y siguió el aroma del desayuno. Armando tenía el pelo mojado peinado hacia atrás, brillante como la piel de una nutria. El polo negro encajaba a la perfección en sus anchos hombros, y, entre sus dedos largos y ágiles, la famosa monedita se deslizaba sin fin. Una vez que le preguntó por ella, le dijo que así entrenaba su habilidad digital. Él lo llamaba así; ella, manías. Carlota reprimió las ganas de darle los buenos días con un beso en esos labios que debían de saber a café y a mermelada y se contentó con sentarse a su lado a contemplar el despliegue de pantallas y tabletas, todas encendidas. Lo que les gustaban a los tíos los cacharritos tecnológicos, qué barbaridad.

Cogió la taza que él ya había llenado de café para ella.

—Niña, creo que ya estás lista para empezar a jugar de verdad.

—Según tú, un Modigliani y un Divino son chorradas, ¿no? Como quien roba unas bragas en el mercadillo.

Armando desplegó sus dientes y sus hoyuelos y la ignoró.

—Te he preparado unos cuantos objetivos que nos darán muchas satisfacciones.

—Además de pasta, ¿no? Porque para satisfacción mejor echamos un polvo. Vamos, digo yo.

—Lo de «el que la sigue la consigue» no aplica conmigo. Tú y yo no vamos a follar. Así que céntrate. En cuanto al dinero, no debería ser tu única motivación.

—Lo dice el que vive en un chabolo de ciento cincuenta metros cuadrados.

—Si pudiera quedarme con uno solo de los lienzos que he robado en vez de con el dinero, lo haría sin pensar.

—Pues yo por ahora prefiero el dinero contante y sonante. ¿Cuándo me das mi parte por los trabajitos que hemos hecho, hablando de todo un poco? Está bien la confianza, el buen rollito entre colegas, bla, bla, pero una es como de querer ver los euros en su bolsillo, ¿sabes?

—¿Te lo dejo bajo la almohada, como el Ratoncito Pérez? —bromeó él con su sempiterno cinismo.

—No pienso darte mis dientes —contestó ella. Luego miró el Mac que tenía enfrente—. Venga, vamos a lo que vamos. Pero que sepas que me debes mucha pasta.

Él asintió.

—Te debo mucho más.

Le guiñó un ojo y siguió tal cual. Así era la cosa. Él tiraba la piedra, ella le enseñaba la patita y, a la hora de la verdad, la cabeza caliente y los pies fríos. Fue enumerando las imágenes que veían en los portátiles mientras cambiaba de una pantalla a otra, clicando con el ratón. Museos, subastas, galerías de arte, exposiciones itinerantes… Maravillas salidas de las manos y las mentes vivas de artistas ya muertos pero inmortales gracias a haberse entregado a los amargos sufrimientos que provoca la creación. Nadie goza creando, así como ninguna hembra goza pariendo. Si no, no se utilizaría el verbo *compensar* que va unido como el pan a la

mantequilla al verbo *parir*. Compensa ver tu obra representada; compensa ver tu novela en las librerías; compensa tener a tu bebé en los brazos. Vamos, que es una jodienda el trayecto. Al menos eso pensaba Carlota mientras paseaba sus ojos por esas bellezas: Derain, con sus colores puros y vivos; Rothko, con sus enormes obras de contornos difuminados; Goya, que podía pasar de la crueldad a la ternura en una misma escena; Waterhouse, con sus mujeres de piel real. Esas gentes tuvieron que pasarlas canutas para dejar salir por las puntas de sus dedos tal majestuosidad casi palpable, sólida. La mano gigante de Armando cruzó por delante de sus ojos.

—¿Hay alguien? Te has quedado *in albis*.

—Si me quedo flipada con los cuadros, porque estoy *in albis*, y si te hablo de la pasta, que soy una mercenaria. A ver si te aclaras, majete.

—La abstracción está muy bien en la soledad de tu cuarto, hermosa, pero aquí estamos trabajando. Tenemos que sopesar los encargos que me ofrecen con obras de nuestra elección que puedan resultar golosas para cualquier coleccionista. Saber cuál es el trabajo más adecuado. Galerías, ni tocarlas. Cada vez se ponen más inquisitoriales con la procedencia y demás.

—Qué tiquismiquis. No querer ser cómplices de un delito.

—Eso pienso yo —convino Armando con una sonrisa.

—¿Y dónde? Me refiero, no es lo mismo entrar en el MoMA que en una casa de subastas.

—Prefiero centrarme en qué quiero conseguir y luego en el cómo.

—Vale. Venga. —Clicó, arrebatándole el ratón, y mostró el autorretrato de Durero—. Este.

—¿Quieres que te meta en el Prado para robar una de sus joyas, niña? Acabas de aterrizar en esto, aunque lleves la vida como choriza profesional. Ahora juegas en primera división, pero estás recién sacada de la cantera.

Carlota lo miró muy seria.

—Ya sé por qué no tienes novia. Eres un futbolero.

Armando se echó a reír con una de sus carcajadas espontáneas que se le metían a Carlota en el cuerpo a oleadas. Negó con la cabeza.

—El Durero no. Aunque, desde luego, no nos iba a faltar

comprador. Voy a por agua.

Con pasos elásticos desplazó su estatura hasta la cocina. Carlota escuchó el sonido del dispensador de agua de la nevera de dos cuerpos y el trastear por los armarios en busca de vasos, mientras seguía visitando opciones con ojos brillantes y curiosos. De golpe, algo le llamó la atención, y así se lo señaló a su profesor cuando regresó cargado con una bandeja a la enorme mesa de madera donde trabajaban. Estaba tan usada que daba gusto pasar la mano por su superficie sedosa y con ligeras ondulaciones cuando tocaba un nudo o una veta. Armando había puesto música y los sonidos experimentales y progresivos de Mogwai envolvían la estancia. La mujer había destacado la portada del semanal de *El País* en el ordenador de Armando.

—¿Y aquí?

Armando la miró, negando de inmediato. El reportaje de *El País* se titulaba «Mecenas del XXI: fortunas por amor al arte». La foto de un colorido paisaje del Derain más fauvista en lo que parecía un vestíbulo ilustraba el artículo. La propietaria del cuadro era la misma que apareció por Skype en la galería en la que empezó todo. Esa tarde en la que las deudas de Carlota la llevaron a robar aquellas acuarelas de florecitas amarillas. Lula Quirós, multimillonaria y benefactora de museos, mecenas e impulsora de importantes trabajos de restauración. A primera vista, presa ideal.

—¿Por qué no?

—Porque esta mujer deja corta la palabra «excentricidad». Vive aislada en su casa, una especie de fortaleza de hormigón y cristal de los años setenta en la que nunca entra casi nadie. Este reportaje se ilustra con fotografías que mandó la propia Quirós. No deja que entren fotógrafos a su mausoleo, y si recibe alguna visita esporádica, manda apagar los móviles… Una paranoica.

—No le gusta salir en los medios.

—Le gusta, pero a su modo. Ya viste el número que montó en la exposición en la que nos conocimos. En los eventos en los que ella tiene algo que ver, se conecta por Skype o similar y se da un baño de masas… Pero a distancia y desde la seguridad de su castillo.

—Entonces, lo que no le gusta es la gente.

Armando se encogió de hombros.

—O la vida. Se sabe que es agorafóbica, pero de ese tema ni se

habla en su presencia. Algún político se ha quedado sin el apoyo financiero que Quirós prometía solo por interesarse por la supuesta afección.

—¿Qué afección?

—Su pánico. Su miedo cerval a sufrir un ataque de ansiedad fuera de un entorno controlado. Eso es lo que temen los agorafóbicos.

—Por las pelis creí que era gente que temía los espacios abiertos.

—No exactamente. Suelen pasar por una primera crisis de ansiedad en la calle, o en el metro, por ejemplo. Con lo cual empiezan a evitar esa situación. Y van ascendiendo peldaños: ya no viajan si no es en coche y acompañados; pasan por otra crisis en ese periplo y entonces dejan de viajar. Así que deciden no ir muy lejos de casa, para no arriesgarse a sentir otra experiencia aterradora… Hasta que acaban encerrándose en su hogar.

—Una tortura de vida.

—Debe de serlo.

Carlota frunció el ceño pensativa, mientras se enrollaba en los dedos un mechón de su cabello anaranjado.

—¿Y por qué les comienza a pasar eso? Me refiero, estás tan normal y un día te agobias en un concierto y te cagas de miedo. Y, zas, a partir de ahí te conviertes en un monigote al que todo acojona tanto que no puedes ni poner un pie en la calle.

Armando contestó mientras se encendía un cigarro:

—Se especula con que pueden ser personas con determinadas características de personalidad. Quizá sobreprotegidas en la infancia, o que han pasado por un periodo de mucho estrés. Poca asertividad, retraimiento social, evitación de los problemas interpersonales, una sensibilidad exacerbada al daño…

—Joder. No me extraña que no quieran salir de casa. Lo que me extraña es que no se peguen un tiro.

Carlota miró el perfil de Armando, que en ese momento daba una larga calada al cigarrillo.

—¿Por qué sabes tú tanto de agorafobia?

—Yo sé mucho de muchas cosas. —Sonrió burlonamente—. Se llama cultura.

—¿Siempre has sido tan repelente? —atacó Carlota—. Si sabes

tanto y eres tan listo, cuéntame más cosas de esa loca podrida de millones.

Armando suspiró con paciencia y movió el puntero del ratón por la pantalla del ordenador, mostrando artículos y fotos a su compañera.

—No sé cómo siendo tan mínima puedes ser tan pesada. A ver, nadie conoce a ciencia cierta la cantidad de tesoros que Quirós almacena en ese mausoleo que llama casa. Heredó una gran fortuna al fallecimiento de sus padres, muertos en un accidente doméstico cuando su hija era adolescente. Ya estaba aquejada de su fobia; no pudo ni ir al entierro.

Carlota fijó la mirada en la imagen de una iglesia a rebosar de personalidades del mundo del arte, de la política, de la cultura, y una silla vacía con un ramo de camelias blancas encima. La silla de Lula, las flores mandadas por ella en representación propia. Incapacitada para asistir al funeral de sus progenitores por un miedo tan paralizante como imaginario. Armando pinchó otra imagen mientras apagaba el cigarrillo. Un grupo de niñas y niños, en lo que parecía el patio de un colegio, posando muy formalitos junto a sus profesores.

—Lula tuvo fortuna desde niña, pero no de nacimiento. Fue adoptada por los Quirós en los años noventa. Pasó del triste orfanato a una mansión, criadas y lujo.

—Desde luego, las hay con estrella —afirmó Carlota.

—¿Tú crees? El dinero no ha podido comprar la felicidad para esta mujer. A sus treinta y cuatro años no sale de casa si no es sedada, y por motivos de fuerza mayor, como cuando estuvo a punto de morir: un intento de suicidio que se tapó convenientemente.

—¿Cómo? ¿Cómo intentó matarse? —preguntó Carlota con cierto deje de morbosa curiosidad.

—Con dieciséis años se bebió el aguarrás con el que limpiaba sus pinceles.

Carlota entreabrió los labios y aspiró aire por entre sus dientes, dejando escapar un sonido gutural la mar de ilustrativo de lo que pensaba que sería tragar trementina.

—Eso debe de ser doloroso. Y mucho. Parece que no le teme tanto al dolor… ¿No crees?

Armando apartó la mirada del ordenador para clavarla en Carlota. Obvió la pregunta.

—Se rumorea que posee una de las mejores colecciones privadas de Europa. Pequeña, pero llena de joyas. Obviamente, solo para su disfrute. Entre otras monadas, *La pastoral* de Matisse.

El cuadro llenó la pantalla y la estancia pareció iluminarse con los colores salvajes de la bucólica escena, cuerpos desnudos e indolentes y paisaje arbolado.

—Robado en 2010 del Museo de Arte Moderno de París, y nunca encontrado. Nadie puede probar que sea ella la propietaria, pero, entre nosotros, lo tiene seguro. Ese y muchos otros «desaparecidos».

—Por eso es perfecta. Solo con esa obra de Matisse nos podríamos retirar.

—No se puede entrar en esa casa, y te diré por qué: nadie tiene ni puta idea de cómo es. Ni alarmas, ni códigos, ni puertas blindadas ni cámaras. No se sabe qué sistemas de seguridad tendrá instalados.

—Se suponía que tú tenías controlados a varios técnicos instaladores de alarmas. Paguémosles y que nos cuenten qué saben.

—No he logrado averiguar, ni yo ni nadie, quién coño se encarga de su seguridad. O se los ha cargado y están enterrados en su huerto o les ha pagado tal pasta que se han esfumado en alguna isla caribeña.

Carlota arrugó la cara en un gesto de decepción. Se levantó, pensativa. Armando la seguía con la mirada, tratando de ocultar lo que sentía cuando observaba ese pequeño cuerpo moverse en estado de infantil concentración, como una niña que destripa por primera vez un oso de peluche. No dijo nada, no quería romper ese momento en el que podía ejercer de mirón. Al fin, Carlota se volvió hacia él. Su silueta se recortaba contra el ventanal del salón por el que entraba el limpio sol de la mañana madrileña. Pies descalzos, vaquero remangado, una camiseta ligera que resbalaba tozudamente por su hombro izquierdo mostrando su piel blanca y cremosa. Era tan delicadamente vulnerable que dolía saberla a su merced.

—Esa mujer necesitará servicio. —Armando asintió—. Limpiadoras, cocinera, jardinero, yo qué sé.

—No la veo pasando el aspirador y poniendo lavadoras, desde

luego.

—Pues te presento a la siguiente doncella de la señora Quirós.

Armando la miró, con divertida admiración. No podía decirse que en metro y medio no hubiera valor.

—Estás loca.

—¿Por qué? Si trabajo en la casa, tendré acceso a sus sistemas de seguridad, a sus rincones. Y no desentonaré, me ha tocado hacer de todo en esta vida. Sé servir y callar, casi como la ratita presumida.

Armando levantó las manos enseñando las palmas y se encogió ligeramente de hombros.

—Te quieres meter en la boca del lobo. Tú misma. Que sepas que si te encuentras en problemas yo no te voy a salvar.

—No esperaba menos de ti.

Se quedaron mirándose por un instante. Al fin, Armando asintió. Se levantó y fue hacia la cocina.

—Necesitaremos más café.

Carlota se quedó sola en la sala y se puso frente al Mac. Buscó la imagen más reciente de Lula: una mujer de pelo negro exquisitamente cortado hasta la altura de su mandíbula cuadrada, con un flequillo que enmarcaba dos carbones que miraban al objetivo, traspasándolo. Una nariz recta, perfecta. Piel blanca, casi marmórea, sin atisbo de colorete. Labios rojos, mates, finos y crueles. Expresión arrogante, severa, como el cuello cisne que enfundaba su garganta. Brillando sobre su jersey negro, un collar Harry Winston en forma de girasol de diamantes que proclamaba «soy millonaria» sin complejos. El rostro de Carlota se enturbió. Se tiñó de algo siniestro y oscuro. Escupió a la pantalla con desprecio. La saliva resbaló por la faz pétrea de Lula Quirós.

Pensé que Dios, o quienquiera que estuviera jugando con nosotros en este tablero de brillantes colores y vibrantes sonidos, me daría algo a cambio de mi tormento diario. De mi terror a la vida y mi profundo desprecio a mis semejantes. Un don. Un alivio. Un compañero mudo, que solo se manifestara una vez que lo dejara salir de mi mano, armada con suave pincel de pelo de marta. Poder recrear la belleza, poder escapar de la cárcel de mi mente emulando a aquellos que tanta hermosura han regalado a la humanidad. Los genios a los que tanto admiro.

Mis padres, ansiosos de darme un capricho que me proporcionara alguna alegría, contrataron al mejor, un maestro que me iniciara en los trucos de la perspectiva, en el manejo del punto de fuga y las proporciones, en el secreto de la mezcla de pigmentos y aceites, en crear colores infinitos con mezclas insólitas. En saber trazar un esbozo ajustado al modelo, en la sanguina y el carboncillo. Esos ratos concentrada en algo que me gustaba de verdad, algo puro y alejado de la miseria humana, fueron oasis de aire limpio y fresco en mi viciada atmósfera.

Pronto aquellos borrones informes, aquellas manchas de color sin gusto ni delicadeza, aquellas líneas inseguras, ridículas, infantiles, que trataban de imitar algo tan obvio como, por ejemplo, una naranja, me escupieron a la cara la verdad. Nunca podría escapar de mí misma creando belleza. Parecía que mis manos dejaban salir la fealdad que llevaba dentro. Que la exhibían impúdicamente para que cualquiera pudiera contemplar mis entrañas retorcidas, mi alma vacía de sentimientos. Mi profesor apenas podía disimular la decepción y el bochorno que le causaban mis torpes intentos con el pincel. Lienzos repletos de impericia, cuadernos plagados de vulgares bocetos. Al fin, un día pudo más su hastío de ver las aberraciones pictóricas que salían de mis manos que el cuantioso sueldo que mis padres le pagaban. Me confesó que, para plasmar la verdad en un lienzo, más que técnica, hacía falta corazón, pasión, sensibilidad. Vida. Y esas cosas no podía enseñármelas. Me dijo que no tenía alma.

Me bebí el aguarrás que él guardaba en una botella de gaseosa. Era una de sus manías, y yo lo sabía perfectamente. Cansino hasta la náusea, me lo repetía en cada clase. Pero eso no se lo dije a nadie, claro. La ira de mis padres por su descuido al dejar ese líquido altamente tóxico en una botella que yo podía confundir con un refresco tuvo su castigo. Una demanda. La divulgación de su imprudencia. El rumor de mi intento de suicidio. No volvió a dar clase de pintura a nadie, y jamás vendió uno de sus miserables cuadros.

Ahora debe de estar limpiando baños o haciendo caricaturas por las playas de la costa de Levante. Y yo jamás he vuelto a coger un pincel.

Una vez decidida la presa, la pareja de ladrones se dedicó a estudiar

la inexpugnable mansión de Lula Quirós. Situada en una exclusiva urbanización a las afueras de la ciudad, era invisible desde el exterior, puesto que estaba rodeada por una tapia de piedras de granito que solo dejaba ver las tupidas copas de árboles centenarios: encinas, tilos, pinos y quercus; estos elevaban sus gruesas ramas al cielo haciendo imposible atisbar el interior de la finca. Sabían algo del aspecto de la casa, puesto que existía alguna foto publicada de la época en la que los Quirós estaban vivos. Construida al gusto de los años setenta (gruesos muros de hormigón, estructura cuadrada y grandes ventanales), era un imponente mazacote gris oscuro que ya empezaba a cubrirse de verde hiedra por aquellos años.

Armados de mucha paciencia y de un dron, vestidos de operarios de Telefónica, se instalaron en las calles aledañas y tomaron imágenes de la fortaleza, amén de vigilar las entradas y salidas del número 7 en la avenida del Monte. Como preveían, la finca tenía sensores y alarmas de todo tipo, además de un circuito cerrado de televisión desde el que Lula podía vigilar la extensa propiedad y, seguramente, sus maravillosos cuadros. Lo que nunca pudieron captar es una imagen de la excéntrica propietaria. Ni siquiera recorriendo el verdor de su jardín. Ni para cortar las golosas rosas color pastel que adornaban las entradas de la casa. Nada. Ese lugar era cárcel y hogar para la joven señora Quirós. Había que entrar en esa prisión de lujo.

La tarde era un telón naranja que caía sobre las solitarias calles de la urbanización campestre. Una mujer de unos sesenta años salió de la casa de Lula, vestida aún con el uniforme azul oscuro de doncella y el delantal atado a la cintura. Las ojeras en el rostro le daban un aspecto cansado. Parecía mayor de lo que en realidad era. Servir en esa casa debía de ser parecido a hacerlo en un cuartel. Esperaba que llegara el autobús cuanto antes; al entrar en su propio piso del barrio de la cercana ciudad dormitorio, aún le quedaba preparar la cena para su marido y sus dos hijos, unos mostrencos de más de veinte años que seguían ocupando sitio en el minúsculo hogar, además de poner una lavadora y planchar. Vaya mierda de vida. Con un sonido semejante a un soplido, el autobús se detuvo en la parada. La criada subió y se sentó al fondo, a esas horas iba casi vacío. Los señores no cogían el bus. Solo las chachas. Para hacer el cotidiano viaje más ameno, trató de recordar lo que quedaba de

comida en la nevera, a ver qué podía cocinar para los tres vagos que tenía en casa, cuando el vehículo se detuvo en la siguiente parada. Se subió un hombre vestido con un mono verde, jardinero sin duda, que se sentó un par de filas más adelante. Le sonrió afablemente, mostrando sus blancos dientes entre su larga y poblada barba. Ella le devolvió la sonrisa. Costaba tan poco ser amable y la gente era tan arisca… Tras unas tres paradas, el simpático jardinero se apeó, tras despedirse de ella con una galante inclinación de cabeza. «Qué suerte —pensó la mujer—. A mí me quedan doce». Doce largas paradas. Las tenía contadas, mañana y tarde, lo mismo. Y luego, una caminata callejeando por el pueblo hasta atravesar el puente y llegar a su portal. No sabía cómo aún le sobraban unos kilos. De repente reparó en que una hebilla colgaba del asiento que acababa de abandonar el hombre. Se había dejado la mochila. Se aupó sobre el respaldo de los asientos y alargó el brazo. Agarró la mochila, que estaba entreabierta. Miró en su interior en un acto reflejo de curiosidad. No daba crédito. Billetes de doscientos euros tapizaban de amarillo el interior de la bolsa de loneta. Dios. Ese tipo… ¿de dónde habría sacado tanta pasta? ¿Habría cobrado un trabajo esa misma tarde? Dudaba qué hacer mientras se alejaba del lugar en donde el olvidadizo hombre se había apeado. ¿Y si se lo quedaba? Las cavilaciones traqueteaban en su cabeza al mismo ritmo que el autobús. Al fin, dio una voz:

—¡Pare! Pare, por favor.

Tras aplacar al conductor, que refunfuñó groseramente por tener que parar donde no le correspondía, la sirvienta comenzó a deshacer el camino que había recorrido el vehículo. Ese tipo parecía un buen hombre y no se merecía perder sus ganancias… O lo que fuera. Al doblar la esquina, casi se da de bruces con el tipo barbudo del mono. Jadeaba. Sin duda se había dado cuenta de su despiste y trataba de alcanzar al vehículo. Miró con alivio la mochila que se apretaba la mujer contra el pecho.

—Gracias a Dios.

—Menudo despiste —dijo ella, sin soltarla—. Y más con lo que llevas dentro.

El supuesto jardinero la miró. Ella pensó de golpe que había hablado demasiado. Quizá el tío no era tan majo. Tuvo miedo. El hombre alargaba la mano, sonriendo cálidamente.

—¿Me la devuelves, por favor?

—A ver qué remedio. Es tuya.

—Te podías haber largado y listo.

Se encogió de hombros e hizo un gesto de resignación. Le dio la mochila y el botín amarillo.

—Podía. Pero has tenido suerte. Mi marido siempre dice que soy gilipollas.

—¿Sabes qué? —dijo él agarrando la bolsa—. Que no lo eres. Díselo de mi parte cuando le veas la cara por última vez, si es que quieres ir a despedirte de él.

El hombre rebuscó en la mochila y a la criada se le paró el corazón. Iba a morir allí mismo, vestida con el jodido uniforme azul oscuro que la obligaba a ponerse su señora. Pero, para su pasmo, de un bolsillo interior el jardinero sacó un fajo de unos pocos centímetros de ancho. Es increíble lo poco que ocupa el dinero. Se lo tendió. Ella, atónita, lo cogió.

—Un consejo: suelta lastre. Empezando por ese mandil.

Tras guiñarle un ojo, el tipo se largó. Ella se quedó sola, en mitad de la calle desierta, silenciosa. Un perro ladraba a lo lejos. Contó con manos temblorosas los billetes. A ojo de buen cubero, noventa mil. Noventa mil euros. Hubo de apoyarse en la arizónica que tapizaba la valla que tenía a la espalda. Con eso podía dejar la casa de esa loca avinagrada; largarse de su barrio, de Madrid. Volver a su pueblo. Sola. Separarse de una puta vez de ese vago y vivir tranquila, descansar… Tras unos minutos de parálisis, dio una orden concreta a sus piernas para comenzar a moverse. A los pocos pasos, se arrancó el delantal y lo echó en una papelera. Desde lejos, escondido tras un árbol, con el mono ya arremangado a la cintura, Armando sonrió. Buena chica.

Con un cambiador de voz, Carlota llamó a la casa de la señora Quirós como la eficaz gerente de la agencia de servicio doméstico que proporcionaba el personal a la excéntrica millonaria. Dada la importancia de la clienta, habían hecho lo imposible por conseguir una doncella del nivel requerido en tiempo récord.

—Española, blanca y de buena presencia.

Amalia, el ama de llaves, niñera y asistente de la señora Quirós, recordaba a la agencia los requisitos imprescindibles para cubrir la baja de la malqueda que ni se había presentado ni volvió a dar

señales de vida, salvo una llamada para insultar a su patrona. Tenía una voz cascada, rota. Seca, reclamaba eficacia a la de la agencia, o sea, a Carlota.

—Queremos alguien que no vaya a desaparecer de la noche a la mañana. Lo que ha hecho Ana es imperdonable. Espero que se esmeren más con la selección o nos veremos obligados a prescindir de los servicios de su empresa.

—No se apure, no volverá a pasar. La señora Quirós es una clienta *premium* y le enviaremos lo mejor hoy mismo.

—Por supuesto, ya sabe que estoy sujeta a la decisión de mi señora.

—Por supuesto, pero no tendrá queja. Se lo aseguro.

Amalia colgó el teléfono. Con Lula Quirós nunca había nada seguro.

Esa misma noche, Carlota preparó lo necesario: un neceser, unas zapatillas blancas tipo playeras, unas medias del mismo color y el uniforme azul oscuro que habría de ponerse en la casa: bata hasta media pierna, abotonada hasta un cuello rematado con un filo blanco bordado. La monotonía hecha ropa. Sin duda, la Quirós buscaba que las criadas pasaran desapercibidas; lo raro era que no las vistiera de camuflaje para que se mimetizaran con el entorno. Adiós, por ahora, a las pijadas que su eventual casero y maestro le había comprado: Prada, Diane von Furstenberg, ni siquiera *Miss* Sixty. Tanto dar por saco con que a ella no le cambiaba su estilo ni Dios y ahora le jodía desprenderse de sus sandalias de Miu Miu. «La vida es muy *random*, nena». Armando la miraba, conmovido, desde el umbral de la puerta. Cómo doblaba sus camisetas talla XS, cómo se deslizaba sin hacer ruido sobre sus diminutos pies. Sin saber por qué misterioso impulso, se acercó a ella, le quitó el neceser que estaba cerrando entonces y le cogió las manos. Quiso protegerla de lo que inevitablemente iba a suceder si seguían adelante.

—¿Estás segura de querer hacerlo?

Carlota lo miró, tratando de esconder la ternura que le provocaba cada vez que la tocaba.

—¿Crees que va a ser como en *Hansel y Gretel*, que la bruja me va a comer?

—No lo descarto. Eres muy comestible —afirmó sonriendo—. Hay muchas coleccionistas solitarias. Pero no son Lula Quirós.

—Tengo que ir. Ambos lo sabemos. No me va a pasar nada.

Se aupó elevando los talones todo lo que podía del suelo. Le besó en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios. Por un breve espacio de tiempo ambos creyeron que iban a ceder, a besarse con la sed de quien lleva días atravesando el desierto. Pero Carlota le dio las buenas noches y lo invitó a dejar su cuarto con un gesto. Armando se quedó solo en el pasillo, quieto durante un rato largo. Ojalá pudiera volver atrás. Recordó que no estaba solo en ese pasillo. La irritante incomodidad del que se sabe observado sin pudor. Se volvió y entró en su dormitorio.

Bien temprano, Carlota, vestida con su uniforme azul oscuro planchado y tieso como si llevara almidón, esperaba en la impoluta cocina. Para llegar hasta allí hubo de superar una cancela que se abría únicamente desde el interior y recorrer un largo camino de gravilla que se extendía desde la verja de la entrada a la parte trasera de la imponente edificación de hormigón. La nueva doncella iba fijándose en las numerosas cámaras de seguridad que peinaban el jardín, los altos muros que rodeaban el extenso territorio plagado de árboles centenarios, los focos preparados para iluminarse si el sistema de seguridad captaba algún movimiento inesperado. Un hombre negro, corpulento, vestido con un mono verde oscuro y callado como una tumba, le señaló la entrada de servicio, que daba a la amplia cocina amueblada con armarios blancos, sencillos y brillantes, y que daba acceso al resto de zonas dedicadas al cuidado del hogar, cuarto de plancha, zona de lavadora y secadora, alacenas y despensas. Todo ello perfectamente protegido. Sensores de movimiento y un dispositivo para teclear las claves que a saber quién conocía. Carlota no podía adivinar aún si el sistema diferenciaba las zonas de la casa con distintos dispositivos o si habría uno general que blindaba la vivienda cuando así se le requería. Lo iría viendo. Lo principal ahora era hacerse a las rutinas y, sobre todo, a su nueva jefa. El jardinero, o lo que fuera, la había dejado sola y Carlota no podía evitar sentirse expectante y algo asustada. Deseaba verla ya, enfrentarla. ¿Por qué tardaba tanto? Se miró las bambas blancas y movió los dedos de los pies, nerviosa. Un suelo de barro cocido con una zona de azulejos hidráulicos en tonos amarillos y grises daba calidez a la aséptica cocina con toques de diseño como una mesa Tulip y taburetes a juego. Se acercó a la

encimera; cerca de los fogones de inducción y de gas, una pizarra con los menús detallados para cada día de la semana: 08:30, un vaso de agua templada con zumo de limón; 09:00, café *ristretto*, estevia, un mango troceado; 12:00, seis nueces y una manzana pelada, ciento cincuenta gramos, Granny Smith; 15:00, sopa de miso, una ensalada de…

—Eso no te interesa.

Carlota miró a su espalda. Una mujer extremadamente delgada había llegado de algún modo que desafiaba las leyes de la física hasta su misma espalda sin que ella se hubiera percatado. La amargura de su mirada era solo superada por la de su voz ronca. Su pelo, muy corto, le envolvía la cabeza en un halo platino, más canoso que rubio. Vestía un uniforme negro con un armado cuello blanco que casi flotaba en la delgadez de su cuerpo. El pliegue de marioneta que le enmarcaba la boca le daba una constante apariencia de tristeza, y seguramente más años de los que tenía. Exhalaba un aroma a polvos de talco y jabón.

—Me has asustado —atinó a decir Carlota.

—Mejor. A partir de ahora, estese más atenta. Y de usted a todo cristo en esta casa —dijo la mujer mirándola directamente a los ojos. Directamente de verdad, porque el ama de llaves era no solo flaca, sino de la misma estatura que Carlota.

Tras un instante en el que los ojos azul pálido de la doncella parecieron atravesarla como un hierro al rojo se abriría paso en mantequilla, se giró y le dio la espalda.

—Sígame.

Obediente, Carlota fue tras ella, amortiguados sus pasos por las zapatillas de suela de goma que le habían obligado a ponerse nada más llegar. Amalia iba relatando un compendio de obsesiones disfrazadas de orden y disciplina. Habría de llevar unos zapatos para el exterior y otros zapatos para el interior. Las comidas y tentempiés se servían a horas precisas. Ni un minuto arriba ni uno abajo. En la casa se recibían pocas visitas: masajistas, médicos, esteticistas que ayudaban a que la piel de la señora Quirós siguiera blanca e inmaculada, a veces peluqueros y maquilladores. Siempre fijos. La casa parecía sacada de una película de los años setenta; madera y hormigón, alguna pared de ladrillo visto. Vinilo, cuero, alguna lámpara Fase. La nota de color la ponían los estampados

sicodélicos y un enorme sofá de terciopelo naranja en lo que le pareció el salón que la señora de la casa utilizaba en invierno, por la enorme chimenea de piedra. En una consola situada junto a la pared, un teléfono Ericofon ambientaba aún más la casa en otro siglo. Según iban andando, se cruzaban con alguna doncella que limpiaba con afán y delicadeza cada rincón, objeto, ventana. El ama de llaves, sin parar de moverse por las estancias y de hablar en un volumen que si llega a ser más bajo se habría instalado en el silencio, le comunicó algunas normas más:

—Hay vajilla y baño de servicio. Jamás puede ir al baño de la señora, ni usar su vajilla ni toallas, por supuesto. Su jornada finalizará a las ocho y media de la noche. A esa hora abandonará la casa y no podrá volver a entrar hasta el día siguiente a las ocho y media de la mañana.

—¿No podré volver a entrar?

—Las alarmas saltarían. La señora se queda sola en la casa.

—¿Ni siquiera se queda ese gigantón negro?

—Ese gigantón se llama Jaime y es el encargado del mantenimiento, chófer y jardinero. Y se marcha con todos los demás empleados. Por eso hemos de dejar listo todo cuanto necesite: cena, refrigerios, la cama abierta y las ventanas cerradas. Yo soy la última que sale, tras la cena de la señora. Antes de hacerlo conecto el sistema de seguridad, que deja la casa perfectamente sellada, protegida contra cualquier intruso.

—No le gusta mucho la gente, ¿eh?

Amalia la fulminó con sus ojos casi blancos. Carlota prosiguió, inasequible al desaliento. Pues anda que no era pesada cuando quería. Tenía que asegurarse.

—¿No se queda nadie con ella? ¿Nunca?

—Lo que la señora Quirós hace en sus noches no es asunto nuestro.

Carlota asintió mientras escudriñaba la mansión con ojos ágiles. Habitaciones, sensores, cámaras de vigilancia, alarmas… Como dijo Armando, una fortaleza. Un carraspeo violento de la cacatúa llamada Amalia la trajo de vuelta a la retahíla de normas de la casa.

—Ha de ventilar a conciencia. Que entre el aire, que se renueve. Nada de entreabrir la ventana y listo.

Tras atravesar el comedor, que parecía esperar que llegaran los

protagonistas de *La naranja mecánica*, subieron un par de escalones tapizados en moqueta verde pera y llegaron a una zona cuyo techo se abría en un enorme tragaluz, donde se había construido un jardín interior. Un majestuoso olivo, suave hierba que tapizaba el suelo, flores silvestres: amapolas, petunias y una fragante madreselva. Carlota se dio cuenta de que unas lámparas infrarrojas debían de contribuir a la perpetua floración de las plantas.

—El jardín interior es lo más mimado de la casa. Tiene humedad constante y la temperatura ideal.

—Con ese pedazo de terreno no sé a cuento de qué esta frikada.

Amalia la miró con severidad. Unió las manos tan fuertemente que se escuchó un crujir de huesos.

—Eso no es asunto suyo. Pero ha de saber que la señora nunca sale del interior de la vivienda. Ni siquiera al jardín. El silencio en esta casa es sagrado. Nada de música, voces, nada de canturrear.

—¿Y te preguntas por qué os dejó tirada la otra criada?

—A mí, de doña Amalia para arriba. Y de usted, ya se lo he dicho. Y le comento que yo tampoco soporto la charla banal. No voy a ser su amiga, ni su compañera de fatigas. Soy quien se encargará de vigilarla las veinticuatro horas del día para que haga las cosas como le gustan a mi señora.

—A mandar.

—No se ha de molestar a la señora bajo ningún concepto. El móvil, apagado. Si tiene dudas, se dirige a mí.

—Procuraré no hacerlo. Tampoco tiene pinta de que me las vaya a solventar de buen rollito, ¿verdad?

Amalia la miró de tal modo que Carlota se sintió como Alicia en el País de las Maravillas, empequeñecida hasta hacerse mínima.

—No sé si está segura de en dónde se está metiendo.

—Le aseguro que sí —respondió Carlota.

Y lo dijo en serio. Sabía muy bien dónde se metía. Amalia, sin apartar los ojos de los de la joven, asintió.

Escucho su voz. Lo oigo todo. Vivir aislada me ha hecho extremadamente sensible a cualquier estímulo. Mandé reforzar paredes, suelos, tabiques. Oír el cotidiano parloteo de criadas, repartidores y jardineros me recuerda lo que me estoy perdiendo. La vida normal y bulliciosa, las conversaciones mundanas y

funcionales, las risas que se exhalan como aliento entre las faenas del día a día. Yo no puedo disfrutarlas. Y si yo no puedo, no quiero que nadie lo haga.

Soy así desde que tengo uso de razón. No me complace en absoluto la felicidad ajena. Ansiaba que todos los niños del mundo vieran morir a sus padres. Les deseaba la misma tristeza que anegaba mis noches hasta hacerme irrespirable el aire, la angustia que teñía mis días de algo tenso y lacerante, como si mi cuerpo se moviera entre las afiladas cuerdas de un violín invisible. Al principio pensaba que era mi propia desgracia, mi vida miserable la que me hacía ser tan poco empática. Pero, al convertirme en uno de esos cachorros ricos y mimados de la sociedad, me di cuenta de que gozaba con ese sentimiento. Me complazco en saberme egoísta, mezquina, rencorosa. Porque bastante castigo tengo yo. No tengo capacidad de disfrutar, no poseo la capacidad de amar.

La noche en que murieron mis padres, los únicos a los que he podido llamar así, me di de bruces contra mi propia esencia. Cualquier adolescente se habría sentido culpable por ese accidente. Ese mortal descuido al olvidar apagar la placa de inducción, una cosa novísima en los noventa. Un antojo nocturno, un sándwich calentito, un exceso de deferencia hacia los criados, un «no quería molestar» dicho entre sollozos. El humo, el calor, las llamas, los gritos. El olor a cuerpos ardiendo.

Como daño colateral, el matrimonio interno que se chamuscó hasta la muerte por tratar de salvar a quienes les pagaban el sueldo y los consideraban cuasi invisibles. Idiotas. Y un par de operaciones en mis manos para borrar las cicatrices que me dejaron las quemaduras que me hice abriendo la puerta de acceso al garaje. Por ahí pude escapar, casi ilesa. Como beneficio, ser la única heredera de la fortuna de los Quirós y dejar de acudir a terapias y loqueros.

Y mis padres, a la postre, no salieron tan mal parados. Lograron lo que siempre dijeron que sería su última voluntad. Que los enterrasen juntos. Irse a la vez. En el fondo, les hice un favor. Ahora son libres. Yo sigo encerrada.

Armando colgó. Carlota, en voz queda, le había contado que aún no conocía a Lula Quirós, pero que ya se estaba haciendo una idea bastante precisa de lo rara que era. Y, desde luego, de las joyas que poseía en esa casa. No había visto aún *La pastoral*, pero solo en la

cocina ya tenía tres grabados de Hunt Slonem, «o al menos eso creo. Pájaros vistosos, mucho neoexpresionismo». Armando esbozó una sonrisa. Estaba orgulloso de su alumna. En muy poco había logrado asimilar más conocimientos de arte que algunos de sus colegas.

—Luego, mientras limpio y hago las faenas de la casa, echaré un ojo a los sistemas de seguridad. Te lo contaré por la noche, al llegar a casa.

A Armando ese «casa» le sonó doméstico, cercano. Carlota lo soltó de modo tan natural que en verdad parecían una pareja que se veía tras la jornada laboral para disfrutar de la deliciosa monotonía nocturna. Abrir una botella de vino, preparar una cena ligera, ver una serie en la tele.

—Haz un croquis en el iPad con lo que vayas viendo, lo más detallado que puedas, sobre los planos de la propiedad que te envié.

—He visto varios sensores de movimiento, pero aún no sé dónde está el panel central.

—Ten cuidado con la tal Amalia. Tanta dedicación a su patrona me da que es más perturbación malsana que celo profesional; una especie de señora Danvers obsesionada por Lula.

—¿Quién es la señora Danvers? ¿Alguna filósofa de esas con las que te quedas frito en el sofá mientras finges leer?

Armando suspiró. No sabía si la odiaba o la quería, a veces.

—La señora Danvers es un personaje de la novela de Daphne du Maurier que luego Hitchcock llevó al cine. *Rebecca*. Un ama de llaves que idolatraba hasta la enfermedad a su señora.

—¿Crees que se la tira?

—Joder, no, Carlota. Digo que lleva toda la vida sirviéndole y se ha convertido en el centro de su vida. No te va a quitar los ojos de encima.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a que me vigilen. Es lo que tiene ser pobre. Todo el mundo cree que le vas a robar.

—Y hacen bien. Míranos.

Carlota lo escuchó sonreír. Ella hizo lo propio. Luego, su voz de café.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Lo tendré.

Se hizo un silencio. Carlota esperaba que Armando le dijera algo más. Que le diera una razón para no seguir adelante. Pero solo

escuchó el sonido seco que indicaba que él había colgado.

No pudo oír el «te echo de menos» que él murmuró al colgar.

Esa misma mañana, Carlota, algo tensa, siguió a Amalia escaleras arriba. Unas escaleras sin barandilla, que parecían estar suspendidas en el aire. Los bloques de hormigón en bruto daban un toque industrial a la casa, y extrañamente casaban a la perfección con los cuadros que se exhibían por doquier. Con disimulo, miraba los marcos, por si descubría sensores de movimiento por infrarrojos. Llegaron a un amplio pasillo que recibía la luz del exterior por un ventanal que iba del techo al suelo, a través del cual se veían las ramas de los tilos. Iba a conocer a la señora y no podía evitar los nervios.

—Si no le gusta a la señora Quirós, se le pagará el día y dejará la casa al momento.

—¿Algún consejo para gustarle?

Amalia la miró con cierta compasión.

—Que fuera invisible.

Y tras aquella poco esperanzadora frase, Amalia llamó a la puerta con sus pequeñas y arrugadas manos. Carlota escuchó la voz de Lula. Más suave de lo que pensaba. Más cercana de lo que creía.

—Adelante.

Entró detrás de Amalia en el despacho de su patrona y futura víctima. El estilo setentero también imperaba en la estancia. Un gran sofá marrón con patas de madera resaltaba en la habitación, inundada por la luz matinal. Un tilo robusto filtraba algunos rayos, lo cual en pleno verano sería muy de agradecer. La enorme mesa de nogal que hacía las veces de escritorio albergaba carpetas, un iMac tamaño gigante y unos botes para bolígrafos colocados y alineados. Una butaca de piel burdeos de alto respaldo ocultaba la figura de Lula, que enfrentaba el ventanal por el que se veía el cuidado pero agreste jardín. Tan solo asomaban las piernas, cruzadas. Carlota se fijó en sus pies, enfundados en unos Manolos encarnados. Los pantalones negros de traje sastre dejaban solo entrever la extrema palidez de su piel en los empeines y tobillos.

—Váyase, Amalia —dijo Lula.

El ama de llaves, sin decir ni mu, se volvió hacia la salida, no sin antes cruzar una tensa mirada con la candidata. Luego, cerró la lujosa puerta de madera maciza tras de sí. Sin permitirle aún ver su

rostro, Lula se dirigió a su posible empleada:

—Pensarás que para qué tengo este maravilloso jardín si no puedo ni poner un pie en él, ¿verdad?

—Pero puede pasarse las horas muertas contemplándolo.

Lula se volvió. Sin poder evitarlo, el corazón de Carlota se puso a bombear como si hubiera corrido un maratón. Rogaba que la tela del uniforme fuera lo suficientemente gruesa como para no delatar el movimiento rítmico e incontrolable. Los ojos negros, las manos de dedos largos y afilados, su perfecto maquillaje, su piel blanca, casi transparente…, una bruja hermosa.

—Si te hago una pregunta, contestas, eso está bien. La mayoría de la gente enmudece en mi presencia. Qué pobreza de espíritu.

Hubo un breve silencio. Las pupilas de Lula estaban taladrando las de Carlota de un modo casi físico. Ahora intuía lo que debía de ser un rayo láser sobre la piel.

—Tienes los ojos grises…, ¿…? —le estaba preguntando el nombre, sin decirlo.

—Elena —mintió Carlota. Eso ponía en el DNI falso con el que habían hecho la solicitud de empleo.

—Son raros. Pero qué pega voy a poner yo a algo raro… La mujer que estaba en tu puesto desapareció de un día para otro, tras telefonear y decir cosas muy impertinentes, ¿te lo han contado? —Carlota negó—. No muerdas la mano que te da de comer. Y si lo haces, asegúrate de arrancarla. Retírate.

Al quedar sola, en el silencio de su despacho, Lula se levantó. Pulsó un mando que reposaba sobre la mesa y se encerró con un ruido metálico. Podía bloquear la puerta si necesitaba aislarse. Aún más, se entiende. Siempre le perturbaba conocer a alguien, estar en presencia de lo desconocido. Alteraba su vida cuadriculada al máximo, sus costumbres repetidas un día tras otro. Miró el verdor profundo de su jardín, terciopelo y musgo. Despacio, llevó la mano al cristal de la enorme ventana hasta tocarlo con las yemas de los dedos. Acercó el pecho, enfundado en una camiseta negra que marcaba su delgada silueta, hasta casi sentir el vidrio en los pezones. Contempló la vida real tras su parapeto. Como si el vidrio quemara, apartó las manos y dio un paso atrás, guareciéndose en la sombra.

Cuando Carlota salió del despacho, permitió a su cuerpo temblar.

Las manos, las piernas, hasta los ojos. Estaba hiperventilando; si seguía así se iba a desmayar. Se tapó los oídos. Esa voz. «Te encontraré». El ronco cuchicheo infantil que arañaba su interior le provocaba un dolor agudo en la frente, en el cerebro. Se concentró en respirar despacio y trató de alejarse lo más rápido que pudo de esa habitación que parecía emanar un aire tóxico.

Corrió hasta el baño de servicio, situado en la planta baja, en el ala más pegada al garaje. Le importaban una mierda las normas, pero no quería que nadie la escuchara, y menos Lula. Cerró el pestillo con mano temblorosa y acertó a abrir la tapa del retrete. Vomitó violenta y dolorosamente, vomitó la bilis que llevaba años alimentándola, siendo su sangre. Vomitó la vergüenza y el asco que sintió cuando aún era una niña y que todavía la acompañaban como una segunda piel. Ver a Lula había provocado una tormenta de dolor. La humillación de pasar de mano en mano, de casa en casa. Dios, aquella casa… La peor. La última. Recordaba la mirada pringosa del hombre que debió protegerla y darle la seguridad de un hogar. El baño de la mansión Quirós, azulejos morados en las paredes y gresite negro en el suelo, se transfiguró en aquel hogar del pasado. El olor a tabaco negro y aceite frito que siempre inundaba el pequeño salón donde la televisión nunca se apagaba. La imagen se veía algo abombada, deforme, como lo era todo en esa vida que le había tocado vivir. El suelo de gres, anodino y frío. El sofá de flores granates, incómodo, gastado. Antes de acostarse procuraba darse una ducha, intentando limpiar sus poros, librarse del hedor a pies y a humo rancio que se respiraba en aquel adosado barato. La quintaesencia del sueño obrero, vivir en un chalé. Claro que el baño era un territorio de alto riesgo. La llave que permitía cerrarlo un día desapareció, y a partir de entonces había de llevarse de centinela a una de las compañeras con las que le había tocado en suerte compartir casa de acogida. Pero cuando estas dormían, le daba pena despertarlas. Eran aún más pequeñas que ella y dormir era el único refugio que tenían. Así que se aventuraba sola, entraba en la ducha a oscuras, sin ni siquiera abrir el grifo de agua caliente. Eso haría saltar el calentador en la cocina. Y esa explosión de gas lo pondría en alerta. A esas horas, el matrimonio se adocenaba delante de cualquier cosa que pusieran en la televisión, fumando y bebiendo lo que hubieran podido conseguir. Sobre todo ella, la

esposa, la «madre». Carlota pensaba que la mujer se sumergía en los océanos del alcohol barato para no ver, no escuchar, no sentir la inmundicia que se desbordaba a su alrededor en cuanto que a su marido se le despertaban las ganas de jugar con sus «hijas». Y escuchar a la joven Carlota chapoteando bajo el tibio chorro de la ducha se las despertaba de inmediato. Por eso ella prefería temblar bajo el agua helada, frotarse rápidamente con el gel a granel, agarrar la toalla y, aún mojada, salir hacia su habitación de puntillas y tiritando. Si no, se arriesgaba a que él entrara, alegando unas irresistibles ganas de orinar, y se deleitara en la supuesta micción, sujetándose el miembro mientras la sabía aterida y aterrada tras la cortina, imposibilitada su huida.

Tras el plástico que semejaba unos corales llenos de hongos y moho, estremecida, se tapaba las orejas con las manos tratando de no escuchar los jadeos de placer, las invitaciones a que mirase («Mira… Mírame… Mira cuánto te quiero»). El sonido de la mano deslizándose sobre su polla ya resbaladiza, el último gruñido al terminar.

El baño en el que se refugiaba ahora tenía un buen pestillo y reluciente grifería, esponjosas toallas de algodón. Pero al mirarse en el espejo volvió a ver el asco en sus ojos. El rencor en su rictus crispado. Enjuagándose la boca, decidió que ya era hora de terminar con lo que había ido a hacer a esa casa.

## *1994*

*La efervescencia de su amiga salpicaba a la Gitana como ácido sulfúrico. Su alegría la quemaba. La pequeña le contaba excitada lo que le habían preguntado los señores, lo que ella había respondido, lo por las nubes que la había puesto la profe, que si era muy responsable, muy buena y muy estudiosa. Pero ella solo la veía mover los labios. Esos asquerosos labios siempre sonrientes y bien perfilados, elegantes. Podía ver su lengua sonrosada moviéndose para articular sonidos. Pero no llegaban a sus oídos. Estos estaban inundados de un zumbido fuerte y vibrante que anulaba la alegría y la esperanza en la voz de su «hermana» de sangre. Se tocó la cicatriz que tenía en la muñeca, agrandada a base de levantarse la costra, como si le quemaran las gotas que se habían podido mezclar en su herida abierta. Esa asquerosa lo iba a conseguir. Iba a conseguir escapar de aquel lugar.*

*Y el odio le recorrió desde la punta de los dedos de los pies hasta las raíces del pelo grasiento y lacio, electrizando todo su sistema, llenando el torrente sanguíneo de un virus repleto de rencor. Salió del dormitorio y dejó a su compañera haciendo planes sobre su próxima vida como hija de alguien. Recorrió los pasillos pavimentados en fría loseta, se chocó con algún compañero que caminaba hacia las habitaciones sin siquiera notar el golpe y acabó deteniéndose en la barandilla que daba al patio interior, en donde los futuros padres de su amiga caminaban hacia el despacho de la directora, sonrientes, confiados, exhibiendo sus anillos, sus abrigos de piel y fino pelo de camello, sus bolsos repletos de riquezas que pronto serían de otra niña… El timbre retumbó rasposo y los chicos mayores inundaron el patio con sus*

*voces broncas, sus cuerpos casi adultos y sus gritos.*

*Y entonces lo supo. Supo exactamente cómo lo iba a hacer.*

# 6

Pese a la amplitud de las estancias, altos techos, muebles estratégicamente colocados para no recargar el espacio y grandes ventanales que dejaban pasar la luz del exterior, el ambiente de la casa era pesado, asfixiante, como el que deben de sentir los escaladores al superar los tres mil metros de altura. El silencio, las puertas cerradas, la contención bañaban de una capa gris de claustrofobia la mansión. Como había podido comprobar por sí misma, nunca se recibían visitas de amigos, nunca se escuchaba reír. «Un puto mausoleo», pensaba Carlota. Y encima, un mausoleo protegido de cojones. Siempre que pasaba el aspirador, obviamente silencioso (aquella mierda de aspiradora debía de costar más que su sueldo del mes), aprovechaba para ir haciendo un repaso a cada cachivache: sensores de movimiento, detectores de imagen con cámara integrada capaz de girar trescientos sesenta grados… De ahí no salía sin ser grabado ni el hombre invisible. Todo ello presto para derivarse a la central receptora de alarmas; línea directa con la policía. Las puertas y ventanas, como le comentó Amalia («Doña Amalia para usted»), se cerraban igual que las compuertas de un barco a un toque de botón, sellando cual submarino la tumba de silencio de Lula Quirós. Al limpiar los cristales, Carlota observó que eran blindados, con un vidrio de varios centímetros de grosor. Y esa loca del coño se encerraba a cal y canto cada noche. Carlota se preguntaba cómo demonios iban a poder entrar allí. Y sería una lástima no hacerlo, porque había obras de arte como para parar un carro. En cada pared, en cada repisa, en cada rincón, hallaba una auténtica maravilla. Grabados, óleos, acuarelas de los más prestigiosos genios: el ya mencionado Derain, una elegante estatuilla de Brancusi sobre un velador, un colorido Miró… Para qué va a salir de su casa esta cabrona si tiene un museo dentro. Pero de la famosa *Pastoral* de Matisse, ni rastro.

Carlota, con la excusa de limpiar a fondo, recorrió día tras día la casa de arriba abajo. Revisó con esmero el extravagante comedor, vestido con brillantes alfombras salidas de un viaje con alucinógenos e iluminado suavemente con lámparas Flowerpot. Salas de estar, habitaciones de invitados… tres, nada menos. «Menuda gilipollez, tanto cuarto para dormir ella sola noche tras noche… Ojalá le entraran unos okupas anarcas y le inundaran el castillo de pintadas y olor a porro. La madre que la parió».

Tenía la casa bastante controlada, pero le quedaba echar un buen vistazo al despacho, el lugar donde se había encontrado con Lula. Armada con cubo, plumero y bayeta, aprovechó la soledad del pasillo para entrar y decir que estaba «limpiando las ventanas» en caso de que la pillaran merodeando por ahí. Recogió la persiana veneciana para que entrara la luz y escudriñó la habitación. Como sospechaba, allí estaba el control central con teclado LCD y varios monitores desde donde Lula observaba la vida en la casa y en el jardín sin poner un pie fuera de esta. La *voyeur* agorafóbica. También había vitrinas repletas de objetos que Carlota supuso valiosos, porque de valor sentimental era harto dudoso, conociendo el paño: vasijas, mapas más antiguos que el pergamino, cucharillas de marfil, vajillas con pinta de tener como mil años…

Y el famoso óleo, *missing*.

«Tiene que estar. Busca bien». La orden apareció vibrante en la pantalla de su móvil. Carlota negó con la cabeza mientras tecleaba. «E revuelto roma con santiago y te digo qe no». Armando echó levemente la cabeza hacia atrás al ver la aberración escrita. «Niña, ¿no te da vergüenza meter esas patadas a la ortografía?».

«¿Estamos a lo qe stamos o en clase de lengua? Tio, no me jodas. ¡NO encuentro el matisse!».

«Sigue buscando».

Chimpún. «Sigue buscando». Ni un adiós, ni un cuídate, ni un leches. Enfrascada en la lectura de los wasaps, Carlota no se dio cuenta de que su jefa entraba en el despacho, silenciosa como un jodido reptil. Llegó hasta su espalda y le dio un susto de muerte.

—¿Qué haces en mi despacho mandando mensajitos? Usa el móvil en tus horas de descanso fuera de esta casa. Aquí se viene a trabajar, no a chatear de chorradas con tu novio.

Instintivamente se lo guardó en el bolsillo de la bata.

—Ha sido solo un segundo para ver si iba a llover. Quería limpiar las ventanas y es absurdo hacerlo si va a diluviar.

Lula le clavó sus ojos negros. Parecía escudriñarla por dentro. Durante un segundo, temió que la hubiera descubierto. Que todo se fuera al garete en un instante, después de tanta preparación minuciosa. De esperar el momento justo. De robar aquellas acuarelas delante de quien debía. De exhibirse ante su presa jugando a ser ella el chivo expiatorio. Todo barrido por esa mirada de rayos X.

—Si llueve, vuelves a limpiar. No tienes otra cosa que hacer en la vida, ¿no? De otra manera, no serías chacha.

No era tan lista, a la postre. La loca de mierda no tenía ni idea de lo que se le venía encima. Las palabras se le vertían por la boca a Carlota, que solo pudo apretar mucho los labios para no dejarlas escapar y tragar saliva.

—Desde luego.

—Y ahora vete de mi despacho. A esta hora no deberías estar aquí. Llama a Amalia. Me temo que no te ha dejado claros los horarios por los que se rige esta casa.

—¿Acaso no me expresé con claridad? ¿Acaso no sabe lo que se está jugando? ¿Quiere perder esta oportunidad? Porque no habrá otra de entrar a trabajar aquí. Y bien lo sabe.

Los ojos claros del ama de llaves relampagueaban. Sus dientes, anormalmente homogéneos e igualados, blancos como los de los anuncios de blanqueadores dentales de la teletienda, se dejaban ver en su boca contraída por el cabreo. Carlota asintió. Tenía razón.

—Me despisté. Me lie a limpiar y se me fue el santo al cielo. No me fijé en la hora.

Le señaló con el dedo el horario que se exponía como si fuera otra obra de arte, más modesta pero más útil, en la pared de la cocina. Le pidió que leyera en voz alta. «Y en clave de sol, no te jode». Pero obedeció con voz monótona.

09:30. DESPACHO LIMPIO Y DISPUESTO.
12:00. REFRIGERIO EN EL DESPACHO O INVERNADERO. VER MENÚS ANEXOS.
15:00. ALMUERZO SERVIDO SEGÚN ESTACIÓN Y CLIMATOLOGÍA EN JARDÍN INTERIOR O COMEDOR DE DIARIO. VER MENÚS ANEXOS.
16:00. DORMITORIO DISPUESTO PARA LA SIESTA.

—Es suficiente —cortó Amalia—. La señora no da dos avisos. Si vuelve a equivocarse, está fuera. ¿Entendido?

Carlota asintió moviendo sus cobrizas ondas apretadas en una coleta. O encontraba el cuadro y salía de allí o se iba a volver loca. Solo su fin último la hacía aguantar.

Lula, sentada en su despacho, revisaba unos papeles con atención. De tanto en tanto, levantaba la vista para contemplar la imagen que mostraban varias pantallas planas. Amalia rehacía el cuadrante de los horarios en la mesa tocinera donde almorzaba el servicio, la cocinera partía judías verdes, una doncella tendía ropa blanca en el tendedero oculto tras unas cuidadas celosías… Observaba la vida que se desarrollaba a su alrededor a través de las cámaras que tenía instaladas por toda la casa. Le importaba bien poco si era una intromisión en la intimidad de sus empleados. Al que no le gustara que se fuera. Será por arrastrados sin méritos ni preparación ninguna que buscan un empleo para pagar su móvil de mierda y llenarse de comida basura. Los únicos a quienes Lula no contrataba eran a los latinos. «Panchitos», para ella. No los soportaba. Ni el tonito, ni lo feos y chaparros que eran, ni sus lacrimógenas historias de separación familiar. Qué sabrían ellos de desarraigo… A los del Este aún los toleraba; eran secos y algo turbios. Pero, eso sí, blancos y con buena pinta. Lula se levantó y miró por la ventana. Ahí estaba la nueva, cortando ramas de hiedra para adornar su casa. Bañada por el sol, con el pelo rojizo reflejando la luz, respirando el fresco aire de la mañana, pisando la mullida hierba del jardín. Le parecía verla mover los labios. ¿Canturreaba? Feliz. Disfrutaba de su propiedad. De la vida que debía ser suya, de Lula Quirós. Sin embargo, ella no podía ni pisar el exterior. Armándose de valor, abrió el ventanal que daba al balcón con mano firme. Una brisa inundó el despacho e hizo que su melena azabache cortada a ras de la barbilla se alborotara un poco. Cerró los ojos con deleite. Esa sensación tan inesperada. El cuero cabelludo acariciado, revivido en mil puntos sensibles al flotar sus cabellos al viento.

De repente, los papeles que había encima de su escritorio volaron. Como si el movimiento se hubiera desarrollado a cámara lenta, un folio impreso se meció en el aire y fue a parar mansamente en el suelo de cemento pulido del balcón. Y allí se quedó. Desafiando a Lula. Ven a por mí. Cógeme si te atreves. Solo

tienes que alargar la mano, cobarde. ¿Qué te va a pasar? Es TU balcón, de TU despacho, de TU casa. Lula se pasó la lengua por los labios pintados de rojo mate. Secos. Notaba las sienes palpitantes. No podía apartar los ojos del papel. ¿Qué había en él? Ya ni se acordaba. Algo importante, pero lo más urgente era saber si se iba a atrever a sacar el brazo de los límites del interior. Los límites de su mente. Lula tomó aire, todo el que pudo. Llenó los pulmones y se puso de rodillas. Con el cuerpo dentro del despacho protector. Notó el sudor en las axilas. En las palmas de sus blancas manos. Alargó el delgado brazo. Logró sacar las puntas de los dedos por los barrotes de la ventana, barrotes que solo estaban en su cabeza. No había barrote alguno. Nada le impedía el paso. Nada salvo su mente enferma. El suave sol de la mañana le quemó los dedos, intocados, fríos. La extraña sensación no le desagradó.

Desde el jardín, Carlota elevó los ojos al balcón del despacho de su jefa. ¿Estaba abierto? Dejó las hiedras en la cesta que llevaba colgada del brazo. Sí. Y no era hora de limpiar, a esa hora exactamente la pirada de Lula tomaba su refrigerio y revisaba sus correos y documentos del día. Como para no acordarse. Fijó la vista. Sus pálidos ojos grises creyeron ver unos dedos aparecer a un nivel muy bajo. Casi a ras del suelo. Retrocedió para tener más perspectiva, tijeras de podar en ristre. Y sí: era una mano. Una mano de movimiento trémulo que salía al aire libre.

Ahora no iba a echarse atrás. Tenía medio brazo fuera. Estiró los dedos cuanto pudo. No llegaba al jodido papel. Pensó en desistir, pero se dio cuenta, pese a que empezaba a ver borroso, que la nueva doncella parecía estar mirando su maniobra. Qué ridícula debía de parecerle entonces. Una mujer hecha y derecha convertida en un denigrante ovillo en el suelo, tratando de coger un puto papel que estaba a menos de cincuenta centímetros de la butaca de su despacho, ahí, tan tranquilo en el suelo. Se dio la vuelta y cogió un bolígrafo. Agarrada al quicio del ventanal con una mano, pugnaba por llegar al folio con él, atraerlo hacia el interior. Nada. Su respiración cada vez era más agitada. Quizá, si lograba atraparlo, todo mejoraría. Ella mejoraría. Tomando impulso, como quien va a salvar una distancia considerable, echó el cuerpo hacia delante, cayó al suelo de bruces pegando su pecho al fresco suelo y estiró muy fuerte el brazo y la mano hasta rozar el borde del documento;

lo atrapó con dos dedos haciendo pinza y, temblando sin control, intentó regresar a la seguridad del despacho… Pero el papel se le escapó y, del mismo modo, el valor. Se desplomó notando cómo su cara temblaba en el cemento, cómo su aliento, entrecortado, empañaba con diminutas gotitas de vaho el suelo. Boqueaba como un pez fuera del agua, el pánico la dominaba desde la frente a los pies, no podía respirar, no podía, se asfixiaba, iba a morir por un jodido papel que ni recordaba ya lo que contenía… Luchaba por llenar de aire sus pulmones, pero era imposible, le faltaba oxígeno, los ojos se le salían de las órbitas… Iba a morir.

Carlota miró en derredor, buscando a Amalia, a alguien. La puta loca obsesiva, o su mano, habían desaparecido tras un movimiento brusco. Y ahora creía ver la figura de Lula temblando en el suelo como si tuviera un ataque epiléptico. Soltó cesta y tijeras y corrió al interior; subió de dos en dos las escaleras flotantes que conducían al despacho. Abrió la puerta sin llamar y encontró a la Quirós tratando de respirar con la boca muy abierta, los ojos aterrados, un hilo de baba que bajaba por la comisura de sus labios… Un asco. La contempló desde la distancia, parapetada tras el recio escritorio. Era una lástima. Esa friki no iba a morir; solo era miedo, ansiedad. No le faltaba el aire en realidad. Que se joda. Que crea que va a diñarla. Carlota siguió con los ojos fijos en el guiñapo tembloroso, incapaz de retirarlos. Levemente fascinada, como quien presencia un incendio o una tormenta. Paladeando el instante. Al fin, se movió. Pero hacia la salida. «Ahí te quedas, zorra».

Unos pasos apresurados que se acercaban por el pasillo le hicieron cambiar de idea. En dos zancadas se plantó junto a Lula, le agarró la cabeza y dio la voz de alarma con una cuidada expresión de agobio:

—¡Socorro! ¡Ayuda!

Amalia, agitada por la carrera, entró en el despacho con el apergaminado rostro en alerta. Se entretuvo una décima de segundo en buscar culpabilidad en los ojos de Carlota. Luego se arrodilló junto a su patrona y le hizo respirar en una bolsa de papel que sacó del bolsillo de su uniforme como un mago que saca un conejo de su chistera.

—Respire… Respire, señora. Despacio… —Miró a Carlota—. Cierre las ventanas, rápido.

Obedeció, teniendo que sortear los cuerpos de las dos mujeres. Amalia le habló severamente:

—Cómo no se te ocurrió hacer eso lo primero. Dame un vaso de agua, deprisa.

Carlota abrió la botella de agua fría que se reponía cada hora en el despacho y llenó un vaso. Se lo tendió al ama de llaves, que ya había sacado una pastilla de ese bolsillo mágico de su falda. Se la depositó en la lengua y la hizo beber. Lula comenzó a respirar más tranquila, aunque seguía desmadejada y laxa. En la terraza, el dichoso papel que quería rescatar. Carlota lo recogió y trató de alisarlo. Lo leyó por encima.

—Es sobre mí; me está investigando.

—¿Qué creía, que iba a meter a cualquiera a su servicio? Venga, largo de aquí. Que no la vea cuando se recupere. —Con una mano se sacó del cuello un cordón del que pendían un par de llaves—. Baje a la bodega y deje en la cocina un ron que encontrará en el tercer estante a la derecha. En la botella pone «Clément» —dijo, tal cual se escribía.

Carlota cogió el cordón y dejó el papel sobre la mesa. «Elena Pérez Sánchez. Treinta y un años. Madrileña. Madre: dependienta. Padre: empleado en un hipermercado». Su biografía de mentira. Menos mal. Menos mal que Armando parecía conocer a esa loca podrida de dinero y sus manías persecutorias.

Llegó hasta la zona de servicio, abrió una puerta y bajó hasta el sótano. Tras varios días como empleada de la señora Quirós, era la primera vez que accedía a esa parte de la casa. La bodega de marras estaba cerrada con llave y a ella solo accedía la ingrávida ama de llaves. Como si fueran a robarle la priva. Lula tenía más obsesiones que un compendio de psiquiatría. La puerta se abrió y Carlota pulsó el interruptor de la luz, con lo que iluminó una bodega de libro: los estantes de ladrillo, las hornacinas con cajas de madera y cartón de diversas marcas de alcohol, alguna telaraña que había escapado al ojo de Amalia y la humedad justa para mantener vinos y licores en perfecto estado. Una bombilla colgaba del techo, y a la ladrona se le vino a la cabeza la película *Psicosis*: ese sótano, esa momia con moño, esa sonrisa de la muerte.

El lugar era algo lúgubre, pero cuando una ha llevado la vida que ella había llevado, un poco de oscuridad y silencio no asusta.

Recorrió el lugar con ojos atentos, mirando botellas que servían de cuna de cristal a vinos que no podría pagar ni con varios sueldos, paseó los dedos por entre los ladrillos rojizos, miró y remiró por los recovecos algo abigarrados de la bodega tratando de hallar el ojo ciego por donde colarse en Villa Agorafobia. Chasqueó los labios con un gesto de frustración, ¿iba a ser tan torpe de no dar con ello? Al fin, impaciente, agarró la botella del ron ese de las narices y, al volverse, se le enganchó la falda en una estantería de metal haciendo que esta se tambaleara y casi se cayera. Por suerte, solo había periódicos viejos que se esparcieron por el suelo de baldosas de barro con un ruido sordo acompañado de algo de polvo que brilló con la luz… ¿del sol? ¿De dónde venía ese rayo de sol? Levantó la vista y comprobó que el que la estantería se moviera había sido providencial. Había dejado al descubierto un ventanuco. Ahí estaba. El corazón se le despertó. Bombeaba más ligero. Se subió a un taburete y examinó la ventana. No había alarma. No había células. Era una pequeña ventana, sin más. Olvidada entre estanterías y cachivaches en un lugar donde la dueña de la casa no entraría ni bajo amenaza de muerte. Excitada, saco el móvil y la midió, de alto, de largo, de profundo. La abertura era muy pequeña. Afortunadamente, ella también. Para algo había de servirle haber sido una canija toda la vida.

Un ruido la sobresaltó. Bajó del taburete de un salto. Colocó la estantería de nuevo. A contraluz pudo ver la empequeñecida figura de Amalia. Sus ojos se posaron en los periódicos caídos. Carlota se apresuró a dejarlos en su sitio. El ama de llaves la interrogó con voz seca:

—¿Ya?

Carlota asintió, mostrando la botella de ron.

—Pues venga, para arriba. —Tendió su huesuda mano hacia ella.

Carlota le devolvió las llaves mirando con interés la que le abriría las puertas del robo.

Esta noche necesito más que nunca pasear. Pasear entre las piedras azules de Matisse, sintiendo el aire limpio sobre mi piel desnuda. Escuchar las risas de mi amiga, las notas de la flauta que toca ese pequeño fauno. Perderme por las callejuelas del pintoresco pueblo francés, rodeado de árboles en flor. Sumergirme en el embravecido

mar tempestuoso, mojarme la cara con la lluvia que se derrama sobre esa chalupa. Vivir en un cuadro. Soy patética.

Solo aquí me siento libre. Solo aquí me siento relativamente en paz. Logro acallar por unos instantes las voces que resuenan en mi cabeza. Las voces que son una profecía. La profecía que habla de mi condena, del castigo que he de pagar. Aunque sé que empecé a hacerlo desde el primer día. Mi liberación fue mi condena. Esa traición enraizó en mí el miedo, el remordimiento que comenzó a germinar en mi sangre, en mi piel, y que creció hasta ocupar todo mi ser. Hasta empujarme a encerrarme en la cárcel de mi cuerpo y de mi alma. Una cárcel de muros más altos que los de cualquier penal, una prisión a prueba de fugas. Uno no puede huir de su yo, aunque Descartes pudiera existir sin su cuerpo. Yo solo huyo de él en esta sala. Gracias a estas ventanas hechas de tela, pintura y atmósfera. Estos breves espacios de cordura en la eternidad de mi soledad.

Ni en sus brazos alcanzo esta liberación. Porque sé que él también acalla sus miedos dándome migajas de su aliento, de sus humedades, de su piel. Pero prescindiría gustosa de su compañía a cambio de otro paisaje, de otra marina, de otro milagro de libertad.

Mis obras son mi vida. O lo que queda de vida en mí.

Armando. Sus manos, sus pestañas rizadas, sus ojos castaños contemplando las fotos de la bodega en la pantalla del ordenador. «Mira que me gusta este tío», pensaba Carlota mientras no quitaba la mirada de su perfil. Echó mano a su copa y bebió un gran sorbo de vino. Era sin duda un alivio volver a respirar el aire de la casa de su maestro ladrón. Ya había conseguido un agujero en el sistema de seguridad de Lula Quirós, y deseaba robar cuanto antes y dejar de hacer de criada para aquella loca. Pero Armando dudaba.

—Sé que tiene el Matisse. Y ahora que sabemos cómo colarnos, es una lástima que no podamos hacernos con él.

—Facilitaría las cosas saber dónde está. Porque que tú creas que lo tiene es un acto de fe. He recorrido esa jodida casa durante días limpiando, fregando, encerando, y no está. Pero ya te he dicho que el Derain es perfecto. Cegar la cámara que lo vigila puedo hacerlo antes de terminar mi turno, cuando Lula baja para cenar. Y ya no vuelve al despacho, te lo he dicho.

—¿Dónde va?

—A dormir, a leer, a ver la tele, yo qué sé —contestó con algo de desdén—. Pero ya no se mete en el despacho. Eso seguro. Es un reloj. Nunca falla en sus rutinas. Cena a las nueve en punto y luego desaparece, supongo que en su alcoba. No podrá descubrir que he inutilizado esa cámara después de las nueve.

Armando bebió un sorbo de vino y sus labios se humedecieron con el líquido morado. Carlota estuvo a punto de darle un lengüetazo al labio inferior. Se sonrojó como si él hubiera podido leer sus turbios pensamientos cuando la miró.

—Yo desconectaré la corriente cuando ella apague la luz de su cuarto. Tú entras por la valla y vuelas hacia el ventanuco de la bodega.

—Es muy muy pequeño, Armando —dijo Carlota, dudosa—. Pensaba que sí, pero después de analizarlo bien, no creo que quepa.

—Cabrás. Ven.

Armando la llevó hasta el baño, una habitación forrada de azulejos de estilo retro, blancos y rectangulares, biselados, con algunos detalles en negro. Un baño que parecía sacado de una película de los años cincuenta. Todo estaba pulcramente colocado en ligeros estantes, nada fuera de sitio… Salvo la botella de aceite de oliva que Armando dejó en la encimera, junto al lavabo exento. Carlota dio otro sorbo a la copa de vino.

—¿Y bien? Aceite no es precisamente lo que debo tomar para caber por ese agujero.

—No es para beber; es para untártelo. Quiero que seas escurridiza como un pez.

—Tú estás mal de la olla.

Armando sacó un mono de látex de una bolsa que parecía de un *sex shop*. No, no parecía. Era de un *sex shop*. Tienda erótica *online*, para ser más exactos.

—Espolvoréate de talco y pruébate esto.

—Todo este tiempo pensando que eras marica y lo que eres es un pervertido.

—Carlotita, sabes que la paciencia no es mi fuerte. No quiero llegar a la casa de Quirós a las tantas de la noche y que no sepas cómo enfundarte el mono de látex.

Armando le dio con el mono en el pecho, con cara de pocas bromas.

—Te espero en tu cuarto.

Carlota escuchó el portazo y se miró en el enorme espejo que presidía la zona de aguas. Sopesó el talco en la mano. Luego se encogió de hombros y empezó a desnudarse.

El perista, ladrón para los amigos, miraba por la ventana del dormitorio de Carlota hacia la calle, tan cotidiana para él. A esas horas, poca gente caminaba por las anchas aceras. La luz de las farolas daba un tono anaranjado a las hojas de los plátanos cuyas ramas alcanzaban su piso. Las nubes blanquecinas parecían pegatinas superpuestas en un cielo pardo. Apoyó la frente en el cristal frío por el aire acondicionado, creando un halo de vaho al instante. Miró la moneda que le acompañaba desde hacía tantos años. Desgastada, suave. Ojalá el tiempo hubiera desgastado sus recuerdos como el metal de esas dos mil pesetas. Pero la indecencia debía de estar forjada con alguna aleación más dura que la plata. Nunca se gastó el dinero de su vergüenza. Lo guardó en un intento de no volver a cometer algo tan deleznable.

Y pese a todos sus propósitos, ahí estaba de nuevo. A punto de venderse. Otra vez. La imagen de la pequeña Carlota reflejada en la ventana le trajo de vuelta al presente. Enfundada en el ridículo mono de látex, tratando de cerrarse la cremallera, sus rizos naranjas apoyados blandamente en el plástico negro. Y sus mejillas sonrosadas por el esfuerzo.

—Esto da un calor de la hostia, bro. No hay manera de sacármelo, espero que la noche que demos el palo refresque un poco. —Intentó tirar del mono, pero solo logró descubrirse un hombro, cada vez más sofocada—. Tú tranquilo, ¿eh? Ya puedo sola.

Armando fue hacia ella inundado de un sentimiento de compasión y ternura que le llegó a la boca como una arcada. Se guardó la moneda en el bolsillo y se colocó frente a la mujer. Descalza era aún más mínima; las manos de él, velludas y ágiles, parecieron desproporcionadas en comparación con el tamaño de ella. Mientras manipulaba la cremallera que liberaría el cuerpo de su alumna, podía oler el aroma a champú que emanaba de su cabeza. La evocadora fragancia del talco mezclada con el sudor de su piel. Al fin le liberó los hombros, y el pálido brazo derecho fue desenfundado suavemente. La visión de ese trozo de cuerpo

desnudo turbó a Armando como si fuera un adolescente. Un adolescente con una inoportuna erección. Carlota elevó los ojos hacia él.

—Sigue.

Ambos se miraron un instante, sabedores de que iban a llegar a un punto de no retorno. Sin apartar sus ojos de los de ella, metió los dedos entre el látex y la piel blanca. Deslizó el mono hasta liberar el otro brazo. La mujer quedó expuesta con un escote palabra de honor poco acorde con lo obvio del atuendo. Su pecho se elevaba y descendía como el de una damisela en apuros del siglo XIX, su aliento se aceleraba. Se quedó muy quieta, esperando a que Armando la desnudase con esa pereza estudiada de quien puede hacer algo, pero prefiere que lo hagan por él. Los senos quedaron al fin liberados, redondos, blancos, con dos iris castaños que no parpadeaban. Él posó las manos sobre estos, a modo de sostén. Los miraba fijamente, hipnotizado. Con un movimiento largo y continuado, acabó de despojarla del mono.

Carlota, exhibiendo su cuerpo menudo y claro, su sexo depilado, el arco de su espalda, su culo redondo y poderoso, se sentó en la alfombra elevando el muslo derecho y posando el pie en el suelo, mientras cruzaba la izquierda relajadamente bajo el hueco que dejaba la pantorrilla. Luego, apoyó la barbilla sobre la mano y miró descarada a Armando, remedando el cuadro que tanto le había llamado la atención, *Almuerzo sobre la hierba*, de Manet. Él se desnudó para ella, desabrochándose con dolorosa parsimonia la camisa blanca, deslizando el cuero del cinturón por las trabillas del pantalón, liberando sus largas piernas de los 501. Ambos se arrodillaron y juntaron sus cuerpos, que se pegaron como dos besucones, esas figuritas provistas de imán que se atraen sin remedio. Se besaron largamente y follaron allí mismo. En la peluda alfombra del cuarto de Carlota.

Cuando lograron reptar hacia la cama, se envolvieron en las sábanas y quedaron abrazados, sabiendo que habían cruzado un puente que los situaba en terreno pantanoso. Carlota se dejó llevar por las brumas del sueño, tratando de postergar lo impostergable, tratando de no enfrentarse a lo que llevaba tanto planeando. Armando, insomne, la miró con una ternura que se enroscaba en su amante dormida como los zarcillos de las parras. Le apartó un rizo

del rostro y supo que se había metido en un embrollo de órdago. Le costaría desprenderse de algo tan hermoso, como le costaba desprenderse de un bello lienzo que había robado con esfuerzo. Era como acariciar con la punta de los dedos la textura de un Renoir sabiendo que nunca volverás a hacerlo. En ese instante, del bolsillo de su pantalón, hecho un revoltijo en el suelo, surgió un zumbido. Miró a Carlota. Con cuidado, se deshizo de su abrazo; no quería que se despertase. Plantó los pies descalzos en la alfombra donde hacía unos minutos ambos habían gozado el uno del otro y llegó hasta el vaquero. Sacó el móvil y se alejó de la cama. Una vez en el baño, desnudo y serio, descolgó y habló con voz seca sin esperar saludo alguno:

—Lo haremos mañana.

Colgó, miró el móvil con disgusto y lo dejó en la repisa del lavabo. Tras esto, volvió a la cama. A la de Carlota. Con movimientos de prestidigitador, se enlazó sin despertarla al redondo y tibio cuerpo de la ladrona.

## *1994*

*La pequeña se despertó por las voces infantiles llenas de alarma y prevención. Había tardado en dormirse, ilusionada ante la perspectiva de que pudiera ser una de sus últimas noches en aquel dormitorio común. Deseó tener a su vieja muñeca, aquella que le habían robado para luego torturarla. Pero pensó que pronto tendría muñecas bien bonitas, con vestidos rosas y amarillos, como los del DVD de* La bella y la bestia *que vieron un domingo en la sala de visionado. Con esos agradables pronósticos, al fin cayó rendida. Soñaba con risas y mañanas de Reyes llenas de regalos. Pronto se dio cuenta de que las risas eran en realidad las conversaciones agitadas de sus compañeras de cuarto, los pasos apresurados de las maestras, la voz del doctor, que sonaba lejana.*

*Se desperezó mirando a su alrededor. Su amiga no estaba en la cama y, pese a que era bien temprano, todas sus compañeras estaban levantadas y la mayoría se vestían aceleradas mientras cotilleaban con cierto deje de miedo en sus voces cristalinas.*

*—¿Qué pasa? —preguntó con curiosidad.*

*—Han pegao a la Gitana —dijo una interna con voz queda y tono de novedades en el páramo.*

*No le dio tiempo a indagar más. La dire del centro, Asunción, junto a su profe, Milagros, que tenía una cara la mar de triste, entraron en el dormitorio. Les hicieron formar delante de sus camas, aunque no era hora de levantarse. Muy serias, empezaron a registrar las pertenencias de las niñas. Abrieron los armarios, revisaron los cajones de las cómodas que cada una tenía asignados. Y supo que algo malo se le venía encima nada más contemplar el afable rostro de Milagros transfigurarse en*

*decepción al abrir su mochila y rebuscar en su estuche. Una bofetada de negros augurios que la despertó de sus dulces sueños.*

# 7

Los grillos sonaban persistentes en la noche morada de aquel verano en la sierra madrileña. La luna nueva permitía brillar a las estrellas. El aire era dulce, casi comestible, merced a las flores de la madreselva, a las del celindo. La tierra comenzaba a enfriarse, y del suelo se escapaba el sol que lo había penetrado todo el día. Enfundada en el mono de látex, Carlota, sintiéndose de ridícula a francamente incómoda, miraba la valla de la mansión Quirós. Armando controlaba el movimiento de la cámara de seguridad que barría esa parte del jardín cronómetro en mano, sentado en una furgoneta clase V que se había preocupado de que sonara familiar al (escaso) vecindario de Lula. Daba instrucciones a su cómplice por un auricular inalámbrico.

—Prepárate, tienes diez segundos.

—Vale.

Alzó la vista a la verja, deseando que no le pareciera tan alta. Sin embargo, subirse fue pan comido; llevaba años de práctica trepando para alcanzar ventanas, principalmente la suya, en su piso de Parla. La cosa es que tenía que deslizarse nada más saltar al césped del jardín hasta mimetizarse con la arizónica en menos de los diez dichosos segundos o quedaría una bonita imagen de ella disfrazada de ladrona-barra-mamarracha, para mayor diversión de la loca de Lula. Se pegó a la tierra seca, ella misma se había encargado de desactivar los aspersores, que saltaban automáticamente a las doce de la noche, con el objeto de no dejar la huella de sus pies de niña por todo el jardín y luego poner perdido de barro el impoluto suelo de la Quirós. Los de la Científica se lo habrían pasado de cine acumulando pistas como para parar un camión.

A una orden de Armando, se incorporó y trotó hasta la parte trasera de la mole de hormigón setentera que su patrona

denominaba hogar. Habían troleado los sensores de movimiento y en ese punto Carlota se sabía a salvo. Bueno, «habían». «Había», Armando, en concreto. Ni zorra de cómo, pero ese larguirucho se enteraba de todo. Las únicas que poseían las claves de la sofisticada alarma y el sistema de seguridad eran Lula y la seca de Amalia. Carlota estaba segura de que el ama de llaves sería de esas típicas heroínas de las pelis capaces de aguantar estoicamente que les arrancaran las uñas de los pies sin desvelar los nombres de los jefes de la resistencia y encima escupir a la cara del torturador. «Yo cantaría *La traviata* en cuanto me acercaran los alicates», pensaba Carlota. Se había acostumbrado a la penumbra y el ventanuco la miraba con su único ojo. «Por aquí no entras ni de coña, nena», le decía. Y ella estaba de acuerdo. Se abrió la cremallera del mono y el sonido rasgó el silencio. Elevó la vista hacia el ala oeste de la casa, temiendo que el oído de tísica de Lula hubiese detectado el ruido. Nada. Ninguna luz iluminó esa parte del jardín. A esas horas, la loca ya se habría tomado su licor aderezado con un par de buenos lorazepanes, o un Valium, según su grado de atacamiento. Amalia le dejaba preparado el kit cada tarde, en su dormitorio, para que la muy vaga no tuviera ni que bajar a la cocina a doparse.

Con dedos hábiles pese a los guantes, Carlota abrió el tapón de la botella flexible llena de aceite, esta vez no de oliva, sino de Johnson's («No soy una ensalada, leche»), para embadurnarse con algo más de estilo. Se quitó un guante y con cuidado vertió el untuoso líquido transparente en la palma de su mano. La tierra absorbería las gotas que pudieran caer. Tan concentrada estaba sintiéndose un pollo a punto de entrar en el horno que por poco se le cae la botella al escuchar la voz de su amo, o sea, Armando.

—¿Cómo vamos?

«Tú, de puta madre en la Mercedes. Yo, hecha un asquito». No sabía para qué preguntaba, si habían quedado en que ella no dijera ni mu. Para dar por saco, estaba claro. Siguió en su empeño.

—Deberías estar a punto de entrar. No te demores, niña.

Carlota asintió impaciente; no tenía que recordárselo. Cerró la botella y se la volvió a guardar en el pecho. Una cucaña resbaladiza. Se agachó y empujó la hoja de la ventana, rezando por que se abriera. El estrecho hueco que le permitía acceder al sótano se abría ante ella oscuro y poco prometedor. Comenzó a pensar si su

plan de venganza merecía la pena, pero era tarde para echarse atrás. De rodillas, con el culo apuntando a la fachada y la cara hacia el frondoso jardín, introdujo los pies, las piernas, los muslos… Y llegó el primer inconveniente en forma de cadera. La madera del marco aprisionaba su carne y sus huesos. Mierda. Apoyó las manos en el suelo, clavó los dedos en los huecos que dejaban las juntas de las baldosas que rodeaban la casa y se echó hacia delante para tomar impulso. Al retroceder, se quedó encajada y notó un dolor agudo. Trató de moverse, salir de allí, pero no iba ni para detrás ni para delante. Empezó a agobiarse, la pillarían de esa guisa, atrapada, con el culo aprisionado, partido en dos, y la molla de grasa sobrante rebosando por el marco del ventanuco. Descojono generalizado para sus compañeras en la trena, porque de allí iba derechita a Alcalá Meco. Ese poco halagüeño pensamiento le dio fuerzas para empujar con toda su alma y sentir cómo se le desgarraban los costados al tiempo que, al fin, se introducía en la bodega.

La inercia casi la hace caer como un fardo en la húmeda estancia, pero la joven logró asirse a la ventana *in extremis*. Sabía que de la punta de sus pies, que ahora colgaban desde la abertura del ventanuco, al suelo había un metro. Un metro doce centímetros, concretamente. Conteniendo la respiración, se soltó. Punto de no retorno. Sus pies tocaron el suelo y flexionó las rodillas para no joderse las articulaciones y, sobre todo, para no hacer ruido. Se quedó un instante en cuclillas, tocando con las manos el frescor algo polvoriento del suelo de la bodega y dejando que el olor a humedad y ladrillo le devolviera el aliento. Al fin se puso en pie y atravesó el cillero tras encender la linterna, una pijada enana que daba «una luz de fliparla», según sus propias y siempre precisas palabras. Cerró la puerta de la bodega sin problemas gracias a la copia de la llave de Amalia, y salvó los peldaños que ascendían hasta la puerta de salida. Atravesó los pasillos de la zona de servicio y dejó atrás la cocina, el cuarto de plancha, la despensa, deseando que, efectivamente, Armando hubiera logrado cortar por unos minutos la corriente, justo para llegar hasta el Derain. El sistema de seguridad no avisaba de un fallo en la corriente hasta pasados dos minutos. Y, como le dijo a Armando, ella ya había cegado la cámara del vestíbulo. No quedaría testimonio visual de que una silueta de

látex agarrase el lienzo, lo sacase de su marco y lo enrollase con cuidado para introducirlo entre su cuerpo y el mono, más exactamente en el canalillo. Dejó el marco vacío en el suelo, rabiando por no poder ver la cara de la propietaria al saberse robada. Los susurros que la acompañaban desde tiempo inmemorial resonaron en sus sienes. «Te encontraré». Los gritos infantiles. El miedo. Al fin iba a devolverle parte del daño sufrido. Al fin iba a abrir de nuevo esa herida que de seguro Lula Quirós había pugnado por lavar.

Sin hacer ni un ruido, se dio la vuelta y dejó la sala vacía y en silencio. Más vacía que antes, sin el Derain y su salvaje color.

Cuando puso su maltrecho culo en los confortables asientos traseros de la suntuosa furgoneta, al fin respiró. Sentía que había estado en apnea desde que se apeó del vehículo, un tiempo que a ella se le había hecho largo como una visita al dentista, «más largo que un día sin pan», que decía su madre con sonrisa de dientes negros. Ese era uno de los pocos recuerdos que albergaba de aquella yonqui que la parió y que un triste día desapareció de su vida, en una camilla y sin poder despedirse. Aunque desaparecer, desaparecía sin cesar. Imaginaba que para conseguir: a) pasta para droga haciendo lo que fuera preciso; b) caballo, jaco, heroína, colacao; c) tabaco y una botella de ginebra. Pero, claro, de sus andanzas extramaternales, Carlota no sabía nada. No sabía ni atarse los zapatos. Lo que sí supo muy pronto fue que debía estar callada hasta que mamá volviera. Si no, la policía se la llevaría y nunca volvería a ver a mamá. Cuando esta regresaba, siempre lo hacía en un estado de ansiedad eufórica; las delgadas y temblorosas manos se iluminaban con una llama. Pero no se quemaba. Porque cogía agua, un agua que olía como a ensalada, a veces. Luego se inclinaba sobre sí misma y enseguida se volvía de plastilina y se amoldaba al lugar donde cayera, un sofá, el suelo, la mesa… Y volvía a tener los ojos entrecerrados, ya en otro mundo más blando, al que su hija no tenía acceso. Y la niña Carlota se acercaba a cámara lenta con pasos insonoros hasta ese guiñapo que lo era todo para ella, venciendo el miedo que le inspiraba eso que parecía su mamá, pero que era otra señora. Una mujer que la miraba con ojos muertos, de vidrio, como los de su muñeca. Pese a todo, el hambre de cuerpo, de piel, de contacto humano que sustituyera a las caricias era más poderoso

que sus temores. Así que se arrebujaba entre sus brazos laxos, se recostaba en su vientre vacío, se apoyaba en la silla que formaban los huesos de las caderas de lo que a veces era su madre y se quedaba quieta y callada, tratando de sumergirse en el mismo sopor en el que transitaba aquella que la había parido.

Eso aprendió en su más temprana infancia. Si no metías bulla, había más posibilidades de librarse de problemas. Si te mimetizabas con el entorno, tenías más posibilidades de sobrevivir. Esa enseñanza le había valido toda la vida. E intuía que ahora, en su nueva vida como ladrona, también le serviría. Fundida con la noche, fundida con los asientos de cuero negro de la Mercedes en su mono de látex. Al abrirse la cremallera del pecho y liberar el lienzo, le temblaban las manos, no solo por el chute de adrenalina que se había metido («Mira, me parezco a mamá, después de todo»), sino por el esfuerzo físico que había supuesto volver a atravesar el ventanuco de mierda y reptar por el jardín hasta salvar el obstáculo de la valla. Desenrolló la tela con cuidado, y al ver los vibrantes colores, los contornos tan marcados, las formas libres, pensó que la peripecia había merecido la pena. Armando detuvo el vehículo al rato de pasar la cancela de la urbanización y dejar Villa Agorafobia atrás. Alargó la mano hacia el asiento trasero, donde estaba la ladrona.

—Dame.

—Gracias, estoy bien, muy amable por preguntar —dijo Carlota mientras le entregaba el botín.

Armando ni contestó, encendió la linterna que le pidió a su compañera de fechorías con un expeditivo gesto con la mano abierta y examinó la pintura con detenimiento en busca de posibles grietas. Mientras, ella se entretenía desenfundándose el mono de látex. El talco había formado un desagradable barrillo al mezclarse con el sudor, y los pechos de Carlota, desnudos, mostraban unos pezones rojos, irritados. No se había puesto ropa interior, más que un diminuto tanga, para tener la figura lo más lisa posible, libre de hebillas o costuras que pudieran engancharse. Armando le echó un vistazo de reojo, recordando cómo había lamido y mordido esos mismos pezones la noche anterior, antes de decidir que tenía que acabar con aquel juego lo más rápido posible. Antes de que ese ratón elegido como pieza sacrificable acabara convirtiéndose en

gato.

Tras enrollar el lienzo protegido con un papel libre de ácidos, lo introdujo en un inocente tubo de cartón. Carlota ya se había bajado el mono hasta los tobillos y pugnaba por liberarse al fin del atuendo elástico. Ahora que podía ver su cuerpo al aire, comprobaba que, como daño colateral, las caderas se habían llevado la peor parte. La carne estaba tumefacta y los moratones habían empezado a aflorar como claveles reventones. Armando no pudo evitar compadecerse.

—Tendrás que curarte eso, niña.

—Ah, pero si habla —espetó con ironía la interpelada—. ¿Y mi ropa?

—En tu mochila.

Carlota se limpió como pudo con las toallitas húmedas que el sieso de su maestro había echado al *pack* posrobo, se quitó el tanga empapado de sudor y se vistió, al fin, con ropa limpia, seca y, sobre todo, normal. Un vaquero lavado, su favorito, y una enorme camiseta. Cuando hubo de pasar el tejano por las caderas, se le escapó un gemido y un reproche:

—Te dije que no iba a caber.

—Y yo te dije que cabrías, como así ha sido.

—Puestos a decir, me podrías decir lo bien que lo he hecho. Vamos, digo yo.

Armando carraspeó y felicitó a su compañera mientras metía en la mochila preparada para Carlota el tubo de cartón con el lienzo.

—Lo has hecho muy bien. Buen trabajo.

—Gracias. Parece que te cuesta, joder. No estabas tan arisco cuando follábamos.

—Una señorita no debe comentar sus encuentros sexuales.

—Una señorita del siglo XIX, se entiende. ¿Qué coño te pasa? —preguntó Carlota, escamada. Con ese tío parecía ir un paso para delante, dos para atrás, joder.

—Nada. Estoy cansado y aún no ha acabado la noche.

—¿Tú estás cansado? Flipo.

—Carlota, no tengo ganas de discutir, ni de charlas. Tienes claro el resto del plan, ¿verdad?

Armando la estudió con su mirada de «No te pases un pelo o abro la puerta y te lanzo a la cuneta a la de ya», así que respiró hondo y enumeró los siguientes pasos mecánicamente.

—Me hospedo en el hotel, nos separamos un par de días y espero al comprador.

—No me contactes ni hagas nada que llame la atención. Acabas de llegar del aeropuerto, vienes por trabajo, sal y entra a horas normales y no hables como una poligonera, a poder ser.

—¿En qué coño va a alterar el plan cómo hable o deje de hablar?

—En nada; es un favor personal que te pido.

Y le guiñó un ojo. Carlota sonrió. Ese tipo la desarmaba en una décima de segundo si se lo proponía. Era otra gilipollas más enamorada de quien no debía. Armando arrancó y pusieron rumbo al centro de Madrid, dando algunas vueltas para hacer tiempo y que Carlota se registrara en el hotel a una hora más normal.

El tráfico era escaso antes del amanecer, amanecer que contemplaron al enfilar por la calle de Fuencarral. Las calles de Madrid empezaban a despertar con los pocos ciudadanos que habían de inaugurar sus jornadas a horas tan intempestivas. Pese a lo que pudiera parecer, no caminaban hacia el metro o sus coches con la calma de tener la ciudad desierta y casi para ellos en exclusiva, sino que ya se movían con los ritmos acelerados que imponía Madrid. Nadie pasea en Madrid, aunque pasee. Todo madrileño que se precie ha de andar como si estuviera practicando marcha nórdica. Ligerito y mirando de soslayo. Estaban a una distancia prudencial de Mejía Lequerica, donde se encontraba el hotel Urso, un hermoso palacete neoclásico color crema remodelado hacía unos años y convertido en un lujoso continente de cristal y sosiego en pleno centro de la urbe, justo enfrente del mercado de Barceló. Armando detuvo la Mercedes en una calle a unas cuantas manzanas de su destino. El semáforo se volvió a poner en verde, tiñendo el asfalto de una brillante hierba virtual.

—Súbete a un taxi y que te deje en la puerta del Urso. Si te pregunta que por qué no vas andando, le dices que no eres de aquí y que prefieres ir más segura.

—Vale.

Carlota agarró la manija para abrir la puerta y miró a Armando con una sonrisa nerviosa. Era la primera vez que se iban a separar en meses. Los ojos color miel del hombre parecían haberse espesado. Se veían más viscosos.

—Va todo bien, ¿verdad?

—Claro. No te entretengas, ve.

Ella se acercó a su rostro. Aspiró ese olor que la volvía loca y creyó percibir otro aroma más acre. ¿Iba a decirle algo? ¿Iba ella a decirle algo a él? Por un momento pensó en quitarse la careta, en desnudarse esta vez de verdad ante él. Un beso de Armando cortó sus pensamientos. Sintió sus labios gruesos acariciando los suyos, su lengua, húmeda, fugaz, chocando con la suya, desprevenida. El beso tenía algo de vehemencia, de amargura.

—Suerte —susurró tras romper el beso.

Carlota asintió y abandonó el refugio que le proporcionaba la furgoneta, y él. Cruzó la calle y alzó la mano para detener un taxi blanco con la banda roja y la luz verde, que se apagó de inmediato. Tras un breve intercambio de frases insípidas, el vehículo arrancó. Despacito, Armando la siguió con la furgoneta, deteniéndose a unos metros del taxi cuando este llegó al hotel. Carlota se apeó con su mochila, en la que había un par de bragas, un sujetador, un neceser y un cuadro de valor incalculable. Rechazó la ayuda del botones uniformado que la recibió con suma amabilidad y ascendió por las alfombradas escaleras del palacio de principios del siglo XX. Carlota no apreció las paredes forradas de madera, ni el delicado papel pintado que vestía la tranquila recepción, ni el aroma levemente perfumado del recinto. Dos tipos vestidos con trajes de chaqueta anodinos se fijaron en ella, acudieron con paso firme pero pausado, cada uno por un flanco, y se quedaron pegaditos a ella. No parecía que fueran del comité de bienvenida del Urso, la verdad. Carlota notó cómo el corazón se le aceleraba y pugnó por que no se le viera la cara de culpable. Como a cámara lenta contempló los dedos del más alto, un tipo de cejas pobladas y manos sorprendentemente pequeñas para su tamaño, que se sumergieron en el interior de su chaqueta y sacaron una cartera oscura que al abrirse exhibió una identificación. De la policía judicial, para ser exactos. La voz le llegó con eco a los oídos, que zumbaban como moscardones en un día de verano. Pero captó el mensaje: estaba detenida por robar en casa de su patrona. El Derain tembló en su tubo de cartón.

Fuera, sin salir de la Mercedes, Armando contempló cómo se llevaban detenida a Carlota. Sin hacer ademán de ayudarla, arrancó y dejó a su alumna tan sola como la había encontrado.

## *1994*

*La niña achinaba sus miopes ojos tratando de fijar la visión en el monedero de piel teñida de rosa, en el pañuelo estampado, en las monedas brillantes, relucientes, de colección, las mismas que quería donar al orfanato el que iba a convertirse en su padre. Resultaba que todo eso estaba en su estuche. Pero ella no lo había cogido. La profe Milagros, agachada para estar a su altura, la agarraba del delgado hombro y la instaba, con voz suave, a confesar. La dire Asunción, con expresión furibunda, permanecía a su lado, exhalando calor, el calor que le producía la rabia de saberse engañada. Engañada por esa mocosa que parecía que nunca había roto un plato… Iban a quedar como un trapo delante de la Comunidad, del Ayuntamiento y de Cristo que lo fundó. Que un matrimonio se decidiera a llevarse a una niña ya mayorcita era prácticamente un milagro, milagro que les habría servido como altavoz para otros indecisos que aún barajaban la posibilidad de no llevarse a un bebé chino o etíope a sus casas, ahorrarse ese dineral acogiendo a un abandonado español ya criado y cumplir por fin con las expectativas de una vida convencional.*

*Y ahora ese milagro se iba por el sumidero. Estaba rabiosa. Graznó sin poder contenerse.*

*—Habla de una vez, ¿por qué has hecho algo tan feo?*

*La pequeña la miró asustada. ¿Qué había hecho? Milagros trató de tranquilizar a su jefa.*

*—Asun, por favor, deja que yo hable con la niña.*

*—¿La niña? ¡Es un monstruo!*

*El supuesto monstruo no entendía nada. Miró a sus compañeras, arremolinadas a su alrededor en el dormitorio pero a*

*una distancia prudencial de ella, como si aquello que hubiera cometido fuera contagioso. La observaban con curiosidad y, sobre todo, con un tinte de miedo en las caras. ¿Miedo? Nadie la había temido en su vida. Era una buena niña, caía bien, no hablaba demasiado ni montaba jaleo. Y las gafas le daban pinta de tonta, además. ¿Por qué ahora la temían? ¿Por haber robado esas cosas? Casi todas robaban algo, una manzana del frutero de la sala de profesores, un trozo de choco de la merienda, un boli del armario de materiales… Milagros volvió a reclamar su atención, compasiva.*

*—Está muy feo robar, y más a los señores que se interesaban por llevarte a su casa, pero lo otro… ¿Por qué? No es propio de ti.*

*¿Qué había hecho?, se repetía una y otra vez para sí. Los pensamientos le bullían en la cabeza, sentía el cerebro como los de los dibujos animados: un montón de ruedas dentadas girando, girando sin parar, engranajes que echaban humo. Ella no había robado nada, luchaba por decirlo, pero las palabras no atinaban a colocarse en su lengua.*

*—Yo no he cogido eso —musitó al fin.*

*Asunción la agarró del brazo hundiéndole en la carne esas uñas tan picudas y tan rojas que llevaba siempre. Obligó a la niña a mirarla, pero a Carlota le dio tanto miedo que bajó la vista de inmediato, clavando los ojos en la punta de sus pies, enfundados aún en las desgastadas zapatillas de estar por casa de quinta mano en forma de conejito.*

*—¡No mientas! No nos hagas perder más el tiempo, diabla. Lo has cogido, te ha pillado tu amiga en falta y tú has tratado de que no se chivara, ¿verdad? ¡¿Verdad?!*

*Asustada, solo atinó a negar moviendo su menuda cabeza de pelo pajizo. Eso acabó de encolerizar a la directora. Se inclinó y agarró la mochila de la niña, de donde habían sacado el estuche de Barbie lleno de objetos robados. La abrió con manos trémulas por la indignación y extrajo un par de libros usados, como todo lo que tenía. Uno de mates y una manoseada novela de Enid Blyton de tapa dura. Los agitó delante de los ojos muy abiertos de la*

*interna.*

*—¡No tengas el valor de negarlo, cobarde! ¡Mira, mira tus libros! ¿Te atreves aún a negar lo que has hecho?*

*Un murmullo de sorpresa emergió de las bocas de sus compañeras al ver lo que ella veía: sus libros manchados de sangre.*

# 8

Carlota ya se había enfrentado a un interrogatorio antes. La primera vez que se escapó de su casa de acogida y la pillaron durmiendo en un portal no quiso identificarse y acabó en comisaría. Se negaba a decir dónde vivía. Eso significaría volver a ser manoseada por aquel mierda. Claro que le dio igual. Por supuesto que acabaron sabiendo quién era, que era menor y que su familia de acogida estaba muy preocupada por ella. Carlota contó a los agentes que su «padre» se masturbaba encima de ella y que la sometía a tocamientos, pero ya figuraba en su historial que era una chica conflictiva y violenta, mentirosa y propensa a las fugas. Así que su testimonio no les despertó la menor confianza. Pese a todo, cumplieron con su obligación y alertaron a los servicios sociales. Acudió una novata de guardia, recién llegada al servicio, que le hizo las preguntas de rigor, sin saber cómo indagar más a fondo o descubrir otros indicios tras las confusas palabras de Carlota. Siguiendo el protocolo, hizo examinar ginecológicamente a la niña; evidenció que seguía siendo virgen y que no tenía huellas de malos tratos. Por si fuera poco, sus «hermanastras», aterradas, negaron que esas cosas pasaran en su casa, y describieron el ambiente familiar como «cariñoso y ordenado» y a Carlota como fantasiosa y poco de fiar. Esa misma mañana, unos atildados y sobrios padres de acogida se llevaron a Carlota a casa, todo sonrisas y gestos compresivos hacia la chiquilla, que estaba teniendo un comienzo de adolescencia difícil.

Nada más entrar en la casa, la mujer celebró la vuelta al redil de la adolescente con un ron blanco que bebió a morro sentada en el sofá con la tele a todo trapo. Advirtió a su marido que era la última vez que salía a hacer el paripé porque alguna de esas putitas les montara el numerito. Encerraron a Carlota en el baño, dos días enteros, con sus noches, en los que ella bebió agua del grifo y se comió un bote de crema hidratante y un lápiz de labios.

La segunda noche que dormía hecha un ovillo en la mohosa alfombrilla, la puerta se abrió y dio paso al fétido olor a tabaco negro y sudor que exudaba su padre de acogida.

—¿Ya se te han bajado los humos, zorra?

Carlota no contestó. Al parecer, su fuga había eliminado de un plumazo el tono paternal con el que ese ser acostumbraba a dirigirse a ella. Vio cómo el tipo cerraba la puerta tras de sí y se desabrochaba los vaqueros ya parduzcos de puro viejos.

—Te voy a dar algo para que te lleves, por si te da por escaparte otra vez.

—No me voy a escapar más. Te lo juro.

Él sonrió, mostrando sus dientes bien cuidados, cosa sorprendente, con lo cerdo que era. Jadeante ya por el deseo, le acarició el pelo. Carlota se estremeció al contacto y trató de pegarse aún más contra los azulejos de la bañera, encogiendo las piernas contra su pecho. Bajó la mirada y descubrió con repugnancia que una mancha oscura se marcaba en la tela del vaquero a la altura del paquete, abultado. Ya sabía que el muy asqueroso se vertía en cuanto la tocaba. El miedo y la repulsión desbordaron el minúsculo cuerpo de la niña. Fue a gritar, pero él le metió los calzoncillos en la boca, casi asfixiándola. Sin contemplaciones, esa noche fue violada vaginal y analmente. Esa noche, y las posteriores. Pese a lo prometido, unos días después se escapó de aquel infierno. Y esta vez, para no volver. Pero se llevaba algo con ella, como había querido su padre.

El chasquido de los dedos de uno de los polis la trajo de vuelta a la comisaría en la que se veía atrapada al haber sido denunciada por la mismísima Lula Quirós. A la rabia por haber sido capturada se unía una sospecha leve, pero persistente, de que Armando la hubiera traicionado.

—A ver, señorita. Cuéntenos por qué tiene un objeto muy valioso perteneciente a su patrona en su poder.

Miró al hombre. El de manos pequeñas y casi unicejo estaba apoyado en la pared, con actitud displicente, y el más bajito, calvo como un espejo y de ojos azul claro semiocultos entre unas bolsas descomunales, reclamaba su atención sentado frente a la mesa que les separaba.

—No tengo nada que decir —respondió Carlota.

—Ya estamos —dijo repantigándose hacia atrás—. Todos los chorizos aprendéis de carrerilla lo de no decir ni mu. Y total, ¿para qué? Para que acabe viniendo un abogado de oficio, molesto por tener que atender un hurto de chichinabo, que le aconsejará decir lo mismo que podría usted decirme ahora. Pero pasaremos unas horitas esperándole, ¿no cree que es una pérdida de tiempo?

«Vale, majete, pero yo no voy a decir "esta boca es mía"». Armando y ella habían barajado todas las posibilidades, todas las aristas del robo, no solo de este. El temario del curso «Cómo convertirse en ladrona de arte» incluía el trato con la policía y demás agentes del orden. Carlota bebió un traguito de agua que le habían ofrecido en un vaso de plástico. La aliviaba a la par que la extrañaba que no se mencionase ni el allanamiento, ni el cuadro, ni el pequeño tema de que había entrado en una especie de fortaleza cortando alarmas y evitando las cámaras de seguridad. El calvo, al parecer el único con capacidad de fonación, porque el otro no abrió el pico en todo el interrogatorio, puso frente a ella el tubo de cartón donde guardaba el lienzo. La pena por robar un Derain le iba a permitir conocer de primera mano qué se siente viviendo años en una cárcel de mujeres. El policía destapó el cilindro y lo volcó. Pero lo que cayó no fue lo que esperaba, una tela enrollada de valor incalculable. Lo que sacó de ese tubo fue una cadena de la que colgaba una cruz griega de oro macizo. Su mente procesó rápido y sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—A ver, señorita, cuéntenos. ¿Por qué robar solo esto a una mujer multimillonaria?

Porque soy gilipollas. Porque me han dado el cambiazo delante de mis narices. Porque el tío al que se la estaba dando con queso me acaba de birlar el Derain.

Disfruto sabiéndola encerrada. Sabiéndola en mis manos. Comprobando cuán fácil es manipular al ser humano. Al ser humano común. Cómo me aburre su previsibilidad. Esa mujer insignificante y vulgar ha gozado del único ser que me pertenece. Sé que ha gozado de él. No me hace falta verlo para saberlo. No me importa, salvo que no me gusta que usen mis cosas. Mis herramientas, digamos. Lo utilicé para alcanzar lo que quería; luego, para experimentar breves episodios de vida a través del sexo. Vivo envuelta en una neblina de átona e insípida realidad, y el

orgasmo me hace imaginar la vida. Esa sensación de que me arrancan las entrañas gozosamente, ese aliento que se me escapa en gemidos, es lo más parecido a sentirme viva.

El miedo que me atenaza por aquellos actos del pasado es tan grande que me impide percibir ninguna otra emoción. Bueno, tampoco es que antes fuera un ser, digamos, sentimental. El dolor ajeno nunca ha hecho mucha mella en mí. Desde que tengo uso de razón sé que yo estoy por encima de todo. Las decenas de psiquiatras y psicólogos a los que me llevaron mis padres adoptivos hablaban de sociopatía, de egosintonía y demás teorías para tratar de descifrarme. Qué sabrán ellos. Padezco miedo crónico. Sufro el tormento de temer que un día mi pasado venga a cobrarse su deuda.

Pero me apaño bien conviviendo con él. Con el terror. Con la angustia. Como pasa con todo en la vida, uno va desarrollando tolerancia a medida que se expone al estímulo. Igual que la rana en un balde de agua fría que se va calentando gradualmente. Al no percibir de golpe que se está cociendo viva, no salta fuera del agua y muere. Yo me estoy cociendo en odio y pavor, y cada vez aguanto dosis más altas. No puedo poner un pie en el frescor de la hierba de mi jardín; sin embargo, el miedo se ha convertido en mí.

Cuando era niña, solo odiaba a quien gozaba de la vida que yo no podía tener. Luego, a quienes eran más débiles que yo; más tarde, a quienes eran más amados que yo. Al final, a todo y a todos. Ahora el caldo en el que me cuezo es una mezcla de desprecio, soberbia y pánico. No os creáis mejores que yo. Un día enfermaréis de cualquier cosa, un tumor os devorará el hígado, un accidente os dejará postrados en una cama, un gen retorcido os hará olvidar hasta cómo bajaros las bragas para ir al baño y os lo haréis todo encima. Y ese día comenzaréis a ser como yo. Odiaréis a los sanos, reclamaréis sin éxito la libertad que les da la salud, reprocharéis a vuestro dios, o a la diosa fortuna, por qué a vosotros y no al imbécil de vuestro vecino, o a la incapaz de vuestra jefa. Desearéis que todos los que os rodean sufran, padezcan, mueran en vida. Como vosotros.

Yo sé que no descansaré hasta enfrentarme a la causa de mis temores. Y, al tiempo, el pensar en encontrármela me hace desear la muerte.

La sobada moneda de dos mil pesetas se deslizaba una y otra vez entre los dedos de Armando. Paseaba entre sus falanges como él paseaba por la sala acristalada que servía de invernadero. Para las plantas y para ella. El médico le había prescrito sol, supuestamente para suplir el déficit de vitamina D, en realidad para ver si mejoraba en algo su ánimo y así sacaba ganas para vencer la agorafobia. En el ala de la casa con orientación sur derribaron muros de cemento y los suplieron por vidrio y metal. Llenaron la estancia de orquídeas, helechos cuerno de arce, ficus, bromelias… El verde floreció, no así Lula. Mejoró su absorción de vitamina, pero no sus ganas de vivir como una persona «normal». Embadurnada de cremas de pantalla total para conservar la exquisita palidez de su piel, se reclinaba en la hamaca de diseño blanco inmaculado, mullida pero firme, a las doce en punto de la mañana, y permanecía allí con los ojos cerrados y unos auriculares en los que escuchaba sonidos de la naturaleza, masticando hasta hacer pulpa las seis nueces y la manzana a las 13:30. Cada día. Como un reloj. Por eso Armando no sabía si le daría tiempo a explicarse. El decidir si iba a liberar a Carlota o abandonarla a su suerte podía llevar a Lula algo más de tiempo.

Amalia, su corto cabello cano deslumbrando al sol, abrió la puerta de cristal y hierro fundido con una mano, mientras en la otra sostenía en equilibrio la bandejita con el tentempié. Nadie servía a Lula salvo la minúscula y arrugada ama de llaves. Entre sus muchas virtudes estaba la de la desconfianza paranoica. Pensaba que todo empleado era susceptible de ser sucio/descuidado/perezoso. Con delicadeza, la mujer depositó el piscolabis en una mesita dispuesta junto a la tumbona. Amalia ni miró a Armando. Mejor para él. Sus ojos tan claros, casi blancos, le provocaban un inevitable desasosiego. Desde el primer día que se cruzó con ella, le impuso un respeto inusual. Por algún motivo intuía que la criada lo despreciaba. Armando la trataba con una educación esmerada, simpatía y calidez, pero no había logrado derribar la barrera que ella había levantado entre ambos. Ella parecía la señora y él, el sirviente. Con esos ojos fríos como debe de ser Islandia, miró la moneda que el ladrón se pasaba de un dedo a otro de modo compulsivo. Este detuvo de inmediato el movimiento; le faltó pedir perdón como un crío al que se le pilla hurgándose la nariz. La

señora Quirós cortó el incómodo momento.

—Amalia, retírese.

Sin mirarla siquiera, fijas las pupilas en Armando, Lula despidió a la mujer, que salió llevándose su famélica figura enfundada en un negro que parecía aún más oscuro en contraste con la cabeza alba. Al quedarse a solas, la Quirós comenzó a arrancar brotes de un hibisco con sus pálidas manos.

—Dejando solo unos pocos capullos florecen más grandes y hermosos.

—Una práctica un poco cruel.

Lula sonrió. Clavó sus uñas perfectamente esmaltadas en azul en un tierno atisbo de flor rosada, hizo pinza y cortó el tierno tallo.

—No seamos tan vulgares y obvios como para personificar la botánica, ¿quieres?

—Me parece perfecto. Hablemos de esa cosa que tenemos encerrada en una comisaría de Madrid.

—Me encanta que la llames cosa —dijo ella limpiándose los dedos en una pequeña fuente de agua mansa que pretendía regalar al lugar un murmullo relajante. Tras secarse con la servilleta de hilo que tenía junto al plato, se quitó una diminuta pelusa que se había posado en su ajustado vaquero negro.

Armando esperó a que continuara hablando, pero ella se limitó a mordisquear la última nuez. Miró el reloj. Menos cinco.

—¿Y bien? —En la voz del hombre se vislumbraba la impaciencia—. Sabes que por mí podría pudrirse en una comisaría de Madrid o en el mismísimo Guantánamo. Pero encerrada no me sirve.

—Entonces, seguimos adelante. Con una mínima modificación.

¿Modificación? Esa palabra y Lula Quirós no iban juntas jamás. Las pautas, los horarios, los planes rígidos e inamovibles y ella eran como el pan y la mantequilla, la nieve y el frío. Las playas de Levante y los cazurros con un altavoz Bluetooth. Inseparables. Armando aguardó a que desvelara el misterio.

—Ya no me interesa el Turner. Le veo un punto de afectación, un algo falso que no me convence.

—Pues Turner está muerto, no te va a poder pintar otro.

—Quiero *El arroyo Brème*.

—Te has vuelto loca.

—Menuda novedad.

—Más. Ir a por esa obra es asegurarnos una condena de varios años. Hablamos del Thyssen.

Armando volvía a jugar con la moneda, intentando liberar por la punta de los dedos la impaciencia e inquietud que había despertado en él la Quirós. Lula dio un sorbo a su agua y dejó el vaso con parsimonia en la mesa. Miró su reloj de pulsera, una delicada joya de Chopard.

—Veo que tu amiguita va a pasar otra noche en el calabozo.

—Teníamos un objetivo. No sé a cuento de qué cambiar los planes fabulando con conseguir algo imposible.

—A cuento de que pago yo.

—Y yo soy el que arriesga el culo.

Lula chasqueó los labios.

—Unos meses cerca de esa choni y ya hablas como ella. Tú no arriesgas nada.

—Si la pillan en el museo, ¿no crees que va a dar un par de nombres?

—Si la pillan, no le dará tiempo a decir «esta boca es mía».

Armando se tensó. Cuadró los hombros formando una T con su columna, apretó la mandíbula, endureció todo su ser. Por ahí no iba a pasar otra vez.

—Nada de violencia.

Tendiéndose en la tumbona, Lula se puso unas gafas de sol con montura de carey y forma de ojos de gato. Impasible, se disponía a darse su baño de sol de invernadero.

—No me seas melindres. Si no quieres que tenga que hacerla callar, haz bien tu trabajo. Idea un plan sin fisuras, instrúyela para que no lo estropee y logra que salga del museo sin ser detenida. Y, lo que es más importante, con mi Courbet.

Armando pensaba. Trataba de cavilar rápido y sopesar los pros y los contras. Los pros estaban claros: sacar limpia a Carlota del calabozo donde ellos mismos la habían metido. Los contras: meterse en un lío de cojones, como diría la propia Carlota. Robar en ese museo era una locura; llevarse esa obra, una entelequia. Decir que no a Lula Quirós, un suicidio.

—Tendrás tu paisaje. —Se acercó a Lula, que ya estaba colocándose los cascos—. Sácala de allí.

Ella asintió y alargó una mano para tocar la de Armando leve y brevemente, apenas un roce.

—Te veo esta noche.

Armando se tomó el pequeño lujo de represaliarla con lo único que podía: él.

—Si quieres ese cuadro, no hay tiempo para distracciones. Pasará un tiempo antes de que volvamos a vernos. Disfruta de tu sol.

Se fue sin esperar respuesta. Lula no movió ni un músculo, pero tras las gafas su mirada se hizo más oscura.

Armando reprimió una exclamación de dolor y se masajeó la mejilla. Desafiando algunas de las leyes de la física, ese mico que no llegaba al metro sesenta le había arreado un bofetón de órdago en el rellano de su piso.

—Hijoputa.

—Lo de «si no tienes algo agradable que decir, mejor no digas nada» no te entra en la cabeza, ¿no?

—Cabrón.

—Veo que no.

Carlota levantó la mano para repetir la jugada, pero esta vez Armando estaba prevenido y logró sujetársela. Lula, por mediación de su abogado, había puesto en conocimiento de la policía que «acababa de recordar» que sí que le dio la cruz de oro a su empleada. «Mi clienta es tan generosa que ya ni recuerda la cantidad de objetos personales y donaciones que realiza, como la que hizo el marzo pasado a la Policía Nacional para el fondo a los huérfanos». Soltar ese detallito y un par de nombres de mandamases que le debían unos favorcillos a Lula Quirós fue suficiente para que el asunto se archivara sin más. Carlota fue puesta en libertad sin cargo alguno y sin disculpa ninguna, de paso. Armando sabía que iría derechita a su casa, a agradecerle personalmente sus desvelos. Y así había sido.

—Pasa, no quiero dar un espectáculo de boxeo gratis a los vecinos.

La arrastró hacia el cálido recibidor y cerró la puerta tras de sí. Carlota se revolvió.

—Me has vendido, ¡la jodida cruz estaba en el puto tubo de cartón que TÚ me diste! Y, oh, sorpresa, del Derain ni rastro.

—Lo sé. Venga, pasa y tómate un ron —dijo con tranquilidad Armando mientras la conducía al salón.

Pero Carlota no estaba para copas.

—¡No quiero un ron, joder! Quiero una puta explicación. ¿Por qué me has dejado con el culo al aire, pedazo de mierda? ¡Confiaba en ti!

Haciendo caso omiso a la negativa, Armando preparó un par de copas de ron añejo. Le tendió una a Carlota, que literalmente temblaba de ira. Las lágrimas pugnaban por quedarse en sus ojos grises. Lo que menos deseaba ella era llorar como una niñata. Pero, joder, cómo le escocían los ojos. Bebió un trago contradiciéndose a sí misma.

Armando dejó su vaso en la mesa de centro en la que ambos apoyaban los pies cuando llegaba la hora de ver alguna peli antigua en la tele y metió las manos en los bolsillos, con aire cansado.

—¿Qué quieres saber?

—De qué va esto. Joder… —Lo miró, desarbolada—. Estábamos juntos. En esto, me refiero.

Mentira. No se refería a eso. Se refería a que estaban juntos de juntos, juntos de pareja, juntos de que habían echado un polvazo que, para variar, parecía ir aderezado con algo de amor. Pero prefería ser arrastrada por un volquete a decir eso en voz alta. Además, dejando el tema hormonal aparte, lo que más la cabreaba era que hasta ese momento pensaba que ella tenía el control. Ella pescó a Armando en aquella galería de arte, no al revés. Y de repente se encontraba frente a dos policías y sin el botín. Armando exhibía la cara de póker con la que se blindaba en cuanto el tema en cuestión no le iba.

—Quizá es mejor que te tomes un Lexatin.

—No creo que una pastilla me haga olvidar que me has vendido.

—No, pero puede que te ayude a tomarte con calma lo que voy a contarte.

—¿Que has hecho todo esto para que te robara el Derain y enchironarme, que eres tan retorcido como la pirada de Lula?

Armando la miró, grave.

—Que vas a robar en el Museo Thyssen-Bornemisza.

Carlota hizo una mueca de exagerada extrañeza y se golpeó la oreja izquierda sacudiendo la cabeza, como si no oyese bien.

—He debido de coger frío en comisaría. ¡¿Qué?!

—Has oído perfectamente. Vas a robar un Courbet en el Museo Thyssen.

Carlota soltó la copa en la mesa con un golpe seco. Ni venganza ni leches. Bastante cárcel había sido su vida hasta entonces. Ya pensaría en otro plan.

—Vete a la mierda. Ahí te quedas.

Con paso vivo se encaminó a la puerta. Sus pequeñas zapatillas de deporte volaban sobre la hermosa tarima. No llegó ni al vestíbulo. Armando la cogió del brazo sin contemplaciones y le hizo volver al salón a rastras. Una vez allí se encaró con ella. Sus ojos melaza eran en ese instante petróleo puro. Algo negro, denso y peligroso.

—¡Ya está bien! Deja de comportarte como una estúpida, esto no es un juego. ¿Por qué te crees que Lula te ha metido en comisaría para luego sacarte? ¿Por qué te crees que no ha denunciado el robo de un cuadro que vale cientos de miles de euros? Porque nos tiene a los dos agarrados por las pelotas. O robamos su puto *Arroyo Brème* o nos denunciará por robar el Derain.

—Deshagámonos de él ahora mismo —refutó Carlota—. Lo quemamos, lo hacemos jirones, aunque te joda. Ya lo hicimos con el Degas. No tendrá pruebas sin el lienzo.

Armando la soltó, bufando.

—Tiene decenas de pruebas. La ventana de la bodega, la cámara de vigilancia con una pauta fija de movimiento, los fallos de seguridad… Todo era una trampa, niña. Un cebo para que robases con relativa facilidad y ahora tener pruebas contra ti. Esa casa es una fortaleza, joder. ¿Crees que se iba a dejar un agujero en la bodega?

Carlota procesaba la información que le daba su fugaz amante. Se tapó los oídos. No quería oírlo. No quería escuchar cómo la voz del tío del que se había colgado le relataba cuán estúpida había sido. Cómo había bailado al son que esa loca de mierda había entonado para ella. Y lo peor: él. ¿Qué papel le tocaba en esa pantomima?

—Necesitabais a alguien pequeño.

Ni contestó. Se volvió hacia el balcón. La tarde había caído sobre Madrid, la oscuridad entraba en su piso aunque ya llevaba un

rato dentro. Carlota notaba que el pecho se le encogía de congoja. Lo notaba como una esponja que se secaba al sol. Cada vez más minúsculo y duro.

—Tú me has enseñado también.

—Somos ladrones. ¿Acaso tú has ido con la verdad por delante?

—Querías el Derain. Ni Matisse ni gaitas. Sabías quién era Lula, ya la habías estudiado.

Armando se encendió un cigarrillo. ¿Estaba afectado o le importaba una mierda? «Le importa una mierda. Le importo una mierda. Carlota, eres una pringada. Te la ha metido hasta el fondo. Literalmente, además». Lo conmovido que parecía estar cuando entró en ella. Después de todo lo que había pasado en su vida de mierda había confundido amor con ganas de follar. «Y encima ahora te tienes que meter en el jodido Thyssen a robar un cuadro para esa hija de la gran puta. Te has cubierto». Armando cortó sus pensamientos con voz neutra.

—No hagamos un drama. Es lo que hay. Tenemos que robar ese maldito lienzo y tratar de hacerlo bien para no llegar a viejos cumpliendo los horarios que marquen los funcionarios de prisiones y meando en un váter de metal.

Dio una gran calada hundiendo las mejillas y aspirando con ganas. Luego aplastó el cigarrillo contra el cenicero de grueso vidrio rojo.

—¿Y tú y yo?

Negó con la cabeza, y sonrió burlón.

—No me jodas, Carlota. Tú y yo somos un polvo que hemos echado en un calentón.

Zasca. Ahora el bofetón se lo había llevado ella.

El palacio de Villahermosa, remodelado en el siglo XIX, nunca estuvo más hermoso que al ser convertido en museo. Levantado en la que fuera área cortesana del Madrid del XVIII, los aristócratas buscaban la cercanía de los reyes construyendo casas palacio rodeadas de jardines y próximas al que ahora es el Casón del Buen Retiro. El palacio, propiedad entonces del duque de Villahermosa, vivió un gran esplendor cultural y sus muros llegaron a escuchar al piano a Franz Liszt. Cuando a España le tocó la lotería en forma de colección Thyssen, Moneo se encargó de remodelar el edificio y abrirlo al hermoso jardín interior, que se convirtió en paso principal

de los visitantes. Más tarde, se compraron los edificios adyacentes para albergar la colección Carmen Thyssen-Bornemisza, entre otras cosas, logrando unir ambos espacios y convertirlo en lo que es en la actualidad. Carlota escuchaba la perorata de Armando mientras fingían ser dos amantes del arte que examinaban con deleite la fachada de ladrillo rojo, los alargados ventanales que permitían pasar la luz natural a chorros, los frisos grisáceos, los ornamentos de granito.

—Y este tostón que me estás contando ¿exactamente es para…?

—Para que sepas dónde vas a tener que meterte.

Carlota inclinó el cuello hacia atrás para mirar la altura del edificio: tres plantas, el viejo. Achinó los ojos; el sol otoñal de Madrid era fuerte esa mañana.

—No creo que saber si la piedra de este mamotreto es granito o sílice me vaya a ayudar mucho a hacerme con la cosa.

—Dada la dificultad de «la cosa», como dices tú, todo lo que sepamos sobre este museo es poco.

Carlota asintió. Contempló las grandes camelias, ahora sin flores, las casi plásticas hojas verde oscuro. Los turistas y paseantes, con sus *tablets* a modo de cámaras, los solitarios que tomaban un café en la terraza aprovechando la tibieza del sol. Los niños que jugaban a perseguirse entre las palmeras rodeadas de parterres de pensamientos, deseosos de desfogarse tras reprimir sus alegrías en el interior del museo. Se fijó en una mujer de pelo anaranjado, como el suyo propio, sentada en uno de los escalones del jardín; enfundada en un confortable abrigo de grueso paño burdeos, la cabeza protegida por una boina de lana e inmersa en la lectura de un libro. Su perfil se recortaba contra la luz como una figura de papel. ¿Por qué no era ella aquella chica? Viniendo al museo un sábado por la mañana a leer, tomar un chocolate caliente, contemplar la belleza que otros crearon como reto personal, como vanidad camuflada de impulso generoso y abnegado. «Mirad cómo veo yo lo que vuestros vulgares ojos ven. Mirad cómo lo plasmo y mejoro sus colores, sus volúmenes, su alma. Soy el que os hace entender los mitos y las leyes de Dios y de los hombres. Y firmo, y figuro, y me doy valor. Soy el Autor». Carlota envidiaba a esa sosias suya, limpia de sordidez, limpia de rencores. Pagar el piso, echarse novio o novia, empezar a elegir el regalo del amigo invisible del día

de Reyes. A sus treinta y tres años se sintió vieja. Harta de arrastrar su pasado, de cargar con su vergüenza, con la fatalidad que iba adherida a ella como una pesada, maloliente, viscosa compañera de viaje. Estaba en ese hermoso patio planeando un robo. Un delito. Se daba asco. El puto instinto de supervivencia. Cuántas cosas execrables había hecho por aquel inevitable instinto de seguir viva.

Matar a su hijo, entre otras cosas. El hijo de la corrida que vertió dentro de ella aquel mierda de padre de acogida. Cuando se dio cuenta de que no le venía la regla, ese embarazo ya tenía meses. Mientras una está pendiente del hambre que tiene y de buscarse un sitio donde dormir sin que le prendan fuego o le den una paliza, como que se le olvida el periodo. Saber que tenía dentro el hijo de ese cerdo vino a sumarse a la angustia de que no la atraparan y volvieran a darla en acogida. Los catorce años que acababa de cumplir no ayudaban. Solo podía conseguir trabajos de mierda en los que no se pidiesen papeles. Repartiendo folletos tipo «Compro oro», limpiando naves poco legales, trapicheando. Lo que fuera por poder comer. A lo que se negaba era a prostituirse. No iba a escapar de los sobeteos de ese cabrón para mamársela a un pervertido por veinte duros. Con ese panorama, lo que le faltaba era un embarazo. Por suerte (¿por suerte?), el trabajo que la mantenía en ese momento, limpiar naves abandonadas y putrefactas con baldes de lejía, amoniaco y bayetas (guantes o mascarillas no se contemplaban), le permitió tomar contacto con la madre de una compañera rumana que se dejaba la salud junto a ella por unas pesetas. Mihaela, así se llamaba, era una mujer grande, pálida de piel y de pelo negro, que al parecer se sacaba un sobresueldo ayudando a otras desgraciadas a deshacerse de los críos. Primero le hizo beber infusiones de perejil y de ruda, pero el bebé ya debía de estar bien implantado. Así que le comunicó, mientras fumaba un cigarrillo Nobel tras otro, que solo cabía extirparlo. Y por una cantidad de dinero, claro. Carlota asintió. En esta vida no hay nada gratis, ni siquiera matar a tu propio hijo nonato. Mihaela le hizo precio, ya que era amiga de su hija. Ese módico precio la tuvo sin comer un par de días. Mejor. Prefería acudir a la intervención desfallecida.

Tenía miedo, ese sentimiento primario del ser humano que dice «corre». Miedo al dolor, miedo a morir, algo que no debería sentir

una niña de catorce años. Pero sentía algo peor, tan familiar para ella como el estar asustada. Tristeza. Llevaba lidiando con esa angustia que te nace en el pecho y te llena de congoja desde que podía recordar. Estrujó con una mano sudorosa y agarrotada por el terror y la pena el pañuelo de hilo con el que se secaba la frente, aterrada. Pensó en su madre, la que prefirió la tibia felicidad que le proporcionaba la heroína, a los cálidos abrazos de una niña para quien lo era todo. Deseó tenerla cerca, olerla, que la abrazara como veía que hacían las madres en los parques con sus hijos, acariciándoles la cabeza con dedos que hablaban de amor, deslizándose entre los finos cabellos infantiles. Una madre que evitara que esa tarde fueran a meterle un gancho de metal en la vagina para arrancarle el niño o niña que llevaba dentro. Carlota fabulaba a menudo con sus hijos. Aquellos que iba a tener. Cómo iba a compensar la sequía de amor que ella había padecido. Los llevaría consigo a todas partes, hasta al trabajo. Colgados en esas mochilas tan graciosas que llevaban las madres, con sus bebés pegados al pecho. No dejaría de decirles cada día lo bonitos que eran y nunca, nunca, dejaría que se los arrebatasen.

A menos que tuviera catorce años, fuera una fugitiva de los servicios sociales y el padre del niño fuera un asqueroso violador, un pederasta de mierda.

El dolor fue espantoso. Como un retortijón de regla a lo bestia, pero varias veces. Mihaela la instaba a que no chillase, podían descubrirlas, alertar a las autoridades de que algo pasaba en ese piso. Pero dolía demasiado. Al fin, la abortera le puso la mano en la boca a modo de mordaza. Algo le arañaba el interior del útero, rasgando la carne y tirando luego de ella, arrancándole la vida, la suya y la de su hijo. Desgarró su cuerpo y su alma. Ahora era huérfana de padres y huérfana de hijo. Ella tampoco había sabido cuidar de su niño, como su madre no supo cuidar de ella. Retorciéndose de dolor en el colchón en el que dormía su amiga rumana, forrado de plástico, se sentía chapotear en su propia sangre, que formaba desagradables charquitos que se enfriaban a increíble velocidad. Al principio temblaba por el *shock* y por los pinchazos en las entrañas. Más tarde, por la infección y la fiebre. Mihaela llamó de forma anónima al hospital; esa cría se les iba a morir en su casa y eso significaría problemas con la policía. La

ambulancia encontró a una minúscula niña tumbada en un portal sin apenas sangre en el cuerpo y con una septicemia galopante. Hubieron de practicarle un legrado y atiborrarla de antibióticos y transfusiones.

Cuando le dijeron que no solo había perdido el feto, sino que jamás podría ser madre, Carlota se sumió en un silencio negro y profundo. La culpa y un vacío asfixiante no la abandonaron ya. Llevaba la culpa en su vientre como sustituta de su bebé. Decidió que jamás haría daño a ningún ser vivo indefenso, como había hecho a su propio hijo. No volvió a comer la carne muerta de un animal. Pasó días en el hospital. Pese a la insistencia de las preguntas, no delató a la madre de su amiga. No iba a traicionar a quienes solo habían hecho lo que ella les pidió. La asistente social averiguó la identidad de Carlota y le comunicó que iba a ingresar en un centro de menores, tutelada por el Estado. Tanto ella como los médicos sabían que la niña había estado a punto de morir. Le preguntaron acerca del padre, y lo máximo que obtuvieron fueron lágrimas. Era demasiado niña como para entender de modo racional lo que acababa de hacer. Solo sentía que se había deshecho de su hijo, como se habían deshecho de ella años atrás. Nunca se lo perdonaría.

Y nunca se lo perdonaría a la responsable de que estuviera pasando por ese infierno. Algún día le robaría todo lo que ella le había robado. Algún día le devolvería la pena y la soledad a la que la había condenado.

Al traspasar la puerta doble de cristal flanqueada por los dos macetones de camelias, Carlota se sumergió en la atmósfera intimidante y cargada de electricidad que parecía inundar los grandes museos. Una mezcla de luz clara y murmullos amortiguados, un ambiente embotellado ex profeso para esos recintos llenos de pasión, dolor, sabiduría y belleza. El aire que habita en los museos tiene una composición especial. Finas capas superpuestas de éter que tejen un lienzo respirable por el que los visitantes transitan perezosamente. Ebrios de imágenes. Empapados de sensaciones.

Miró los altos techos del patio central, las paredes pintadas en color salmón, el retrato doble de los reyes (antiguos reyes) de España. Pagaron la entrada (trece pavetes, con derecho a cotillear

en la exposición temporal) y subieron las escaleras hasta la primera planta, donde atravesaron las salas sin detenerse demasiado, como dos cansados turistas hasta el gorro de ver maravillas en una ciudad ajena; casi pasaron de largo por el famoso *Mata Mua*, y observaron de lejos la nube de cabezas en movimiento lateral/arriba/lateral que trataban de alargar sus cuellos para observar *Les Vessenots en Auvers*, de Van Gogh, mientras el discurso mil veces recitado de la guía empastaba la sala y daba un aire vulgar a una obra que brillaba con su luz inextinguible. Así llegaron hasta la sala que albergaba el Courbet, su misión, el anhelo de Lula Quirós y la liberación del alma de Carlota.

Tras comprobar que, como muchas de las obras expuestas en el Thyssen, el jodido arroyo estaba protegido por un cristal y tornillos de seguridad, Carlota se hundió en el frescor que emanaba del agua pintada por aquel francés. El verdor que rebosaba del Courbet convertía sus iris grises en verdosos, teñidos de pigmento.

—Ella nunca meterá los pies en esa agua, ni tocará el musgo de las piedras con la mano. Por mucho que empapele las paredes de esa mole de hormigón en la que vive con obras maestras, seguirá atrapada.

Armando notó el regodeo en el tono de voz de su cómplice. La crueldad del mensaje.

—No es asunto nuestro para qué lo quiere.

Al fin Carlota retiró la mirada del arroyo para clavarla en él.

—¿La estás excusando? Me está chantajeando para que le robe el puto cuadro, obligándome a que me meta en una ratonera porque sí.

Armando echó un vistazo en derredor, serio; habló sin mover apenas esos labios que seguían siendo tan apetecibles para besar, para desespero de Carlota, que deseaba que la asquearan.

—En esta misma sala hay dos cámaras de seguridad, y allí, esa señora no es que vista como una azafata de vuelo por gusto, sino porque es una vigilante. Así que, niña, procura no usar determinados verbos relacionados con hacerse con la propiedad ajena. Al menos, mientras estés en mi compañía.

—Eres un puto redicho.

—Y tú sigues hablando como lo que eres, una camarera de Parla.

Pum. Hostión directo a la mandíbula. Ve a por otra, Carlotita.

Armando continuó, con su deje cínico nivel diez:

—Y ahora, ¿seguimos lanzándonos mandobles o trabajamos un poco?

—Cuanto antes acabemos con esto, mejor. Antes cobraré la pasta que me daréis por el cuadro y te perderé de vista.

—Eso pienso yo. —Cambió el tono por uno meramente didáctico, mientras contemplaban la obra realista—. ¿Qué sabes de Courbet?

—Es el de la tía espatarrada con el coño al aire.

Armando pareció sufrir un pitido en el oído interno al escuchar la prosaica definición de la pintura del artista francés. Esas eran las pequeñas y mezquinas venganzas que podía permitirse Carlota. Ser vulgar, zafia. Joderle, en suma.

—Acabas de describir la belleza del cuerpo femenino cuando se abandona abierto en soledad como un fotograma porno. Cada minuto que pasa me congratulo por haber logrado tal refinamiento en ti.

—¿Es o no es ese?

—Sin duda te refieres a *El origen del mundo*, de 1866. Y sí, es Courbet, al que se le atribuye el término «realismo». Inspiración de los impresionistas, amante de la naturaleza. Courbet puso el mundo patas arriba recreando la belleza de lo corriente.

Carlota levantó la mano derecha, juntó los cuatro dedos y movió arriba y abajo el pulgar, imitando una boca que se abre y cierra sin parar.

—Bla, bla, bla. ¿Te digo cuánto me interesa lo que amaba Courbet?

—Ahórramelo.

—Ya no hace falta que me dores la píldora jugando a ser Pigmalión. No te vas a enamorar de tu obra, así que al grano.

Armando la miró añorando los días en que paseaban por Florencia y jugaban a ser maestro y pupila. Los días en los que le enseñaba todo lo que amaba en el arte. El arte de robar, el arte de crear, el arte de apreciar el arte. Vivían en la ilusión de ser limpios y claros, pese a ser ladrones. El delirio de ser compañeros. El absurdo de imaginarse enamorados. Lula lo había corrompido con solo proyectar su sombra sobre ellos, como quien derrama un bote de tinta china espesa y negra sobre un paño de lino blanco. El

líquido tiñe incluso la tela que no ha rozado y se expande tenaz hasta convertir la blancura en una mancha negra de bordes difuminados. En eso había acabado su fábula del profesor Higgins y Eliza Doolittle. Metió sus sentimientos y su tono de voz en el congelador y fue al grano.

—La sala está cubierta por detectores volumétricos supongo que mixtos; o sea, usa detección por infrarrojos y microondas. Ya te he hablado de ellos en otras ocasiones.

—Sí, detecta cambios en el volumen y en la temperatura de la sala. Me preocupan dos cosas. La primera, ese «supongo».

—Aún tengo que investigar a fondo el museo. No pensaba entrar en él, salvo a disfrutarlo.

Carlota lo miró con chulería.

—Y eso vas a hacer. ¿O vas a poner ese palmito en peligro entrando conmigo?

—Me pondré en peligro diseñando cómo hacer que el tuyo salga sano y salvo de aquí.

—No por mí, sino por no acabar tú en una celda, ¿no?

Armando apartó los ojos del arroyo y la miró. Carlota pensó que si estuvieran en una peli romántica de esas de Jennifer Aniston que tantas veces veía por las noches «*porquenohayotracosaperonomegustanesaspelis*», ahora él la cogería de la nuca con sus manos varoniles y le soltaría: «Iría mil veces a la cárcel por ti».

—Por eso y por cobrar el encargo.

Recibido. Mejor. Odiaba las bodas.

Con un portazo, Carlota le dejó claro su poca disposición a estudiar juntos el museo esa noche. Se encerró en su cuarto, el que había sido su cuarto todos esos meses, y no volvió a salir. Mejor. No le convenía meter otra vez la pata. Le gustaba de verdad. Un postre exótico que te llevan a domicilio. Un postre que debía evitar como si fuera diabético. Al menos hasta que aquello acabara. Hasta que Lula consiguiera lo que quería.

Sentía que llevaba toda la vida siendo la muleta de una agorafóbica obsesiva y carente de la más elemental empatía. No era una impresión. Era así. Años siendo proveedor de arte, de sexo. De apuestas enfermizas, de juego sucio. *Abadía en el robledal* no fue la primera de sus colaboraciones. Pero sí un cambio de vía. Un nuevo

escenario para ambos. La obra era un óleo un tanto siniestro del alemán Friedrich, de cuyo paradero tuvo noticias gracias a sus frecuentes paseos por la internet menos recomendable y más peligrosa, pero muy útil si sabías manejarla y controlabas dónde hurgar.

La pintura estaba al parecer en manos de una excéntrica y joven millonaria que deseaba verificar su autenticidad. Se ofreció a revisarlo, seguro de que era falso. Lo sabía porque el auténtico estaba en su poder. Vería la copia que poseía aquella mujer y, tras el disgusto de saberse poseedora de algo más falso que la sonrisa de un político, le vendería el verdadero Friedrich. La única condición que puso fue tratar con la clienta en persona. No en vano había decidido tiempo atrás que los intermediarios eran una molestia innecesaria y un peligro añadido. Desde luego que no iba a retocar su *modus operandi* a estas alturas, hablando con un secretario, asistente o abogado que cualquier día podría decidir a su vez que estaba harto de lavar los trapos sucios de su jefe y lanzarse a contar algunas cosas a cambio de pingües beneficios.

La tal millonaria excéntrica se negó en redondo, siendo algo más que desagradable en la respuesta que se le transmitió a Armando. Concretamente, le juró que «averiguaría quién era y le hundiría en un pozo de mierda». Armando había estado mucho tiempo sumergido en ese elemento, así que no cedió a la presión y el auténtico Friedrich se quedó con él a la espera del mejor postor.

Poco tiempo después recibió una nota manuscrita en la que la misteriosa coleccionista lo invitaba a su casa. Tenía que acudir a las 17:00 horas y la entrevista finalizaría a las 17:55. Cuando llegó a la propiedad en la que Lula habitaba en la actualidad, le fue retirado el móvil por el ama de llaves más seca y enjuta que había visto en su vida, amén de la más cortante. Una plañidera hubiera parecido una muñeca risueña y cantarina al lado de doña Amalia. Él ya había investigado a su anfitriona y estaba preparado para las rarezas de Quirós. Y, sobre todo, jugaba con ventaja. Sabía quién era esa mujer, de dónde venía. Tenía la certeza de que a Lula Quirós le interesaría realmente llevarse bien con él, por muy agorafóbica, soberbia y poderosa que fuera. El que estuviera obsesionada con hacerse con piezas de gran valor artístico y él fuera el mejor conseguidor era un añadido.

Armando no estaba preparado para lo que vino a continuación. Cuando se vieron frente a frente y se presentó, la mujer le hizo hablarle sobre él: quién era, cómo había llegado a ser quien era. Y él le hizo una narración bastante fiel a la realidad, aunque algo edulcorada. Un caballero no habla delante de una dama de las mamadas que tuvo que hacer por unas pesetas. Según iba desgranando algunos detalles de su infancia, la expresión de Lula iba cambiando. Primero, curiosidad; después, extrañeza. Al final, terror. Su delgado cuerpo empezó a temblar. Gritando como una posesa, se apartó del hombre que había entrado en su despacho como si desprendiera chorros de lava y llamó al ama de llaves y al chófer negro que le había ido a recoger para que lo echaran de allí. Lula sufrió un ataque de pánico al reconocerlo.

Pero Armando no iba a dejar que la pieza se le escapara. Una fanática del arte que pagaba como nadie por sus caprichos era una bicoca para él. Poniendo el lienzo al final del palo, a modo de zanahoria, logró aplacarla, convencerla, jurarle la bondad de sus intenciones, tan solo mercantiles. Durante años había permanecido en las sombras, sin usar la carta comodín que la pondría frente a sus pesadillas. ¿A cuento de qué hacerlo ahora? Y lo cierto era que esa mujer estaba tan necesitada de su ayuda como antaño. Armando era un seductor nato y Lula, un comensal poco acostumbrado a determinados manjares. Entró en razón.

Poco tiempo después, las ruinas de la abadía gótica representadas por Friedrich eran de Lula. Las siluetas de los robles retorcidos, la atmósfera teñida de niebla, la luz amarillenta del cielo y las sepulturas delante del ventanal eran absorbidas por la retina de una mujer que, incapacitada para salir de su casa, convertida en jaula, escapaba de los muros que levantaba su mente gracias a la contemplación obsesiva de los paisajes pintados por manos que nunca imaginaron tal destino para sus obras. Igual que Armando nunca habría imaginado que las suyas pasarían de menear los miembros erectos de unos cuantos pervertidos por unos billetes a enguantárselas para robar arte. Desactivar alarmas, liberar lienzos de sus marcos, penetrar por oscuros recovecos en la seguridad de los museos tecleando los parámetros precisos en un ordenador. De chapero a señor. Ladrón, pero señor.

Comenzó no solo a saciar la sed de lienzos en Lula. Ambos

conocían sus mutuas goteras, sus podredumbres escondidas en el sótano. Socios perfectos que respetaban el acuerdo tácito de no mencionar el pasado. Armando no la amaba, aunque saberse único testigo del fugaz abandono orgásmico de Lula Quirós despertaba en él un morbo enfermizo; Lula no lo amaba a él. Pero lograba sacarla de su tumba por unos instantes, sacudirse la tierra y el olor a moho de su encierro. Con eso les bastaba a ambos. Ninguno quería más.
Nunca he sido tocada por otra persona aparte de él. Ni lamida. Ni penetrada. Tampoco he tocado otro sexo que no fuera el suyo. Ni lamido. Ni penetrado. No porque no desee otros miembros, otros brazos, otras lenguas. Sino porque él es conocido. Cotidiano. Y se ciñe a nuestro acuerdo, a cumplir mis horarios, a no hablar de más, a no indagar de más, a no tratar de ser mi salvador, ese que me cogerá de la mano y me obligará, por mi bien, claro, a dar un pasito hasta cruzar el umbral de mi puerta, otro más hasta pisar la hierba, otro más hasta la gravilla de la cancela de la entrada. Me aburren los buenos samaritanos, me aburre el que alguien se crea mejor que yo. Alguien que te trata de ayudar implícitamente se cree mejor que tú.

Nunca había follado hasta que lo hice con él. Deseaba el sexo. Lo necesitaba. Desde muy niña me masturbo. La primera vez que tuve un orgasmo me sorprendí mucho. Porque nadie prepara a los niños para eso. «Niñas, tocaos el clítoris y, solo si os apetece, permitid que os metan algo por la vagina, como añadido testimonial». No. Eduquemos en valores. Conformidad. Fidelidad. Sacrificio. Y mientras, id viendo vosotros cómo os las componéis con esas cosas que cuelgan o se hunden en vuestros cuerpos. El porno hace el resto. El porno y las películas. Cientos de escenas en las que una ardiente joven se corre solo con que un pene empuje un par de veces en su vagina. Cuánta estupidez. Si no fuera por mi miedo crónico, mi afección sería una bendición, librarse de tanta mediocridad consustancial al ser humano.

Pero no puedo librarme de ese miedo. Ese terror que va pegado a mí como el vello corporal. Adiós a tener una pareja. Los vínculos sentimentales son impredecibles. Aleatorios, imprevisibles, cambiantes. Justo lo que no soporto. Por lo que he conocido, las personas con apegos se convierten en objetos peligrosos, punzantes, resbaladizos. Un arma cargada en manos de un mono. Nunca sabes

cuándo el animal va a atinar con el gatillo y disparar una bala. Una bala imprevista. En mi vida no hay lugar para los imprevistos. Un amante, aunque sea a sueldo, entraría en mi territorio, además de en mi cuerpo. Hurgaría donde no debe, aun sin pretenderlo.

Por eso él es tan adecuado. Sabe que hay puertas a las que no debe llamar, secretos innombrables, heridas que no se deben tocar para evitar que el pus que las inunda salga en chorro al exterior. Memorias putrefactas, recuerdos infectados.

Ninguno queremos que el mal del pasado que anida en nuestras entrañas nos acabe ahogando. Así que callamos, y follamos. Silencio y éxtasis. Sin más.

Los dos monitores, un par de planos gigantescos y montones de papeles cubrían prácticamente la mesa del salón. Con un marcador verde, Armando iba recorriendo pasillos, escaleras y salas del Thyssen. Carlota observaba todo con sus ojos algo oscurecidos, como le pasaba siempre que se concentraba mucho.

—¿Puedo preguntar cómo coño ha conseguido esa friki estos planos del museo?

Armando ni la miró. Siguió escudriñando las galerías, salas de vigilancia, aseos y demás recovecos del edificio que no estaban disponibles para el público.

—Puedes.

Silencio. Este tío la sacaba de quicio, de verdad.

—Pero no me vas a contestar, ¿no? —Más silencio. Pues qué bien. Iban a pasar unos días la mar de agradables hasta que entraran en el jodido museo y ella ingresase en prisión para siempre —. Ya que me vais a meter en esa ratonera, creo que tengo derecho a saber todos los detalles.

—Estoy estudiando los planos justo para darte todos los detalles, no porque me haya dado de repente por la arquitectura. En cuanto a cómo consigue ella estas cosas, ni debes ni te conviene saberlo.

—Lo sé sin que me lo digas: está podrida de dinero. El dinero te da poder. Y con esas dos palancas, abres todas las puertas.

—Perfecto. Ya que lo sabes, ahora céntrate en aprenderte el recorrido que te voy a marcar para poder hacerlo con los ojos cerrados.

Carlota, ufana, asintió. Desde pequeña tenía una memoria excepcional, casi fotográfica.

Fue señalando con el minidedo índice de su mano derecha, una uña de niña, redonda y rosada, salpicada por alguna manchita blanca, vanidosa, sobradita.

—El vestíbulo, dos escaleras de acceso a la planta primera, un pasillo a la derecha del mostrador de…

Armando levantó la mano como un guardia mandando detenerse a los coches.

—Alto, niña. No me has entendido. Debes aprendértelo para, literalmente, poder recorrerlo con los ojos cerrados.

—Ajá. ¿Preparándome para el próximo apagón universal, supongo? ¿O por darle mayor diversión al asunto?

—Porque el robo lo haremos de noche y durante un tiempo tendrás que moverte a oscuras. —Señaló dos puntos del plano—. De aquí…, aquí.

Carlota fijó la vista en el trayecto que Armando le describía con esa voz tranquila y ronca que le daba aquel aire de seguridad que la ponía tanto. De uno de los ascensores, que lleva a la primera planta, hasta la sala número treinta y siete. Y luego…, de ahí…

—¡¿De aquí a dónde?!

—A esta ventana —espetó él con la misma flema, sin dar acuse de recibo de la cara de estupor/susto de su cómplice.

—Eso ya lo veo, amiguito. El caso es que desde la ventana has trazado una línea roja muy muy recta hacia arriba. Tan recta como será mi caída cuando me hostie contra el suelo.

Armando, con parsimonia, puso el capuchón al grueso rotulador verde con un clic que resonó en todo el salón. Un autobús frenó en la calle con su chirrido característico seguido del soplido del pistón de cambio de velocidades. Un perro ladró dos veces. Y, al fin, «sin prisas, ¿eh?», le contestó:

—Por eso tendrás que aprendértelo al milímetro y recordar los viejos tiempos en los que te colabas en tu propia casa por la ventana.

Carlota se levantó de la silla echándola para atrás con genio. Un rizo naranja se le salió de la coleta y le acarició la mejilla, algo coloreada de rojo; rojo-cabreo, exactamente.

—¡No solo me arriesgo a ir a la puta cárcel por esa loca cabrona, no! ¡Además tengo que arriesgarme a partirme el cuello!

Armando tragó saliva. Tenía razón. Lula era una retorcida

despiadada y Carlota estaba prisionera de su aburrimiento vital. Trató de vencer el impulso de abrazarla, agarrarla de la mano y llevársela lejos, lejos de Lula, lejos de Madrid, de España y del continente y marcharse a una playa blanca y cálida donde poder ser ellos sin el peso de sus pasados de mierda.

Pero sabía que no podía ser. No, si no le daban lo que quería. La moneda resbalaba una y otra vez entre sus dedos, canalizando el nerviosismo en un solo movimiento. Se levantó y la persiguió por la estancia, iluminada por la cálida luz de las farolas de la calle y la de las lámparas de la mesa. La sombra de Carlota jugaba entre las siluetas de las ramas de los plátanos proyectada en las paredes ocres. Un grabado japonés cambiante. Al fin la atrapó, como a una trucha resbaladiza, con la punta de los dedos.

—Carlota, para. Para de una vez, joder. —Ella se detuvo. No lo miró. El que la creyera indefensa le rentaba más—. Escúchame: no dejaré que caigas por ese muro; no dejaré que te rompas todos los huesos del cuerpo; no dejaré que vayas a la cárcel.

Mierda. La jodida sed de protección. De cuidados. Le había dado en su línea de flotación. Un lagrimón resbaló pómulo abajo. Armando, sin poder resistirlo, la abrazó contra su pecho, más bien su estómago. Apoyó la cara contra la suavidad del cabello de ella. Notaba el corazón de la chica golpeándole rítmicamente debajo de las cotillas. Sentía que la manida imagen de un gorrión asustado atrapado en un puño le venía al pensamiento. Aspiró el aroma a vainilla que siempre acompañaba a Carlota. Y le dijo lo que sabía que era una mentira sin remisión. Mentira y gorda, por mucho que en ese momento lo creyera.

—No te dejaré.

Ambos se guardaron el beso que les venía a los labios. Al tragarlo, a Carlota se le hizo un poco de bola.

No pasó nada más. Pero cuando Lula llamó esa noche para que Armando le diera el informe, este, por primera vez, no respondió a la llamada. Con cada sorda vibración del móvil, con cada destello de pantalla, él sabía que la angustia de ella aumentaría exponencialmente. Un hecho no programado la sumía en la desazón absoluta.

Disfrutó de esa sensación.

Las persianas se abrieron acompañadas del ligero zumbido del

mecanismo que las movía. La luz de la mañana entró matizada en el dormitorio de Lula gracias a las venecianas que cubrían los cristales. Amalia, con pasos inaudibles, colocó los visillos de hilo color tierra a ambos lados del estor de lamas. Miró a la cama, de noventa. Individual. Lula no deseaba que una cama «de matrimonio» le recordase cada noche y cada amanecer que nunca haría honor a su nombre. Su señora se rebullía, con movimientos lentos y pesados. La benzodiazepina que le administró por la noche tenía mucho que ver. Estaba claro que se había saltado su rutina en el gimnasio de cada mañana. Pasaría directamente al desayuno. Eran las nueve en punto y el café que llenaba la cafetera regalaba a la estancia un aroma de despertar cotidiano. Dos rebanadas de pan de espelta (tostadas al tres de potencia), lonjas de aguacate, un salero. Un kiwi (amarillo) en rodajas. Una hermosa botella de cristal checo rellena de agua Solán de Cabras. El desayuno de los martes. Si su señora fuera de otro modo, la habría dejado dormir más, dada la crisis de la noche anterior. Pero variar su rutina aún más hubiera supuesto el caos. Tendría que llamar al doctor, casi con seguridad. Un estado de postración por los ansiolíticos que le habría de prescribir le duraría un par de días. Y, por supuesto, habría bronca dirigida a su persona en cuanto el guiñapo tembloroso y falto de oxígeno en el que se convertía Lula volviera a ser la mujer fría y distante que no toleraba un error.

Amalia acercó la bandeja hasta la mesita orientada al ventanal del balcón, arreglada con mimo: la vajilla crema de La Cartuja de Sevilla y el mantel individual de lino blanco. Luego llegó hasta la cama.

—Señora, buenos días. ¿Cómo se encuentra?

Lula se incorporó apoyándose en las blandas almohadas. Su cabello era tan liso que ni las noches de ansiedad lograban despeinarlo. La melena cortada hasta la mandíbula lucía brillante y negra, impecable, como con miedo de desagradar a la cabeza que adornaba. Ligeras ojeras bajo los negros ojos rasgados delataban algo de cansancio. Alargó la mano para tomar el vaso de agua templada con limón que le tendía la huesuda mano de su ama de llaves/criada/niñera. Bebió antes de pronunciar una palabra.

—Mejor, gracias.

Le devolvió el vaso y se incorporó. La camisola de seda negra de

Sarrieri se pegaba a su cuerpo fibroso y marmóreo. Amalia la ayudó a cubrirse con la bata a juego. Lentamente, se sentó a desayunar.

—¿Ha llamado alguien, Amalia? —dijo con falso tono de indiferencia mientras removía el café manchado con una nube de leche de avena.

—No, señora. Nadie relevante, al menos.

Reprimiendo la rabia, apretó los labios, finos, aún sin atisbo del habitual rojo carmín.

—Acérqueme el móvil, por favor.

Amalia obedeció y, tras entregárselo, se dirigió al vestidor: seis cuerpos de armario en madera y cristal que terminaban en una ventana de suelo a techo orientada al sur. La superficie alfombrada apagaba los pasos de Amalia. Comenzaba a sacar la ropa del día cuando su jefa la detuvo.

—Sáqueme el traje de Prada, el de cuello alto.

Amalia asintió, sin comentario alguno al hecho de que no era el modelo del día. Sabía el porqué del cambio. Sabía a quién deseaba impresionar, para quién deseaba estar perfecta. Y sabía que nunca reconocería ese deseo. Nunca reconocería que su proveedor de arte y de sexo era algo más que un proveedor.

A las once en punto, Lula esperaba sentada tras la mesa de su despacho. A las once y un minuto Amalia tocó a la puerta y entró seguida de Armando. Cuando se quedaron a solas, él se sentó frente a ella con expresión burlona. Lula odiaba esa expresión que le marcaba los hoyuelos bajo la barba de dos días y hacía brillar sus iris tostados. La odiaba porque le gustaba un punto más de lo que era seguro.

—Me citas en el despacho, ¿a quién hay que matar?

Lo miró sin sonreír. Cruzó sus trabajadas piernas enfundadas en unos delicados pantis. El satén de Prada suspiró.

—A ti.

Armando enarcó las cejas, divertido. O fingiéndolo, más bien. Sabía con precisión por qué estaba cabreada. Y Lula, cabreada, era muy peligrosa. Tenía pruebas de ello.

—O sea que hoy no vamos a follar.

Lula encajó la mandíbula. El imbécil se permitía bromear con su angustia. Apoyó los codos en la mesa y entrelazó los dedos, inclinando el cuerpo hacia delante.

—Anoche no me cogiste el teléfono.

—Me dormí. Estaba agotado.

—Espero que no sea por tirarte a esa paleta.

—No —replicó él con dureza. Lula era como los perros de presa. Si detectan el miedo, vas dado—. Agotado de estudiar los planos, averiguar cómo meter a esa paleta en el museo y cómo hacerla salir.

—Con mi cuadro.

Armando sonrió, forzado.

—Por supuesto. Tus deseos son órdenes para mí. Literalmente.

Se miraron, retándose. Al fin, Lula rebajó un poco el tono. Relajó un tanto el cuerpo. Sintió la tentación de levantarse y acariciar la nuca de su amante, hundir los dedos en su cabello, pero no cedió, por supuesto. Escuchó su voz crujiente.

—Tendré que prepararla a conciencia.

—No podemos arriesgarnos a que trasladen el cuadro a cualquier otro museo, como préstamo, o a una de las exposiciones temporales.

—Ya me he cerciorado de que el arroyo va a discurrir por la misma sala una temporada.

—Me gustaría acabar con esto antes de que se descongelen los polos.

—Con el Courbet en tus manos, supongo. —Ella asintió con la cabeza—. Pues eso requiere tiempo. Tiempo para entrenar su cuerpo, tiempo para que se aprenda al dedillo los recovecos del itinerario, tiempo para que yo consiga averiguar cómo moverme por el museo sin ser detectado. Así que te enseñaré una nueva palabra: «paciencia».

—No me gusta esperar.

—Es lo que tenéis los ricos. Tendrás que aprender.

—Ni de niña me gustaba la escuela.

—Lo sé muy bien.

Pullita del pasado, lo más ruin. Lula bullía por dentro, pero llevaba la vida entera aprendiendo a tapar sus emociones, escasas, por otra parte.

—Bien. Tómate el tiempo que necesites. —Armando asintió y se levantó, dando por terminada la reunión—. Pero desde aquí.

—¿Cómo?

—Quiero seguir los progresos día a día. Y tú estás demasiado

cansado para darme cuenta de ellos —dijo, sibilina—. Tanto que te quedas dormido y no escuchas el teléfono. Pongamos remedio a tan molesta situación. Os trasladaréis aquí. Los dos.

Armando disimuló a duras penas la contrariedad.

—No me parece operativo.

—¿Por qué no? La finca reúne todos los requisitos. Espacio, gimnasio y piscina, perfectos para el entrenamiento del que hablas. Y, sobre todo, absoluta privacidad. Ya lo sabes.

Lula disfrutaba sabiendo que le estaba aguando la fiesta.

—No será cómodo para ti. No te gusta la compañía.

—No hablo de convivir, ni de convertir esto en un campamento de verano. Tan solo voy a tener mi inversión vigilada.

—No será cómodo para mí, entonces. Me gusta mi casa, mi cama. Estar solo.

—No pusiste tantas pegas cuando te tocó llevarte a esa ratera a tu piso.

Tocado.

—Si no te gustan las reglas, abandona el juego.

Hundido.

Al día siguiente, Armando y Carlota se mudaron a Villa Agorafobia.

## *1994*

*La Gitana, como la apodaban con maldad el resto de chicos, se recuperaba en la enfermería. El labio partido; una de las pobladas cejas negras abierta por la mitad; las mejillas morenas ahora tumefactas, amoratadas por los golpes. Y el ojo derecho… Aún no tenían claro si lo iban a poder salvar. La furia con la que se había empleado la que hasta entonces había sido su mejor amiga era aterradora. Una niña de diez años atacando así a otra compañera… La directora Asunción sintió el peso de la culpa. Algo mal tenía que haber hecho ella, como su responsable, o la sociedad, quién lo sabía, para que un ser tan pequeño se volviera un monstruo.*

*La niña explicó los hechos como pudo, pues tenía la boca herida e hinchada. Fue a meter en la mochila de su atacante el dibujo que le había pintado para que se lo llevara consigo a su nueva casa. Para que no la olvidara una vez que tuviera padres. El dibujo de dos niñas, una rubia, otra morena, una con gafas, otra delgadísima y de piel marrón Plastidecor. Era torpe y sin gracia, pero remedaba la imagen de las dos amigas. Asunción y la asistente social que se había desplazado hasta allí para interesarse por el caso la escuchaban sin perder palabra. Al dejar el dibujo en la mochila, la Gitana se dio cuenta de que se le había olvidado poner una dedicatoria. Buscó un boli en el estuche de su amiga. Y así encontró los objetos robados. Las monedas esas tan bonitas del señor; el monedero de la señora; un pañuelo muy suave con caballitos. Atónita, se dio cuenta de que su amiga había robado a las personas que la iban a sacar de todo aquello.*

*—Le dije que eso estaba muy feo. Que esos señores iban a ser*

*sus padres, y a los padres no se les roba.*

*—¿Y qué te contestó? —preguntó la directora, con el ceño fruncido por el rechazo involuntario que le provocaba la cara desfigurada de la niña.*

*—Que esas cosas iban a ser suyas en cuanto fuera su hija. Que qué más daba. Entonces yo…*

*La pequeña dejó escapar una lágrima por el ojo que no tenía vendado. La asistente social que acompañaba a la directora le hizo un gesto para que la dejara a ella.*

*—Cariño, es muy importante que nos cuentes todo lo que ha pasado.*

*—Es que… No quiero que la dire la castigue.*

*Las mujeres se miraron. Todavía esa alma inocente quería defender a su amiga, después de los golpes que le había propinado.*

*—No la voy a castigar. Pero no deseo que haga daño a ninguna niña más, ¿comprendes?*

*La nena asintió. Se limpió la nariz, por la que goteaba un hilo sanguinolento.*

*—Yo le dije que tenía que devolverlas.*

*—Muy bien dicho, es un buen consejo —animó la asistente social.*

*—Entonces se puso muy chulita y me contestó que no pensaba y que más me valía callar. Yo me enfadé un poco y la avisé de que o confesaba o me iba a chivar. Y… —Se estremeció—. Se enfadó mucho. Puso una cara muy rara y me dijo que como abriera la boca me iba a pasar algo muy malo.*

*Las mujeres se miraron, con aprensión. La directora trataba de encontrar alguna lógica al asunto, pero no la había. Solo una niña descontrolada maltratando a la que era su amiga del alma.*

*—¿Alguna vez se había enfadado tanto?*

*La pobre asintió. Se llevó una mano al ojo. Debía de dolerle muchísimo.*

*—Torturaba a su muñeca. Y decía que luego lo haría conmigo.*

*Menudo angelito, esa rubita miope perdida, pensó Asunción.*

*—¿Por qué nunca nos lo dijiste?*

*Calló. Se percibía que, aun alejada de la otra, la temía. La directora se estaba poniendo mala. ¿Tan ciega había estado? Vigilar a tal cantidad de internos era demasiado complicado. ¿Cuántos casos más habría de ese tipo? Acoso, maltrato al más débil, mortificación del gordo, del feo, del tartamudo. La crueldad de los niños asustaba. Cogió una de las manitas de la chiquilla y le habló suavemente. Tenía que saberlo. Saber los detalles.*

*—¿Cómo lo hizo, cariño? ¿Cómo te hizo tanto daño?*

*La cría bajó la vista. La directora la animó con la mirada a que prosiguiera. La vergüenza le había cortado la palabra.*

*—Me dio muy fuerte con un libro, aquí. —Se señaló la ceja—. Me tapé la cara, pero levantó el libro de nuevo y sentí como si el ojo me estallara. La miraba y era como si fuera otra niña. Me daba miedo.*

*—Es un poco más pequeña que tú. ¿Por qué no te defendiste?*

*Negó con la cabeza, triste.*

*—Estaba mareada y no podía ver bien. Y además…, no se pega a los amigos.*

*Asunción y la asistente social se enternecieron ante la inocencia de la pequeña… Y ante la crueldad de la otra. Esa niña era de la piel del diablo, sin duda padecía un grave desequilibrio, y lo mejor que podían hacer era alejarla de esa institución lo antes posible.*

*—Tú ahora tienes que tratar de ponerte buena. Esta tarde vendrán a verte los señores que iban a adoptar a tu amiga.*

*—¿Iban? —farfulló la niña.*

*—Nadie se lleva a casa a un hijo que pega y roba, cielo. La gente busca personas tan honradas y valientes como tú. Quizá estos señores recompensen tu comportamiento. ¿Quién sabe? Lo que es seguro es que esa otra niña nunca será adoptada.*

*Las mujeres contemplaron enternecidas cómo la cría era tan buena como para aún entristecerse por quien la había maltratado.*

*Bajo la venda, el ojo malherido sonrió.*

# 9

El último capricho de Armando, su Mustang Fastback del 65, negro como el impecable traje que llevaba el dueño, frenó frente al portón de acero oxidado. Tocó el timbre sacando la mano por la ventanilla. De inmediato la puerta comenzó a moverse lateralmente, deslizándose dentro del muro. El camino de adoquines se abría ante ellos, sinuoso, como lo era la mente del ama del castillo. Carlota miraba fijamente a la derecha, evitando cualquier contacto visual con Armando. Había protestado, insultado y vociferado, pero sabía que estaba atrapada, condenada a obedecer. Mientras el coche se acercaba al edificio de hormigón, la vieja sensación de claustrofobia se le enredaba en el corazón con el lacerante dolor de púas metálicas, de alambre de espino clavándose en su pecho. Encerrada, presa, atrapada. Pero esta vez cogida en su propia trampa. Bien, Carlotita. Menudo *fail*. No le quedaban más santos cojones que tragar y convivir con esa loca y con la señora Danvers, amén de con su traidor/maestro/examante. Tomó aire. «De peores has salido».

El Mustang se detuvo frente a la puerta de cristal y acero. El recién llegado noviembre había teñido de ocres, naranjas, amarillos y rojos los enormes árboles que poblaban la finca, salvo pinos y encinas, empeñados orgullosamente en no mudar de aspecto. De inmediato apareció Jaime, el hombre para todo de la casa. Que fuera negro e inmigrante ya le chocó a Carlota cuando le conoció, siendo Lula una xenófoba declarada y una racista de libro. Pero luego averiguó que Jaime poseía una cualidad que equilibraba la balanza de los prejuicios de la patrona. Jaime era mudo. Para ser más exactos, no tenía lengua; le fue arrancada en no se sabía qué revuelta tribal de su África natal. El empleado ideal de la señora Quirós. Jaime (a saber cómo se llamaba de verdad el pollo) arreglaba de todo, hacía de chófer, cuidaba del jardín e imponía con su tamaño a los mensajeros y demás visitantes ocasionales, que

eran pocos, fugaces y condenados a la puerta de atrás. Agarró con sus fuertes manos las maletas de los invitados de su patrona y desapareció. Amalia abrió la puerta y emergió de la oscuridad con su figura enjuta y seca y su pelo blanco cortísimo.

—Pasen.

Obedecieron. A ver quién era el guapo que no lo hacía. «Qué mujer más siesa, por Dios». Como si hubiera escuchado el pensamiento de Carlota, Amalia la miró de modo algo cínico. De chacha a invitada. Gran progreso.

—Jaime subirá sus maletas. Ambos conocen bien las normas de la casa. Nada de ruidos. Si desean ver la televisión, usen los auriculares. El ala de la casa donde vive la señora no es visitable, a menos —miró a Armando— que ella los invite… —Ahora miró a Carlota—. O que vengan contratadas como servicio.

La aludida acusó el comentario. Estaba claro que el ama de llaves seguía considerándola su inferior. Menuda urraca.

Las habitaciones de Armando y Carlota habían sido elegidas cuidadosamente. En la misma ala, pero separada la una de la otra. Tampoco era difícil, esa casa era un laberinto de esquinas, alturas y recovecos. Carlota se quedó sola en su cuarto, orientado al norte, no muy grande y poco luminoso. Un par de ventanas estrechas y alargadas daban a la parte más frondosa y oscura del jardín. Un buró antiguo dividía ambas. La nota de color la ponía un papel pintado de colores naranjas y azules que formaban cubos en tres dimensiones. Una lámpara con aspecto de seta naranja daba algo de luz a su mesilla y un sillón de cuero Butterfly, con su característico diseño y su estructura de metal, completaba la escasa decoración. Desde luego, Lula no le había dado el mejor dormitorio de la casa, la muy hiena. Carlota abrió las ventanas, largas como se le iban a hacer los días hasta el robo, y se dispuso a deshacer su maleta. Entre dos camisetas, escondida, la fotografía que siempre llevaba consigo. La contempló e inspiró con fuerza. Esa imagen era su plumita de Dumbo, su Svengali, la que le recordaba por qué se había metido en aquel embolado. El viejo susurro volvió a martillearle las sienes, a retumbar en sus oídos. «Te encontraré». «Te encontraré». Los gritos infantiles, las risas, las burlas… Sacudió la cabeza como queriendo alejar el pensamiento y se encendió un cigarro, se apoyó en el parteluz y trató de que los recuerdos se

perdieran entre las apretadas y ahora doradas hojas del quejigo que crecía frente a su ventana. Se preguntó qué iba a hacer con el resto de su vida si su plan funcionaba.

Había pasado su existencia maquinando cómo, cuándo, dónde. Siguiendo la pista de la maldita que mandó su felicidad al sumidero como un lobo sigue a una cierva herida. Durante aquellas noches en su casa de acogida, el paladear la venganza la ayudaba a entretener las horas. Como cuando pasaba la noche en vela rogando por que la puerta de su habitación no se abriera. Rezando por que el olor rancio que iba pegado a la aterradora presencia de su padre de acogida no inundara el cuarto. Asqueada, agarraba muy fuerte la manta de lana rematada en satén, paseaba las yemas de los dedos por el pespunte en zigzag. Sudaba, pese al frío que siempre le mordía la carne en aquella maldita casa de los horrores. Planeaba su venganza de manera compulsiva. Sobre todo en los momentos más duros, a modo de escape. Como en aquel cuarto de baño en el que la encerraron, tras fracasar su fuga. Notó que una membrana extremadamente delicada se rasgaba en su interior. Ya no era virgen. Ese cuento del himen resultaba que era verdad. Tras esa vez, la violó todas las veces que pudo, hasta que ella se largó. El mierda de su padre de acogida resoplaba encima de ella, follándola sin contemplaciones en la cama que compartía con su mujer por las noches. La baba resbalaba por su boca entreabierta y le caía en la cara. No se podía limpiar, porque él la tenía sujeta por las muñecas. Las lágrimas ayudaban a limpiarla. En el surco que abría cada lágrima, ella escribía su plan. Lo hizo desde que su vida quedó marcada por la fatalidad, desde que sus sueños de niña se transformaron en pesadillas de adulta madurada por la vía exprés. Pesadillas de soledad, de sordidez. Fugas improvisadas que la llevaban a aterradores peregrinajes por la ciudad, donde llegaba una hora en la que una niña solitaria pasaba de invisible a señuelo. Hambre, hambre de paz, hambre de inocencia. Hambre de comida, qué coño. A cada dentellada de apetito que le arrancaba un trozo de estómago vacío, ella añadía una pieza al puzle de su venganza.

¿Cómo iba a vivir sin ese objetivo si llegaba a alcanzarlo? ¿Cómo vivir tras la venganza?

Un mensaje en el móvil la sacó de sus pensamientos. Había que bajar a cenar.

Armando vio que el mensaje estaba leído. El dibujito de un dedo pulgar hacia arriba brilló en la pantalla. A ver por dónde salía todo esto. El robo era casi un suicidio, pero con preparación y la cartera de Lula todo era posible. Lo más complicado sería que lo otro no estallara por los aires. Su anfitriona no era un ejemplo de hospitalidad. El miedo regía todos los aspectos de su vida como un director de orquesta preciso y puntilloso. Sus rutinas eran un lenitivo, la previsión de cada uno de sus movimientos y acciones le proporcionaba un piso fuerte y seguro donde apoyar su frágil estado mental. La complejidad de su esquema de personalidad la convertía en un ser fascinante para cualquier psiquiatra y en un arma cargada para el resto de los mortales. Era arrogante y soberbia, dura e inflexible y al tiempo muy vulnerable. El terror estaba entretejido en cada una de las fibras de su cuerpo y de su alma. No podía librarse de él, solo engañarlo, adormecerlo. Durante el día, programando cada una de sus actividades. Cuando caía el sol, mediante unas copas de licor exclusivo y la contemplación de sus obras de arte. Unas obras pintadas para ser observadas, diseccionadas, disfrutadas por la humanidad y que, tras pasar por las manos de Lula, estaban tan presas como ella. Ella no compraba arte: lo secuestraba. Lo encerraba tan a conciencia como su angustia la tenía prisionera en esa mansión de hormigón. En aquel lugar, su sanctasanctórum, su templo, su refugio, no entraba nadie, salvo Amalia, a limpiar. No era una muestra de afecto hacia su ama de llaves y antigua niñera; más bien lo contrario: era un gesto de desprecio. La consideraba tan poco, tan vacía, tan invisible, que intuía que sus ojos no absorberían ni un ápice de la belleza que atesoraba con avaricia escondidas en los recovecos de la casa. Ahí cumplía condena el Matisse que Carlota había intentado en vano encontrar. El Friedrich, el Picasso, el Monet, el Rusiñol, el Muñoz Degrain, el Inness. Lula no quería que la presencia de otro ser vivo manchara sus exquisitos paisajes. Que robara parte de su aire limpio y fragante. Que contaminara una belleza que era solo para ella. Para su fuga. Para su deleite onanista.

Solo un día le permitió la entrada a Armando. Pese a que ya conocía las obras, las había tocado, sentido, hasta olido, ya que las había robado él mismo, cuando penetró en aquella cueva de Alí Babá se quedó sin aliento. Sin aliento de verdad, tuvo que pensar

para respirar, maravillado ante tanta belleza. La sala estaba iluminada a la perfección con precisos haces de luz que permitían la contemplación sin brillos ni reflejos; el suelo pulido y suave de madera de secuoya, la más cara del mundo. El techo, un riquísimo artesonado del siglo XVI de valor incalculable, esquilmado de un templo castellano. Las paredes, de un gris pálido, casi imperceptible, para no distraer al espectador (a Lula). El sofá mullido que giraba trescientos sesenta grados y permitía mirar toda la sala sin levantarse. Cada elemento era el idóneo. Nada sobraba en aquel lugar. Salvo él, claro. Notaba la mirada de Lula fija en su persona, pero él, a su vez, no podía apartar los ojos de los cuadros. De las ondas espumosas de Gómez Gil, de las verdes neblinas de los bosques de Cézanne, de los cielos azul profundo de Van Gogh. No llegaba a entender qué pretendía permitiéndole la entrada en su paraíso privado. ¿Un gesto de generosidad? ¿De algo parecido a un sentimiento de gratitud amorosa?

Cuando Lula se sentó en el sofá de terciopelo verde musgo y se reclinó, con las piernas algo abiertas, lo entendió.

—Quítame las bragas.

Bebió un sorbo del dorado ron que llevaba en una copa de balón. Lo miraba a los ojos. Se subió la falda plisada color crema hasta descubrir sus rodillas. Él miró al frente. Odiaba ser todavía tan ingenuo. Crueldad. Sometimiento. Por eso lo había llevado allí. No a hacer el amor. Si se la follaba, si la penetraba sobre ese sofá, podría echar un ojo a las joyas que le rodeaban. Si sumergía la cabeza entre sus muslos no. Arrodilló sus casi dos metros entre sus tacones de diez centímetros. Lula le puso la copa en los labios. Él bebió un buen trago, calentándose la garganta. Deslizó las manos por los muslos blancos como el alabastro y casi igual de duros. La carne de Lula no parecía mortal, y menos aún femenina. La reconfortante blandura del cuerpo de las mujeres, sus pliegues y hoyos, su morbidez suntuosa que permitía amasar, hundir, apretar no existía en ella. Era lisa y fibrosa. Pétrea. Con la punta de los dedos agarró el elástico de las bragas de etéreo encaje, clavó la mirada en la negritud de los ojos rasgados de ella. Con un movimiento preciso rasgó la tela. Tirando de la parte central de la prenda, ya húmeda, la despojó de impedimentos. Un leve gemido salió de la garganta de Lula. Separó aún más los muslos, dejando su

sexo ofrecido, sus pliegues expandidos; el rojo oscuro de su clítoris pugnaba en pigmento con el carmín de la puesta de sol de Monet. Armando se agachó y aspiró el siempre salvaje olor a tierra mojada, a selva, a almizcle. Su miembro se hinchó al llenarse sus fosas nasales del aroma del sexo. Comerle el coño a Lula no era en absoluto desagradable. Le excitaba. Le excitaba la relación que tenían, enfermiza, oscura. Obsesiva por parte de ella; de expiación por parte de él. Malsana por parte de ambos. Con sus largos dedos de uñas transparentes se hizo hueco en la vagina de Lula, que lo miraba como un científico estudia la imagen a través del microscopio. Tocó la rugosidad situada en la pared anterior de su vientre sacudiendo de inmediato a su dueña, como si le hubiera metido en las entrañas un cable de alta tensión. Cuando la vio perder el control sobre ella misma, comenzó a lamer ese pequeño trozo de mucosa que tanto asustaba a los hombres. Tan poderoso, tan sensitivo, tan fuerte como para haber sido perseguido desde que el mundo es mundo, odiado, extirpado, denostado, ridiculizado.

Él lo amaba. Ese trocito de carne vibrante era el único instrumento con el que dominaba a Lula. Podía verla gritar, por unos segundos, de algo que no fuera terror. Tras aquel orgasmo, el más intenso que nunca compartió con ella, jamás volvió a visitar aquella sala que él había provisto de obras maestras.

Y ahora le tocaba surtirla de una más. Aquella que, intuía, sería la perdición de todos ellos.

Esa noche, Armando y Carlota esperaban la aparición de Lula en el comedor donde la dueña de la casa cenaba cada noche, a las nueve en punto, un menú predeterminado. Con la única compañía de alguna pieza de música clásica (casi siempre impresionistas: Satie, Debussy, Falla), y servida por una Amalia que se movía con una ligereza rayana en la ingravidez. De pie, mientras escuchaban crepitar el fuego en la chimenea de hierro fundido, las palabras sobraban. La vieja moneda marcaba el ritmo de los pasos de Armando. Pulgar-índice-corazón-anular-meñique: zancada pie derecho. Meñique-anular-corazón-índice-pulgar: zancada pie izquierdo. Dejó un momento de jugar con los dedos y sirvió para ambos un brandi de los carísimos que reposaba en una camarera. Una camarera. Carlota no veía uno de esos trastos desde las películas. De 007 antiguas. Debían de estar de moda otra vez.

Amalia, *doñaAmaliaparati*, los había informado de que la señora estaba a punto de bajar. Carlota pegó un buen trago a su copa.

—No te achispes.

—¿De verdad has dicho «achispes»? —espetó mirando a Armando con incredulidad—. Este rollo años setenta te está abduciendo.

—Pues no te cojas un pedo, no te amoñes, no te emborraches. Como quieras, pero permanece sobria.

Carlota levantó el culo del reposabrazos del Chester de cuero que había cerca del fuego, agarró la botella redonda de cristal tallado y se escanció más brandi en la copa.

—Hace falta más que un dedo de coñac para achisparme. Pero tú ya lo sabes, ¿no? Ni en nuestras noches más locas nos hemos agarrado un buen pedo. Bueno, sí; en la que acabamos follando.

Armando puso la cara de «no me haces ni puta gracia» que tanto conocía Carlota.

—Ya hemos tocado este tema. Una señorita no habla de sus escarceos sexuales.

—No soy una señorita, ni tú eres el señor Darcy. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Me pasa que no estamos de fin de semana en una casita rural con colegas. Estamos trabajando, y te agradecería que no comentases nuestras intimidades.

—Tu amiga la loca no sabe que nos hemos enrollado, ¿no?

Armando fue hacia ella. Pegó su estatura a su enanez y le habló bajito y con mala hostia:

—Ni mi amiga ni la loca. Tú y yo follamos un día. Punto. Y a la tía que te tiene cogida por las pelotas le interesa una mierda tu vida sexual. Así que calladita y a todo que sí. Te estás jugando algo más que la cárcel, no sé si me entiendes.

Ella tragó saliva. Desde luego.

—Desde luego.

«Y mejor que tú mismo», pensó. Y no pudo pensar más, porque, al más puro estilo de Hollywood, hizo su entrada Lula. Bajando por las escaleras voladas con elegancia, vestida con un impecable sastre negro, la palidez de su piel parecía reflejar la luz, como si un foco la siguiera por la escena. Uñas rojo oscuro, a juego con sus labios. Taconazos que manejaba con soltura. Carlota se echó un vistazo

mental. Al lado de aquella mujer siempre se sentía desaliñada y vulgar, y eso que se había puesto el vaquero de Armani y la camisa de seda blanca de Prada que habían comprado en Florencia. Se metió un rizo mandarina tras la oreja, en un vano intento de que su pelo pareciera tan pulido como la melena de nutria de su captora.

—Buenas noches.

La voz grave penetró en la atmósfera cargada de la noche como la hoja afilada de una navaja en un lienzo. Rasgándolo sin problemas.

—Supongo que os habréis instalado con comodidad en vuestras habitaciones. Armando, si necesitas cualquier cosa, pídeselo a Carlota. Creo que se conoce la casa al dedillo. Sobre todo la bodega. —La miró directamente, sin atisbo de sonrisa—. ¿No es así?

—Sí; hasta tengo copia de la llave, por si pierdes la tuya, te digo.

Se hizo un silencio incómodo. Por lo visto, a Lula no le gustaban las bromitas, a no ser que las hiciera ella. Armando sentenció con voz amable pero firme:

—Vamos a pasar aquí unos días, y se nos van a hacer muy largos si no nos dejamos de lanzar pullas. Si os parece, centrémonos en lo que nos ha traído a esta casa.

Carlota apuró su brandi.

—Por mí, guay.

Lula enarcó una ceja, con desprecio.

—¿No la habías enseñado a hablar?

Carlota resopló. Armando, galante, alargó la mano hacia Lula, que ya había llegado hasta el comedor de modo majestuoso.

—¿Cenamos? Me muero de hambre.

—Sí; además, si no, a nuestra anfitriona se le pasa la hora —añadió Carlota.

Armando retiró la silla a Lula, que se sentó frente a la chimenea, en el centro del lado largo de la mesa de madera y acero estilo industrial, su sitio de siempre.

—¿Te resultan graciosas mis peculiaridades? —preguntó Lula.

—Tanto como a ti mi manera de hablar.

—¿Hemos pasado al tuteo?

Le dieron ganas de decirle que se había ganado el derecho al tuteo hacía mucho, pero prefirió seguir tirando de ironía en vez de sinceridad.

—Creo yo que después de robarte ya tenemos confianza, ¿no? —respondió Carlota acomodándose en su silla, con el fuego del hogar a su espalda.

Armando se sentó en la cabecera, en medio de ambas. Por si tenía que parar alguna flecha.

—No sé si confianza es la palabra. El que me hayas robado me hace harto complicado confiar en ti. Pero, como dice Armando, no estamos aquí para intimar, sino para que tú me consigas lo que yo quiero.

—Cómo negarme.

—Exacto; no puedes. Así que no te confundas. Me resulta extremadamente desagradable tenerte en mi casa, pero me gusta vigilar mis inversiones. No eres mi invitada, eres mi empleada. Te prepararás como te indique Armando, y él me dará informes de tus progresos. Y una vez terminado el trabajo, desaparecerás de mi vida sin hacer ruido. ¿Te queda claro?

—Clarísimo, solo una pregunta: ¿he de hacer todo todo lo que me indique Armando? Bueno, tú ya le conoces… Es insaciable.

Lula trató de no mover un solo músculo de la cara, pero Carlota la escuchaba bullir en su interior. Gloglogloglo… Le faltaba echar humo. Armando se colocó la servilleta con parsimonia y resopló bajito.

—Así me gusta, Carlota. Que me escuches cuando hablo.

Amalia surgió de la nada con una sopera en las manos, de manera providencial. Se acercó a ellos y lanzó a la molesta invitada una mirada de advertencia. Al parecer, su presencia resultaba molesta a más de una persona en esa casa detenida en el tiempo. La delicada y sedosa crema de verduras humeó al levantar la tapa de porcelana. Mientras Amalia llenaba los platos, Armando se devanaba los sesos para sacar un tema que no desembocara en tormenta. La lengua de su aprendiza lo obligaría a usar la suya con precisión, en esa cena y, luego, en la intimidad con Lula. De repente, se sintió muy cansado, como un náufrago que no encuentra fuerzas ni motivo para seguir agitando los brazos en señal de auxilio. Tenía la certeza de que nunca nadie vendría a sacarlo de aquella isla llamada soledad.

A la mañana siguiente, muy temprano, mientras desayunaba a solas

en el soleado *office* de la cocina (con la cenita de la noche anterior había tenido ración de Lula como para varios milenios), Carlota recibió un mensaje de Armando. «En el gimnasio en quince minutos». Los pasos con sordina de Amalia hicieron acto de presencia. Cerró la puerta de hierro negro y cristal listado que confería un toque aún más añejo a la estancia y se acercó a Carlota, que engullía la miga de un *croissant* de mantequilla.

—Así no se come.

Carlota la miró de hito en hito, bollo destripado en mano. Sin apostillar, lo depositó en el plato y partió el cuerno, dándole un mordisco adecuado. Enarcó las cejas como diciendo «¿Así está bien?». Bebió un trago de zumo mientras el ama de llaves le daba instrucciones.

—Tiene ropa en su habitación. Póngasela y reúnase con Armando.

—¿Ropa? ¿Qué ropa?

—Adecuada —respondió escueta la mujer. Luego desapareció por la misma puerta por la que había entrado, hacia la cocina, donde la cocinera cocía, picaba y asaba, dando a la casa el necesario aroma a hogar que la asepsia de la dueña se encargaba de anular.

Carlota recogió su taza y su plato, los colocó en la pila y se dirigió a su cuarto. La casa estaba entregada a su aseo diario, con empleadas perfectamente uniformadas que limpiaban en un silencio casi irreal. Movían sillones y mesas ayudándose unas a otras para no arrastrarlos; sacudían las alfombras en el exterior a varios metros de la casa; depositaban con sumo cuidado los baldes de agua y demás utensilios. A esas horas, su patrona revisaba el correo, hablaba con sus gestores, administraba sus cuantiosos bienes en el despacho, justo después de su ritual mañanero: ejercicio, ducha, desayuno. Antes de torcer por el pasillo hacia el ala que la llevaría a su habitación, Carlota se detuvo en el rellano, contemplando la puerta cerrada tras la que imaginaba a Lula. Sus ojos grises se oscurecieron, a juego con sus pensamientos. Hora de entrenar. Entrenar para acabar con ella.

Vestida con un escueto pantalón corto negro, ajustado a sus redondeces apretadas y mínimas, y una camiseta de tirantes del

mismo color, Carlota sudaba la gota gorda. El sol que se colaba por los amplios ventanales del gimnasio, y que antes de empezar a entrenar le pareció gloria bendita, ahora la hería con sus rayos de dagas al rojo vivo. Armando la tenía trabajando cada músculo del cuerpo como si fuera a enfrentarse a un peso pesado en el cuadrilátero. Por suerte, tenía ya callo; el haber pasado la vida a modo de yincana la había mantenido en forma, a su pesar. Pero al gimnasio, lo que se dice al gimnasio, como que poco. Si lograba ahorrar algo, prefería pagar el alquiler. Era menos cansado y, desde luego, más rentable que contonearse en licras fosforescentes a ritmo del *Despacito* o cualquier otra gilipollez sonora.

—Vamos a por la quinta serie. Venga, solo quedan tres. Esto está hecho.

Era el octavo Tabata de la mañana, y solo llevaban una hora. Veinte segundos de zancadas, diez de descanso. Ocho repeticiones. El infierno.

—¿«Solo»? Esto estará hecho para ti, no te jode. Soy yo la que está echando las tripas por la boca.

—Calla. ¡Tiempo!

Carlota lo fulminó con la mirada, pero allá que lanzó la pierna derecha, flexionándola junto con la izquierda, pie apoyado. La rodilla casi tocaba el suelo, los muslos le ardían, el culo la estaba matando. Pero, como le había explicado su entrenador eventual, para descender por la fachada del museo debía ser ágil, flexible y fuerte. Lo suficientemente fuerte como para poder sostener su propio peso. Lo suficientemente ligera como para soportarlo. Armando sabía de lo que hablaba, puesto que había sido cocinero antes que fraile. Carlota aún ignoraba los detalles del plan, pero intuía que esa mañana Lula no se limitaba a poner firmes a sus administradores, sino que estaba tirando de agenda para averiguar qué empresa se hacía cargo del mantenimiento del *software* que tenía el sistema de seguridad del Thyssen. Eso le había pedido Armando la noche anterior en la agradabilísima cena de la que disfrutaron los tres. ¿Para qué? Ni puta idea. Por ahora, su curro era recuperar el resuello entre serie y serie.

Tres horas después, Carlota se sumergía en la piscina cubierta de Lula Quirós. Quince metros de largo por cuatro de ancho; madera de teca en el suelo, chorros de presión, *jacuzzi* en uno de los

extremos y una agradable luz que daba a la zona apariencia de *spa* cálido y acogedor. «Como el baño de mi piso de Parla, pero sin desconchones y sin moho en las juntas», pensaba mientras dejaba que la presión del agua masajease sus machacados músculos. No sabía si lograría robar el puñetero *Arroyo Brème*, pero si sobrevivía podría dedicarse a la lucha libre. Mientras sentía la agradable sensación del agua tibia agitando su cuerpo, otro más alto y menos dolorido que el de ella llamó su atención. La figura de Armando enfundado en un bañador negro que dibujaba sus estrechas caderas y dejaba al aire sus largas piernas. Caminaba hacia la piscina con pasos elásticos. Al llegar al borde, se lanzó al agua de cabeza, rasgando la superficie limpiamente. En unas cuantas brazadas que le hicieron deslizarse sin aparente esfuerzo hasta ella, se puso a su vera. Su cabeza emergió. En sus largas pestañas quedaron atrapadas gotitas de agua, dándole apariencia de llevar rímel. Su corta barba, mojada, brillaba bajo la agradable luz de los focos subacuáticos. Una punzada agarró el bajo vientre de Carlota. A su pesar, estaba enganchada a quien no debía. Al esbirro de su némesis. El que él apoyara sus brazos morenos en el borde de la piscina y se tendiera, laxo, a merced de los chorros calientes no ayudó precisamente a disminuir la pulsión amorosa-sexual.

—¿Estás bien?

Carlota enrojeció. Mierda. En disimulo, cero. Menuda ratera.

—¿Cómo? —balbuceó.

—Que si te encuentras bien después de la paliza.

—Bien machacada.

—Es lo que toca.

—¿Lo que toca para qué? ¿Cómo lo vamos a hacer?

Armando impulsó con facilidad su largo cuerpo fuera del agua y sus muslos pasaron muy cerca de la cara de Carlota, para su mayor turbación. Mientras se secaba con una gruesa toalla de algodón blanco impoluto, le respondió:

—Como yo diga, básicamente. Tú por ahora preocúpate de ponerte fuerte, ágil y elástica. De eso depende el éxito del robo y, sobre todo, de tu integridad física.

Carlota salió cabreada del *jacuzzi* por las escaleras labradas. El pelo se le pegaba a la cabeza y el bañador rojo de nadadora resaltaba su figura menuda y sinuosa. Los pies mojados resonaron

en el recinto, silencioso y místico, como un templo. Agarró su albornoz, dos tallas más grande que ella y, mientras se frotaba enérgicamente la piel lechosa, le habló con contundencia:

—No. Me niego. Quiero detalles, quiero saber cómo narices vamos a poder pasearnos como Pedro por su casa por un museo que parece tener una cámara, un sensor y una mierda de esas de seguridad cada dos milímetros. ¡Vamos, no! ¡Voy! Voy a ser yo la que se juegue el tipo por el capricho de esta enferma.

Él la miró con su sonrisa burlona.

—Te lo enseñaré todo cuando te vistas.

Paradójicamente, esa frase la puso la mar de cachonda.

A la pareja de ladrones se le había habilitado como sala de trabajo uno de los dormitorios de la planta superior, que incluía un estudio amplio y luminoso. Dicha estancia estaba exactamente en la otra punta de donde se encontraban las habitaciones de la señora de la casa (su dormitorio, baño, vestidor y despacho). ¿Para qué tenía la jodida friki agorafóbica todas las habitaciones de su casa decoradas y listas para ser ocupadas si nunca dormía nadie más que ella en esa casa? «Cosas de ricos», decía Armando. «Una soplapollez», en boca de Carlota. Rodeados de la suave luz de la mañana que se filtraba por entre los árboles y envueltos en el dulzón aroma de las hojas que comenzaban a caer y a descomponerse en el decadente otoño, ambos se inclinaban sobre la mesa de madera en la que reposaba el ordenador. La pantalla del Mac ahora solo mostraba la página de inicio de Google. Armando habló serio a su alumna:

—Te voy a pedir algo y me tienes que jurar que vas a cumplir.

Carlota se le arrimó chocando su hombro derecho contra el izquierdo de él, pícara.

—Ya sabes tú que soy muy obediente…

Armando exhaló un breve suspiro. Esa ladrona de extrarradio lograba tocarle la moral más que el Ministerio de Hacienda. Le lanzó una mirada de advertencia y muy despacio comenzó a deslizar los dedos por el teclado con habilidad, emitiendo ese sonido de gotas de lluvia mansa repiqueteando. Tap, tap, tap.

—Como vimos, el museo posee uno de los mejores sistemas de seguridad del mundo.

Mientras hablaba, Armando iba abriendo planos del Thyssen que Carlota no había visto nunca ni imaginaba que tuvieran en su

poder. Planos en tres dimensiones de un realismo asombroso. Con un simple movimiento de ratón estaban adentrándose en los recovecos de una de las pinacotecas más famosas y hermosas del mundo. Ella trataba de agarrar cada detalle y fijarlo en el fondo de su cerebro.

—El robo en sí, coger el lienzo, no es lo más complicado. Hasta llegar a ese punto, habrá que entrar, recorrer las salas, moverse por todo el recinto y, después, salir. Todo esto sin que salten las alarmas.

—¿Cómo has conseguido esto? —dijo Carlota tocando con la punta del dedo corazón la pantalla.

—Eso ya lo hemos hablado, ¿no? Todo se puede conseguir si tienes el dinero suficiente y sabes a quién dárselo.

—Lula tiene el dinero y tú, los contactos.

—Más o menos. Tampoco es que ella ande escasa de agenda. Lo que no hace es mancharse las manos. Ya no hace falta callejear por los bajos fondos en busca de un arma o de algún objeto de deseo criminal. Solo hace falta teclear.

—Teclear para conseguir estos planos.

Armando asintió.

—Y algo más.

En la pantalla apareció una imagen del sistema de alarmas. Todo partía de un ordenador central, que al parecer controlaba desde los detectores de humo hasta los sensores de movimiento de cada cuadro. Cada llamada que hacían los operarios del museo, ya fuera desde el fijo o el móvil, pasaba por la centralita integrada al sistema. Lo que Carlota veía, según Armando hablaba, era un esquema de líneas rojas, azules y negras que se abría como las ramas de un árbol y llegaba hasta la misma puerta de los baños del museo. Un laberinto que no veía cómo podrían atravesar.

—Reventando el *software,* Carlota. Introduciremos un virus en el programa que hará que controlemos el sistema durante un tiempo. Meteremos un parche de *software* en el propio sistema.

—¿Haremos que las cosas dejen de funcionar y robaremos mientras tanto? ¿Para eso le pedías información acerca de la empresa de seguridad a Lula?

—Exacto.

Carlota se levantó, pensando. Se enrolló un mechón de pelo

entre los dedos. Armando contempló su silueta recortándose contra la luz que se filtraba a través de los frondosos tilos, aún vestidos con sus acorazonadas hojas. La morbosa relación que mantenía con Lula nunca podría despertarle sensaciones ni parecidas a las que despertaba en él esa mujer reducida a la mínima expresión que era su alumna. Habló sin mirarla, por suerte, porque el ladrón tenía la certeza de que la expresión de su rostro revelaría como un espejo sus pensamientos. Y no deseaba en absoluto que Carlota supiera que tenía algún tipo de poder sobre él.

—¿Cómo meteremos ese parche? Perdona, ya sé que tú eres un *crack* informático, pero a mí todo esto me suena a chino.

Carlota se giró con interrogación en su rostro. Armando le hizo un gesto con la cabeza para que volviera a su lado. Ella, diligente, obedeció. Se pegó a él, en las cómodas sillas redondeadas que se habían comprado ex profeso. El familiar aroma a madera que expelía la piel del hombre encendía la corriente que se establecía entre ambos sin necesidad de tocarse. Carlota se sentó sobre la pierna derecha doblada hacia atrás, dejando caer la izquierda. Armando notó con ternura que su dedo gordo apenas rozaba el suelo.

—Aprovechando el momento en el que haya que hacer una actualización del *software* del sistema de alarmas, meteremos el virus. El sistema que tiene el museo se denomina *machine to machine*, M2M. La alarma está conectada por datos al servidor en la nube del fabricante del *software* de dichas alarmas. ¿Me sigues?

—Perfectamente.

Las pestañas rubias de Carlota parecían transparentes al sol, delgados hilos de tela de araña. Al posar sus ojos en los de Armando, este comprobó que entendía lo que le contaba.

—Crearemos una puerta trasera en esos sistemas, adelantando la actualización para cuando nos interese.

—Y este parche, este *software*, estas puertecillas traseras y tal ¿de dónde las vamos a sacar?

—De Tor.

Carlota puso cara de cómica sorpresa.

—No me jodas que somos cómplices del dios del trueno.

—Estoy hablando de la red oscura. La *darknet*. La web profunda. ¿Te suena de algo?

—Entre tú y yo, me suena a peli porno.

Armando enarcó las cejas, esbozando una sonrisa.

—De amigo a amigo, pensar tanto en el sexo denota falta de él.

—Un buen amigo solucionaría eso.

Armando sonrió, moviendo la cabeza.

—¿Ya no estás enfadada?

—Siempre estaré enfadada por lo que me hiciste —espetó ella, grave—. Pero me gustas a pesar de todo. Me jode, pero no puedo evitarlo. Siempre he sido una pringada.

Estaban tan juntos que el aliento de él acariciaba el fino cabello de niña de ella. La nariz recta, perfecta, de Armando quedaba a un par de centímetros de la respingona de Carlota. Se quedaron paralizados, intuyendo que esa distancia era a lo más cerca que podían llegar sin meterse en jardines. Disfrutando a su pesar de ese frustrante encuentro. La mano de ella inició un movimiento tan leve y tan lento que apenas podía llamarse tal. Cuando estaba a punto de rozar los dedos de Armando, algo la detuvo.

—La señora está a punto de acabar sus baños de sol. Le espera en el invernadero dentro de quince minutos.

El celeste de los ojos de Amalia parecía haberse tornado hielo. Miraba tan fijamente a Carlota que Armando temió que la convirtiese en un iceberg. Se levantó. Sabía que la cita era para él.

—Gracias, Amalia. Otro día seguiremos con la clase acerca de dónde no meterte en internet. Come ya, a las cuatro te espero en el gimnasio y más te vale haber hecho la digestión.

Salió, tras cerrar los ordenadores. Carlota siguió sentada, queriendo hacerse invisible al ama de llaves. No lo consiguió, claro. El esquelético cuerpo de la mujer se acercó a ella y pegó su boca de labios arrugados y dientes blanquísimos y perfectos a su oreja.

—Cuidado, niña. O cometerás el mayor error de tu vida.

Sin más, la figura pulcramente vestida de negro salió de la estancia como había hecho Armando. Carlota tragó saliva. Si eso no era una amenaza, que bajara Dios y lo viese.

## *1994*

*La maleta que había hecho con tanta ilusión iba a servir para un fin bien distinto al original. Milagros revisaba las escasas pertenencias para asegurarse de que no se llevaba nada que no fuera suyo. A saber dónde había escondido algunas de las pertenencias de los Quirós que no habían aparecido. Con pena, miró a la niña. Temblaba. De miedo, de estupor. Parecía lavada, desvaída, como pasada por un baño de talco. Hasta sus pálidos y cortos cabellos rubios colgaban de su cabeza como espaguetis pasados de cocción. Tras el grueso cristal de sus gafas se le achicaban los ojos. La profesora la compadecía. Iba a pasar de la perspectiva de vivir una vida de lujos al lado de un matrimonio ansioso por repartir amor y mimos a ser expulsada del único hogar que había conocido, marcada con el estigma de ser violenta y ladrona. El centro donde la trasladaban no era ni por asomo tan acogedor como en el que se había criado. Allí llevaban los casos más difíciles, las criaturas más conflictivas. Milagros, pese a lo aberrante del comportamiento de la niña, temía por ella. No le iba a resultar fácil el cambio. Ni los cuidadores, ni los profesores y, menos aún, los internos eran el tipo de gente a la que estaba acostumbrada. No estaba preparada para el ambiente hostil al que se iba a enfrentar.*

*Pero lo que había hecho… Algo debía de andar mal en la cabeza de esa criatura. Los había engañado a todos con su cara de sonrisa inocente. Más que trasladarla de centro lo que debía hacer el sistema era analizar el porqué de esa maldad. Maldad encubierta bajo una apariencia frágil y dócil.*

*—¿Por qué lo hiciste, hija?*

*La señorita Milagros dejó abierta la maleta, cesó el movimiento, para mirar a la cría. Esta levantó levemente la barbilla. Musitaba.*

*—Me quiero ir con mis papás.*

*A la profesora se le rompía el corazón. Era obvio que aquella niña tenía problemas más profundos que sus ataques de ira. Negaba la realidad. Experimentaba una suerte de desdoblamiento de personalidad. Creía en serio que nada había sucedido, que, tras robar a sus futuros padres adoptivos y apalear brutalmente a su amiga, la vida seguía su curso, inalterable. ¿Cómo culparla? Su primera infancia malvivió junto a una miserable que se prostituía sin reparar siquiera en que su niña se enteraba de todo. La cría sabía preparar dosis de jaco con sus manitas de cinco años, aunque aún no sabía atarse los zapatos.*

*Al fin, la policía la había rescatado de ese infierno por casualidad, por un tumulto en el piso de al lado del que ocupaban. La encontraron jugando entre sus propias heces, en los huesos, malnutrida, peinando los cuatro pelos grasientos que le quedaban a su madre, que pasaba su enésimo mono, o sobredosis, a saber, tirada en el suelo, tiritando, babeando como un perro rabioso. A los cinco años, la memoria autobiográfica es ya un hecho en los niños.*

*La pequeña lo recordaba todo. Como recordaría el resto de su vida que había perdido la oportunidad de ser rica y amada. Milagros cerró la maleta.*

*Ese chasquido fue el inicio de la pesadilla.*

# 10

Los días siguientes en Villa Agorafobia fueron tan rutinarios para Carlota como para su anfitriona. Así como Lula organizaba sus horas de modo milimétrico y cualquier alteración podía sumirla en el pánico absoluto, Armando había organizado las horas de su alumna. Hubo un pequeño momento de crisis cuando repasaron el punto de hacerse con el cuadro. Resultaba que Carlota era demasiado bajita para poder manipular el cristal que protegía la tela. No llegaba. Se solucionó de la manera más simple: subiéndose a una silla. La de los vigilantes del museo serviría. Pero debía fortalecer los brazos para manipular un cristal de enormes dimensiones y varios kilos a pulso. Y no eran lo único que tenía que fortalecer. Carlota debía convertirse en una atleta. Entrenamientos espartanos y extenuantes, insistiendo en el *core*, la región abdominal y la parte baja de la espalda, sin olvidar las piernas. Cuando el cuerpo de la ladrona se hubo convertido a base de mucho esfuerzo y sudor en una masa musculada y fibrosa, comenzó la fase de escalada. Ver a un tiparraco de casi dos metros alzarse por la pared que habían instalado en el gimnasio como si fuera una araña patuda y ligera había creado en ella falsas expectativas acerca de la facilidad de la empresa. Una cosa era ascender hasta su piso de Parla ayudada por las rejas y alfeizares de las ventanas, apoyándose en los surcos entre los ladrillos. Pero una pared lisa, con pocos puntos de apoyo, era otro cantar. Mover el cuerpo tirando de músculos y de flexibilidad no era tan sencillo como parecía. No era solo cuestión de fuerza. Era cuestión de equilibrio, de valentía, de concentración. Armando le mostraba cómo blocar, cómo ascender sin los materiales convencionales de escalada. Subía por el muro sin usar las piernas, soltando a veces ambas manos a la vez, con movimientos explosivos y precisos. Era como ver a un mono en la selva. Bocarriba, bocabajo, asiendo con los dedos a modo de garfios

las protuberancias de diversos tamaños dispuestas por la pared de escalada, usando los pies descalzos como dos manos más, palpando, acariciando, amando cada rendija que habría de salvarle la vida llegado el momento.

Carlota empezó vistiendo un arnés de seguridad. Pronto le pareció un cilicio. Cada vez que perdía pie, o le fallaba la fuerza en las manos o resbalaba por la pared al no encontrar la rendija justa, se precipitaba al vacío un par de metros, hasta que Armando bloqueaba su cuerda, deteniendo el desplome. El tirón se le clavaba dolorosamente en las ingles, en los glúteos; el impacto seco de la frenada le rebotaba en la caja torácica, en la garganta. Empezaba a sopesar si no sería mejor caer contra el suelo protegido por gruesas colchonetas.

Semanas después descubrió que no. Cuando Carlota comenzó a coger soltura en la escalada en bloque, Armando la despojó del arnés y de la seguridad de esa maravillosa cuerda de poliéster. El día del robo usarían algún fisurero, pero debían prepararse para la posibilidad de tener que ascender sin empotrador alguno. Así que la escaladora novata probó en sus carnes y huesos lo blandas que eran las colchonetas. Entre poco y nada. Cada caída provocaba una reacción en cadena en su cuello, su espalda, sus mandíbulas. Pese a que Armando cuidó con esmero los tendones de sus manos y antebrazos, en hacerla descansar lo necesario para que no se rompiera, en darle un respiro, las largas jornadas de entrenamiento iban pasando factura a Carlota. Tenía las manos amoratadas, agarrotadas. Cada una de sus articulaciones le dolía, cada día estaba más flaca. A Armando se le encogía el corazón viendo cómo su cómplice forzada iba rompiéndose el cuerpo.

Todo lo contrario le sucedía a Lula. Su rutina incluía contemplar la vida desde la atalaya de su despacho. Las cámaras instaladas por toda la propiedad le proporcionaban las imágenes que dejaban satisfechos su ansia de control y su voyerismo sobrevenido por la agorafobia. La caída de las hojas de los arces de su jardín; las severas regañinas de Amalia a las criadas cuando se salían un milímetro de las órdenes que les había recitado; la cancela de la entrada, vigilada en las rondas del gigante mudo, Jaime. Pero ahora un color diferente daba vida a su desgastado lienzo. Carlota. Un hámster que movía las patitas sin cesar para correr por la rueda que

ella le había colocado. Un pez naranja nadando en las aguas de una pecera llena de dolor y agotamiento. Sin poder escapar. Teniendo que girar una y otra vez al darse cuenta de que la libertad no era tal, que cuando estaba a punto de atraparla chocaba contra un muro invisible. El muro de sus deseos, del absurdo capricho de verla jugarse el cuello robando en un museo inviolable. Le gustaba que alguien se sintiera como ella. En una cárcel de aire.

Techo. Blanco, liso, perfecto. Ni una grieta. Pared. Blanca, lisa, impoluta. Un grabado con un retorcido fresno, de ramas imponentes. ¿Rembrandt? Velador. Narcisos en un jarrón de cristal verde.

Una y otra vez, los ojos de Carlota, semicerrados por el agotamiento y el dolor, recorrían lo que alcanzaban a ver sin mover ni un músculo, tendida bocarriba en su cama. Pesada, lentamente, desgranaba los detalles que adornaban el dormitorio. Armando había tenido que llevarla en brazos del baño al lecho. Las extremidades le temblaban tanto que no podía ni lavarse el cabello. Él se lo enjuagó, la secó con una gruesa toalla blanca, le cepilló los hilos de seda rojo pálido que al contacto con el agua se volvían más oscuros, la tapó. Luego la dejó sola. Carlota susurró un «gracias». O eso creyó. No pudo despegar los labios para hablar. Cayó en un duermevela doliente. No lograba dormir bocarriba, pero no soportaba el dolor de ponerse de lado.

Tras un tiempo indeterminado, una mano fresca se posó en su frente, proporcionándole un extraño alivio. Retiró con cuidado las sábanas para cogerle los brazos y llegar hasta las manos, que permanecían con la forma de esos llamadores de puerta de metal, una mano semicerrada, agarrotada como si aún asiese un saliente para no precipitarse al vacío. Al tener la vista nublada escuchaba los sonidos con suma brillantez. Se estaba desenroscando un bote. El olor a mentol, a medicina. Armando manipulaba sus dedos con cuidado, para extender sobre ellos y sobre sus palmas una crema fresca y untuosa. Carlota gimió. El más leve roce la atormentaba con mil aguijones.

—Shhh. Tranquila. Esto te aliviará.

Abrió los ojos. No era Armando. Era Amalia. Doña Amalia para ti. Le aplicaba la pomada con mimo en sus dedos blancos y finos, ahora una suerte de racimo de salchichas macilentas. Amalia…

Intentó dejar blandas las articulaciones para permitirle masajearlas. Lo hacía con tiento y sabiduría, la de alguien acostumbrado a lamer heridas. Hacía tanto que no sentía que alguien la cuidaba.

Desde aquellos días de hospital. Sola, asustada, sintiendo arder sus entrañas, que imaginaba como un amasijo furioso de tejido en carne viva y putrefacta, ahora vacía, yerma para siempre. Tirada en un pasillo. Una niña que nunca tendría niños. Una niña sin madre, sin nadie que en esos momentos de terror y sufrimiento aliviara con palabras de cariño el dolor que ella misma se había provocado presa de la desesperación, de la vergüenza, de la soledad. Las lágrimas brotaban de los ojos claros sin que el parpadeo las contuviera. Manaban libres, río abajo, hasta resbalar por su delicado cuello, hasta remansar en su clavícula adolescente. Quiso secárselas con el viejo pañuelo que había agarrado durante el aborto, tan fino por el sobeteo que el hilo se había vuelto seda suave y resbaladiza. Se deslizó entre sus dedos trémulos, sin fuerza. Carlota intentó moverse, agacharse de la camilla en la que la habían olvidado, en mitad de la indiferente cotidianeidad de urgencias. No podía perder eso. Lo único que le recordaba que tuvo una madre a la que quiso, una madre que quiso más a la droga que a ella, pero es que esa batalla era harto desigual. Un caballo tan poderoso no puede ser domado por una mujer devorada por sí misma. Carlota, angustiada, trataba de dominar su cuerpo tembloroso, helado por la infección que la recorría, exiguo de sangre, para alcanzar el suelo y el pañuelo. Lo veía allí lejos, presto a ser pisoteado, pateado, alejado de ella.

Una mano femenina lo rescató. Con lentitud algo desesperante, lo alzó mientras lo examinaba con atención. Luego miró al guiñapo humano que lloriqueaba en la camilla. No hacía falta preguntar si era suyo. La manita demandante extendida hacia ella lo corroboraba. Con él, limpió el sudor de la frente de la niña. Posó su mano fría en sus mejillas. Miró la historia colgada a los pies de la improvisada cama, luego a los ojos de la chiquilla delirante de dolor y culpa. Susurró su nombre y le agarró las manos.

Solo ella, esa mujer, le dedicó un instante de cariño en los días que pasó en aquel lugar de dolor y muerte.

Las dos Carlotas se durmieron.

La mesa, exquisitamente puesta, bailaba a la luz de las velas.

Armando y Lula brindaban a solas por el deseado éxito de la misión cuando el instrumento que propiciaría tal éxito se unió a ellos. El vestido de tirantes blanco que llevaba puesto dejaba al aire unos brazos delgados y carentes de grasa, plenos de músculos alargados y flexibles. La delicada tela marcaba el cambio que había experimentado el cuerpo de Carlota, antes redondo y sensual. Hasta los pechos habían empequeñecido. Los músculos se habían comido todo atisbo de grasa. Siempre había sido pequeña. Ahora era mínima. Una mujer en un cuerpo de niña gimnasta. El pelo le había crecido y las ondas ambarinas le llegaban por debajo de los hombros.

Lula experimentó el síndrome de la madrastra de Blancanieves y estuvo a punto de correr frente a un espejo para preguntarle quién era la más bonita del reino. Armando se levantó para retirarle una silla a su alumna galantemente. Él, desde luego, echaba de menos a la Carlota mullida y tierna de antes. Pero para Lula el cuerpo humano era un instrumento que debía moldearse a golpe de cincel. Hacerlo duro, delgado. Indestructible. Y, en esos momentos, la ladrona invitada lo parecía. Desabrida, retiró los ojos negros de la recién aparecida y bebió un sorbo de vino.

—Cuánto honor. Lástima que nunca recuerdes a qué hora se cena en mi casa.

—Ni tú los modales. ¿No te enseñaron que preguntar a un enfermo cómo está es de buena educación?

Lula apretó sus finos labios de carmín mate con fuerza.

—No hay que confundir pereza con enfermedad. Llevas tres días en la cama y esto, te recuerdo, no es un *spa*. No has venido aquí a pasar unas vacaciones, sino a trabajar.

Armando sirvió vino a Carlota. Replicó a Lula:

—Justo porque no para de trabajar ha pasado tres días en cama.

—No conocía esa faceta tuya de defensor de damiselas en apuros —saltó Lula con mal disimulada contrariedad. Su sonrisa cínica no llegó a sus ojos maquillados.

—A mí no hace falta que me defienda nadie —dijo Carlota tras beber un sorbo de vino—. Pero tu perrito faldero tiene razón, Lula. Por tu fantasía de robar en el Thyssen me estoy convirtiendo en la jodida Lara Croft.

—Deberías darme las gracias. Te sobraban unos kilos.

—Cada una tenemos nuestros defectillos. Yo, la celulitis. Tú, que estás como una puta cabra y no puedes ni salir a la puerta de la calle. Ya ves.

El silencio se posó en el comedor como un buitre que se posa al lado de su carroña. Esperando a meter el primer picotazo al trozo más blando. Lula retorció la servilleta entre las manos bajo la mesa, tratando de no mostrar emoción ninguna. Pero su voz sí delató su contrariedad. Sonó algo más aguda que de costumbre.

—Se acabó. Échala de aquí —le dijo a Armando.

A Carlota se le fue toda la sangre del cuerpo como si tuviera un agujero en los pies. Miró a Armando que la hizo un gesto para que se fuera.

—Vamos, Carlota. Ve a dormir. Mañana será otro día.

—No me has entendido. No la quiero aquí. —Miró a Carlota con un desprecio que rascaba la piel como lija—. Me das asco. No sé por qué, pero tu sola presencia me revuelve el estómago. Quiero que te largues, ahora.

Carlota, demudada, no lograba respirar. Había destrozado años de paciencia, de preparación. Por su lengua. Por no haber aprendido a callarse. Pensaba a toda velocidad. Armando salió al quite.

—Lula, hemos trabajado mucho.

—Has trabajado tú; yo he aguantado. Y no tengo por qué. Esta choni de cuarta me pone mala.

—Pero es buena ladrona. Ya está a punto, en nada tendrás el arroyo en…

—Muy bien, Lula.

La voz de Carlota, serena, quedó flotando en el aire espeso. Lula se volvió hacia ella. La miró con soberbia y elevó una de sus cejas depiladas exagerando el arco que dibujaban. Estaba esperando más. Carlota se levantó.

—Lo siento, tienes razón. Soy una choni, una paleta que no ha salido del barrio en su puta vida. Veo este casoplón y la flipo. No sé cómo coño comportarme, y la cago todo el rato. Mejor me voy.

Armando la observó, perplejo. Lula, igualmente desconcertada (esperaba más resistencia de esa arrastrada), siguió con su discurso. Pero, quizá, con un poco menos de frialdad.

—Eres una maleducada. Y una soez. No sabes la suerte que

tienes. Armando se fijó en ti y ahora duermes en una casa que en tu vida podrás comprar; hasta vistes decentemente, no como la putilla barata que eres.

Carlota entendió que debía lanzar su órdago. O despedirse de años de trabajo.

—OK, perfecto. Me piro, pero olvidamos ese asuntillo del Derain, ¿no?

Lula se rio.

—Yo nunca olvido, estúpida.

—Mira, igualita que yo. Y me he aprendido de memoria esos detalles tan curiosos acerca del Thyssen que harán flipar a los polis.

Lula apretó los labios. Armando miraba a Carlota sin acabar de creer lo que estaba haciendo. La acerada voz de la dueña de la casa amenazó a la ladrona.

—No sabes lo que estás haciendo.

—Chantajearte, como tú a mí.

Lula maquinaba diversas maneras de matar a aquella rata callejera, cuando Armando interrumpió sus pensamientos:

—Creo que tenemos que calmarnos un poco. O ninguno conseguiremos nada.

—Menos mal que hay un hombre para explicarnos la situación —gruñó Lula. Luego volvió a dirigirse a Carlota—: No tolero la ingratitud. Te he ofrecido un buen dinero por tu trabajo, te he abierto las puertas de mi hogar, te he proporcionado educación. Y me lo pagas así. No. No te quiero aquí.

Carlota se encogió de hombros, iniciando la marcha y dando la espalda a su interlocutora. Y de paso a Armando; temía que descubriera su verdadero estado: aterrada.

—Me voy. Olvídate del arroyo.

Armando le cortó el paso. Habló con contundencia:

—No; de aquí no se va nadie.

Lula se dirigió a él intentando poner un matiz de burla en su voz. Pero no lo logró.

—¿Ahora mandas tú?

Se levantó de la mesa, dejando su servilleta junto al plato. Estaba más pálida que de costumbre, mareada. Armando en dos pasos se puso frente a ella, que tuvo que elevar su barbilla para mirarlo.

—Te conozco. Cuando deseas algo no descansas hasta alcanzarlo. No hay nadie que pueda conseguir esa obra salvo que lo hagamos como teníamos planeado. Si la echas, te arrepentirás.

Lula se apartó de él, rabiosa. Armando la conocía demasiado bien. Nunca debió permitir a nadie acercarse tanto. Y tenía razón en lo que vaticinaba. Se iba a arrepentir si tiraba todo su plan al traste. Vivía sujeta a planes y horarios. De hecho, esa alteración de su rutina ya la estaba afectando. Empezaba a faltarle el aliento.

Suspiró.

—Tienes suerte de que mi amor por el arte sea mayor que mi orgullo. Vamos a seguir adelante. Pero te lo advierto: no vuelvas a cometer otro desliz o la que se arrepentirá serás tú. Te lo juro. ¡Amalia!

Se alejó de la mesa, que seguía esperando para una cena que no iba a ser disfrutada, y comenzó a andar con parsimonia hacia las puertas dobles. En realidad no era una pose elegante y afectada. Le costaba moverse. Respirar. Le torturaba modificar sus costumbres. No había cenado, eran las nueve y diez, quedaban veinte minutos para seguir con su horario. Pero no podía continuar en esa sala. En verdad había algo en esa ratera de barrio que la perturbaba. Amalia apareció, como siempre, materializándose de repente. Lula intentó hablar sin que se le notara que estaba a punto de sufrir un ataque de pánico.

—Prepárame ya la sala. Enseguida bajo.

Amalia, sorprendida, asintió sin rechistar. Al parecer, se iba a saltar la cena y su paso por la alcoba, con las consecuencias anímicas que eso le traería, pero no estaba el horno para bollos. Armando se hizo a un lado para que pasara. Lula lo miró y, sin volverse a Carlota, le dedicó la última perla.

—Y otra cosa: deja de tocar mi mercancía. Mantén las manos alejadas de todo lo que me pertenece. ¿Me he expresado con claridad?

—Sí, desde luego. No te defra…

—Cállate de una vez. Me aburres.

La Quirós se fundió con la cálida luz ámbar de la escalera y desapareció. Fuera, tras los ventanales, los perros de algún jardín lejano ladraban en la noche oscura. Daban el contrapunto campero a la viola que ejecutaba la pieza de Dvorák que se escuchaba en el

comedor. El aire de la habitación parecía pesar. La incomodidad se les había pegado a la piel como brea caliente. Todo había estado a punto de irse por el sumidero. Al fin, Armando se decidió a hablar, más que nada para dar por terminado el episodio:

—No tienes ni la más remota idea de con quién te estás jugando los cuartos.

—Te aseguro que sí.

—Lo dudo. Si pudieras siquiera imaginar lo despiadada que es Lula, tendrías la boca cerrada, robarías el arroyo de los cojones y desaparecerías rezando por no levantar ni una ligera brisa al irte.

Suspiró. Él también inició la retirada.

—Si sigues así, no voy a poder protegerte.

—No veo que me hayas protegido mucho esta noche.

—Mi vida ya es demasiado complicada.

—Mucho. Millonario, con la vida solucionada y con una amante rica encerrada en su casa. Qué pena.

—Qué sabrás tú de sufrimiento.

—Que tú te buscaste el tuyo.

Armando pareció arrepentirse y fue hacia ella en dos zancadas. Enfadado, le susurró muy cerca de la oreja:

—No sabes ni una jodida cosa de mi vida. ¡Nada! Así que no te atrevas a hacer juicios de valor.

—Comienzo a intuir que cuanto menos sepa, mejor.

Ambos se miraron, gritándose más con los ojos que con las palabras. La voz de Amalia los sobresaltó. Llevaba en las manos una bandeja con el famoso ron predilecto de Lula y una copa de balón.

—Silencio. Silencio de una vez.

Callaron, con la respiración aún agitada por el cabreo. Aquella reencarnación de bruja de Zugarramurdi imponía una tajante disciplina con su presencia.

—Bastante han alterado a la señora. Si no pueden comportarse según las normas de esta casa, yo misma los echaré. ¿Está claro?

Armando, sin más, salió de la estancia tras agarrar una botella de brandi del aparador. Carlota, por su parte, abrió la cristalera del comedor y se internó en la noche serena del frondoso jardín. No le apetecía ni una pizca enfrentarse a Amalia. Bastante se había revolcado por la mierda ya.

Una vez fuera, aspiró el aroma a tierra fresca y manto de hojas

caídas. Sacó un pitillo del escote. Que le hicieran entrenar como para las Olimpiadas, valía. Que le dijeran si debía fumar o no, nones. Encendió el cigarrillo en una de las antorchas dispuestas en algunos puntos del jardín para ahuyentar a los mosquitos, a los ladrones o a saber qué, si esa pirada no salía nunca de casa. Había estado a punto de mandar todo al garete. A veces olvidaba por qué se había metido en ese fregado. Cuál era el verdadero propósito de que fingiera ser quien no era, de que fingiera que el convertirse en ladrona de arte daba sentido a su vida sin rumbo. Su vida llevaba largos años teniendo un rumbo muy definido. Poco loable, quizá, pero definido: la venganza. Acallar para siempre los gritos infantiles. Cumplir su promesa. El implicarse emocionalmente con uno de los factores de la ecuación no hacía más que distraerla, convertirla en más débil. Poner en peligro algo que había costado altas dosis de entereza y un sacrificio mudo, silente, esperando el momento justo, aguardando a que las piezas encajaran. Al fin habían encajado y ella no podía fallar. Ni por Armando ni por el mismísimo *David* de Miguel Ángel en carne mortal. Ni mucho menos por que Lula la sacara de sus casillas.

Tratando de limpiar de imágenes dolorosas su cabeza, caminó por los senderos de gravilla. Elevó los ojos hacia la habitación de Lula, en total oscuridad. Atravesó el bosque de bambú que la llevaba hacia la otra ala de la casa setentera. Desde esa perspectiva se vislumbraba el cubo de hormigón cubierto de hiedra que sobresalía hacia el sur, el despacho de la loca. Tampoco había luz. Pero ella no había dicho que se fuera a dormir. ¿Qué había dicho?

«Prepárame ya la sala. Enseguida bajo».

«Bajo». Carlota miró hacia el mazacote del edificio, ahora casi completamente a oscuras. Sabía lo que tenía que buscar. Dónde coño iba Lula cuando se quedaba a solas.

Las manos me tiemblan, casi me impiden rebuscar en las estanterías del baño y coger mi bote de pastillas. Y menos aún servirme un jodido vaso de agua. A la mierda, tengo que tragarme ya dos de estas o comenzaré a hiperventilar y me caeré redonda contra el suelo de mi propio baño.

Será sugestión, pero nada más sentir las píldoras recorriendo mi tráquea comienzo a controlar los temblores. Tengo que sentarme, pero no me atrevo a moverme mucho. Aquí está bien. La

maravillosa bañera exenta del siglo XIX que compré en una subasta *online*. Desde donde contemplo por el ventanal el oeste, la puesta de sol en mi último baño del día. A través de los cristales. *Online*. Mi vida es *online*. La vida en diferido. Respira. Respira lentamente o te convertirás en un cuerpo sin control. Y demasiadas cosas empiezan a estar descontroladas. Mis horarios. Mis rutinas. Lo que me aferra a la cordura. La culpa es de ella. Me altera por algo que no puedo entender. Desde el día que la vi, vestida de criada. Escudriñé sus ojos transparentes, su perfil. No sé qué tiene, pero no me gusta. Fue un error contratarla. Fue un error lanzarse a la búsqueda de una donnadie. Parecía más seguro, incluso más divertido. Adiestrarla como quien adiestra a un oso a montar en bicicleta, un experimento cruel. Convertir a una ignorante en una ladrona sofisticada, hábil, incluso cultivada. Moldearla, manipularla. Ese ha sido mi juego favorito desde siempre. Manipular a los demás. Hacer que se muevan a mi son, hacerles creer mis mentiras. Hacerme imprescindible para ellos y luego traicionarlos. La especie humana es idiota. Banal, fácil. Por eso me pareció estimulante convertir a un ser zafio en un pelele adiestrado al que meter en esa ratonera que es el Thyssen.

Pero el juego está durando demasiado y estoy cansada. Quiero mi cuadro. Y quiero deshacerme de esa interferencia en mi vida. Tenerla donde debe estar: bajo tierra.

Carlota, escondida en una de las alacenas de la planta baja, donde el servicio guardaba las vajillas, arropada por la oscuridad, al fin escuchó pasos. Amalia salía de algún lugar a la izquierda de la cocina, y no era la bodega. Esa la conocía bien. Llevaba en las manos la bandeja, ya vacía. Pasó de largo junto a ella, dejando suspendido en el aire su aroma a jabón de glicerina y talco. Cuando dejó de oír sus mullidos pasos de ardilla, Carlota salió de su escondite. Casi a oscuras, deshizo el camino que le había trazado el ama de llaves. Continuó en dirección opuesta a la bodega y llegó a un gran corredor con un lateral acristalado, casi invisible desde el jardín, puesto que el terreno formaba una loma tapizada de césped. El otro lado de la galería estaba adornado con un delicado trampantojo pintado al fresco que imitaba un paisaje encantador, con su río, su horizonte, sus nubes y sus montañas. Carlota, con sigilo, recorrió el pasadizo hasta el final, dejando el falso panorama

a su izquierda y la suave colina de hierba a su derecha. Tras unos metros, llegó hasta una estantería de madera de cerezo pulida con baldas del suelo al techo. No había más. La galería, aparentemente, no tenía salida, lo cual era imposible, estaba segura de ello. Con instinto de ladrona empezó a recorrer con los dedos la pared, el bonito trampantojo que escondería lo que la loca de Lula quería mantener en secreto. Donde desaparecía después de las nueve y media de la noche.

Unos pasos la hicieron aguzar el oído. Tacones. Los tacones de Lula. Le dio el tiempo justo para correr hasta la cocina y lanzarse en plancha bajo una mesa. Lula pasó muy cerca de ella, con pasos algo vacilantes. Se esforzaba por respirar tranquila. La puta loca… Seguro que el tema de dar por finalizada la cena antes de empezar la había vuelto majara y se había tenido que enchufar una buena dosis de tranquilizantes. Lástima que no se tomara la caja entera y se quedara frita. O, mejor, tonta perdida. Meándose y cagándose encima, y comiendo por una pajita. Apartando tan halagüeños pensamientos y con sumo cuidado de no alertar a la dueña de la casa, Carlota salió de su escondrijo y siguió sus pasos casi en silencio alegrándose por: a) pesar tan poco; b) no gustarle los tacones e ir en zapatillas. Agazapada, vio a Lula recorrer la galería acristalada. Lo mismo la muy pirada dormía ahí abajo, rollo Drácula en su ataúd. Loca estaba para eso y para más… De repente, antes de llegar a la estantería que adornaba el fondo del pasillo, Lula se detuvo. Apoyó las manos en la pared pintada, reposando la frente en el trampantojo, como si no pudiera dar un paso más, como si el camino que había recorrido hasta llegar allí hubiera sido largo y penoso. Lentamente, bajó una mano a la altura de su cintura, rozando el fresco campestre con la yema de sus blancos dedos. Carlota achinó los ojos, tratando de percibir en la penumbra sus movimientos. Escuchó un leve crujido. Tras esto, Lula atravesó el paisaje y desapareció de la galería para adentrarse en el hueco que formaba una pequeña puerta disimulada en la pintura. Carlota sentía como si un potro al galope corriera sobre su corazón. Tucutún, tucutún, tucutún. Esperó un tiempo prudencial (bueno, prudencial prudencial…) y abandonó la oscuridad que la protegía para acercarse y tantear el trampantojo. Invisible gracias a las pinceladas que lo hacían parecer parte de la hiedra del paisaje, el

pequeño tirador que iba buscando. Pegó el oído a la pared. Ni un ruido. Dudó un instante. Abrir o no abrir. Esa era la cuestión.

Qué carajo. Hasta hacía dos días no sabía ni quién era Shakespeare. Accionó la manija.

Las secuelas del incidente de la noche anterior aún se reflejaban en las caras cansadas de la pareja de ladrones. Se encaminaban al gimnasio, en el que Armando había trabajado toda la noche, ocupando su insomnio. Carlota tampoco había dormido mucho, pero el entreno, tras su descanso forzado, era inaplazable. Cada día era más urgente que llegara el momento del robo y terminar con toda esa pantomima, dolorosa e incómoda para todos. Ese amanecer, tras el desayuno, ella había encontrado encima de su cama un atuendo nuevo: un mono negro elástico, un pasamontañas del mismo color y unos pies de gato.

—Ya tengo el disfraz de ladrona, estamos listos.

Pero Armando no estaba para chuflas. Sin dar acuse de recibo, sin ni siquiera mirarla, siguió hacia la puerta del gimnasio.

—¿Te sabes los planos de memoria?

—Como el alfabeto. De carrerilla.

—Más te vale —dijo él abriendo la puerta.

Lo que Carlota encontró no se lo esperaba. La oscuridad. Casi. De ella surgían innumerables hilos de luz azul que semejaban un laberinto sin paredes. Un laberinto luminoso.

—¿Nuestra jefa ha montado una *escape room*?

Armando la miró, cansado. Por primera vez desde que le conocía, parecía envejecido. Tenía círculos oscuros bajo los ojos y en estos no brillaba el color miel que tan atractivo le hacía.

—Te ruego que dejes las ironías, las chanzas, los chascarrillos. No tengo ganas ni tiempo. Céntrate porque el robo lo vamos a realizar en unos días, tanto si estás preparada como si no. Si no lo estás, cargarás tú con el pastel. Si lo estás, podremos olvidarnos el uno del otro y seguir con nuestras vidas.

Oído. El tío tenía tantas ganas de librarse de ella como ella de Lula, estaba claro. Se mordió la lengua para no hacer comentario alguno. Lo mejor sería que él pasara de ella y ella de él. Lo que tenía que hacer era mejor hacerlo sin equipaje. Ni emocional ni de ningún tipo. Así que asintió con la cabeza y señaló los haces de luz.

—¿De qué va todo esto?

Él comenzó a andar sin tocar los rayos de brillante azul cobalto.

—El robo lo comenzaremos desde dentro. Te quedarás escondida en el ascensor. En el techo de una de las cabinas. El parche que meteremos en el *software* también controlará los sistemas de incendios, las alarmas, las luces, los ascensores. Para activar nuestro *software* y poder operar sin alarmas molestas pulsaremos una secuencia en la botonera del ascensor.

—Tirao.

—A oscuras.

Carlota flipó.

—¿Cómo que a oscuras? ¿Estás loco, a cuento de qué?

—A cuento de que el museo será seguro una vez que hayamos tomado el control sobre el sistema. Las cámaras no verán, los sensores no responderán, las alarmas no saltarán. Pero, para eso, debemos activarlo en el momento del robo, no antes, porque lógicamente…

—Se darían cuenta de que algo está fallando y se nos jodería el plan —interrumpió Carlota.

—Exacto. Así que tendrás que salir del techo del ascensor, activar el *software* y dirigirte a la sala donde te espera el Courbet. Una vez allí, y solo durante unos minutos, podrás encender la linterna para manipular nuestro cuadro.

—¿Nuestro? Me da que una tal Carmen tendría algo que objetar.

Armando torció el gesto, mirando al cielo.

—¿Podemos dejar de apostillar?

—¿Podemos no mandar a la gente a una misión suicida vestida de cucaracha?

—Decide si quieres salir como cucaracha libre o presa.

—Soy toda oídos.

Armando se puso a su espalda y la agarró por los hombros. La obligó a caminar delante de él, entre los rayos luminosos, con cuidado de no romper los haces de luz.

—Aunque paralicemos el sistema de seguridad durante un tiempo, el edificio debe aparentar la misma calma y tranquilidad que cualquier otro día. Y la misma oscuridad. Además, un vigilante hace rondas cada dos horas. Todo tiene que estar sincronizado al segundo, podrás usar algo de luz para manipular el cuadro justo los

minutos que yo te indique. De ahí que tengas que aprenderte el edificio de memoria. Ser capaz de recorrerlo con los ojos cerrados. Sin que nadie te vea, te oiga, te sienta ni siquiera respirar. Y este camino de luz es una réplica exacta de esos pasillos y recovecos del museo. —Sacó un antifaz y se lo enseñó—. ¿Lista?

Carlota dejó escapar un «puffff» mientras asentía.

¡Meeeeec!

Por enésima vez sonó el desagradable bocinazo que Carlota provocaba cada vez que rozaba las luces que simulaban los pasillos y muros que iban del ascensor a la sala treinta y siete y al cuadro. Se quitó el antifaz con mala leche, lo tiró al suelo y produjo otro pitido. Armando suspiró, harto.

—Concéntrate, Carlota, no prestas atención.

—¡Es que esto es una gilipollez! Madrid nunca está a oscuras. La luz que entrará por las ventanas me dejará ver lo suficiente, joder.

—No todas las partes del museo tienen luz natural, ¿recuerdas?

—Pues donde no haya ventanas encenderé el gran invento del siglo XXI: la linterna.

—Quiero que te aprendas el museo de memoria. Quiero que te muevas por él como un invidente en su casa. Quiero que salgas de ese lugar con el lienzo en tu poder. Yo nunca fallo en un trabajo.

La frasecita destapó la ira de la aprendiza. Se arrancó el pasamontañas, dejando ver su cabeza sudada, con pelos anaranjados pegados y revueltos. Tenía las mejillas enrojecidas por el calor que le provocaba la tensión.

—Pues entra tú.

—Si entro yo, ¿para qué estás tú?

—¡Eso digo yo! ¿No eres el mejor ladrón del mundo? ¡Pues roba en el puto Thyssen!

Tiró el verdugo al suelo y comenzó a mover brazos y piernas incontrolados, atravesando las paredes del laberinto imaginario y originando numerosos «meeecs» bastante irritantes.

—¡A la mierda! —Comenzó a quitarse la ropa y se quedó en bragas y sujetador. Su pálida piel parecía relucir en la sala de penumbra azulada—. Tengo que descansar.

Tras esta afirmación, se encaminó a la salida, pero no llegó ni a la puerta. Armando usó sus casi dos metros de ser humano para interponerse.

—No hay tiempo para descansar.

—Ya verás como sí. Aparta.

Clavó sus ojos en los de ella un instante, y luego obedeció. Se hizo a un lado y la jadeante Carlota abrió la puerta con aire triunfal. Le faltó exclamar un «¡ja!».

—Lo que más siento es que Lula vaya a tener razón. No lo lograrás.

—Gracias por el apoyo.

Después cerró la puerta y se encaminó a su habitación, deseando coger sus cosas y salir de aquel maldito mausoleo de hormigón cagando leches. Sus pies descalzos resonaban en el parqué de roble y se amortiguaban cuando llegaba a las alargadas alfombras que adornaban y vestían los pasillos. Al acercarse a la escalera, se encontró con Amalia, que llevaba el desayuno a la señora; iban a dar las nueve. El ama de llaves no dijo ni una palabra. Solo la miró de arriba abajo. A Carlota le subió la vergüenza a la cara. Se vio en bragas y sujetador, roja de angustia y de ganas de escapar. El pudor no venía por su desnudez, sino por la mirada de Amalia.

—Vuelve ahí dentro y acaba lo que has venido a hacer.

Los ojos glaciales del ama de llaves la taladraron. No pudo sostenerle la mirada y volvió al laberinto.

Tres horas después era capaz de recorrerlo en solo dos minutos sin hacer saltar una alarma.

La ladrona recorría las entrañas de Villa Agorafobia admitiendo que aprender a moverse sin el sentido de la vista le estaba «yendo que te cagas». En completa oscuridad atravesaba la casa sin problemas ayudada del tacto y de su excepcional memoria. Tras pasar semanas en la casa se sabía la distribución como si la hubiera diseñado ella misma. Ahora era más fuerte, más flexible y había entrenado su intuición y su visión espacial. Y se le daba de perlas, todo hay que decirlo. «Luego que digan que las tías no sabemos nunca cuántos macarrones caben en un túper». Silenciosa como una rata, llegó hasta el corredor acristalado de la planta baja. No había vuelto desde la noche en la que a punto estuvo de ser expulsada de la casa por bocazas. Si no hubiera lanzado un órdago a Lula, habría arruinado años de espera y preparación. Ese día pudo contemplar en vivo como su anfitriona desaparecía tras la puerta camuflada en un trampantojo. Mimetizada con el entorno. Como ella misma.

Fundida con Carlota. Respirando por la piel de una aprendiz de ladrona. Su venganza aguardaba en el cuerpo de otra. Por fin, esa noche iba a acceder al misterioso lugar donde Lula se perdía cada anochecer. Atravesar la puerta secreta que se abría en el trampantojo había sido solo el primer paso. Carlota se escabulló de la cama a la hora en la que sabía a ciencia cierta que Lula estaba fuera de juego, lejos de la enigmática galería. A las doce en punto se habría acostado, medio chuza por los lingotazos del ron que le preparaba Amalia y atontada por las pirulas que tomaba para dormir. Menuda mierda de vida. Ni un monje cartujo era tan estricto con sus horarios. Pero, vamos, penita, cero. Ella misma se había labrado su condena.

Carlota abrió la puerta que se disfrazaba de alegre paisaje pintado sobre la pared y la cerró tras de sí con sumo cuidado. Encendió la pequeña linterna que llevaba encima. La luz alumbró lo que había podido ver en penumbra la noche en que logró activar el mecanismo camuflado. Unas escaleras estrechas que, con pronunciada inclinación, descendían hasta llegar unos tres metros por debajo del nivel del jardín, hundiéndose en la oscuridad. Esos peldaños iban a parar a una puerta blindada que solo se abría con contraseña. Así que la primera vez que llegó hasta allí, hubo de darse media vuelta. Ahora tenía otra oportunidad. Carlota bajó expectante. Esperaba que lo que había dejado funcionando esa misma madrugada hubiera tenido éxito. Llegó hasta el final de la escalera. Allí se detuvo frente a la puerta, observando la botonera en la que había de pulsarse el código.

Que un ladrón te enseñe todo lo que sabe para que trabajes para él tiene una pega: que sabes lo mismo que tu maestro. Vamos, que tan pronto le puedes ser útil como metérsela doblada. Y eso es lo que estaba haciendo Carlota. Aprender lo que eran los algoritmos de fuerza bruta le había resultado muy interesante. La cosa era, explicado en pocas palabras, enumerar sistemáticamente todas las posibles soluciones de un problema, siendo el problema en cuestión qué combinación numérica se le habría ocurrido a *miss* Agorafobia para entrar en su gruta. A ella, todo el rollo de *scripts, softwares*, puertos, *hosts* y demás palabrejas le traían a la mente a un tío de pelo graso y granos *teenager*, pese a pasar de los treinta, que en vez de pajas se corría de gusto frente a su PC craqueando sistemas o

excitándose como un mandril con cualquier heroína virtual de juego machirulo. Sin embargo, a favor de la informática tenía que decir que lo de la fuerza bruta había funcionado: tenía la combinación.

Entró en el lugar más querido para Lula sintiendo que la penetraba, que violaba lo más íntimo de esa mujer. Una venganza alegórica de su propia pérdida de la inocencia. Lo que permitía a la Quirós sobrellevar el peso del aire, del terror a la libertad de los espacios abiertos. Carlota entró en un museo inaudito, un paraíso del arte, la expresión genuina de la avaricia: una exposición cautiva repleta de maravillas únicas, creadas para hacer sentir al ser humano, para despertar sensibilidades, para elevar el espíritu a base de la contemplación de la belleza. Todos aquellos anhelos de los autores, presos. Cautivos para un solo par de ojos egoístas y enfermos. Los ojos de Lula Quirós. Carlota se sentía ingrávida, flotando por la sala sin percibir su propio movimiento, navegando absorta por aquel santuario de la belleza iluminado con mimo, donde cada elemento estaba colocado con el fin de ensalzar las obras, el lugar apropiado con el objeto de no distraer la atención. Un sofá verde musgo de sensual terciopelo, un *loveseat* (qué paradoja), se encontraba en el centro de la sala, diciendo «siéntate», tentando al visitante (Lula, a la sazón) como tentaban los carteles a Alicia tras caer por la madriguera del conejo. Porque esa sala era el país de las maravillas. De las maravillas del arte y del talento humanos. Carlota se dejó salpicar por el frescor palpable de la *Vista de Auvers-sur-Oise* de Cézanne, se sumergió en el mar oscuro de *Vista del mar en Scheveningen* de Van Gogh y en el *Paisaje con obelisco* de Flinck. Y, cómo no, allí estaba: el Matisse. Se podían haber pasado una vida entera buscando en la casa, y estaba bajo ella. Imaginaba a Lula sentada, fatua y soberbia, en aquel sofá perfecto colocado en mitad de la sala, felicitándose por atesorar la colección privada más asombrosa del mundo. Tras echar un vistazo a las obras, Carlota comprobó que todas tenían un mismo tema: el paisaje. Horizontes, campos abiertos, altas montañas, cielos brumosos, soles naranjas, flores fragantes, pájaros en libre vuelo. Aire. Vida. Lula guardaba como una urraca guarda objetos brillantes lo que ella, con toda su fortuna y poder, no podía poseer: la libertad. Viajaba en ese santuario a lugares que jamás podría pisar. Respiraba las brisas que nunca acariciarían su cuerpo. Sentía

bajo los pies la frescura de los prados que estaban vedados para ella, sumergida en su infierno de terror, el terror a que un día todo el mal que había hecho volviera hasta ella y la devorara, en un ritual caníbal de exterminio de su podredumbre.

Extasiada y a la vez asqueada se sentó en el sofá, no sin antes sacudir con un par de movimientos vigorosos la posible suciedad de sus pantalones vaqueros para no mancillar la impoluta superficie. Un pequeño mando hacía girar el diván trescientos sesenta grados, para poder desplazar la mirada sin salir de su enfermizo trance. Al alcance de la mano, en una vitrina, un pequeño bar con la priva vergonzosamente cara y exclusiva con la que le gustaba ponerse morada a la dueña de todo el cotarro mientras flipaba viendo «sus» obras. Y algo más. Una colección de monedas. Monedas españolas, ya obsoletas, del siglo pasado, relucientes. De plata. Acercó su rostro cremoso a las pesetas del expositor hasta que su aliento dejó huella en el cristal. Se retiró un rizo que a la luz que desprendía la vitrina parecía una voluta de fuego claro y se lo metió tras la oreja. Pegada al vidrio, la respiración se quedó atrapada en su garganta. Un lamento quedó ahogado. Había perdido la capacidad de emitir sonido alguno. Las manos se le volvieron metal, frío, muerto.

De repente, comprendió. Las difusas piezas del rompecabezas de su pasado encajaron con una escalofriante precisión. Y esa aterradora certeza lo cambiaba todo.

## *1994*

*Desde las ventanas de la biblioteca donde la habían encerrado, la niña, subida a una silla, contemplaba la calle tras los gruesos vidrios de sus gafas. Allí abajo, en el asfalto, permanecía aparcado un coche grande, reluciente, negro. Un señor con gorra, un chófer, imaginaba, esperaba fumando un cigarro. Suponía que su amiga del alma, la persona con la que había unido su sangre y con quien había jurado ser la una para la otra por siempre jamás, estaba en aquel instante ultimando los trámites para marcharse a su nueva casa, a su nueva vida como hija de alguien. Hija de sus flamantes padres adoptivos.*

*«Sus» padres adoptivos. No de la Gitana. De ella. Iban a ser sus padres. El sueño de cada uno de los internos de aquel orfanato, de todos los orfanatos del mundo. Tener una familia protectora, amante, salvadora. Se quitó las gafas de culo de vaso para limpiarlas. No quería perderse por culpa de un velo de lágrimas a su amiga despidiéndose de sus compañeros, de sus profes, de la dire Asunción. A ella le habían prohibido despedirse. La que había sido su hermana en aquel lugar de soledades había alegado miedo. Terror a tener que volver a verla. Los responsables del centro asintieron comprensivos. Normal. El ensañamiento con el cual la había golpeado aún se dejaba ver en su rostro. Seguía con el ojo vendado, pero se lo iban a operar unos médicos amigos de sus nuevos padres, unos doctores buenísimos que salvarían el ojo de la niña y repararían con cirugía sus heridas para que apenas quedara cicatriz en su piel cetrina.*

*El bullicio que se aproximaba a la puerta, las voces excitadas pronosticaban que en nada aparecería la familia feliz*

*acompañada de la plana mayor del orfanato y sus compañeros. La pequeña se aupó aún más en el asiento de escay, haciendo chocar la pasta de sus lentes contra el cristal de la ventana. Sus manitas se apoyaban muy abiertas en el vidrio. Ahí salían. La señora tan guapa y que a la Gitana le parecía gorda llevaba de la mano a su recién acogida. Seguro que ahora no le resultaría tan gorda. El padre, con el abrigo que llevaba siempre, de un paño gustoso, de esos muy suaves, en color marrón claro, estrechaba la mano a las profes, sonriente, con su calva en la que se reflejaban las nubes. Y allí estaba ella. Con el ojo vendado. Con el pómulo negro, hinchado, sonriendo como una mártir, buena, alegre y a la vez apenada por dejar a sus compañeros, a los que tanto quería. Mentira. No los quería. Los odiaba. Como ellos la odiaban a ella. Si no hubiera sido porque se hizo su amiga, habría estado relegada a la soledad absoluta, a ser el saco de los golpes, a ser el blanco de bromas pesadas e insultos. Fea, sucia, nariz de bruja.*

*Se le volvieron a empañar las gafas. Esta vez por el calor que irradiaba su piel, que hervía de ira. Saltó de la silla y corrió hacia la puerta doble, tratando de girar el pomo con fuerza. Comprobó que estaba encerrada. Se agarró a la bola y tironeó de ella, nerviosa, impotente. Tenía que llegar hasta allí. Tenía que verla antes de que se fuera. Del cabello rubio casi blanco se le cayó una horquilla del flequillo. La recogió y recordó. Recordó cómo su madre abría la puerta del dispensario donde guardaban las cosas que ella necesitaba tomar para ponerse buena. Cosas que luego se pinchaba o se tragaba. Nunca lo había intentado, pero no iba a permitir que esa mentirosa se fuera sin enfrentarla. Abrió el metal del pasador que se había caído de su pelo, logrando un fino alambre que introdujo en la cerradura. Sudando, hacía memoria. Cómo las esqueléticas manos de su madre movían el alambre con cuidado, tentando, hasta que la cerradura hizo clic.*

# 11

El extraño trío que el destino había formado, Carlota, Armando y Lula, recapitulaba en el despacho de la última, dueña y señora de todo lo que se cocía en esa casa. Desde la posición de dominio que le otorgaba estar tras su imponente escritorio, diseccionaba el plan con sus ejecutantes. Les quedaban un par de días para dar el golpe. Armando, recorriendo los peligrosos vericuetos de la red profunda (que al parecer para él era tan poco siniestra como para un chaval el catálogo de Netflix), se había hecho con el parche que colarían en el *software* a la hora de la actualización. El RFID del cuadro también quedaría inutilizado, no pudiendo transmitir por ondas de radio la identificación de la obra. Tenían el plan trazado al milímetro.

—Todo en la vida es planificación y orden. Espero que te haya entrado en la cabeza, Carlota.

—Te juré que robaría el Courbet. Lo tengo todo controlado —contestó ella en su nuevo papel de niña obediente.

Lula la miró bajo la capa de rímel que cubría sus frondosas pestañas.

—Qué amable estás. Da gusto lo rápido que se os bajan los humos a los donnadie.

Carlota suspiró y se reclinó en la butaca, estirando las piernas enfundadas en unos vaqueros desgastados que se le habían quedado grandes. Cruzó los dedos de las manos, ya recuperadas del curso intensivo de escalada sobre su vientre plano y duro. Armando, para variar, trató de cortar el conato de incendio distrayendo a las mujeres con lo que más a mano tenía, café.

—Señoras, lo cierto es que ya no queda nada. ¿Un cafetito? ¿Cómo lo quieres?

Las dos contestaron a la vez, pensando que el singular estaba dedicado a ellas. «Solo». «Con leche». Armando, sin hacer

comentario alguno, asintió.

—Marchando.

Lula sonrió. Esa media mujer estaba coladita por su amante. En el esquema del juego que había planeado para entretenerse, ese detalle era importante, daba una pátina de crueldad al plan muy satisfactoria. Ver cómo alguien deseaba algo que no podía alcanzar la divertía. Jugaba muchas veces cuando era niña con los perros que tenían sus padres. Cuando estaban atados, se hacía con piezas de carne que depositaba justo en el límite de las cadenas. Los animales se volvían locos tratando de atrapar el manjar. Ladraban, gemían, gruñían, se peleaban entre ellos… Los muy estúpidos no entendían que nunca lograrían alcanzar el solomillo. Ella los contemplaba hasta que el cenizo de su padre le afeaba el comportamiento y soltaba a los canes. Los quería mucho. Por eso, cuando murió, ella mandó matar a los perros. Para que se fueran con él al infierno.

Alargó la mano para coger la delicada tacita que Armando le tendía, rozando los dedos de este lenta y sensualmente, mirándolo a los ojos. No solía tocar a nadie y menos en público, pero suponía que el gesto descompondría en algo la actitud más contenida de la ladrona en ciernes. Él le sonrió, mostrando sus dientes perfectos entre sus labios sensuales. Carlota apartó la mirada. Le jodía sobremanera el tema «dos lobas peleando por un macho». No lo soportaba. Nunca había mendigado por un hombre, y no iba a empezar ahora. Además, ya estaba apercibida por Lula. No tocar. Robarían en un par de días y adiós muy buenas. Él se quedaría con la millonaria y la olvidaría a ella. Tampoco podía culparle, la verdad. Armando, dándose cuenta del juego enfermizo de Lula, continuó con el tema que los ocupaba: el museo.

—En cuanto Carlota introduzca la secuencia, se podrá mover con libertad durante una hora. En oscuridad, salvo los breves instantes en los que cortará el cristal que protege el lienzo, dará el cambiazo, volverá a colocar el cristal y se escabullirá por el lugar indicado. Traeremos la obra hasta aquí y se acabó.

Lula, con altivez, alzó la mano derecha, mostrándoles la palma.

—Queda un detalle. Quiero verlo.

—¿El qué? —preguntó extrañado Armando.

—El robo.

—No. Meter un elemento nuevo a estas alturas no me gusta.

—¿Nuevo?

Las miradas de ambos se cruzaron. Lula estaba disfrutando. La muy perra. El silencio estaba poniendo nerviosa a Carlota. ¿De qué hablaban?

—No me vengas ahora con remilgos. Ya lo he visto todo. No me quiero perder el fin de fiesta.

Carlota se tensó.

—¿Qué pasa aquí?

Armando chasqueó los labios. Lula no podía mantener la boca cerrada.

—No es lo mismo. Tendremos que grabar con las cámaras del museo si quieres seguir el desarrollo del robo y eso nos complicaría innecesariamente la operación.

Carlota vio el bochorno en Armando, la complacencia en Lula.

—¿Qué ha visto?

Lula, sin alterarse, repiqueteó en la mesa con sus uñas de un brillante carmín.

—Ponle una cámara a esta. Tampoco quiero un documental del National Geographic. Solo seguir mi proyecto hasta el final.

—¡¿De qué hostias estáis hablando?! —estalló Carlota, levantándose de la butaca.

Armando se volvió hacia ella.

—Tranquilízate.

—¡Y una polla!

Lula sonrió con superioridad.

—Señor… Vaya boquita.

—¡Basta! Os lo suplico —gruñó él.

Lula calló, algo sorprendida por la reacción de su cómplice. Luego, mirando a Carlota, Armando prosiguió en voz más suave. Le costaba encontrar las palabras.

—Carlota, todo el proceso se ha apoyado en material audiovisual. Lula quería tener constancia de…

—Ay, Armando, no le des tantas vueltas, joder. Quería ver mi experimento —añadió, desdeñosa, Lula—. Mi juego, llámalo como quieras.

Carlota, conmocionada, trataba de encajar la realidad que le estaban contando. La expresión «regador regado» martilleaba en su

cabeza peligrosamente.

—¿Qué juego?

—Coger a una indocumentada, una ignorante choriza y buscavidas y convertirla en una ladrona refinada y elegante. Y, ya ves, nos hemos quedado a la mitad: sigues siendo una enana malhablada y vulgar.

El metro sesenta se acercó a Armando con los ojos brillantes por la ira y la humillación.

—¿Me habéis estado grabando? ¿Todo el tiempo? ¿Soy un juego?

Armando miró a Carlota tratando de mantener el tipo y calmarla.

—No te lo tomes así. Todos hemos salido ganando.

—El pueblo llano no tiene sentido del humor, qué se le va a hacer —apostilló Lula.

—¡Que te calles! —bramó Armando.

Lula se quedó petrificada. Su mandíbula se cuadró, su media melena negra y brillante pareció electrizarse, tal era el estado de cólera de la cabeza que adornaba. Sus manos se apoyaron en la madera oscura de su escritorio y arañaron la superficie, convirtiéndose en dos garras de harpía. Sus labios casi desaparecieron, replegándose dentro de la boca. Trémula, se dirigió a ambos con voz ronca:

—Fuera. Fuera de mi vista los dos. Se hará lo que yo diga, cuando y como yo ordene. Y tú —le lanzó a Armando— no vuelvas a mandarme callar en tu vida.

—Quizá no vuelva a hacerte nada en tu vida —sentenció él.

Carlota, aún tratando de asimilar que no era más que el capricho de una enferma, el bufón de una corte en la que solo había una reina déspota, un títere en un teatrillo, salió del despacho seguida por él. Caminó pasillo adelante, enfilando hacia el ala donde estaba su dormitorio. Cada vez iba más deprisa, pero Armando la alcanzó en dos zancadas.

—Carlota, escúchame. Por favor, para.

Se tapó los oídos. No quería escucharlo. No quería oír su voz. Abrió la pesada puerta y trató de dar un portazo, pero se encontró con la mano de Armando, que entró y cerró tras de sí.

—Te pido por favor que me escuches, cálmate, no ha visto nada

que…

El bofetón de Carlota evidenció lo fuerte que se había puesto con los entrenamientos. Si hubiera medido algo más, habría tirado a Armando al suelo.

—Cerdo. Eres un maldito cerdo. ¡Has estado riéndote de mí! ¡Los dos! ¡Haciéndome un Truman, un puto Gran Hermano!

Armando ni se llevó la mano a la cara. Le ardía, pero a la vez se sentía mejor.

—Dame otra. Desahógate. Me lo merezco.

—¡No quiero que te lo merezcas! ¡Quiero que me digas que es mentira, que no me has hecho eso!

—Ojalá pudiera. Pero no puedo. Carlota, por favor… No pensé que ibas a enterarte.

—Genial. Además, me crees imbécil.

Sus ojos parecían destilar plata. El gris se derretía en forma de lágrimas. Armando sabía que nada que pudiera decir o hacer la aliviaría. Pero hablaba, quizá para convencerse a sí mismo:

—No tengo excusa. Salvo que cuando empezó todo esto no sabía que sería así. No sabía que tú serías así.

Buscó su mirada. No soportaba que no quisiera ni mirarlo. Ella seguía repasando mentalmente la película de los últimos meses, caminando de un lado a otro con pasos erráticos, inspeccionando perpleja las secuencias vividas.

—Nos vio todo el tiempo… ¡Incluso antes de venir a esta cárcel! En aquellas terrazas de Florencia… Mientras nos contábamos nuestra vida en la terraza del hotel de Barcelona… Lo ha ensuciado todo. El cielo morado sobre el Arno. El olor a churros con ese café tuyo tan rico de casa… —Ahora sí le clavó los ojos—. De TU casa. Lo que ya sentía como mi hogar era un puto laberinto para ratas de laboratorio. ¡Yo soy la rata!

Armando se acercó, despacio, tan destrozado como ella.

—No. Lo que hemos vivido era de verdad, siempre será nuestro.

—Nuestro de los tres, ¿no?

—No lo entiendes. Lo mío con Lula. Los porqués. Si pudiera explicarte…

Carlota sabía que no podía. Lo sabía tan bien como él. Preguntó, asqueada por la posible respuesta:

—¿Nos ha visto follando?

Armando negó, vehemente.

—¡No! No, no siempre había cámaras, y nunca en los dormitorios.

—¿Y en esta casa?

Armando negó, seguro.

—Nunca en los dormitorios. Carlota, estoy atrapado en toda esta mierda, llevo años sintiendo que nado en una puta ciénaga. —Alargó la mano, una mano pintada por el Greco, hacia ella, en una súplica—. No quiero ni imaginar que he mandado al traste lo único bueno que me ha pasado en la vida.

—Pues corre junto a eso tan bueno, pídele perdón y cómele el coño como tú sabes. Seguro que te perdona.

Armando le agarró los brazos. Era tan jodidamente pequeña, y ahora tan delgada, que temía que se rompiera entre sus dedos.

—¡Tú! Joder. Tú eres lo único bueno que me ha pasado en la vida.

—¿Te crees que soy gilipollas? No me trago ni una palabra de lo que dices. Venderías a tu madre por unas monedas.

—¿Piensas que esto lo he hecho por dinero?

—Lo has hecho porque eres un mierda que busca emociones para adormecer su conciencia.

Él frunció el entrecejo.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres un ladrón, un estafador, un puto *gigolo* que se folla a su única clienta porque te da lo que quieres: tu droga, el arte, ese que se enmarca y se cuelga de la pared.

Armando la soltó. Paseaba por el espacioso cuarto como un león enjaulado. Fuera, las ramas de los árboles se agitaban con la brisa que llamaba al invierno. La luz del mediodía bordeaba los contornos desnudos del quejigo centenario, que parecía estremecerse.

—¡Lo soy! Todo lo que has dicho. Pero ahora ya no quiero más de eso. Quiero lo que he tenido todos estos meses.

La miró, sincero. Carlota, descreída, negó con la cabeza.

—Definitivamente piensas que soy gilipollas. Llevas alejándome de ti estas últimas semanas, rogando por que llegue el día del robo y perderme de vista.

—Estar a tu lado no ha hecho más que complicarme la vida.

Pero ahora no quiero la vida sin esta complicación.

Acercó los dedos al rostro de Carlota, pero no llegó a tocarla, solo se atrevió a rozarle los cabellos, que ahora, al sol, pasaban de naranja claro a rubios. Ella se conmovió, tembló un poco, como cuando se susurra a una vela. Pero luego le apartó de un manotazo, mirándolo furiosa, con tanta ira que Armando no logró adivinar de qué sima tan profunda sacaba ese resentimiento.

—¿Por qué? ¿Por qué me has hecho esto? —Le pegó un empujón que lo pilló desprevenido y trastabilló—. ¿Cómo has podido?

Según iba hablando, con un rencor ronco y áspero, le iba arreando. Como le hubiera gustado golpear a tanto cabrón que le había hecho daño en la vida. Porque, de entre todos, él era el más culpable. Ahora lo sabía.

—¿Por qué? —Golpe—. ¿Qué daño te había hecho yo? —Golpe —. ¡¿Por qué?!

Carlota se derrumbó. Cayó al suelo de rodillas, despacio, como un fusilado que se da cuenta tarde de que la vida se le ha ido. Armando la imitó. Ella, desmadejada, se había sentado sobre los talones. Él se inclinó hacia ella, comenzó a rozar con sus labios sus hombros, su coronilla, sus mejillas. Sabía salada hasta en las zonas donde las lágrimas no le habían llegado. Besó sus párpados, su nariz, las puntas de sus dedos. Carlota lo miraba sacando tristeza infinita de algún rincón del pasado. Él le habló con ternura, seguro de que lo que le pedía era de capital importancia:

—Carlota, olvídala. No dejes que te posea. No permitas que abra un hueco entre los dos. No la invites a quedarse. Por favor.

Cerró los ojos. Si él supiera lo dentro de ella que ya estaba. Tan dentro que a veces sentía que eran la misma. El mismo ser desgraciado con el mismo destino de mierda. Calló y se dejó llevar. Permitió que la cogiera en brazos, sintiéndose una cría a la que llevan a la cama cuando se ha dormido frente a la tele. Blanda, laxa. Permitió que la desnudara con mimo infinito, que le quitara la camiseta por la cabeza, que le desabrochara el sujetador delicadamente; vio sus pechos, ahora más vacíos, mirando a Armando con pezones acusadores, fuera del control de su dueña.

Permitió que acariciara y lamiera todos sus pliegues y llanuras. Contempló el orgasmo violento de Armando, y cómo luego se esforzó en arrancarle uno a ella. Y lo tuvo, tan profundo que no

reconoció ni su propio gemido. Consintió recogerse en su abrazo y escucharlo dormitar, sin soltar su presa: ella. Sabía que, al despertar, al destino ya no lo detendría nadie. No había marcha atrás.

La luz cenital del mediodía había desaparecido, dejando paso a las sombras más alargadas que presagian la caída de la tarde. Armando seguía dormido con Carlota entre sus brazos. Ella permanecía con los ojos bien abiertos, mirando el enjambre de ramas desnudas que acariciaban su ventana, la luz empolvada que atravesaba los visillos. Escuchaba los trinos de los pájaros y repasaba una y otra vez los contornos de sus fantasmas. Un suave toque de nudillos hizo que mirase hacia la puerta. No se sobresaltó un ápice. Se zafó de los largos brazos de su amante, que se había despertado de inmediato. No se molestó en cubrirse. Desnuda, llegó hasta la puerta, mostrando sus nalgas fuertes pero con alguno de los hoyitos que el ejercicio no había logrado matar del todo. Armando sonrió con ternura y notó una erección creciente que bajó de golpe al escuchar la ronca voz de Amalia hablando con Carlota, que entreabrió la puerta en pelota sin cortarse un pelo.

El ama de llaves no movió ni una ceja, impasible al desnudo. Tan impasible y neutra como la propia Carlota.

—La señora está a punto de terminar en la piscina. Cuando acabe la sesión de baño turco, se vestirá para el cóctel.

—Menuda novedad. ¿Algo más, doña Amalia?

—Si usted ya lo sabe todo, ¿qué más puedo añadir? —repuso con un retintín en la voz.

Carlota asintió y cerró la puerta. Armando se había incorporado en la cama.

—Ya has oído. Amalia nos avisa de que en nada tu amiguita estará dando por saco otra vez.

Él se acercó, la abrazó y le dio un largo beso en los labios.

—Ya, Carlota. Se acabó lo de «tu amiguita», «la loca de tu novia» y «tu ama».

Deshaciéndose del abrazo, se encaminó al baño.

—Cuando lo vea lo creeré. Como tú dijiste, esto no ha sido más que un polvo.

—He dicho muchas tonterías. Ni aquel ni este han sido solo un polvo. Los «te quiero» que te he dicho no han sido enamoramiento

poscoital.

—Mira que eres redicho. Me voy a duchar.

Se aupó y alcanzó a darle un beso volado en los labios. Él contempló goloso el bamboleo de su cuerpo hasta que desapareció tras la puerta del baño. Se desperezó. Se había metido en un lío, y de los gordos. Pero estaba cansado de seguir pagando penitencias pasadas. Sacó un cigarro del paquete que Carlota tenía sobre el buró del siglo XIX dispuesto junto a las ventanas y buscó algo para encenderlo. Ni en el paquete ni en los cajones de la cómoda. Vio un cenicero en la mesilla y abrió el cajón. Revolvió entre los cachivaches, una cajita con bálsamo labial, un paquete de pañuelos, una caja de cerillas y… una foto. En papel. ¿Quién guarda fotos en papel hoy en día? La curiosidad le pudo. La sacó del fondo del cajón, tras comprobar que el sonido del agua de la ducha seguía escuchándose a través de la puerta del baño. Echó un vistazo. Solo al tacto ya parecía manoseada y vieja. Y, en efecto, lo era. Atónito, comprobó que lo que sostenía entre los dedos era la misma foto que, hacía lo que parecía un millón de años, le había enseñado en la pantalla de su Mac a Carlota, en su casa, cuando aún no se había complicado tanto todo. La foto de un grupo de escolares de diversas edades posando para la cámara en diferentes actitudes según la edad y las ganas. Los más pequeños, sonriendo forzadamente. Los mayores, con estudiada descortesía. La foto de la pequeña fea y muy morena que luego sería Lula Quirós en su orfanato. La foto original, a juzgar por el sello del laboratorio que se veía en el reverso. Los destellos dorados de los ojos de Armando se oscurecieron ante la contemplación de la instantánea, presagiando tormenta. La puerta del baño se abrió y Carlota, con una toalla enrollada al cuerpo y el pelo mojado y cepillado hacia atrás, le intuyó extraño. Como respuesta a su gesto de interrogación, Armando levantó la foto.

—¿Qué haces tú con esto?

Carlota miró la foto y tragó saliva. Era hora de enseñar sus cartas.

—¿Reconoces a alguien?

Carlota señalaba la foto, las caras de los niños. Se quitó la toalla que aún cubría su cuerpo y se vistió con una camiseta sobre su piel desnuda. Armando miró la imagen. El ligero temblor de su mano

fue neutralizado cuando la apoyó en la mesilla.

—¿Además de a Lula?

Ella asintió.

—Parece otra, ¿verdad? Lo que hacen el dinero y la cirugía plástica. Bueno, y que no le dé un solo rayo de sol en esa piel blanqueada. —Movió la cabeza hacia el grupo de chiquillos—. ¿A nadie más? ¿Seguro?

Armando, contrariado, escudriñó los rostros. Se llevó un rato analizando a los escolares, mudo. Era un maestro en el arte del disimulo, como buen ladrón. Ni un gesto. Al fin, Carlota puso un dedo junto a la figura de una niña muy bajita e insignificante dentro del grupo de olvidados, ya insignificante de por sí. Pelo rubísimo cortado a trasquilones, cara casi oculta por unas horrorosas gafas de pasta negra y gruesos cristales. Parecían esas gafas de broma que llevan impresos dos ojos muy pequeños, para simular una miopía de caballo.

—Esa soy yo.

Armando la miró de hito en hito. En silencio. Apartó la mirada de la fotografía y la volvió hacia su interior, hacia su yo más profundo. Se levantó, muy despacio, asimilando la información. A duras penas, estaba claro. Carlota lo observaba mientras se enfundaba unos vaqueros. Su amante se pasó los dedos por el pelo castaño, retirándolo hacia atrás. Clavó sus ojos en ella.

—No puede ser. No puedes ser tú. Tú eres…

Extendió la palma abierta hacia ella. Parecía imposible que esa niña raquítica y miope fuera la hermosa mujer con la que había follado minutos antes.

—Yo también he cambiado, sí. Ninguna somos quien éramos. A Lula la llamaban la Gitana, y a saber si lo es. Muy morena, el pelo negro y grasiento, esos ojos negros siempre enfadados. Su enorme nariz. Los niños son crueles. Atacaban al amanerado, a la gordita, al sudamericano… —Se encogió de hombros—. Conmigo se metían menos, por antigüedad, supongo. Crecí en aquel lugar, llevé esas terribles gafas desde siempre. Era parte del mobiliario.

—Tú eras su amiga… —musitó, arrugado, como si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago.

—Hace mucho tiempo de eso. Pero sí.

—¿Cómo no te ha reconocido?

—Entre otras cosas porque yo no quería que me reconociera. Tú tampoco me identificabas en la foto, qué leches. Me operé de la vista, me teñí el pelo. Crecí, a base de golpes. Las cicatrices que deja la vida transforman a cualquiera. Como una cirugía plástica de dolor y vivencias chungas, supongo.

Él se sentó. Carlota se acercó al buró, donde escondía una botella del ron favorito de su anfitriona. Sirvió dos copas.

—Creo que hoy se adelanta la hora de beber. —Le tendió el alcohol a Armando.

Este lo aceptó y bebió un trago. Miró el contenido como si buscara respuestas en el fondo.

—En aquella galería en la que robaste las acuarelas, no te encontré yo a ti, ¿verdad?

Carlota negó. Él enarcó las cejas.

—Piqué como un idiota. ¿Cómo sabías que buscábamos…? —calló.

Ella sonrió con amargura.

—¿Una pringada? —Se encogió de hombros—. Te había visto con otras rateras de poca monta, no estaba segura de lo que tramabais, desde luego. Pero sabía que te interesaban las donnadie con mucha jeta y poco futuro, como yo. Lancé el anzuelo. No tenía nada que perder.

—¿Y qué tenías que ganar?

Carlota lo miró a los ojos. Pareciera que buscaba que esa pregunta se la respondiera él. Pero Armando continuó callado. Al fin, se sentó frente a él, en el sillón de cuero.

—Mi vieja amiga nos espera, así que te contaré una versión resumida.

Con voz átona, Carlota desgranó cómo llegó a su vida la larguirucha niña morena y hosca que luego se convertiría en una de las personas más ricas del país. Cómo enseguida fue blanco de las bromas pesadas y el ostracismo en el orfanato, y cómo se ganó a la insignificante Carlota niña cuando la ayudó a recuperar su amada muñeca, convirtiéndola en su casi hermana gracias a un pueril pacto de sangre. También cómo la hizo presa de una infame treta para arrebatarle el futuro. Lula le tendió una trampa, la hizo quedar de ladrona, mala, brutal. Carlota, aún hoy, no entendía cómo una niña de diez años pudo autoinfligirse tamañas heridas con el afán

de tacharla de violenta y cruel, con el fin de que quedara descartada como adoptable.

Nadie iba a llevarse a casa a una criatura con los peores instintos, capaz de golpear a su amiga del alma de ese modo para que no delatase su hurto. Lula llevó la mentira a tal extremo que casi perdió un ojo. Y ella perdió la vida que hubiera podido tener.

—Perdí a mis padres adoptivos, a aquellos que se fijaron en una pequeña rubita y miope. —Carlota esbozó media sonrisa triste, recordando cuán insignificante era. Suspiró—. Perdí su fortuna, su amor, sus cuidados. Mientras ellos removieron cielo y tierra para adoptar a quien me traicionó, yo pasé por un infierno de casas de acogida, por un «padre» que hurgaba en mi cuerpo de niña como si fuera una prostituta. Por un aborto clandestino que casi me lleva a la muerte y que me ha dejado estéril de por vida. Por el tormento del abandono, la miseria, la sordidez.

Se hizo un silencio tupido, pesado. Armando no se atrevía a decir ni una palabra hasta que ella no hubiera acabado de vomitar las suyas. Prosiguió contándole que cada uno de esos años de infierno juró encontrarla. Encontrar a la Gitana. Encontrar a quien le robó su vida.

—Lo he conseguido —aseguró Carlota, con la determinación del odio en la voz—. Y es el momento de hacerle pagar.

Armando la miró, estremecido. Tras escuchar aquel relato de pesadilla, ¿cómo podía rebatirle sus ansias de venganza a alguien que había sufrido tanto? Quizá era el momento de que ambos rompieran con su pasado.

## *1994*

*Corría tan deprisa que sentía como si las piernas fueran a salírsele del cuerpo. Era buena en gimnasia, y al pañuelo no le ganaban ni los mayores. Era la más canija, pero muy rápida. Recorrió el pasillo que la alejaba de su celda provisional, la biblioteca, y pasó de largo por la sala común y la sala de profesores, ambas desiertas, por suerte. Sus bambas, que fueron blancas hacía ya tiempo y en otros pies, repiqueteaban en el terrazo frío y feo que cubría los suelos de todo el centro. El mono vaquero le rascaba los muslos, pero no lo sentía. Su única obsesión era llegar, llegar a la puerta antes de que la Gitana se marchara con los que días atrás iban a ser sus padres y ahora solo eran los señores a los que robó, tirando sus sueños por el albañal.*

*Casi volando se agarró al pasamanos de las escaleras que llevaban al piso de abajo. Lo que en jornadas normales tardaba un buen rato en recorrer, sobre todo en horario de cambio de clases o salida al patio, ahora lo estaba atravesando en segundos. Las gafas iban bien sujetas a su cráneo gracias a la goma que la profe Milagros le había comprado, harta de que se le cayeran al suelo y se le rompieran. Con su miopía, ir sin gafas por la vida era casi un suicidio. La pobre niña veía menos que un topo.*

*Jadeando llegó a la planta baja, donde estaba secretaría y la sala de espera y de profesores. Las puertas dobles, que se abrían empujando una barra que a la niña le quedaba a la altura del pecho, se veían despejadas. ¿Y la gente? ¿Dónde estaba?*

*—Que no se haya ido, por favor, por favor, por favor… —susurraba para sí, jadeante.*

*En ese momento, apareció desde el cuarto de la fotocopiadora*

*Mari Luz, la secre. La miró extrañada.*

*—¿Qué haces tú aquí?*

*Menuda pillada. La cría dirigió sus ojos reducidos hacia el exterior. El grupo había descendido los peldaños que separaban la entrada del orfanato de la calzada. Y ahí, en la calle, el cochazo, los padres, la dire, Milagros, los compas alborotados y, supuestamente, ella, siendo el centro de envidias y de miradas. Mosqueada, Mari Luz soltó los papeles con los que cargaba en el mostrador y enfiló hacia la fugada.*

*—¡Para arriba ahora mismo, señorita! Será posible…*

*Sin detenerse a escuchar la perorata de la secretaria, empujó con todas sus fuerzas la puerta, saliendo al exterior como una exhalación. Se mezcló con el gentío, esquivando brazos y piernas, aprovechando los huecos, utilizando su tamaño menudo. Sintió que Mari Luz salía tras ella, dando voces. Si la directora se percataba de que se había escapado, adiós a la «despedida». Atisbando entre los cuerpos que rodeaban a la nueva familia, vio bolsos, manos, bolsillos traseros pespunteados, faldas plisadas… Y junto al coche, aferrada a la mano de la señora que iba a ser su madre, ella. La maldita mentirosa que la había traicionado. Su pelo negro, liso, recogido en una cola de caballo tirante. Su piel parda, mate. Su boca de labios finos crujientes como el papel de seda sonriendo con el aire soberbio de quien ya se sabe mejor que los que la rodean.*

*Su único ojo descubierto, profundo, negro, ensombrecido por el lila de sus ojeras perennes, la enfocó. Notó su miedo. El miedo a que cualquier cosa que pudiera decir su amiga traicionada le hiciera perder lo que había ganado. El terror a que la verdad que escondía su retorcida mente saliera a la luz. Tironeó del brazo de la señora que seguía pareciéndole gorda y que ahora era su madre. Señaló con cara de susto a la niña rubia que se esforzaba por llegar hasta ella. La directora se dio cuenta de que la presa se les había escapado de la biblioteca, a saber cómo, y gritó:*

*—¡Fuera de aquí! ¡López, Aguirre, cogedla!*

*Los compañeros a los que aludía por sus apellidos, unos*

*chavales de BUP, miraron a su alrededor, sin saber muy bien a qué se refería la directora. La chiquillería, ávida de gresca, comenzó a gritar. En el aire se elevó un improvisado coro de agudas voces infantiles, discordante, feroz. Aprovechando el desconcierto, la pequeña miope se abrió hueco y llegó hasta la niña que le había robado todo, la niña que le había robado su vida. La agarró de la blusa recién estrenada, regalo de sus padres, atrayéndola hacia sí con una energía inusitada en alguien tan mínimo. Acercó la boca a la morena oreja de la Gitana sintiendo con regocijo cómo esta temblaba de miedo. En ese instante, la mano de un chico asió su delgado y pálido brazo y tiró de ella en dirección opuesta, obedeciendo las órdenes de la directora. Los chillidos se hicieron aún más agudos, jaleando la refriega. Una amalgama de voces excitadas que herían los tímpanos como el estallar de la pólvora. Justo antes de que la arrastraran lejos de la recién acogida, logró susurrarle a la que había sido su amiga las palabras que la perseguirían el resto de su vida.*

*—Te encontraré.*

*Alguien la agarró de la cintura y se la llevó de allí, aunque sus miopes ojos siguieron mirándola feroces. El tumulto se dispersó, los gritos fueron bajando de intensidad, el coche se alejó del orfanato y los padres trataron de calmar a su recién estrenada hija con palabras de aliento y cariño.*

*Pero la espita del terror que habitaba en ella se abrió en ese momento. Quedó frente a su maldad desnuda. Tuvo la certeza de que algún día volvería a encontrarse con quien conocía la negrura de su esencia.*

*Su propio ser la condenó al tormento del miedo eterno.*

# 12

El corredor acristalado que escondía la puerta que llevaba a la sala de paisajes aguardaba la retirada de su dueña, como cada noche. Aunque el aire olía a tormenta, reinaba un silencio reverencial. Los farolillos de cristal tallado que adornaban con su luz puntos estratégicos del jardín relucían tras los ventanales. El trampantojo que emulaba la libertad de una estampa campestre era la tapadera perfecta para la ritual contemplación de las obras cautivas. En aquel museo privado, Lula experimentaba lo más parecido al amor que podía sentir. Sobrecogimiento, reverencia, éxtasis y soberbia. La soberbia de saber que poseía un pedazo del alma y la vida de algunos hombres y mujeres tocados por la genialidad. Que atesoraba, solo para su disfrute, obras que fueron creadas para solaz de la humanidad. Esa codicia, lejos de avergonzarla, la henchía de orgullo y (casi) de felicidad. Cuando cerraba la puerta tras de sí y echaba un vistazo circular a sus caprichos, despacio, regodeándose, y aspiraba el aroma a aceites, pigmentos, tela y madera, su torturada mente se esponjaba un poco. Lula se complacía al comprobar la magnitud de su tesoro. Anhelaba ese momento durante todo el día. Sumergirse en la atmósfera exquisita de ese templo erigido en honor del hedonismo y la avaricia. Hundirse en el mullido sofá verde situado en el centro de la estancia, abrir la licorera de cristal de Murano que rellenaba Amalia con precisión, escanciar una copa de fragante ron. Para finalizar, el trance. El momento de perderse en los paisajes que otros plasmaron, que otros vivieron, en los que afortunados seres libres pudieron pasear, oler, acariciar. Se fundía en la ilusión de las tres dimensiones donde solo había una superficie plana. Se afanaba por escuchar el rumor del agua lamiendo las piedras suaves por el limo en los ríos, se sugestionaba hasta sentir el frescor de la hierba bajo sus pies descalzos, se abstraía hasta creer que los copos blandos y albos se

depositaban en sus mejillas, para deshacerse casi al instante al contacto de su piel tibia. Vivía en la triste ilusión de ser libre en la celda más exclusiva del mundo.

Pero todo sueño tiene su despertar. Una vez alcanzado el éxtasis, Lula abandonaba su refugio. Aquella noche no fue distinta. Tecleó la clave alfanumérica que cambiaba cada pocos días y cerró la cueva del tesoro. Solo ella podía entrar las veces que deseara; Amalia tenía el pase restringido al tiempo de limpieza, colocar la bebida, acondicionar la sala. Ese lugar era su refugio privado. Ascendió por las empinadas escaleras y dejó atrás su santuario, deseando llegar a la seguridad de su alcoba y continuar con la rutina nocturna: desvestirse y cubrirse el cuerpo con los delicados tejidos de seda y satén que la envolvían en su sueño, tomar un somnífero. Por último, leer alguna novela que la ayudara a sumirse en el sopor químico.

Recorrió el pasillo y abrió la puerta de su habitación. Lo primero que le chocó fue la oscuridad. Amalia jamás cometía fallos. La luz de su mesilla, así como la lámpara de pie que alumbraba los ventanales, debían estar encendidas. Ayudada por la leve penumbra que de tanto en tanto iluminaba el cuarto —los lejanos relámpagos de la tormenta que se anunciaba eran cada vez más potentes—, atinó a alcanzar el interruptor de la lámpara de sobremesa, una hermosa pieza de pie de porcelana labrado con decenas de flores.

Pero al hacerse la luz no sintió alivio. Sintió terror. Encima de su cama, un objeto que solía aparecerse en sus pesadillas. Una muñeca. Una muñeca torturada, con agujeros negros en lugar de ojos; con la cabeza quemada, un mechón de pelo rubio colgando sobre su rostro. El vestido que un día fue rosa, gris y desgarrado.

Un fuerte resplandor alumbró la habitación con una teatral y cegadora luz. Lula pudo ver con mayor detalle que aquello no había sido producto de su imaginación. Era ella. La muñeca que ella misma robó, envidiosa de ese consuelo que no podía tener. La muñeca que le sirvió para que aquella estúpida gafotas se convirtiera en su talismán en aquel agujero de soledad y abandono. La muñeca que disfrutó quebrando, rompiendo, quemando. Viendo cómo las suaves mejillas redondeadas se derretían al calor del fuego, deformándose. Tornándose monstruosas. Ese monstruo estaba ahora frente a ella. La mente de Lula comenzó a girar en un

torbellino de angustia mientras un trueno rompía la noche. Su respiración se aceleró, su corazón pasó de dejar de latir a bombear arrítmicamente. ¿Cómo había llegado esa muñeca hasta allí? ¿Quién lo sabía, quién podía conocer aquella historia?

Regresó al orfanato. Volvió a escuchar aquel griterío ensordecedor, las voces agudas de sus compañeros. Las órdenes de la dire Asunción. La mano cálida de la que iba a ser su madre. El coche que la esperaba para apartarla de aquella sórdida vida. La amiga traicionada que pugnaba por llegar hasta ella.

Y la alcanzó, abriéndose paso entre los niños que habían salido a despedirla, envidiosos del futuro que se abría ante la asquerosa Gitana.

Sintió de nuevo el aliento ardiente de su amiga en la oreja. Su odio. Su promesa.

«Te encontraré».

Lula, loca de terror, retrocedió sin poder apartar la vista de aquel recuerdo del pasado. Los ojos vacíos, acusadores, de la muñeca; los ojos de su amiga. Una niña a la que no había logrado encontrar una vez que se hizo adulta y poderosa. Quiso borrarla de la vida real y que solo habitara en sus pesadillas. La supuso muerta en algún callejón de la ciudad a manos de su chulo, de la droga, de la miseria.

Lula al fin pudo dar la orden a sus piernas para correr pasillo arriba, salvar las escaleras suspendidas en el aire sin ver, tratando de gritar, de aullar. Cada vez le costaba más respirar, necesitaba avisar a emergencias, a Amalia, a alguien… Cuando logró llegar al salón, trastabillando, se dirigió hacia el velador en donde reposaba el mando de la alarma, pero un rayo iluminó la estancia en ese instante, proporcionándole la visión de una mujer. Una mujer pequeña. Era esa maldita zorra, su experimento, que ni se preocupaba por ir en su auxilio.

—Carlota… —exhaló con voz ronca, en un imperativo deseo de auxilio.

Carlota avanzó hacia ella. Cada vez que un relámpago rompía la oscuridad manchada de preñadas nubes grises, un halo rojizo se encendía enmarcando la cabeza de la joven, como una suerte de remedo del halo de santidad del arte sacro. Lula apenas atisbaba la cara de la ratera, pero le parecía ver que sonreía. No era una sonrisa

amable. Era una mueca cruel. Un rictus sádico. Se acercó hasta ella y le arrancó el mando que estaba a punto de alcanzar con su mano temblorosa. Lula la miró con estupor. Volvió a balbucear, jadeando por el terror y la falta de oxígeno que ella misma se provocaba con su pánico:

—Ayúdame.

Carlota se acercó lentamente al oído del ser que había perdido todo atisbo de elegancia y soberbia, sus señas de identidad. Y susurró las dos palabras que llevaba soñando pronunciar desde los diez años:

—Te encontré.

El sonido de la tromba de agua que había comenzado a empapar la tierra enmarcó dramáticamente la afirmación que Carlota dedicaba a la causante de años de denigración y suplicio. Los ojos de Lula, al entender la terrible verdad, se abrieron hasta casi salirse de las órbitas. Aterrada, miró el rostro de Carlota. Por primera vez lo miró de verdad. Y al entrar en sus ojos vio a su antigua amiga. Lo que temió desde el mismo momento en que dejó el orfanato estaba allí, frente a ella. Loca de terror, empujó torpemente a su fantasma y trató de huir casi a ciegas, escapar de aquel demonio, ese monstruo que la había convertido en una enferma. Pero Carlota no iba a permitírselo. La agarró fuertemente del cuello de la camisa y la volteó hacia sí, arrastrándola sin contemplaciones hasta los ventanales abiertos, flanqueados por visillos que bailaban a merced de la corriente, permitiendo entrar la intensa lluvia y el viento desatado por la tormenta. Ni un sonido, salvo jadeos y gruñidos, salía de los labios de las mujeres. No hacían falta más palabras, en esa estancia el terror y el odio se dejaban escuchar sin levantar la voz. Lula se dio cuenta de que Carlota la quería sacar al exterior. Horrorizada, la mujer trató de desasirse de las garras de su captora, pero la ladrona llevaba mucho tiempo entrenando para robar en aquel maldito museo y la fuerza estaba de su lado. Implacable, hundió los dedos en los delgados brazos de Lula, acercándola cada vez más al jardín, que se iluminaba de tanto en tanto con el resplandor de los rayos. La desesperación dio bríos a Lula, que se retorció como una anguila en el anzuelo, logró soltar un brazo y alcanzar un jarrón, con el que golpeó a Carlota en la espalda. Esta soltó un gemido, pero, como un perro de presa, no abrió la

mandíbula. Al contrario, saltó sobre su enemiga y la tiró al suelo con un fuerte golpe. Luego, la agarró de los pelos y la arrastró al aire libre, surcado por densas gotas de lluvia. Lula trataba de minimizar el dolor asiendo las manos a su captora, clavándole las uñas, aunque Carlota era inmune al dolor, a la piedad, a la conmiseración. Con un último esfuerzo, sacó el cuerpo de su enemiga de los límites del salón y lo arrastró hasta el césped, ahora empapado. Lula no notó cómo sus muslos se cubrían de arañazos por la gravilla. Ni la calidez de su orina mezclándose con el agua fría del cielo. Lula había entrado en un estado de *shock* tal que solo sentía el terror, el pánico, la falta de aliento.

La muerte. Tirada en mitad de su centenario jardín rodeado de altos muros y grandiosos tilos y castaños, temblaba y se afanaba por llenar de aire sus pulmones, hiperventilando, sintiendo que la vida se le iba mientras la cara de la mujer que trataba de matarla se transformaba en el rostro menudo de su amiga de la infancia; su pelo ambarino se volvía rubio pálido, casi blanco; sus ojos grises se empañaban tras los cristales de miope que le permitían ver. Su boca de labios bien perfilados se encrudecía mientras la contemplaba morir…

—¡Carlota!

El grito de Armando se alzó sobre la tormenta. Aún con las ropas secas, en cuatro zancadas salvó la distancia que separaba a las dos mujeres de la casa, mirando primero a Carlota, hecha un trapo húmedo y chorreante, y luego a la yacente Lula. ¿Estaba muerta? Se arrodilló a su lado y se dio cuenta de que respiraba, pero con mucha dificultad. La cogió en brazos como si no pesara y gritó iracundo a Carlota:

—¿Estás loca? ¿Qué cojones querías? ¿Matarla?

Sin esperar respuesta, corrió al interior de la casa con el guiñapo que una vez fue la altiva Lula Quirós. Carlota se quedó en mitad de la tormenta, su cabello anaranjado pegado al cráneo y a sus mejillas como regueros de sangre. Un Cristo torturado, un espectro. Los brazos, caídos a ambos lados del cuerpo, inertes. La mirada aún fija en la pradera donde aquella a quien tanto mal deseaba había estado a punto de morir.

La tormenta se alejaba, pero la lluvia no cesaba. Como su odio.
Negrura. Oscuridad. Estoy ciega. No podré volver a ver mis obras.

¿O es que tengo los ojos cerrados? Palpo mis párpados. Están abiertos. No logro ver más que el manto parduzco que me envuelve. Las siluetas de los muebles que visten mi dormitorio comienzan a perfilarse. Tomo aire. Respiro. Estoy viva. Pero he visto la muerte. He estado muerta. Poca gente vive sus pesadillas, aquello con lo que despiertan alterados y con el corazón desbocado. Yo sí. He vivido mi pesadilla, mi peor sueño. Me ha encontrado. Se ha colado en mi casa, en mi vida. Su piel ha descansado en mis sábanas, sus labios se han posado en mis copas. Ha respirado mi aire, ensuciándolo con su aliento vengativo. ¿Qué sabe? ¿Sabe cómo lo hice? Los golpes. Tenían que ser brutales para convertirla en un monstruo; me dolían. Pero tenía que aguantar el dolor. Más. Más fuerte. Me estalla el ojo. ¿Me habré quedado tuerta? No importa… Daré más pena. Nadie me quiere, nadie me sacará de este agujero de soledad. Ahora me querrán. Tendrán que quererme. Voy a quedarme con sus padres.

Tiemblo. Me ha encontrado. Hiperventilo. Me duele el pecho. Estoy fuera, en el exterior. Dios, Dios… Dios no existe. La lluvia me moja la cara, el cielo negro, la luz que me estalla en los ojos, esa luz que llena la atmósfera de electricidad, no puedo respirar, me ahogo, me ahogo, ¿dónde está la luz? Me golpeo la mano con la mesilla, tiro algo que me humedece la mano, el vaso, la botella de cristal llena de agua, la lámpara, no encuentro el interruptor, me muero, me ahogo…

Armando escuchó algo caer en el cuarto de Lula. Fue hasta allí, a buen paso. El efecto del calmante se debía de estar pasando. Abrió la puerta de la habitación mientras escuchaba los ligeros pasos de Amalia que se acercaban por las escaleras. Lula estaba con medio cuerpo fuera de la cama, había tirado objetos de su mesilla al suelo. La luz del vestíbulo de su *suite* alumbró parcialmente la cama. Armando la incorporó y la notó empapada en sudor, boqueando como un pez fuera del agua.

—¡Amalia, las pastillas!

Amalia, que entraba en ese momento por la puerta, metió la mano en el bolsillo de su uniforme y sacó los medicamentos que darían paz momentánea a su señora. Del suelo cogió la botella de cristal tallado; aún quedaba la mitad del líquido en el interior. Armando abrió la boca de Lula y el ama de llaves le puso la píldora en la lengua, muy atrás, casi tocaba la campanilla con sus dedos

huesudos y su mano mínima. Luego, la obligó a tragar un sorbo de agua.

—Ya está, señora, está a salvo. Ya está.

—Respira, Lula. Respira.

Armando le puso la cabeza en la almohada. Lula daba pequeñas bocanadas de aire tratando de abrir los ojos. Pero las drogas empezaban a hacer efecto y cada vez se sentía más amodorrada. Odiaba perder el control de su cuerpo de esa manera. ¿Cuánto tiempo llevaba sumida en ese estado de pesadillas y despertares? Se sentía sucia, pegajosa. La boca seca, el aliento acre. ¿Había comido? La angustia por no seguir sus horarios pugnaba por ganar a los ansiolíticos, que al fin vencieron. Se sumió en un profundo letargo. Su pecho comenzó a moverse al ritmo de una respiración algo más calmada. Armando y Amalia se relajaron también. La mujer comenzó a recoger los enseres que había por el suelo. No había vidrios rotos, habían caído sobre la alfombra de seda persa que cubría ambos lados de la cama. Cargó vaso, botella y jarrón para llevarlos a la cocina y lavarlos. Armando no se movió.

—Dejaré la puerta abierta. Está el ambiente muy cargado.

—No abra las persianas.

Amalia, sin detenerse, le contestó:

—Lo sé.

Las miradas de ambos se cruzaron un instante. Armando asintió y se quedó solo en el dormitorio. Contempló la pesada respiración de Lula, envuelta en las sábanas de satén con bordados dorados en las que recordaba haber follado, con ese sexo desprovisto de cualquier atisbo de amor o sentimiento de ternura. El que ella le pedía. Hasta sus orgasmos habían de ser programados. Pero sus crisis le hacían saltarse el programa diario. Y esa había sido de las gordas. Carlota había encarnado todos sus fantasmas, todos sus temores desde niña. Y, de golpe, se percataba de que la tenía delante, de que la había metido ella misma en su vida. La había engañado. Temió por Carlota. Lula Quirós no era de las que perdonaban.

La ladrona fumaba en el jardín, con el pelo mojado y peinado hacia atrás, envuelta en una gruesa manta, sentada al abrigo de las ramas desnudas de un tilo. El mismo que había visto a Lula tirada en el suelo, deseando y a la vez temiendo morir. Sentada en un banco en

el que no podía sentarse su dueña. Tenía las yemas de los dedos arrugadas, como pasas. Había pasado mucho, mucho tiempo a remojo. Se frotó con cuidado la espinilla de la pierna izquierda. Le dolía. Vio llegar a Armando pese a la penumbra gracias a los farolillos tallados que señalaban con mil destellos el camino de gravilla que serpenteaba entre el césped. Atravesaba la pradera con sus largas piernas enfundadas en un vaquero que le caía como un guante, una camisa blanca y un grueso jersey negro de pico. Parecía un alumno de algún máster pijo de esos que se pueden comprar si perteneces a la clase adecuada. Apagó el cigarro en el cenicero de cristal de Murano que adornaba la mesa de forja situada a la izquierda del banco. La mano de Armando no cesaba de jugar con la dichosa monedita, una y otra vez.

—No tardará en recuperarse —aseguró exhalando una nube de vaho.

—Qué alegría más grande —repuso Carlota lacónicamente mientras se encendía otro cigarrillo.

Armando se sentó junto a ella. Dejó la mirada enredada entre los recovecos verdes del frondoso jardín. Entre sus dedos se deslizaba una y otra vez la moneda.

—Hueles bien.

—He estado dos horas metida a remojo.

Armando asintió. Hubo una pausa.

—Querrá su cuadro.

—Lo sé.

—Ya queda poco. Dejaremos que vea el robo, le daremos el Courbet y todo habrá acabado.

Carota exhaló el humo con fuerza, rompiendo blanca y vaporosamente la oscuridad reinante en el jardín.

—Sí, todo.

Sus miradas se encontraron. Armando la cogió por los hombros con su largo brazo, tratando de protegerla de su propia tristeza. Un observador ajeno los hubiera tomado por una pareja de novios en un parque. Amalia, que los contemplaba desde la ventana de la cocina, suspiró. También estaba deseando que todo aquello acabara. Estaba muy cansada.

Lula había logrado espaciar las tomas de ansiolíticos y de inhibidores de la serotonina, levantarse de la cama y darse una

ducha. Seguía siendo un ser aterrado, sentía la presencia de Carlota en la casa, aunque no salía de sus espacios de seguridad, su despacho y su *suite*. Volvió a mirar el reloj y a intentar pautar sus rutinas. Aún no podía ni asomarse al exterior, y las ventanas y persianas permanecían cerradas a cal y canto. De pasar por el salón, ni pensarlo. Solo recordar los grandes ventanales abiertos le daba ganas de vomitar.

Pero, por encima de todos esos síntomas, lo que no perdonaba era que esa hija de puta se hubiera colado en su dormitorio, en su lugar de descanso, para ensuciarlo con aquel macabro recuerdo del pasado. La imagen de aquella muñeca destrozada no se le iba de la retina. Amalia le juraba que había limpiado la estancia, que no quedaba rastro de la tétrica muñeca ni de Carlota; sin embargo, Lula aún sentía en la boca el sabor metálico del miedo.

Llamaron a la puerta y la sacaron de sus disquisiciones. Lula observó los monitores, prestando atención al pasillo que llevaba a sus habitaciones. Los del resto de la casa estaban apagados. No quería toparse con la imagen de su antigua amiga paseándose por su casa. Vio la larga figura de Armando, parado frente a su puerta. Solo. Respiró. Se atusó el traje de chaqueta rojo y pulsó el botón que desbloqueaba la puerta. Los cerrojos se corrieron automáticamente con un chasquido seco. Se irguió en su butaca.

—Adelante.

Él hizo pasar sus casi dos metros de cuerpo elástico al despacho. Estaba guapo, pero a Lula no le afectó; las pastillas que reposaban en asépticos botes sobre la pulida superficie de su mesa le dejaban la libido y la vagina secas como pasas. Armando se sentó frente a ella y la miró. Intentaba tener el aspecto impecable de siempre, su *bob* a ras de mandíbula brillante y liso como seda negra, sus negros ojos enmarcados por máscara de pestañas y sombra mate, sus labios rojos, más definidos por la cirugía que cuando era niña, perfectamente delineados. Pero algo delataba el estado de ansiedad que la corroía por dentro. Ni el corrector lograba disimular las ojeras violáceas que se marcaban en su piel cetrina en cuanto algo alteraba las costumbres de Lula. Un cierto temblor en las manos. Una mirada alerta.

—Tienes buen aspecto —mintió Armando.

Lula no contestó. No merecía la pena. Alargó la mano y cogió la

copa de balón llena de brandi. Necesitaba de todas sus muletas en aquellos momentos. Alcohol, pastillas, aislamiento. Se acercó la copa a los labios y bebió un sorbo, con parsimonia. Trataba de moverse tan lenta como un perezoso para controlar sus temblores. Se levantó y se volvió hacia las cortinas que enmarcaban unas venecianas de madera de cerezo que cubrían la ventana por completo. No soportaba la vista del exterior. Rozó con las puntas de los dedos las lamas.

—He vuelto a los peores años de mi enfermedad. A vivir en una tumba. Si mirase la luz del día, ardería como una tea. Si el viento del otoño me rozase la piel, la desgarraría. Así me siento.

Se volvió, ante el silencio de Armando. ¿Qué podía decir él? Dio un par de pasos hasta que la tela roja de su falda de tubo tocó el borde de la mesa; parecía necesitar de balizas para moverse. Se rascó con saña la cicatriz de la muñeca, restos de aquel pacto de sangre que hicieron de niñas y que tanto le repugnó.

—Yo debo permanecer encerrada en mis habitaciones mientras ella puede recorrer sin temor no solo mi casa, sino el mundo. Le quité su vida y ella me ha quitado la libertad. Peor —matizó—. La paz.

—No te hará daño, Lula. No dejaré que vuelva a acercarse a ti.

—Debí acabar con ella hace años. Lástima que, cuando tuve edad para poner en marcha la maquinaria, esa zorra se había esfumado. Quise creer que había muerto; pensé que, liberada de ella, sería libre yo también —prosiguió, resentida, con una mirada cargada de miedo—. Pero el terror había echado raíces. Había extendido sus ramas por cada fibra de mi cuerpo, poseyéndome, devorándome…

Volvió a beber de su copa. Un ligero temblor le sacudía la mano. Una de las mujeres más ricas del país convertida en una niña asustada por metro y medio de ratera.

—No la reconociste —recalcó Armando.

—Tenía diez años, ¿recuerdas? Y esa hija de puta era rubia y cegata. Ni se le veían los ojos con esas gafas de culo de vaso, eran claros, pero a saber. Y se llamaba Alicia. Ali la cuatro ojos. La pelo paja. —Armando asintió—. Nos ha engañado. A ambos.

Él intensificó el movimiento de sus dedos, haciendo deslizarse la moneda a toda velocidad por estos. Veía venir la tormenta, y esta

vez iba a estallar dentro de esa misma habitación.

—Y nosotros a ella.

—¡Me importa una mierda! —gritó Lula con voz aguda, olvidándose de su impostado tono ronco, rascándose la cicatriz de la muñeca compulsivamente—. ¿Y si entra en mi sala, y si descubre todos mis tesoros? ¡Tus robos quedarán a merced de esa maldita ratera!

—Es el peligro que se corre cuando se entrena a alguien para convertirla en ladrona. Que puede entrar en todas partes.

La tranquilidad de Armando estaba crispando aún más a la Quirós, que golpeó la mesa con la palma de la mano, haciéndose un daño evidente, pues luego se la frotó contra la falda. Se agachó y pegó la cara a la de él, dejándole oler su aliento a alcohol y a bilis.

—Pues que entre en el Thyssen, coja mi cuadro y me lo traiga. Quiero acabar con esto cuanto antes. Y cuando digo «esto» me refiero a ella. Me dan igual tus putos escrúpulos. Sabes que tengo fieles que carecen de ellos.

La moneda se detuvo entre los dedos de Armando.

—No quiero saber nada.

La Lula de siempre volvió a aflorar con sarcasmo.

—Menuda novedad.

Él se levantó, obligándola a separarse de su cuerpo.

—Tendrás tu espectáculo esta noche. Y tu Courbet por la mañana. Será lo último que haga para ti.

Ella trató de no acusar el golpe.

—Sabía que un día llegaría este momento. Desde la primera vez que te contraté. Pero no podrás abandonarme. Aunque quieras. No eres nada sin mí.

Armando sobó la moneda deslizando el pulgar por sus ya escasos relieves.

—Aceptar ese encargo fue el peor error de mi vida.

Se quedó junto a la puerta, con la mano en el pomo y esperando a que Lula le permitiese salir. Notaba que le faltaba el aire en ese despacho viciado, en esa penumbra. Al fin, ella pulsó el botón y provocó que el resbalón se replegara con un crujido metálico. Armando salió y la soledad se hizo de nuevo en la celda de la dueña de la casa.

Carlota y Armando, con sendos auriculares, cómodamente sentados

en la Mercedes del segundo, escuchaban atentos las llamadas que se producían en el museo. El escáner de frecuencia que habían instalado para interceptarlas funcionaba a la perfección y en breve un empleado de seguridad llamaría a la empresa informática que gestionaba el *software* del Thyssen porque el sistema de alarmas requería una actualización inmediata. Requería una actualización porque Armando así se lo había hecho creer, claro, para poder meter por «la puerta de atrás» el *software* para controlar las alarmas. Ahora les quedaba aguardar a que el número de la empresa de alarmas fuera contactado. El dispositivo de derivación les saltaría a ellos, interceptarían la llamada y ellos mismos se harían pasar por técnicos. Así, introducirían el *software* que les interesaba.

Carlota atendió la llamada y aseguró que en menos de quince minutos su mejor hombre estaría en el museo. «Su mejor hombre no, pero el que les va a dar el palo, seguro». Armando, trajeado pero sin corbata, ordenador en ristre, salió de la furgoneta aparcada en la calle de Zorrilla y se encaminó hacia el museo, pasando por delante del Congreso de los Diputados, bien llenito de policías nacionales. Hay que joderse con que el puto museo estuviera al lado de uno de los edificios más vigilados de España. Sin otra cosa que hacer que esperar a que Armando volviera una vez cumplida su misión (le iba la vida en ello), Carlota repasó punto por punto el plan de robo. Se forzó a beberse un batido energético y a mordisquear una barrita de cereales. No le entraba nada, y mira que era tragaldabas. Por muy al milímetro que tuvieran diseñada la cosa, entrar en una de las pinacotecas más famosas del mundo y hacerse con un cuadro era bastante acojonador, si es que existía la palabreja. Al menos ella estaba acojonada. Miró la pequeña cámara que llevaría encima. Todo para entretener a esa puta loca. Se alegraba de que Armando la hubiera devuelto a la casa la noche de la tormenta. Ella la habría matado. Y hacer eso la hubiera metido en un buen *jari*. Y no solo a ella. Pero que se merecía morir boqueando como una pobre sardina fuera del mar, se lo merecía. La puerta del conductor de la Mercedes se abrió, devolviendo a Carlota al presente. Armando se sentó al volante.

—Niña, listo.

—¿Ya?

—Era teclear unos códigos y meter un USB, no pintar la Capilla Sixtina. —Armando miró su gigantesco reloj cojo-carísimo—. Tu turno.

—No he cogido número. Que pase el siguiente.

—Me parto contigo. Venga, pequeña. Llegó la hora de la verdad.

Carlota asintió, resoplando. Armando la miró con cariño. Le hizo una caricia en su cara de cría. Las pestañas, tan rubias que apenas se veían, aleteaban de arriba abajo, como mariposas nerviosas.

—Está todo medido. Puedes hacerlo. El parche está metido en el *software*. En cuanto lo actives, estarás a salvo.

—Durante una hora.

—Suficiente —dijo Armando sonriendo con sus perfectos hoyuelos marcados bajo la barba rala.

—Eso dices tú, que tendrás el culo puesto en ese asiento.

—Vamos, cobarde, ya sabes que voy a entrar contigo; te sabes el recorrido literalmente a ciegas. Y estás en forma. Solo te hace falta estar concentrada.

—Y algo de suerte —repuso Carlota.

—Con la vida que has llevado, creo que ya te toca. Aunque solo sea por cálculo de probabilidades.

Carlota chasqueó los labios y le apuntó con el dedo como si fuera una pistola.

—Ahí le has *dao*.

Una atractiva pareja con leve acento andaluz recorría el Thyssen con aplomo. El hombre, gafas de moderno diseño de pasta, algo ahumadas, vestido con la ropa cómoda de aquel que va a patearse la ciudad sin perder el estilo, cogía de la mano a su esposa, una mujer alta y de larga melena con apretados rizos negros. Lula podía ver el aspecto de Carlota cuando esta pasaba por algún espejo o ventanal. Era un alivio que fuera disfrazada. Ahora que sabía que Ali, su asquerosa compañera de orfanato, se escondía bajo la apariencia de su ladrona, ya solo veía a aquella niña. Su pelo rubio pálido, sus pequeños ojos miopes, deformados por los cristales de aumento de las gafas de segunda mano. Su escuálida y raquítica figura. Lula se rellenó la copa. Sentada en su cómoda butaca de piel burdeos, contemplaba desde la seguridad de su despacho las evoluciones de sus ladrones a sueldo. Estaba impaciente. No sabía si en mayor grado por tener su *Arroyo Brème* o por librarse de una

vez por todas de la fuente de sus males. Miró el reloj. La función iba a empezar. Las siete menos diez. El museo estaba a punto de cerrar sus puertas.

Carlota y Armando, bajo la piel de los turistas andaluces, se dirigieron a las escaleras como una pareja que acaba su visita y se dispone a salir del museo. Pero, en vez de bajar, subieron. Los planos conseguidos por Lula indicaban dónde estaba el cuarto de máquinas de los ascensores. Mientras Carlota vigilaba, Armando desactivó el código con facilidad. Sobre todo porque lo conocía. La señora Quirós tenía agarraderas en las cloacas más variadas. Estaba claro que, con la cantidad de dinero adecuada, se podía conseguir cualquier cosa. La puerta se abrió y Carlota entró en la sala, oscura y anodina. Cuadros de mandos, émbolos y una trampilla que daba a la parte superior de la cabina de uno de los ascensores. Se quitó los taconazos, los anchos pantalones de rayas, la blusa blanca (donde estaba pinzada la microcámara), la *blazer*, quedándose en nada, cuarenta kilos de fibra enfundados en un mono de licra negra. Una especie de mochila elástica y larga del mismo color se pegaba a su espalda, como una aljaba. Allí llevaba todos los aperos necesarios para la noche. Se calzó los pies de gato, suaves y dóciles, y metió las manos en el par de guantes finos y con relieve de goma en las palmas, para facilitar el agarre y no dejar huellas. Por último, desplegó el verdugo que cubriría su rostro. Miró a Armando, que trataba de infundirle calma con su aplomo mientras le recolocaba, justo donde se unen las dos clavículas, la microcámara inalámbrica que permitía a Lula ver y oír las evoluciones de la ladrona. Aunque oír, poco, esperaba Carlota. Como mucho, el hostión que se podía dar cuando emulase a Spiderman en la fachada.

—Ya está.

—Para ser el primer broche que me regalas deja mucho que desear.

—Si me lo devuelves intacto, te compro otro a tu gusto.

—Hecho —respondió Carlota esbozando una sonrisa.

Se dio cuenta de que le temblaban un poco las comisuras y se alegró de que esa zorra de Lula no pudiera regocijarse viendo su miedo escénico.

Escucharon pasos por las escaleras. Los trabajadores del museo repasaban el edificio antes de cerrarlo al público. Debían darse

prisa.

—¿Sigues queriendo hacerlo?

Carlota miró al hombre de quien se había enamorado sin querer y tuvo ganas de decirle la verdad. «No. No quiero. Quiero olvidarme de todo lo que sé, creerme tan solo una chica colada por ti, viajar en Navidad a ver a la familia y tener cuatro perros». Pero toda su vida la había llevado al punto en el que estaba. Y no había manera de detener al destino.

—Tengo que hacerlo.

Armando asintió, le puso el verdugo dejándole los grises ojos al descubierto, tan claros al contraste que se veían brillar como dos espejos. Metió un par de mechones rojizos por dentro de la tela y la besó en los labios antes de bajarle la prenda hasta el cuello. Carlota clavó sus pupilas en los ojos de Armando, expectante.

—Estás esperando que te diga que te quiero, pero no te lo voy a decir hasta que se haga de día y estemos lejos de aquí con el lienzo.

—Eres un chulito y un sobrao. Pero me vale —alegó Carlota.

Sonrió bajo su embozo y cogió el pomo de la puerta para encerrarse en el cuarto de máquinas. Armando elevó el pulgar para darle ánimos y contempló cómo su alumna desaparecía para tratar de lograr lo imposible. Cuando se quedó solo, la expresión de confianza que le había dedicado abandonó su rostro como si se la hubieran lavado con un cubo de agua fría arrojado con fuerza. Cargó al hombro la mochila en la que había metido las ropas de ella y descendió por las escaleras salmón del Thyssen. Carlota se había quedado sola.

—Pa ti, Gitana.

Carlota regalaba a Lula un dedo corazón bien estirado colocado frente a la cámara. Que le dieran. La imaginaba cagada de miedo al pensar en ella y dándole al vidrio como si no hubiera un mañana, pero al tiempo sin apartar los ojos de la retransmisión en directo del robo. Enferma de mierda… Se obligó a concentrarse. O se olvidaba de la loca de Lula o podía cometer un error que la llevaría derechita a una habitación sin vistas en Alcalá Meco. O, más divertido aún, al tanatorio. Así que cogió aire tres veces lenta y profundamente, llenando los pulmones y vaciándolos por completo cada vez, y se puso a la faena. Abrió la trampilla que la situaría en el hueco del ascensor, justo sobre la cabina de este. Debía esconderse en ese

peligroso espacio, rodeada de la maquinaria y tumbada sobre lo que era el techo del ascensor. Los celadores revisaban todos los ascensores tras cerrar el museo al público. Puso las puntas de los pies con cuidado en el techo. Luego se agachó, procurando hacer el menor ruido posible y rezando porque a ningún trabajador le diera por subir o bajar en ascensor. En teoría no había peligro de morir aplastada por un émbolo, o acabar triturada entre el edificio y la cabina, pero hacía años también se suponía que fumar expandía los pulmones, y mira. Tratando de no pensar en las infinitas variables que podrían llevarla a la muerte, se tendió bocabajo, más que nada para que Lula se aburriera un rato mirando la nada. Olvidarse de su enemiga no se olvidaba, la verdad.

Pasadas dos horas (de aburrimiento supremo, todo hay que decirlo), Carlota comenzó a devolver el riego a sus extremidades moviendo los dedos de manos y pies. No se escuchaba ni un ruido, los pasos, voces lejanas y rumores varios se habían extinguido hacía ya bastante tiempo, pero no iba a joder el plan por ahorrarse unos minutejos. Se incorporó poniéndose de rodillas. Abrió la trampilla sin dificultad y miró al interior del ascensor. Como era de prever, vacío y negro. De la mochila sacó una pequeña linterna cuya intensidad de luz era milimétricamente graduable. Puso las manos a ambos lados del orificio que dejó la portezuela y, tirando de tríceps (gracias, rutinas de tren superior), se suspendió en el aire. Descendió con cuidado hasta que quedó con los pies colgando. Cualquier ruido más alto que otro haría saltar las alarmas. Carlota comprobó con disgusto que aún le quedaban como treinta centímetros para llegar con la punta de las suelas al piso del ascensor. Debía posarse como una hoja, no como un fardo, o ese saltito sería el último que daría como mujer libre. Sin respirar, soltó las manos y se dejó caer, amortiguando todo lo que pudo el impacto al doblar las piernas nada más rozar el suelo, como un muelle. La figura negra quedó en cuclillas unos instantes, asegurándose de que nada ni nadie la hubiera escuchado. Silencio. Aliviada, Carlota se incorporó. En total oscuridad, se dirigió a la botonera del ascensor. Se sabía cada botón de memoria, dónde estaban, a qué distancia cada uno. Como un invidente que lee con las yemas de los dedos, recorrió la superficie de los pulsadores hasta situarse donde quería: en la primera planta. Debía ejecutar la secuencia numérica que

activaría el *software*, el que Armando había introducido previamente. Eso les permitiría controlar los sistemas de alarmas, humos, sensores de movimiento, de temperatura… El museo estaría desprotegido durante una hora. Las imágenes que seguirían recibiendo en el puesto de vigilancia serían las últimas grabadas antes de ese instante. Y, en cualquier caso, era lo que menos le preocupaba. Llegar hasta la sala donde se exhibía el cuadro, casi a oscuras y en total sigilo, sin toparse con los guardias que hacían la ronda, eso ya le preocupaba un poco más.

Con más miedo que otra cosa, Carlota obligó a sus dedos a pulsar los botones precisos. Como el ascensor comenzara a moverse, estaba jodida. Significaría que la cosa no había funcionado. Dos-uno-cero-dos-uno. Chimpún. Supuestamente, había activado el *software*. Pulsó la apertura de puertas. *Alea iacta est.*

Llevo dos horas contemplando la oscuridad y escuchando su respiración, que a mí me huele a muerte. Los miedos suelen ser un ente abstracto, una presencia que nunca se materializa. Temes algo que no llega a hacerse real, el objeto de tu miedo se convierte en un símbolo: volar, el fuego, morir ahogado… Solo es una imagen que se abrió paso en tu mente por un acontecimiento que te marcó y se instaló como algo incapacitante, algo que te encierra en la peor de las prisiones: el pánico.

Pero todos esos que temen morir ahogados no mueren ahogados. Ni siquiera sufren una aguadilla. Se cuidan muy mucho de acercarse a aguas profundas. Incluso de bañarse en una piscina donde no hacen pie. Yo también me cuidaba por alejarme del origen de mis miedos. Y de repente mi monstruo se ha hecho realidad. En forma de mujer. Todos esos farsantes que me han analizado, diseccionado, estudiado escupieron por esas estúpidas bocas variadas teorías acerca del porqué de mi enfermedad. Un neuroticismo elevado, introversión, falta de asertividad… Mis padres se gastaron un buen pellizco de su fortuna en escuchar a esos charlatanes justificar que me pasaba lo que me pasaba porque sí, por ser como soy, un bicho raro.

En cuanto mis queridos papás fallecieron carbonizados y heredé toda su fortuna, esa panda de ineptos no volvió a molestarme. Me agencié al que aún sigue siendo mi médico, un tipejo gris que me proporciona las drogas que necesito y no me hace perder el tiempo

intentando salvarme. En programar pesadas sesiones y agotarme con terapias conductuales. «Vamos, Lula, da un pasito más… ¿No es bonito recibir los rayos del sol en la piel?». Necios. Necios y crueles. Si disfrutase del aire libre, estaría ahora esquiando en los Alpes. Soy agorafóbica, no idiota.

Yo sé cuál es el foco de mi terror. Es ella. Vivir en aquel orfanato era un combate. Una competición por ver quién conseguía ser rescatado. Y en esa lucha no había reglas, como en la vida. Que gane el mejor. Y gané yo. Utilicé mis armas, como ella usó las suyas. Darle el pañuelo de su madre muerta, o desaparecida, a la gorda de la Quirós aquel día para que se limpiara los dedos fue una buena treta, lo reconozco. Pero fue mejor hacerla aparecer como una ladrona capaz de machacar la cara de su mejor amiga con unos libros.

En el fondo siempre supe que mis padres no deseaban llevarme con ellos. Demasiado alta, demasiado racial, demasiada nariz, demasiado fea. Por eso tenía que ser muy convincente. Cada golpe que recibía, cada vez que se rasgaban mis mejillas, cada vez que notaba cómo la sangre brotaba tras un latigazo de dolor, me alegraba. Ellos no tendrían valor para dejarme en el orfanato sabiendo que había recibido tamaña paliza por salvar unas pocas pertenencias de quienes poseían todo. Vi la vergüenza en sus ojos cuando no salía de sus labios la propuesta de cambiar de niña, de llevarme a mí con ellos. No les gustaba. No casaba con su vida, su imagen. Se lo tuvo que insinuar la dire Asunción. «Quizá su primera elección pueda no resultar adecuada, es posible que les traiga complicaciones: una criatura que ha demostrado tener tanta ira reprimida puede resultar difícil de manejar. Quién sabe contra quién puede dirigir su violencia. Deberían pensar en si se ven capaces de asumir ciertos… riesgos». La gorda y el calvo se miraron. Vi el miedo en sus ojos, apagados por el velo de la vida regalada. Adiós, niña miope y malsana.

Si la hubieran adoptado, ahora estarían vivos. Y ella no andaría hurgando en las tripas de un museo jugándose la libertad. La libertad que me arrebató.

Carlota pegó a la pared el pecho, los muslos, la cara. Como una mosca que alguien ha aplastado de un zapatillazo. Trataba de aparentar ser una mancha más de las que generan la oscuridad y la

noche. Intentaba que sus ojos se adaptaran a las tonalidades del museo en penumbra. Sigilosa, reunió el valor para echar a andar y recorrer los metros que la separaban del lienzo de Courbet. Esperando que las alarmas de verdad no saltaran, que sus manipulaciones del sistema de seguridad hubieran sido efectivas, anduvo pasillo adelante rozando la pared con las yemas enguantadas de su mano izquierda para no perder la referencia, para tratar de saber dónde se encontraba, para ir en línea recta en la penumbra. Así alcanzó rápidamente la sala treinta y siete. Su mente no dejaba de hablarle, machacona, la adrenalina convertida en droga, el aliento entrecortado, tratando de ser exhalado en silencio.

«Cuadros a la izquierda, ventanas a la derecha, el *Eidos flotante*, esas extrañas amebas danzando. Vete a la izquierda, muro-ventana-muro-ventana; enfrente, el naíf de Goncharova y su árbol de mentira, tan simple, tan bonito. Sigue, Carlota, cómo te sudan las manos, has dejado de sentir el cuerpo, no lo oyes, no oyes tus pies. No pesas. Ingrávida en un mar negro cuajado de estrellas al óleo. El azul luminoso de Hopper, una vela blanca navegando por el puerto de Wellfleet. Sigue. Ventana. Cuidado, cuidado aquí, tienes el pedestal con la estatua pequeñina de Matisse. No la tires. Estás llegando. El corazón, joder. Mis pies no hacen ruido, pero mi corazón sí. Loco, me vas a partir el pecho. Diez pasos, el tragaluz… Qué mierda… Estoy sola en este paraíso reunido por la tozudez y el amor al arte de una tía con un par de ovarios. Carmen, la Carmen de España y la de Bizet. Pero paso por delante de estas maravillas sin poder detenerme. Quiero volver a fisgar entre los árboles centenarios el brillo de un edificio como lo vio Trübner; enternecerme con los torpes pasos de los gansos de Munch, caminando por la tierra violeta; sentir el olor a vida, a invierno, del campo de coles de Pissarro. Pero solo puedo ver las cámaras que amenazan con abrir los ojos y captar la imagen de una ridícula *ninja* ladrona. Perra vida».

Sin que sus pensamientos le dieran un respiro, llegó. Nunca el tiempo se le había hecho tan corto y tan largo a la vez. Ahí estaba el frescor hecho pintura creado por Courbet. Miró su reloj. Le quedaban cuarenta y nueve minutos. Y lo más difícil, la verdad. Debía atreverse a encender la linterna ajustada a la mínima

potencia lumínica posible, suplicar por que sus tiempos y los de Armando estuvieran perfectamente sincronizados y ningún vigilante inoportuno atisbara un ápice de luz. Levantó en vilo la silla en la que los auxiliares de sala descansaban sus posaderas durante la jornada laboral y la colocó con exquisito cuidado en el suelo, frente al arroyo. Ser pequeña tenía sus desventajas. Sujetó la linterna entre los dientes, para tener las manos libres. Sacó el cortavidrios hecho de diamante, noséqué lubricante y noséqué ayuda motora de precisión (le importaba un huevo, la verdad, de qué coño estuviera hecho; lo habían probado mil veces en Villa Agorafobia y cortaba cristal como si fuera mantequilla: eso era lo único que le importaba a Carlota). Se encaramó con agilidad a la silla y miró desde una perspectiva extraña la obra que ansiaba la loca de la Gitana. La nariz de Carlota casi tocaba el vidrio; las pinceladas se difuminaban ante sus ojos, las formas desaparecían, convirtiéndose en pegotes de óleo. La ladrona tomó aire y apoyó el filo del cortavidrios contra la superficie que protegía la obra. Comenzó a cortar. En su interior repetía como una letanía su deseo de que los sistemas de seguridad siguieran creyendo que todo estaba tranquilo e inviolado. Que el *software* hubiera anulado con éxito también el RFID, una especie de DNI de radiofrecuencia que transmite la identidad de un objeto. La piel le picaba bajo el verdugo, notaba las gotas de sudor corriéndole por la sien, empapando la tela. Terminó de cortar el cristal protector, ahora quedaba sujetarlo con fuerza y depositarlo en el suelo con cuidado.

Agradeció llevar las manos enguantadas, y las rugosidades que llevaban adheridas en las yemas de los dedos. Si no hubiera sido así, el cristal habría resbalado de entre sus manos como una indefensa trucha sacada de un lago. Carlota descansó un segundo las mandíbulas, apretadas en torno a la linterna, se limpió las comisuras de los labios, sacudió sus entumecidos brazos y volvió al ataque. Extrajo de la aljaba el estilete para rasgar el lienzo y separarlo del marco. Apoyó la punta afilada contra la tela, casi a tientas, y sintió una punzada de remordimiento. Iba a rasgar esa tela preciosa, esa mezcla de hilos embadurnada magistralmente por trazos de color sacados de la mano y los ojos de un arrogante pintor que se jactaba de escandalizar y de ser ante todo un hombre libre. No apretó. Podía sentir la ira de Lula atravesando el espacio,

apremiándola para cortar, rajar, desgarrar de una jodida vez los bordes que sujetaban el líquido y verde arroyo al poderoso marco labrado. Disfrutó de su momento mezquino y, tras unos segundos que debieron de hacérsele eternos a la puta loca que la observaba desde su mausoleo, hizo la fuerza suficiente como para atravesar los hilos trenzados que eran el soporte para que algo intangible como la propia visión del mundo pudiera volverse material, tangible, visible. Ras-ras-ras-ras. Listo. *El arroyo Brème* estaba en sus manos.

## *1997*

*La llegada a lo que iba a ser su nuevo hogar le apretó el corazón hasta convertirlo en una semilla pequeña y dura que se pulverizaría en el siguiente latido. Y eso que los tres años pasados en el centro de reforma de la conducta, una institución donde aparcar a los niños y adolescentes rebeldes y conflictivos, habían transformado a la dulce y compasiva criatura rubia y miope en una persona introvertida, desconfiada y esquiva, mucho más dura que aquella que había unido su sangre a la paria del orfanato, que había dado su amistad y su calor a una perra taimada que no dudó en robarle su futuro, a sus padres, su pasaje a una vida en la que no se mendigara el afecto.*

*Ahora se había ganado el paso a la siguiente casilla: mudarse a una casa de acogida con otras «hermanas». Vivir en un núcleo familiar, experimentar una vida «normal» con otros niños y poder gozar de algo parecido a unos padres. Por supuesto, la iniciativa era* a priori *buena. Las instituciones seleccionaban los hogares que se ofrecían, y luego cumplían a rajatabla una serie de protocolos y seguimiento para comprobar que todo iba correctamente en esa familia probeta.*

*Pero cuando arribó al pequeño adosado de barrio obrero, situado en una hilera infinita de clones de ladrillo barato y teja roja, barrotes en las ventanas y una triste hiedra seca colgando de la balaustrada supuestamente señorial, a la afortunada niña se le erizó el fino vello de la nuca. Lo supo, como supo aquella mañana que su madre se había excedido con esas inyecciones que se ponía para quitarse el frío, ya que no despertaba, por mucho que ella le acariciaba el cabello. Supo que ese hombre que la recibió con una*

*sonrisa húmeda no la miraba como se suponía que debía mirar un padre. Cuando le puso la mano en el hombro cubierto con una ligera camisa de cuadros y la acarició con un imperceptible movimiento de sus dedos gruesos y curtidos, adivinó que esa sería solo la primera de las muchas caricias que le revolverían el estómago y le harían sentir vergüenza.*

*Un año después se escapó de aquella casa anodina situada en un enjambre de casas anodinas. Llevaba a su hijo en el vientre, el único que concebiría jamás, y el estigma de haber sido violada en el lugar donde debería haber conocido lo que era pertenecer a una familia.*

*Con cada uno de los manoseos, con cada uno de los ultrajes, el odio que sentía hacia quien se lo arrebató todo y le regaló ese infierno crecía y se pegaba en su alma como las ventosas de las hiedras en el tronco de un árbol. Durante años planeó su venganza, no dejó de seguir la pista de la nueva hija de los Quirós. Contempló su transformación, su operación de nariz, su piel cada vez más pálida, su progresivo refinamiento. Su nueva orfandad, ocurrida en trágicas circunstancias, su dolor aireado por los medios de comunicación, su aislamiento, su amor por el arte y el mecenazgo. El destino, que tantas veces le había dado un revolcón, le echó una mano en el que fue uno de los días más duros de su vida, rota por dentro en aquel hospital donde trataron de coser lo que una percha había desgarrado en su útero de niña. Encontró la pieza que necesitaba para su venganza el mismo día que perdió a su hijo. Encontró las fuerzas para seguir trazando su plan, con paciencia, destilando rencor como una araña destila su seda y teje su trampa. Sabía que llegaría su momento, si aguardaba lo suficiente.*

*El momento había llegado.*

# 13

Carlota enrolló la tela con cuidado, percibiendo lo grande que era la obra (artística y literalmente), sacó la imitación y la colocó con parches adhesivos en el bastidor, ahora desnudo de belleza. Luego asió con manos firmes el cristal tratando de mantener el equilibrio sobre la silla y controlar el temblor con el que sus músculos protestaban por el esfuerzo. Volvió a agradecer cada *curl*, cada fondo, cada extensión que tuvo que sudar en su entrenamiento. Gracias, Armando, por ser tan coñazo. Apoyó el cristal en el marco y sintió el alivio inmediato en todas las fibras de su menudo cuerpo. Pegó el vidrio con el sellador. Así, cuando las cámaras volvieran a reflejar la realidad, tardarían en darse cuenta de que el cuadro había sido robado. O eso esperaba. Se tomó un segundo para contemplar el resultado. Daba el pego. Apagó la linterna. Fuera luces por hoy. Se echó la mochila a la espalda y se apresuró a llegar casi a ciegas a la escalera. Se sabía tan bien aquel lugar que no le hacía falta la vista. «Gracias, Armando, y lo puto coñazo que eres». Luego, corrió tan rápida y silenciosamente como pudo hasta el último piso, hacia la ventana que habían estudiado mil veces cómo abrir y cómo acceder al exterior. La sangre corría por sus venas como el AVE por las vías. A trescientos. Y no solo por haber subido los escalones de dos en dos. Le tocaba la fase por la cual se había desollado manos y rodillas, estirando músculos y ligamentos, dado tremendas costaladas. Escalar. Abrió la ventana suplicando a todos los dioses que no chirriara. Algún vendido a Lula así lo había jurado. Le indicó la ventana exacta y le aseguró que estaría lista y engrasada. Lo que esa zorra debía de gastarse en sobornos/amenazas no estaba escrito. Todo para luego esconder las maravillas que mandaba robar para ella en ese sótano y pajearse mientras soñaba que caminaba entre los paisajes que habían contemplado otros. Mierda de loca. Qué ganas tenía de acabar con

todo. Por ahora le quedaba un trámite de nada: escalar la fachada de los jardines y llegar hasta la cubierta de chapa jodidamente inclinada que la llevaría hasta la calle de Zorrilla, más tranquila y menos transitada a aquellas horas que el siempre concurrido y vigilado paseo del Prado. La otra fachada era inviable, con el hotel que pegaba con el museo. Carlota miró el reloj: le quedaban veinticuatro minutos de seguridad. No era cuestión de darle muchas vueltas. Giró la manija y la ventana se abrió sin problemas. El aire frío de la noche le acarició la cara cubierta por el verdugo, caliente por el esfuerzo y la tensión. Los ojos, libres de tela, lagrimearon un poco. Agradeció ese frescor, esa sensación de (engañosa) libertad y el escuchar los sonidos de la ciudad. El roce de las ruedas de coche sobre el asfalto, pisadas de los escasos viandantes, algún silbido de los frenos de algún autobús… Miró hacia arriba. El marco de la ventana y el friso superior parecían a kilómetros de distancia. Había ensayado esa escalada decenas y decenas de veces, pero con la pequeña e insignificante diferencia de que en casa de Lula había una colchoneta en el suelo. Una vez que Armando le hubo quitado la cuerda de seguridad, ¿cuántas veces habían dado sus huesos contra la dura pero absorbente colchoneta? Había perdido la cuenta. ¿Y si fallaba ahora? Hacía frío, se le entumecerían las manos; el cemento, la piedra, el metal estarían resbaladizos… Carlota estuvo a punto de mandar a la mierda su venganza, su misión y su todo. «Tía, te vas a pegar el hostión y a lo peor te quedas gagá hasta los ochenta años». Cuando estaba casi decidida a entrar de nuevo a la cálida oscuridad del museo, se percató de la minicámara que llevaba en el esternón. E imaginó los ojos negros de Lula regodeándose en su fracaso, en su cobardía. Se frotó las manos enguantadas en los muslos y sujetó la barandilla de hierro. Ni de coña iba a darle ese gusto a la loca. «Arriba el culo, miedica». Una vez puestos los pies enfundados en las flexibles zapatillas sobre la baranda, agarró las juntas de entre los ladrillos como si le fuera la vida en ello. De hecho, le iba la vida en ello. Chapó, ancló el estribo y, tirando de fuerza y agilidad, comenzó a subir como una araña. Recordaba cómo debía colarse noche sí y noche también en su piso, cuando no le llegaba la pasta para pagar a la roñosa de su casera. O cuando se escapaba por las noches de aquel centro de readaptación. Toda su vida había sido un ensayo general para ese momento. Poco

a poco, con infinito cuidado pero sin detenerse a descansar, fue ascendiendo hasta la cornisa que adornaba el tejado del museo. Abría las piernas con el ángulo justo, subía colocando un pie a cada lado del vértice que formaban los dos edificios. Jadeaba por el esfuerzo, y sentía cómo le ardían los brazos y las piernas, los músculos tensos como cuero secando al sol. Con un último empujón, se hizo una dominada de las olímpicas y logró tocar la piedra que coronaba el edificio. Cuando logró aupar su trasero hasta allí, se tumbó en lo que le pareció una cuna confortable y segura, el hueco triangular que quedaba entre los dos edificios. Se permitió el lujo de recuperar el aliento, tumbada, contemplando las escasas nubes y el cielo parduzco, sin una estrella; en Madrid no ves una estrella a no ser que te hayas comido un tripi y sea de los buenos. Se habría quedado en ese lugar privilegiado disfrutando de la exclusiva localización. ¿Quién, además de ella, se habría tumbado sobre la cubierta del Thyssen a esas horas? Ni a esas horas ni a ninguna, vamos. Pero hubo de ordenar a su cuerpo que se moviera. Le quedaban trece minutos. Se incorporó. Miró la cubierta inclinada de chapa que la llevaría hasta la calle de Zorrilla y la libertad. Miró hacia abajo. «La madre que me parió…», murmuró. Unos diez metros de caída. Con mucho cuidado, apoyó los pies en el borde de la cubierta inclinada y redondeada que debía cruzar. Se pegó a ella tanto como pudo, mientras movía los pies muy despacio intentando no dar un paso en falso y decorar el hermoso jardín con una sinfonía de sangre y huesos.

Tras lo que le parecieron varias horas, pero en realidad solo habían sido minutos, casi alcanzó el objetivo, el punto en el que la terraza del Thyssen, restaurante en los meses de verano, se juntaba con una casa de vecinos de la calle de Zorrilla. Giró la cabeza hacia la derecha y sus ojos comenzaron a identificar unas preocupantes luces azules que parpadeaban reflejadas en la fachada de enfrente. ¿Qué coño era eso? De la calzada ascendían voces. Voces airadas. Y esas luces… No. No podía ser verdad. Eran sirenas de policía. Mierda.

Armando miraba incrédulo el monitor. El habitáculo de la Mercedes se veía difuminado por el humo, llevaba horas fumando para tratar de tranquilizar los nervios. Estaba más atacado que cuando robaba él mismo, joder. Había contemplado las evoluciones de Carlota con

el alma en vilo, y ahora que su alumna estaba a punto de encarar la última fase del robo aparecía el puto factor sorpresa. En la calle, justo a la altura del edificio por donde debía descender hasta pisar el asfalto para que él la recogiera, la cámara que la ladrona llevaba en el pecho captaba unos inquietantes destellos azules que no paraban de aparecer y desaparecer. Las luces de un coche de policía, sin duda. Armando no podía ver todo lo que sucedía porque, evidentemente, Carlota no se estaba asomando por el tejado del Thyssen. Si él se percataba de un resplandor azul, para ella el peligro debía de ser más que evidente. Si la policía (estuviera haciendo lo que estuviera haciendo) no se largaba pronto de allí, su aprendiza estaba apañada. Quedaban once minutos para que el sistema de seguridad volviera a su ser, y la ladrona quedaría atrapada en el tejado de una de las pinacotecas más importantes del mundo con la policía, literal, a sus pies y un cuadro de valor incalculable colgado a la espalda. Armando se levantó preso de la inquietud y se golpeó la cabeza contra el techo de la furgoneta. Ningún coche por grande que fuera estaba hecho para su estatura. La cabeza le iba a mil, y su moneda no dejaba de pasearse compulsivamente por sus largos dedos. Miró con furia el pedazo de metal sobado. Maldito fuera. Maldito él mismo. Iba a llevar derechita a prisión a la única mujer a la que había querido en la vida. Y todo por el capricho de una enferma. No. Eso no era verdad, ni justo. Él había vendido su alma a Lula muchos años atrás. Voluntariamente. Gracias, o a pesar de ella, se había convertido en el hombre que era. Resultaba cómodo tener una única clienta y, durante mucho tiempo, una única amante. Una amante confortable, aunque extraña. No hacía falta invitarla a cenar, ni llevarla de fin de semana romántico a París. Solo ir a su casa y follar. Follarte a una mujer sin sentimientos. Pero ¿acaso los suyos no estaban igual de anestesiados? Lula no podía sentir; Armando no quería.

Hasta que se topó con aquella mujer mínima; o ella se puso en su punto de mira, para ser más exactos. Una camarera de blandos rizos naranjas que con descaro se sacó un cúter de un delantal que le quedaba grande y rajó, sin saber ni lo que eran, unas acuarelas. Supo que había quedado finalista en el *casting* para ser cobaya de Lula Quirós. Ya habían probado con otras, pero acabaron lanzándolas de nuevo al arroyo en donde las habían pescado.

Carlota era distinta. Pero se dio cuenta tarde de que en su diferencia estaba su peligro. Peligro para él. Un pasado de mierda los unía a los tres, aunque no imaginó cuánto. Como no alcanzó a imaginar cuánto iba a amarla. Cuán imprescindible iba a resultar para su vida. Deseaba con toda su alma acabar con ese último robo para tomar un avión y largarse cuanto más lejos mejor, los dos solos; no más robos, no más arte, como no fuera para verlo en los museos, como dos turistas más, no más sexo perverso con ese sucedáneo de mujer que era Lula Quirós, no más encargos.

Ahora todo estaba a punto de irse por el albañal. Carlota estaba atrapada en la ratonera en la que él la había metido.

Deseando ser invisible, Carlota se pegaba a la cubierta curvada del museo en el que acababa de robar (por ahora, con poco éxito). Aguzando el oído, se había enterado de todo lo que sucedía en la calle. Un golpe entre dos coches, la llegada posterior de los municipales y la pelea enconada y absurda entre los propietarios de los vehículos y sus acompañantes. Incrédula, escuchaba el diálogo que llegaba hasta ella en el silencio de la noche. El antiguo silencio, claro. Ahora la quietud estaba plagada de voces, de murmullos de curiosos, de voceras que clamaban por recuperar su sueño reparador sacando la gaita por los balcones. Estaban en un barrio pudiente, pero las personas reaccionan de manera calcada ante los mismos estímulos si estos son lo bastante molestos, da igual el estrato social.

—Te digo que no quito el coche y no lo quito —anunciaba una voz masculina con marcado acento madrileño. O sea, un poco chuleras. Igualito al que contestaba.

—¿A que te lo tragas, gilipollas?

—Señores, o cesan en su actitud o me los llevo conmigo —trataba de templar un a todas luces hastaloscojones-policía—. Usted, mueva el vehículo, que está en medio de la vía.

El interpelado, envalentonado por la presencia policial, seguía en sus trece.

—Pues va a ser que no, que a este cenutrio, por chulo y por mierda, no le salió de los huevos frenar. Así que ahora no quito yo el coche.

Una chillona voz de mujer se unió a la tangana que escuchaba Carlota como si de un culebrón radiofónico se tratara.

—Di que sí, Luis. Ahora que se joda.

Desde uno de los balcones se unió un espontáneo:

—¡Os queréis callar, me cago en la leche! Que algunos tenemos que madrugar, copón.

Carlota miró su reloj con evidente agobio. Tiritaba por la inmovilidad, por el frío y por la perspectiva de ser pillada con las manos en la masa sobre un puto tejado por culpa de una chapa rozada y un intermitente roto. Le quedaban ocho minutos para que el parche metido por Armando en el *software* se convirtiera en calabaza. Miró hacia atrás. Los mismos metros de vuelta que de ida, claro. Su cerebro bullía en busca de una salida y se le ocurrió algo que podía ser o muy brillante o una auténtica cagada. Pero, la verdad, no era tiempo de muchas reflexiones. Con toda la velocidad que le permitían sus entumecidas extremidades y la peligrosidad de la cubierta, comenzó a deshacer lo andado. No podía bajar hasta la calle. No le quedaba otra que volver a entrar en el museo y buscar un sitio seguro antes de que cualquier movimiento realizado en el interior de la pinacoteca la delatase.

Luchando por que el temblor de su cuerpo y el castañeteo de sus dientes no la hiciera perder el equilibrio, llegó hasta la ventana por donde había salido minutos antes. Mirar hacia abajo no era buena idea, pero no le quedaba más remedio. Echó mano de todo el valor que le quedaba en su metro cincuenta y siete y se descolgó agarrando la cornisa con sus manos enguantadas. El tiempo apremiaba. No podía descender con tanto cuidado como cuando había ascendido. Calculando a ojo, se balanceó como pudo y se soltó, esperando aterrizar en el balcón. Los cálculos fallaron un poco y se dio un buen golpe en la espinilla con la barandilla de hierro, pero logró meterse en el balcón. Cojeando, se introdujo de nuevo en la tibieza del museo, incongruentemente callado y calmo, con todo lo que estaba pasando esa noche. Cerró la ventana y corrió tratando de olvidar el dolor de su pierna escaleras abajo. Agradeció la tozudez de Armando en que se aprendiera al detalle los planos de todo el complejo. Mientras volaba con la adrenalina corriendo por su sangre como aceite caliente, iba dando tres dimensiones a los planos en su cabeza, repasando mentalmente la disposición de las estancias y tratando de llegar a su objetivo, algo loco, pero el único posible si quería salir de allí en libertad y con el lienzo.

Notaba la espalda empapada, y rogaba por que la aljaba fuera de verdad impermeable. Sería la mar de divertido que, si lograba salir de esa, *El arroyo Brème* quedara reducido a un borrón húmedo. Pugnaba por arrancarse el verdugo y poder respirar, pero ni era seguro ni tenía tiempo para detenerse. Quedaba un minuto exacto para que las alarmas saltaran al detectar la presencia de una intrusa vestida de Catwoman corriendo como loca por el edificio. Al fin vio lo que buscaba, una puerta con el rótulo «Solo personal». Nunca ninguna leyenda escrita le había parecido tan hermosa como aquellas dos palabras juntas. Empujó la puerta y se encontró con una sala no demasiado grande repleta de cubos de basura prestos a ser sacados para su vaciado. Todos iguales, todos cerrados. Se sintió como Alí Babá en la cueva de los cuarenta ladrones. ¿En qué tinaja meterse? Abrió un par con restos orgánicos, comida, pañales… Y siguió buscando. Veinte segundos. Coño, Carlota, ahora no te hagas la escrupulosa, que has comido fruta de la que tiran los del súper… Abrió su penúltima opción: medio vacío. Tenía que caber sí o sí. Con agilidad, se aupó a base de brazos e introdujo sus cansadas piernas en el cubo verde botella. Se agachó entre papeles, latas (la gente no recicla una mierda) y restos de bollos. Se puso la aljaba al pecho y cerró la tapa. Miró el reloj. Tic: las doce campanadas. Cenicienta, ya no te queda más que el zapatito en forma de lienzo. Y esperar.

Aún era de noche en la ciudad y se notaba el movimiento de aquellos para los que la nocturnidad es su vida. Su jornada laboral, su rutina. Barrenderos baldeando las calles, taxistas, guardias de seguridad y, por supuesto, basureros. Todos esos oficios que solo se echan de menos cuando no están. Normalmente se echan de más: el ruido de la barredora, el inoportuno camión de reparto que se detiene en mitad de la calle, el estruendo del camión de la basura. Pero resulta que esas molestias nos hacen la vida más fácil, qué cosas. Abriéndose paso entre las luces de farolas y demás alumbrado de una ciudad que pocas veces duerme, el camión de la empresa encargada de la recogida de basuras del Thyssen frenó al llegar al museo. Esperaba a que el guardia de seguridad le franqueara la entrada. El conductor y el vigilante se dedicaron un perezoso saludo con la mano, hartos de la rutina infinita, y el camión se introdujo en la trasera del museo, una zona poco noble e

invisible a los turistas y visitantes. El guardia le abrió la puerta del cuarto de basuras y se retiró de inmediato unos metros. Menuda peste. El hombre se preguntaba cómo esa gente podía dedicarse a recoger la mierda de otros. No imaginaba que esa gente cobraba el triple que él, y sin vigilias absurdas.

El operario se bajó del camión de un salto. Carlota, en su apestosa guarida, escuchaba los sonidos con todos los sentidos alerta. Pasos, cubos que se movían… Y el atronador sonido de la máquina que agarraba los cubos con brazos mecánicos, los sacudía para vaciar hasta el fondo lo que contuvieran y luego los volvía a dejar con un golpetazo en el suelo. Ese tremendo vaivén con el que iba a ser sacudida le daba miedo, pero lo que en verdad la aterraba era el momento de caer entre kilos de inmundicia y, quizá, ser aplastada. Una vez que los desechos eran volcados en el receptáculo del camión… ¿no se trituraban un poco para hacer sitio a las siguientes basuras? Morir aplastada entre un montón de mierda ajena no entraba en sus planes, desde luego. Sus reflexiones se interrumpieron de golpe, porque fue arrastrada sin contemplaciones al exterior. Noticia buena. La mala: que notaba cómo era encajada, agarrada o algo similar (uno no ve mucho metido en un cubo de plástico) y que luego fue levantada por los aires. «Dios, Dios, esto se está girando…». La verticalidad de Carlota pasó a horizontalidad y, desgraciadamente, de nuevo a verticalidad… pero inversa. Vamos, bocabajo. La tapa se abrió y la ladrona no pudo más que agarrar su mochila y cerrar los ojos, tratando de parar el golpe con la mano libre.

El impacto no fue tan terrible como la sensación de vértigo que hizo que su estómago se desplazase hasta la boca. Al parecer, los desechos son una cosa bastante mullida, aunque con alguna arista traicionera. Tapada por kilos de basura que le iba cayendo encima procedente de más cubos, Carlota estaba a punto de ser ahogada en porquería. Al fin, acabó el trajín. Menos mal, porque el vómito pugnaba por salir de su boca a chorro, pese a que no comía hacía ya varias horas. Y, a juzgar por cómo se sentía, quizá no volvería a ingerir alimento nunca jamás.

Enseguida se dio cuenta de que sus pronósticos iban a ser más que ciertos. Pero no por falta de apetito, sino porque, una vez vaciados todos los cubos, quedaba la parte que tanto temía: el

aplastamiento. Con terror, notó cómo una enorme cuchilla desplazaba los kilos de basura para compactarlos y hacer hueco. Con un reflejo infantil se tapó los oídos, luchando por no escuchar el estruendo de la maquinaria y, a la vez, tratar de obviar el hecho de que iba a morir de un modo horrible, amén de humillante. Gritó. Gritó en un intento vano de que la cuchilla parara, de que el basurero se diera cuenta de que llevaba a alguien vivo entre la carga habitual, de que la policía la llevara a un lugar seguro y limpio, como una cárcel. Pero de repente la pala asesina cesó su movimiento. Y, al instante, el camión se puso en marcha. Carlota, inmunda, con surcos de lágrimas marcados en su cara llena de grasa y detritus, comenzó a sentir un horrible pánico claustrofóbico, como nunca en su vida había sentido. Le empezó a faltar el aliento, le dolía el pecho y deseaba morir. De repente se dio cuenta de que así debía de sentirse Lula en sus ataques. La punzada de compasión que creció en ella de manera espontánea fue inmediatamente sustituida por una suerte de regodeo. «Jódete, loca; como me jodiste a mí».

El camión, tras lo que le pareció el viaje más largo de su vida, se detuvo. Carlota, pese a su agotamiento físico y mental y el mal cuerpo que se le había quedado después de ser tratada como basura —esta vez de manera literal—, se esforzó por pensar. El operario quizá tenía que cargar más basura, o quizá habían llegado al vertedero. Fuera como fuera, su plan era sencillo: saltar de aquel infierno de olores nauseabundos y tactos viscosos y correr tanto como pudiera para escapar de los operarios que sin duda fliparían al ver que de su camión salía una tía llena de mierda hasta las orejas. La trampilla se abrió. El aire siguió siendo igual de fétido, la verdad, pero Carlota trató de tomar una bocanada para llenarse de la energía que ya hacía tiempo la había abandonado en aquella noche interminable.

Pero lo que vio la dejó clavada en el sitio. El rostro que la miraba con cara de coña era el de Armando, vestido de basurero y con unas gafas de montura dorada. Le sonreía ampliamente, como si lo que viera le resultara muy divertido.

—Eres lo más sucio que he visto en mi vida.

—Teniendo en cuenta que te has debido de follar a media España, no sé si creerte.

Armando soltó una carcajada y le echó los brazos, como quien

levanta a una criatura que se ha caído en un charco.

—Arriba, pequeña.

Carlota se refugió en sus brazos y notó cómo las fuerzas la abandonaban definitivamente. Se abrazó a él sin que a Armando pareciera importarle ni su olor ni su aspecto, por el modo en que sumergió su cara en su cuello. Estaba a salvo.

Los trazos frescos y rebeldes de Courbet daban un inusual tinte de vida al despacho de Lula Quirós. Tras la larga noche en vela siguiendo las evoluciones de Carlota (y disfrutando especialmente de los momentos más humillantes), Lula había tenido que recurrir de nuevo a sus pastillas para superar su falta de tolerancia a salirse de sus estrictas pautas diarias. Pero tener ahora el lienzo sobre su mesa de pulido nogal le inyectaba un chute de energía y acallaba sus ansiedades. El murmullo del agua resbalando por las suaves piedras podía escucharse si se miraba la pintura por tiempo suficiente. Armando la había colocado sobre un bastidor, tras certificar que no había sufrido daños, al menos, no significativos. Cosa que decía mucho a favor de cómo la protegió Carlota, dadas las pruebas que hubo de superar en esa especie de robo yincana. Lula contemplaba «su» obra extasiada; la niña ya tenía su nuevo juguetito. Había visto, al igual que Armando, las peripecias de Carlota y su huida desesperada desde la cubierta del Thyssen hacia el cuarto de basuras. Había contemplado cómo se sumergía en un mar de desperdicios por salvar el cuadro (y su libertad) y cómo soportó estoicamente cuantos retos le puso ese robo suicida. La verdad es que pensó que iba a contemplar su muerte en directo, aplastada entre basuras… El sueño no se produjo, dado que Armando, como supo después, sustituyó a los basureros al sospechar por dónde iba el plan de Carlota, gracias a la microcámara, que siguió funcionando toda la noche. Ya a salvo los ladrones en su casa, Lula no se interesó por cómo pudo Armando librarse de los empleados municipales de recogida de basuras, ni por el estado de Carlota, ni dio las gracias ni los parabienes a la ladrona que le había conseguido una obra maestra del realismo. Para Lula solo había una prioridad y una preocupación: Lula.

—Es tan hermoso —susurró con su voz ronca, tan trabajada—. Su paleta es limitada, pero mirad esos trazos tan gruesos… Quizá usó la espátula. Sublime.

—Fíjate que yo le he cogido un poco de manía al cuadro… —añadió Carlota con cinismo—. No sé por qué será. Ah, sí. Porque casi la palmo por tu puto capricho.

Lula se volvió, tan altiva como siempre. El cansancio y la desorientación que sufría después de las horas sin dormir y el incumplimiento de sus horarios habían logrado anestesiar un poco el terror irracional que le inspiraba su antigua amiga. Eso sí, le había prohibido acercarse a su mesa, obligándola a permanecer alejada de su persona, y solo la intuía en la penumbra, la silueta de un espectro que superaba por poco el metro y medio, lejos del flexo situado en su mesa, único punto de luz de la sala, cerradas las cortinas y las ventanas a cal y canto. Le dedicó una mirada de desprecio.

—Por mucho que Armando trate de cultivarte, siempre serás una ratera vulgar y una perdedora. Has dedicado tu vida a encontrarme y vengarte de mí. Y mira lo que has conseguido: traerme un lienzo único para mi colección y aumentar mi patrimonio. Eres tan patética como lo eras de niña…, Ali. La cuatro ojos. La enana. La violenta.

Carlota trataba de controlarse. Armando se había quedado aún más atrás que ella y parecía mimetizado en la oscuridad de las maderas nobles del despacho.

—Sabes perfectamente que yo no te ataqué —respondió con rabia contenida Carlota.

Armando se tensó. Estaban tocando temas resbaladizos. Pero ellas ni sentían su presencia, fijas la una en la otra. Lula señaló una casi imperceptible cicatriz en el borde inferior de su ojo izquierdo.

—Y eso qué más da, estúpida. Casi perdí este ojo. Me tuvieron que poner un diente. Puntos en la cabeza. Te retrataste delante de quienes iban a ser tus padres. Les dabas miedo, y me eligieron a mí.

—Tuviste que montar todo ese numerito para que alguien se fijara en ti. Causabas rechazo. Eras repugnante. Pero no por tu físico. Sino porque eras incapaz de sentir. Nada. Un feo envoltorio vacío.

Lula subió una octava su impostado tono de voz y se rascó la muñeca, cosa que complació a Carlota.

—Eres una mentirosa, igual que de pequeña. Llevabas ese pedazo de tela asquerosa con la amapola bordada y decías que era

el pañuelo de tu madre para hacerte la importante. Para distinguirte de los demás, que no teníamos ni recuerdos, en el mejor de los casos. En el peor, memoria de malos tratos y abandono. Pero tu madre no te dejó nada. Nunca tuviste madre y nunca la tendrás. Yo te arrebaté esa posibilidad. Y, según tengo entendido, también la de convertirte tú en madre algún día, ¿verdad? —soltó como un dardo, con voz meliflua.

Carlota se abalanzó a por ella, sin importarle el dolor de su pierna, la que se había golpeado con la barandilla. Lula se pegó al respaldo de su butaca y se proyectó hacia atrás, gritando aterrada.

—¡Que no se acerque! ¡No dejes que me toque!

Armando abandonó su esquina y agarró suavemente del brazo a Carlota, que no se resistió, aunque amagó con el pecho, como un torero, hacia Lula, provocando un respingo de esta. Sonrió.

—Qué patética eres.

Lula se recolocó las largas mangas de su jersey negro de cuello de cisne y su reloj de Cartier. Tomó aire.

—Pensaba mandar que te mataran. Que se deshicieran de ti como me deshago de los perros de un vecino que ladran demasiado. Pero no lo haré. Te has materializado, ya no eres un fantasma. Eres real, la misma infeliz que eras en el orfanato. Prefiero imaginarte así, viva, robando lo que puedas hasta que te metan en una celda; amargada por no haber conseguido hundirme. Consumiéndote en el odio que me tienes. Una miserable que no tiene donde caerse muerta, con un útero vacío y jodida de por vida.

Carlota, luchando por no derrumbarse, por que las palabras de su enemiga no le afectaran, se dirigió a Lula con dignidad:

—De eso nada, te recuerdo que me debes una pasta. Tienes tu cuadro, quiero mi dinero.

Lula, con media sonrisa de suficiencia, sacó de un cajón del escritorio un sobre. Lo abrió ligeramente para que Carlota viera que estaba repleto de billetes, lo cerró y lo dejó en el borde de la mesa. Carlota dio un par de pasos muy despacio hacia esta, disfrutando del miedo de Lula. Armando se adelantó, cogió el sobre y se lo acercó a la ladrona, que lo revisó con gesto seco.

—Estará todo, espero.

—Mira que eres simple. Te doy más de lo acordado, para que te largues muy lejos de aquí y no vea tu asqueroso cuerpo reducido

nunca jamás. Ya ves, he aquí tu venganza. Yo te robé tu vida y tú ahora te llevas unos miles de euros. Qué fácil es saldar deudas con los que no tienen nada.

—Lula, ya está bien. Deja que se vaya y olvidaos mutuamente —zanjó Armando jugando con su moneda, como siempre que se ponía tenso.

Lula miró el pedazo de metal con sarcasmo.

—Sí. Eso te conviene, ¿verdad? Que cerremos el tema.

Armando no contestó; su rostro, petrificado. Convertido en granito. Incómodo. Lula, al fin, prosiguió, tratando de retomar la posición de mando y autocontrol:

—Vamos, cariño, ¿dónde queda tu sentido del humor? Por supuesto que esto está acabado. Esta desgraciada se irá a su mundo y tú y yo nos quedaremos con el nuestro. —Sonrió y levantó una mano, con ligereza—. Y si alguna vez se me ocurre proponerte otro experimento de estos, niégame el capricho. No me resulta tan divertido jugar con estas ordinarias.

Carlota se hartó de seguir en ese cuarto que olía a podrido. Se metió el dinero en el bolsillo trasero de sus vaqueros e inició la marcha.

—Nada te resulta divertido porque te pasas la vida en esta casa. Encerrada sin motivo. Encerrada por algo que solo está en esa cabeza enferma que tienes. Dudo que logres volver a pisar la calle. No todos los espectros que se materializan dejan de tener poder. Ya lo verás.

Cínica, Lula contestó:

—Estaré expectante. —Señaló la puerta con gesto aburrido y miró a Armando—. ¿Te la puedes llevar, por favor? Tengo ganas de perderla de vista y que tú y yo continuemos con nuestra vida.

Esa frase cayó sobre Armando como si pesara una tonelada. Lanzó un órdago sin pensar; cuando se dio cuenta, la última sílaba estaba dejando su boca para convertirse en munición contra Lula.

—No hay vida que continuar.

Carlota chascó los labios. Decir esas palabras había sido un gran error por parte de su maestro. Lula le dedicó una sonrisa incrédula.

—¿Perdona?

Armando pensó: «De perdidos al río», y cogió la mano de la ladrona, lo que provocó aún más a Lula.

—Que se acabó, ya te lo dije. Quiero que alguien me necesite, para variar. Que me seduzca, que me pida que duerma con ella, que le diga que la quiero.

—Hicimos un trato. Hace mucho.

—He cumplido con creces.

—Me debes todo lo que eres.

—Lo dices como si eso fuera algo bueno.

—Sabes que con una sola frase puedo mandar tus planes románticos al garete.

Carlota observaba el lance deseando evaporarse. Esos dos ciervos chocando cornamentas estaban poniendo en riesgo sus propios objetivos. Armando trató de contemporizar suavizando el tono. Apelando a una humanidad que Lula no poseía.

—Lula…, lo sé. Y te pido que no lo hagas. Te pido que dejes las cosas como están.

Lula se levantó de la silla reprimiendo sus ganas de gritar.

—¿Acaso crees que ella te va a querer? ¡¿Siendo quién eres?! ¡Nunca!

Miró a Carlota, temblando de ira y de miedo. Miedo al miedo, miedo a mirar a los ojos a aquello que tanto temía, miedo a que aquel que le proporcionaba algo parecido al amor la abandonara. Apretó los puños tan fuerte que se clavó las uñas en las palmas. Sus pupilas ardían. Su modulada voz grave sonó chillona.

—¡No lo consentiré! ¿Qué maquinabas, un final feliz? Sigues siendo un chapero, un carterista de mierda, ¿crees que voy a permitir que te vayas con esta zorra sin contarle todas tus miserias? —Dirigió su fiereza hacia Carlota, sobreponiéndose al terror que le causaba—. ¡Voy a hacer que le odies, que te repugne cada vez que pose sus manos en ti, voy a…!

Armando soltó la mano que agarraba y se fue a por Lula como una exhalación, dejando tras de sí una estela gris de rabia contenida durante años. Sin decir palabra, sorteó el escritorio, asió el delgado brazo de la desconcertada mujer y descorrió los espesos cortinajes. Estos dejaron escapar un áspero suspiro, al contrario que la voz de Lula, atrapada en su garganta. Vio aterrada cómo, con la mano que tenía libre, Armando liberaba el pasador de la doble ventana. El viento entró bufando, como si quisiera apagar una vela. O la vida de los que allí estaban. Su fuerza abrió las hojas de par en par. El

vidrio tembló al golpear paredes y telas; Lula también temblaba, se vio catapultada contra la barandilla de hierro. La notaba atravesando su delicado jersey con dedos metálicos. Los ojos se le salían de las órbitas, reflejando un cielo amarillo y cegador. Armando la agarraba del cuello, imaginando el ruido seco que provocaría su cuerpo al chocar contra el suelo de pizarra entreverada de hierba verde. Empujaba el delgado espantapájaros hacia el vacío, obligando a Lula a una dolorosa torsión de columna. Las delicadas merceditas de su presa apenas tocaban ya el suelo de puntillas. Su boca, abierta en una grotesca mueca de terror, trataba de aspirar algo de aire, pero la mano de Armando se lo impedía. Iba a matarla. Quería matarla.

—Déjala.

Con delicadeza, Carlota posó los dedos en la espalda del hombre. Los tres quedaron paralizados, como tocados por un conjuro. Los sonidos cotidianos, una podadora lejana, el trino de algún gorrión hacían aún más penosos los jadeos de Lula. Notó cómo la presión que ejercían las fuertes manos del hombre sobre su cuello aflojaba, hasta que, al fin, se vio libre. Se derramó sobre el suelo. Armando había estado a punto de estrangularla y tirarla por el balcón. Él permanecía de pie, los brazos a ambos lados del cuerpo, inmóvil salvo por el leve subir y bajar de su pecho. Quizá culpable, quizá arrepentido por no haber acabado con Lula. Carlota tiró de él, asiéndolo del antebrazo. No quería que el pingajo desmadejado en el que se había convertido su antigua amiga recuperase el resuello y continuara hablando.

—Vámonos.

Armando obedeció; sin oponer resistencia permitió que Carlota lo guiara fuera de la habitación. Abandonaron a Lula a cielo raso, aplastada bajo el enorme peso del aire.

Nunca supo cuánto tiempo se pasó allí tirada, viviendo su propia muerte. Incapaz de respirar e incapaz de dejar de hacerlo. Sufriendo la tortura de la asfixia, la agonía del silencio. El palpitar de la carne en su cuello, allí donde habían apretado los dedos de Armando. El sol manchaba su inmaculada palidez, los rayos la obligaban a cerrar los ojos. ¿Por qué estaba sumergida en esa luz diurna tan brillante, qué hora era? En su despacho seguía siendo de noche. La luz del flexo estaba encendida. Desconcertada, fijó la vista con ojos turbios

en el interior. Se encontró con el Courbet, iluminado por el haz anaranjado de la bombilla. Atrapada en sí misma, se dejó llevar por los colores, los trazos, las proporciones y se introdujo casi corpóreamente en la pintura, como en un buen viaje con LSD. Era el único alivio a su fobia. Esos trances gratuitos y transformadores. Ahí tumbada, desplomada y elevando los ojos hacia el lienzo, supo lo que necesitaba. Volver a su sala de paisajes. Rodearse de libertad, de paz, de belleza. Ella sola. Sola con sus compañeros de vida. Van Gogh, Matisse, Constable, Renoir, Turner, Cole, Cézanne… Se incorporó pesadamente, saliendo del lance de ser enterrada en vida. Obligó a sus miembros a moverse, a desperezarse para transportarla a la seguridad de su despacho. Cuando posó sus cerúleas manos sobre la suave madera de la mesa, el alivio recorrió su espina dorsal como combustible caliente. Se recompuso y se estiró la falda. Peinó con los dedos su melena antes impecable y salió al pasillo con cuidado. Ni un ruido, como ella imponía. Nadie, salvo el servicio, al que tenía aleccionado para no cruzarse con ella. Ni una de esas idiotas había elevado la vista para atisbar su angustia en el balcón. Ni siquiera la vieja Amalia, ¿dónde coño se habría metido…?

Descendió con paso pretendidamente firme las escaleras, aunque nada quedaba de su porte elegante, de su imagen inmaculada. Pero pronto volvería a sentirse segura, protegida en su fortaleza. Teniendo el arte, ¿quién necesitaba a las personas? Por supuesto, se quedaría más tranquila cuando esa pequeña zorra de Carlota estuviera bajo tierra, o bajo agua, tanto daba. Mandaría que lo hicieran cuanto antes. Y a poder ser de un modo doloroso. ¿Cómo había creído esa idiota que iba a dejarla con vida? A vivir de su dinero con su amante… Jamás lo permitiría. Aún debía decidir un castigo a la altura de lo que le había hecho Armando. Ya lo pensaría.

Atravesó la galería acristalada a una hora intempestiva para sus rutinas, pero esa pequeña rebeldía la hacía sentirse poderosa. Puede que tuviera una esperanza. Una esperanza de curarse. De poder pasear por su jardín, oler el aroma de los muguetes, de la madreselva, de los lirios. Bajó las escaleras de su refugio sagrado, de su templo a la belleza. Ansiaba respirar la atmósfera limpia de los espacios abiertos. Con dedos temblorosos pulsó las teclas que custodiaban la cueva de las maravillas. La isla del tesoro. El Edén. Y

entró.

La luz se hizo, tenue y empolvada, como siempre. Respiró el familiar aroma a taller de pintura, a madera, a su propio perfume de mimosas. Al principio no pudo procesar lo que la retina mandaba al cerebro. Su mente se negaba a entender. No veía lo que debía ver. Las brillantes amapolas encarnadas de Repin. El cielo amarillento y desenfocado de Pissarro. El pecho le iba a estallar. Golpes, golpes como si cientos de caballos galoparan en su corazón. ¿Qué había frente a ella?

Ojos. Ojos vacíos. Cuencas de madera muertas. Empezó a poner nombre a lo que veía. Marcos. Bastidores. Alcayatas. Se le aceleró la respiración. Caminó con paso incierto por la estancia, adentrándose en ese círculo mágico… Pero no había magia ahora. No había nada. Ni un lienzo. Ni un cuadro. Ni una sola de sus pinturas, sus obras de arte, su vida. ¿Dónde estaban? ¿Qué pasaba? ¿Por qué estaban todos esos marcos colocados en las paredes pero sin lienzos? ¿Por qué la miraban con esos ojos negros, vacíos, muertos?

Lo entendió.

Le habían robado.

El rumor de las mansas olas chocando contra la arena y las rocas llegaba hasta la habitación. Era tiempo de siestas que comenzaban tarde, tras pasar el día en la playa, desnudos, notando el frescor del Mediterráneo al sumergir los cuerpos calentados por el sol. Comer con vino blanco transparente muy frío, caer agradablemente aturdidos en el lecho fresco, en la penumbra listada del dormitorio con las contraventanas verdes vistiendo su desnudez. Olor a salitre, piel salada, pelo áspero en las puntas, sedoso en la raíz. Lamerse, besarse, penetrarse salvajemente y a la vez con dulzura hasta caer rendidos y despertar enredados cuando el sol comenzaba a ponerse. Esa había sido la vida de Carlota y Armando desde que abandonaron España tras arrebatarle a Lula lo que más quería, su vida, su ilusión, su único anclaje a la cordura. Todas sus obras. Todas sus ventanas al exterior.

Fue tan fácil hacer que perdiera la noción del tiempo… Carlota sabía que revelar su identidad sería un arma letal. Y, para ella, algo acariciado durante mucho, mucho tiempo. Decirle a la mujer que le había robado la vida que debajo de la ratera que había mandado adiestrar para su divertimento se escondía su vieja y traicionada

amiga. Volverla loca de terror, arrastrarla hacia ese pozo de acero fundido que significaba para Lula el exterior. Bendita agorafobia. Saber a su enemiga enferma por el pánico a reencontrársela le servía de lenitivo a la pobre niña que fue Alicia. Sin sus gafas, liberados sus ojos grises de aquellos gruesos cristales gracias a la cirugía, convertido su fino pelo pajizo en una hermosa mata de cabellos anaranjados. Aquella indefensa criatura rubia se había convertido en una valiente mujer pelirroja que iba a hacerle pagar una vida de amarguras que no le habría tocado vivir. La Gitana le robó a sus padres; le arrebató la oportunidad de haber crecido rodeada de lujos y, sobre todo, de amor. Lula le hurtó su vida. Y ahora ella le iba a quitar lo que más quería: sus paisajes.

Junto con Armando, a esas alturas completamente enamorado de ella y harto de ser el juguete de Lula, afinaron los detalles. Tras hacerle entrar en crisis aquella noche de tormenta, lo demás fue fácil. Meterla en su cuarto, forrarla a pastillas, cerrar persianas y puertas, cambiar la hora de los relojes, adelantarlos y atrasarlos para lograr que Lula atravesara un túnel del tiempo repleto de pánico y pesadillas. Desorientarla.

Cuando permitieron a Lula despertar y tomar conciencia, Carlota ya había robado en el Thyssen. Todos sus movimientos fueron grabados por la cámara que la propia Lula exigió que llevara. Una vez a salvo, se sumergió en una bañera repleta de espuma y sales aromáticas, se frotó hasta dejarse la piel y el cuero cabelludo enrojecidos para quitarse el olor a la basura en la que estuvo envuelta durante mucho tiempo. Luego, alivió el dolor de su espinilla magullada por el golpe que se dio contra la barandilla del museo con una pomada. Ya limpia, esperó bajo el enorme tilo a que Armando despertara a Lula. La loca de la Quirós exigió que se robara su lienzo de inmediato y contemplar la operación. Claro, loquita. Claro. Toma grabación. Diviértete. Pero en diferido.

Mientras Lula, sentada en su despacho, degustaba su jodido ron y disfrutaba con las arriesgadas aventuras de Carlota en el Thyssen, Armando y ella desvalijaban la sala de paisajes de Lula. Fueron prolijos, cuidadosos, detallistas. Dejaron cada marco en su lugar, cada bastidor montado e intacto. Guardaron las valiosas telas con esmero, las almacenaron con mimo y las mandaron lejos, antes de que ellos mismos abandonaran el país. No se puede denunciar un

robo que aún no se ha cometido. Nadie estará alerta en aduanas y fronteras. Y, por suerte, Armando llevaba practicando años el arte de mover obras de arte sin despertar sospechas.

Lula recibió su premio de consolación: *El arroyo Brème*. Y la mezquina satisfacción de perder de vista a la que ella creía causante de sus males. Aunque tanto Carlota como Armando imaginaban que mandaría matarlos en cuanto se repusiera. Ni imaginar lo que haría cuando viera que toda su colección había volado. O no. Porque el impacto de perder lo único que le importaba podía llevarla a un estado de locura tal que no pudiera ni recordar de qué lado debía ponerse las bragas. Al menos, eso esperaba Carlota. La pareja tampoco temía a la policía. No creían que Lula denunciara el robo de obras robadas. Se pondría la soga al cuello ella sola.

Carlota se levantó de la cama con cuidado de no despertar a Armando, que exhibía sin pudor su extensa anatomía tumbado bocarriba sobre las sábanas blancas de suave algodón. Abrió una de las contraventanas de madera lacada en verde. Miró la playa que remoloneaba a sus pies. La arena dorada, la espuma de las olas aguamarina, el delicioso aroma del mar que rezumaban las afiladas rocas tapizadas de algas y lapas. El sol comenzaba a descender por el horizonte. Las casas del pueblo, típicas del Mediterráneo, al otro lado de la cala donde se situaba su morada, se veían ahora algo anaranjadas. Carlota apoyó las manos en el muro encalado, liso, fresco. Su pubis depilado llegaba justo al alféizar. La brisa suave endureció sus pezones. Había vuelto a ganar peso, ya no era el saco de huesos y músculos en que se vio obligada a convertirse para poder trepar, saltar, reptar. Estaba contenta de haber recuperado sus formas femeninas, aunque quizá no tanto los hoyuelos de la dichosa celulitis. Se apartó un rizo de la cara y se encogió de hombros. Le importaba un huevo su aspecto, la verdad. Miró a Armando. Sus muslos largos y musculosos. Su vientre liso. Sus largas pestañas ahora reposando sobre su piel morena. Era tan guapo… Le amaba tanto. Enamorarse no entraba en sus planes, bien cierto era. La pilló de sorpresa. Follárselo sí. Le gustaba el sexo, una vez pasado el trauma de aquel mierda que la jodió en la infancia. Luego hubo de hacer determinados favores a caseros sin escrúpulos o a jefes cabrones por sobrevivir. Eso la repugnaba. Pero follar con alguien que le gustaba de veras era un placer gratis y divertido.

Lo malo era que había caído como una boba enredada en la sonrisa de Armando, sus hoyuelos y su ironía. Pensó que podrían tener una bonita historia, construir una relación real de pareja, una vez que todo acabara. El puto cuento de hadas.

Pero luego entró en la sala de paisajes de Lula. Vio la colección de monedas en la vitrina. Y todo encajó en su cabeza. Cada pieza, como un jodido Tetris. Fue un palo, para qué engañarse. Se tuvo que quitar de la cabeza todas sus ideas rollo peli romántica. No iba a haber casita con jardín, ni cenas con amigos, ni niños, ni cuatro perros. Todos adoptados, claro. Una mierda. Estaba asegurado que en la vida los finales felices no existen. Carlota suspiró y comenzó a vestirse sin hacer ruido. Sacó de debajo de la cama una bolsa de viaje, revisó que estuviera su pasaporte, la pasta y tres lienzos muy majos, uno para vender, otro por justicia (el dichoso arroyo, el verdadero y genuino) y el último por capricho. El de la tía del abanico. Su primer golpe guay. Extrajo del bolsillo de su chaqueta vaquera la foto manoseada y la depositó en la mesilla de elaborada ebanistería. Típica mesilla de casa de abuela. O eso imaginaba ella, porque nunca había tenido. Se fijó en la moneda de dos mil pesetas con la que jugaba incesantemente Armando; este la había dejado junto a su paquete de tabaco. La sostuvo delante de sus ojos grises. Dos mil pesetas, nada menos. En 1994 era un buen dinero. La depositó con cuidado sobre la foto. Así se aseguraba de que la viera.

Miró al hombre al que amaba. No quiso darle un beso, para no despertarlo. Le costó. Luchando por no hacer caso a la parte más emocional de su corazón, cruzó el cuarto donde había sido feliz y abrió la puerta. No se atrevió a volverse para contemplarlo por última vez; temía que le fallaran las fuerzas. Salió al rellano y cerró la puerta tras de sí. Cerró la puerta al último cabo suelto que quedaba en su pasado.

## *1994*

*No entendía muy bien lo que aquella extraña niña le pedía. La miró con atención; nunca se había fijado tanto en ella. Era fea como un demonio, con esa narizota y esos pelos tan negros. Anda que no le habían dado. Más que a una estera. Zancadillas, empujones. Le llenaron el pelo de pegamento y se lo tuvieron que cortar. Lo que le faltó a la Gitana para ser más fea aún. Y ahora había tenido los cojones de venir a hablar con él y pedirle eso. Estaba piradísima.*

*—¿Qué coño dices que quieres?*

*—Quiero que me pegues. Con esto.*

*Le tendió dos o tres libros que sacó de una mochila. El chaval la miró desde su altura, con desprecio.*

*—¿Para qué?*

*—Eso a ti no te importa.*

*—Pues que te arree tu puta madre, si es que la conoces.*

*El joven se dio la vuelta, tras apartarla de un empujón. Sus colegas lo estarían esperando en el patio para echarse un pitillo y esta asquerosa le estaba haciendo retrasarse. Pero la Gitana tuvo los santos huevos de agarrarlo del brazo.*

*—¡Suelta, cerda! No me toques.*

*La niña abrió la mano y le mostró algo.*

*—Te pagaré. Por darme una paliza y no abrir la boca luego.*

*El chico miró lo que le enseñaba en esa mano renegrida. Una moneda reluciente y grande de… ¡dos mil pesetas!*

*—¿Cómo tienes tú eso?*

*La niña cerró el puño. La hijaputa estaba tan tranquila, parecía que ni le tenía miedo, y él imponía. Lo sabía. Con su*

*estatura y su mala leche. Él y sus colegas eran los amos de aquel asqueroso orfanato. Los pequeños no se atrevían ni a cruzarse con ellos por los pasillos. Lo miró con esos ojos tan negros, siempre subrayados por ojeras violáceas.*

*—¿La quieres o no?*

*—Claro que la quiero. Con dos mil pelas me largo de este sitio a la de ya.*

*—Pues dame. No será la primera vez que pegas un par de hostias.*

*—Pero no a niñas, gilipollas. Estás loca, tía.*

*—Lo que tú digas. Allá tú: si quieres la pasta, me tienes que dar bien dada.*

*El chico se lo pensó. Se pasó la mano por el espeso cabello castaño. Miró los libros.*

*—¿Y tiene que ser con eso?*

*—Sí.*

*—Mira que eres rara. Tengo buenos puños. Te puedo partir la cara de dos puñetazos.*

*—Tiene que ser con estos libros.*

*Los ojos con destellos ambarinos del chaval se oscurecieron un poco. Pensaba. Pensaba en lo que sería salir de allí con un poco de pasta en el bolsillo; buscarse la vida, encontrar un curro… total, le quedaba poco para ser mayor de edad, joder. No pintaba nada en ese puto colegio para parias. Miró a la niña. La verdad era que un par de guantazos tenía. Era fea como un demonio. Alargó la mano y cogió un libro, uno de esos para tías,* Torres de Malory.

*—¿Dónde quieres que te dé?*

*—En la cara. Déjame marca. Dame con ganas, no seas maricón.*

*—Te vas a enterar, puta loca.*

*Armando levantó el libro y descargó el primero de los golpes contra el pómulo de la Gitana.*

*La niña no se quejó ni una vez. Sonreía.*

# Epílogo

La brisa que entraba por la ventana le acarició el pene, provocándole una pequeña erección. Armando, sin abrir los ojos, alargó la mano a su lado, palpando solo sábana, no el delicioso cuerpo de Carlota. Ahora de rubita le gustaba aún más. Abrió los ojos, para comprobar que estaba solo. Se incorporó y la buscó con la mirada.

—¿Niña?

No hubo respuesta. Se levantó y llevó su cincelado cuerpo hasta la ventana. Abrió la otra contraventana. Echó un vistazo a la playa, a Carlota le gustaba meterse en el mar cuando atardecía, desnuda. Él se sentaba en la arena y la gozaba, viéndola balancearse con las olas, dejándose llevar, saltando, sumergiéndose… Como una niña. Era su niña. Su pequeña. La quería tanto que le dolía.

Cuando se enteró de que por su culpa había pasado las de Caín en la vida, se le rompió el corazón. El primer dinero que ganó atizando a una niña significó el calvario de otra. Aún se despertaba algunas noches con el tacto de aquellos libros infantiles con los que Lula le obligó a golpearla en el orfanato; con el sonido sordo de la carne de una niña de diez años abriéndose, tumefacta. Sangrando. Se empleó a fondo. La Gitana le picaba para que le diera con más fuerza. «Eres un mierda; pedazo de marica, golpea como un hombre; ni me duele, nenaza». Y vaya si la golpeó.

Nunca se lo perdonó. Desde ese día no volvió a agredir a nadie, a no ser que fuera en defensa propia, y muy mal se tenía que ver. Había usado dos veces en su vida la violencia, y las dos con la misma persona. La zorra de Lula estuvo a punto de contarle a Carlota quién era en realidad él. Si hubiera llegado a enterarse, nunca lo habría vuelto a mirar a la cara. Cuando le dijo que gracias a los golpes que propinó a la Gitana ella fue condenada a una vida de ultrajes, que Lula, siendo una niña, le robó la vida que le

correspondía, Armando sintió más vergüenza y dolor que cuando aquellos asquerosos le metían la polla hasta el fondo siendo solo un chaval. Carlota era la niña a la que querían adoptar los Quirós, cuando aún se llamaba Alicia y era tan miope. Dudó si decirle la verdad. Decirle que él fue el cómplice necesario para que en el orfanato todos pensaran que la mosquita muerta de Ali era un monstruo violento. Pero Carlota no parecía sospechar que hubo otra mano en aquella trama. Y ni siquiera Lula la reconoció. ¿Cómo iba a reconocerlo a él? ¿Qué iba a ganar si se lo contaba? Hacerle daño. Y, desde luego, perderla.

Escudriñó la playa. Ni un alma. Quizá Carlota hubiera bajado a la cocina, a preparar unos *vermuts*. A ambos les encantaban y se los tomaban en la terraza, viendo ponerse el sol. Como una pareja. Como un matrimonio. No le importaría casarse con Carlota. Armando se sonrió pensando en la idea. Quién se lo iba a haber dicho a él. Se estiró todo lo largo que era, exhibiendo su cuerpo desnudo al horizonte. Se acercó hasta la mesilla y sacó un pitillo del paquete de tabaco.

Fue cuando la vio. Su moneda, el amuleto que le recordaba cómo empezó todo. Sobre la foto. La foto de Lula y Carlota de niñas, en el orfanato. Su foto. En la tercera fila, con los más altos. Su tupé, su delgadez, su actitud chulesca, pose estudiada de soberbia, mirando de medio lado, dejando bien claro que eso de las fotos le parecía una soplapollez. Casi tapado por los otros chavales de su panda. Cuando descubrió que Carlota tenía la foto, temió que hubiera destapado la verdad. Pero finalmente no fue así. Habían pasado más de veinte años. Ninguno parecía el mismo, por suerte. Giró la foto. El sello del laboratorio. El año. Mil novecientos noventa y cuatro. Y tres nombres apuntados con la letra redonda de Carlota.

«Lula. Yo. Armando».

El rostro de Armando se descompuso. Tocaron a la puerta, con fuerza. Armando miró alrededor. Debajo de la cama no estaba la bolsa. En el armario, solo sus propias ropas. Ella se había ido. Y había dejado el puto Matisse, eso sí.

*—Mister Elorza! Police. Open the door!*

Armando, con parsimonia, comenzó a vestirse mientras los golpes en la puerta se intensificaban. No solo iba a perder la

libertad. Había perdido a Carlota.

Carlota recorrió el puerto a buen paso. Su barco zarpaba en unos minutos. El lugar estaba animado, con pescadores preparando sus barcos, turistas recién llegados haciendo fotos a cada red, a cada cabo, a cada gaviota. Y otros tantos asomados a la barandilla del buque que estaba a punto de zarpar. Las drizas golpeaban rítmicamente los mástiles de los veleros, así como las astas de las banderas. Sonaba a puerto, olía a puerto, a esperanza, a horizonte. Carlota llenó sus pulmones y se fue parte de su angustia. Al parecer, todos los pasajeros de su buque habían embarcado ya. Todos menos ella y la mujer parada en mitad del muelle. Con sus pantalones de lino agitados por la brisa y la alegre camisola de rayas azules y rosadas resaltando el delgado cuerpo, hacía visera con la mano en los ojos, buscando. Buscándola a ella. Carlota levantó el brazo y lo agitó, para que la viera. La mujer la imitó, sonriendo. Esa sonrisa alivió en parte el dolor que sentía por haber dejado al amor de su vida vendido a la policía y solo.

—¡Vamos, tardona! —dijo la mujer.

Carlota la alcanzó, cargada con su bolsa, su dinero y sus cuadros. Amalia la miró con una sonrisa de complicidad y ternura. Carlota esbozó una algo tristona. Miró el rostro de Amalia, su verdadero rostro, alegre y ya libre de adicciones y sometimiento. Desde luego, la vida era caprichosa y tenía un negro sentido del humor. Si su padrastro no la hubiera violado una y otra vez, ella no se habría quedado preñada. No se habría tenido que poner en manos de aquella rumana para que le sacara el feto con un alambre. No habría acabado en un hospital, a punto de morir.

El hospital donde Lula Quirós había sido ingresada por enésima vez por unos padres que no sabían de dónde provenía el terror de su hija, su fobia, su ansiedad. Los acompañaba, como siempre, la fiel Amalia, una yonqui rehabilitada y a la que los buenos de los Quirós habían cambiado por completo no solo la dentadura, sino la existencia. Le dieron una vida digna. Una nueva vida en la que solo habitaba un gran dolor, el dolor de haber perdido a su niña, su niña amada, a la que no supo cuidar, devorada por ese caballo maldito que una vez que te posee no puedes dejar de montar. Nunca la olvidó, pero aliviaba su culpa el suponer que llevaría una vida mejor de la que le habría dado ella.

Pero ese día en aquel hospital se dio cuenta de que había supuesto mal. Atónita, reconoció un viejo pañuelo de hilo bordado con una amapola. Se le había escapado de las manos a una chiquilla rubia, consumida por el dolor, que padecía lo indecible en una camilla, bañada en sudor, tiritando. Temerosa por que su presentimiento no fuera más que una ilusión, le acarició la frente. Le besó la mano. Le susurró su nombre. La mirada vidriosa por la infección y el dolor no pudo tapar la limpidez del gris de los ojos que Amalia había fijado en su memoria desde que su hija era un bebé. Era su niña.

No fue fácil el reencuentro, ni la reconciliación. Carlota se había protegido dentro de un grueso caparazón que no atravesaba ni el perdón ni el arrepentimiento sincero que le mostraba aquella que la abandonó. Las explicaciones no paliaban el hecho de que una niña de cinco años hubiera pasado el mayor calvario que puede sufrir un niño: quedarse sin padres. No por una fatalidad del destino, un accidente, una enfermedad. No. Porque, como hija, era una carga excesiva. Un estorbo. Comprender, de modo lento y persistente, que aquella verdad sagrada de que no hay amor más grande y puro que el de una madre por su hijo era mentira. Carlota, aunque lo deseaba, se negaba a admitir de nuevo en su vida a una mujer que le había demostrado que los lazos de sangre no garantizan el amor ni la fidelidad. Se había grabado a fuego que nadie, excepto ella misma, era de fiar; que nadie, excepto ella misma, sería dueño de su vida. Tanto tiempo sacándose las castañas del fuego presagiaba que no llegaría a suceder la añorada reconciliación madre/hija. Pero resultaba que su madre era el instrumento para llegar a la Gitana. Ni Carlota ni la propia Amalia podrían averiguar ya nunca qué habría pasado si a la hija no le hubiera interesado a quién servía su madre: a los Quirós… Y a su hija adoptada. Saber que la niña que robó su vida y la condenó a innumerables sufrimientos era cuidada por su madre provocó de nuevo la ira y avivó las ansias de devolverle a Lula el tormento al que la había condenado. Carlota abrió una rendija para que se filtrara un lento y futuro perdón, al mismo tiempo que una enorme compuerta para que un plan de venganza inundase su vida. Con paciencia y minuciosidad, luchando por no sucumbir al goce inmediato de la revancha burda, ambas tejieron una red en la que esperaban poder atrapar a Lula

Quirós. Las dos hubieron de sacrificarse y seguir callando, viviendo unas vidas sumergidas en formol, esperando con estoicismo el momento justo para atacar. La posición de la fiel ama de llaves les proporcionaba un puesto de vigilancia asombrosamente preciso e invisible. Amalia conocía todo sobre Lula, y se tragaba la amargura de verse obligada a seguir cuidando y obedeciendo a la cruel manipuladora que hizo creer, gracias a sus malas artes, que su hija era una psicópata infantil. Por su parte, Carlota iba analizando cada gramo de información que le pasaba su madre, dilatando dolorosamente el momento en el que podría, por fin, dar carpetazo al pasado. Llamar de nuevo «mamá» a su madre, expiadas las culpas y cobradas las deudas.

El momento llegó cuando la locura y el sadismo de Lula le hicieron maquinar el retorcido juego de convertir a una donnadie en una ladrona de arte para llevarla al límite, meterla en una ratonera, observar sus movimientos y conductas y, luego, una vez que la cobaya se creyera a salvo, eliminarla. Carlota y Amalia contemplaron la serie de experimentos fallidos, las candidatas desechadas sin contemplaciones. Y la extraña dependencia que existía entre la agorafóbica y su camello, Armando. Aquel que le proporcionaba su droga favorita, el arte. El que la llevaba al orgasmo. El que la aproximaba a experiencias que Lula se veía incapacitada para vivir por su miedo cerval, el miedo a que el pasado diera con ella. A tener que devolver lo que robó: una vida.

El plan iba ejecutándose con milimétrica precisión. Su transformación física fue fácil, un poco de tinte y una operación de vista pagada con los ahorros de Amalia. Enamorar (o encoñar, total, tampoco había tanta diferencia) a Armando también fue sencillo. El que Carlota cayera en la misma trampa, una cagada, a qué negarlo. Una cagada que hizo fantasear a la ladrona con un futuro que nunca entró en el plan. Un futuro como familia. Familia-familia: pareja y una madre. Vamos, el acabose para una buscavidas traumatizada como ella. El vivir bajo el mismo techo que su madre fingiendo no conocerse e incluso detestarse resultó incómodo, pero llevadero, teniendo en cuenta el premio final a tanta pantomima. Ventanucos, pasadizo y trampantojos eran de sobra conocidos para Amalia. Pero fueron lo suficientemente prudentes para que Carlota no dispusiera de toda la información. El teatrillo debía ser perfectamente creíble y

sin fisuras para dos personas inteligentes y de naturaleza desconfiada: Armando y Lula. Si Carlota iba a tiro hecho, si un día alguno atisbaba un gesto de complicidad con el ama de llaves o a la ladrona se le escapaba una información a destiempo, adiós al estreno de la representación *Carlota os la mete doblada*. Así que supo lo justo, y averiguó lo demás. Paciencia y constancia. A machacona no le ganaba nadie. La trama avanzaba de perlas, sin demasiados sobresaltos y con el objetivo claro.

Sin embargo, la noche en que al fin entró en la sala de paisajes, sus planes de final de cuento Disney heteropatriarcal se dieron un buen revolcón. Sin buscarlo, dio con la pieza que faltaba en el rompecabezas de su pasado. Desde que Lula (cuando aún era la Gitana) apareció hecha un cristo y la acusó de darle una paliza, Carlota no había dejado de darle vueltas a cómo una niña de diez años podía destrozarse a sí misma de modo tan brutal. Los seres humanos huimos del dolor. Lo realmente de hierro en los boxeadores no son sus puños y abdomen, sino la capacidad para entrenar su respuesta de no huida del dolor. Sin embargo, una mocosa se había atizado con los cantos de unos libros hasta casi sacarse un ojo. Dada la patología de Lula, no era tan increíble. Eso pensó durante años.

Hasta que vio la colección de monedas exhibida como el mayor trofeo en la sala de paisajes. Una colección de monedas que perteneció a su padre, el señor Quirós. Una colección de monedas que aquel hombre quería donar al orfanato. Una colección de monedas que fue esquilmada por la propia Lula para acusar a su amiga del alma de ladrona y violenta. En esa colección faltaba una moneda. Una moneda de dos mil pesetas. La moneda con la que esa maldita loca había pagado a un chaval de dieciséis años, huérfano como ella, para que le diera una paliza de muerte y callara la boca. La moneda desgastada con la que Armando jugaba compulsivamente, haciéndola pasearse por sus dedos largos y ágiles.

No fue fácil continuar con el programa. Descubrir que el tipo al que amaba estaba metido en el ajo de modo mucho más profundo y lacerante de lo que pensaba fue terrible para Carlota. Pero, una vez descubierto, no hubo compasión. Lula iba a pagar por sus pecados. Y Armando también. Dejarlo a merced de la policía tendido en la

cama, abandonar al amor de su vida, se le hizo más cuesta arriba que bucear en un montón de basura para salvar su pellejo en el Thyssen.

La sirena del barco se hizo escuchar por encima de las olas, de las voces de los marineros y de los gritos alegres de las gaviotas. Amalia, sabiendo por lo que estaba pasando su hija, le apretó el brazo con cariño, sonriéndole dulcemente.

—¿Estás bien, cariño?

Carlota la miró. Eran tan parecidas que no sabía cómo nadie se había dado cuenta. Sus cuerpos pequeños, sus ojos claros, su pelo ondulado y rubio. Sonrió.

—Lo estaré, mamá.

Su madre le acarició la cara y ambas, cogidas por la cintura, subieron al barco y dejaron atrás el pasado y la soledad.

# Agradecimientos

Mientras que escribir un guion suele ser un trabajo hecho en equipo, la escritura de una novela acostumbra a ser algo más solitario. Sin embargo, no llega a materializarse sin la colaboración de un montón de personas. Entre ellas y, en primer lugar, a Santiago Díaz, sin su empeño este libro no se habría publicado. Nunca la lealtad y la amistad se valoran lo suficiente. A Jorge Díaz, casualmente su hermano, los buenos genes, supongo, primera persona que leyó mi novela y me dio valiosos consejos que lograron que no tirara mi ordenador por la ventana. A mis amigos, incluidos los no humanos. Los de verdad, los que siempre estáis ahí. Vosotros sabéis quiénes sois. Sois mi familia. A Elena García-Aranda, mi editora, siempre apoyó la novela y me dio sabios consejos con humor y precisión. Además de que a las dos nos gustan los cactus y los gatos. A Estrella García, que me ponía delante de los ojos cosas que yo no alcanzaba a ver. Gracias a ella habrá menos errores en la novela, y los que haya serán míos. Por supuesto, a la gran familia de HarperCollins, que me ha acogido con los brazos abiertos y ha puesto todo de su parte para que una idea se convirtiera en novela: creatividad, trabajo y apoyo. Y a mis hipotéticos lectores, gracias de corazón. Sin vosotros, no existiríamos.

Instagram: @aurora_guerra.



AURORA GUERRA, nacida en Madrid en 1968, es una reputada showrunner y guionista española de cine y televisión. También ha trabajado como productora ejecutiva. A lo largo de su trayectoria Guerra ha trabajado en series como *El secreto de Puente Viejo, Aquí no hay quien viva, Yo soy Bea, Acacias 38, Lalola, Camera Café, Fuerza de paz* o *Escándalo*, relato de una obsesión, entre muchas otras producciones de éxito.

En lo literario, publicó en 2010 junto a Alejandra Balsa *Sofía*, una novela basada en la serie homónima de la que fue coguionista. En 2013, también escrita junto a Balsa, vio la luz *Antes de ti*. A partir de 2015 Guerra comenzó a publicar en solitario, primero *El baile del destino* (un libro de *El secreto de Puente Viejo*) y luego el *thriller La cárcel de aire*.

Amante de los viajes y de la naturaleza y madre de dos hijos, es fiel defensora de los derechos de los animales, le encanta montar a caballo y convive con tres perros (y un gato) adoptados.